

Edward Bunker

PERRO COME PERRO



Lectulandia

Troy Cameron, criminal ampliamente respetado en los bajos fondos de Los Ángeles, embarca a dos viejos camaradas del reformatorio en un golpe de los que difícilmente rechazaría quien ha entregado su vida al crimen. Se trata de Gerald McCain, apodado «Mad Dog» por su conducta demente y violenta en extremo, y de Charles «Diesel» Carson, un grandullón que desaprueba el carácter atormentado e imprevisible de Mad Dog. A pesar de su mutua antipatía, ambos comparten una ciega idolatría hacia Troy, nacida en los años del reformatorio dada su poco común inteligencia. La sociedad está hecha y el plan es perfecto, sólo falta controlar los celos de Diesel hacia Mad Dog, y tener a raya al segundo, algo que se presume extremadamente complicado. Perro come perro es una de las mejores novelas de Eddie Bunker, escritor ex convicto cuyo estilo genuinamente descarnado lo ha convertido en uno de los mayores exponentes de la literatura criminal.

Lectulandia

Edward Bunker

Perro come perro

ePub r1.3

SoporAeternus & mantaraya 29.04.15

Título original: *Dog Eat Dog*
Edward Bunker, 1996
Traducción: Zulema Couso
Retoque de portada: mantaraya

Editor digital: SoporAeternus & mantaraya
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Bill Styron, Blair Clark
y Paul Alien, amigos y consejeros*

Introducción por William Styron

¿Es cierto que para un escritor no debería existir ninguna materia que quede fuera de los límites de su imaginación? Como novelista que se ha adentrado profundamente en territorio desconocido, siempre he considerado que los escritores tienen el privilegio de enfrentarse a lugares y a sucesos que no necesariamente deben conocer de primera mano. La imaginación es soberana y su poder, casi por sí solo, según mi teoría, debería ser capaz de transformar cualquier tema en algo maravilloso si el escritor es lo suficientemente bueno, de modo que su mundo le parezca más real al lector que el mundo de un escritor que puede gozar de una familiaridad total con su entorno pero que posee un talento menor. Sin duda, existen ejemplos de estas triunfantes incursiones en *terra incógnita*. Stephen Crane no tenía ningún conocimiento de primera mano sobre la guerra y, aun así, su retrato de los horrores del combate en *El rojo emblema del valor* sigue siendo una de las más grandes narraciones de ficción sobre la Guerra Civil o, de hecho, sobre cualquier guerra. Su autor nunca puso un pie en África y, sin embargo, *Henderson y el rey de la lluvia*, la novela de Saúl Bellow sobre el continente oscuro, rebosa autenticidad.

Entonces, ¿existe algún apartado de la experiencia donde la intrusión de un escritor que no esté familiarizado con su realidad debería desaconsejarse? Una vez más, estaba a punto de decir que no pero, de hecho, creo que sí existe ese lugar y no es otro que el ámbito de los bajos fondos de la América moderna, el entorno en el que moran los criminales habituales. Es un terreno de nuestra sociedad tan apartado del día a día del lector de clase media, un lugar tan corrupto y tan violento, poblado por seres humanos tan grotesca e impredeciblemente diferentes de ti y de mí, que sus atroces límites y el comportamiento de sus habitantes solo los puede plasmar un escritor que haya estado allí. Edward Bunker ha estado allí. Hace poco más de veinte años, Bunker, que por aquel entonces se acercaba a los cuarenta, salió en libertad de la cárcel tras un confinamiento casi continuo en instituciones estatales y federales desde los once años. Durante los años posteriores a su liberación, en su papel de testigo de los bajos fondos de Los Ángeles, Bunker produjo una serie de narraciones duras, valientes y cuidadosamente elaboradas que expusieron la anatomía de la mente criminal mejor que las de cualquier novelista contemporáneo.

Como tantos otros criminales, Bunker sufrió las consecuencias de crecer en una familia disfuncional de alcohólicos. Pasó la adolescencia en Los Ángeles durante los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial y cayó en una espiral de crímenes insignificantes que provocaron que finalmente lo enviaran al reformatorio. Tras su liberación a los dieciséis años, retomó una carrera criminal considerablemente más peligrosa que incluyó el atraco profesional y el tráfico de drogas. Tras un arresto por cargos de drogas lo condenaron a un año en la cárcel del condado de Los Ángeles de

la que escapó en seguida. Lo capturaron de nuevo y le cayeron dos sentencias consecutivas de seis meses a diez años en San Quintín. Seguía siendo solo un adolescente. Fue durante su estancia en San Quintín, donde cumplió cuatro años y medio, cuando el comportamiento de Bunker se diferenció del de la mayoría de jóvenes convictos y desarrolló una pasión que finalmente le salvaría la vida, aunque la verdadera salvación le llegaría tras muchos más años a la sombra. Descubrió los libros. Se convirtió en un lector consagrado que saqueaba la biblioteca de la cárcel para saciar el apetito por la palabra escrita que se había despertado en él; su entusiasmo lo convirtió en un aspirante a escritor que garabateaba sin descanso en su celda con inmenso placer aunque sin ningún éxito en cuanto a publicación.

Cuando Bunker salió en libertad condicional de San Quintín a la edad de veintitrés, inició una fase en su vida en cuya desalentadora y frustrante naturaleza germinarían las semillas de su obra posterior. *No hay bestia tan feroz*, potente primera novela de Bunker publicada muchos años después, trata de un joven exconvicto, atractivo, prometedor, ansioso por hacerse un hueco en la sociedad, pero la mera existencia de un pasado en prisión es suficiente para provocar que se cierren sin cesar todas las puertas delante de sus narices. Como su personaje de ficción, Bunker intentó adaptarse desesperadamente a un mundo nuevo y recto haciendo innumerables esfuerzos por conseguir un trabajo legítimo, pero la sombra de San Quintín es siniestra y persistente: la sociedad lo había dejado fuera. Se refugió en el crimen una vez más (planeando robos, extorsionando a chulos y *madames* a cambio de protección o falsificando cheques), lo detuvieron, lo declararon culpable y lo enviaron de nuevo a San Quintín con una sentencia de un máximo de catorce años. Esta fue la condena continua más larga para Bunker. Cumplió la mitad. Siete años agonizantes. Él mismo calificó este periodo de cercano a la locura (una racha profundamente rebelde provocó que en más de una ocasión sufriera los horrores del Agujero, el confinamiento solitario); pero su apasionada historia de amor con la palabra escrita, que lo mantuvo leyendo y escribiendo, le proporcionó una especie de rescate espiritual y, también, en términos más concretos, cuatro novelas no publicadas y numerosas historias cortas. Volvió a salir de su encierro entre rejas con hambre de triunfar como escritor de ficción.

Dado el destino de tantos exconvictos en Estados Unidos no debería sorprender que la nueva libertad de Bunker no durara demasiado. Una vez más, su pasado en prisión actuó como una maldición. Tras rellenar unas doscientas solicitudes para trabajos legítimos y no obtener ni una sola respuesta, después de recorrer las calles hasta que le salieron ampollas en los pies, de responder a anuncios semana tras semana y solo recibir rechazo, Bunker se adentró de nuevo en el camino del crimen. Robó la caja fuerte de un bar y lo detuvieron tras una persecución en coche a toda velocidad. Fue puesto en libertad bajo fianza mientras esperaba el juicio pero lo

arrestaron de nuevo debido a lo que podría parecer un eufórico exceso de confianza: decidió robar lo que él mismo describió como «un pequeño y próspero banco de Beverly Hills». Sin ser consciente de que los de narcóticos, al creer que se dirigía a cerrar un trato sobre droga, habían marcado su coche con un rastreador, Bunker, armado hasta los dientes, se dirigió al banco seguido por policías que lo detuvieron a punta de pistola tras propinarle una buena paliza. Lo juzgaron por cargos federales, lo sentenciaron a seis años y lo trasladaron a la penitenciaría de McNeil Island en Puget Sound, Washington. En McNeil Island, el espíritu insurgente de Bunker le metió de nuevo en problemas. Furioso por estar encerrado en una celda de diez hombres, inició una huelga y, debido a aquel acto de rebeldía, lo enviaron al encierro más temido del país, a la prisión de máxima seguridad de Marión, Illinois. Allí, a pesar de los terribles impedimentos y restricciones, mostró su eterno desdén hacia el sistema al continuar escribiendo ficción. Sin duda, fue la escritura entregada y apasionada lo que finalmente salvó a Edward Bunker.

Mientras esperaba el juicio por el robo al banco en Beverly Hills, *No hay bestia tan feroz* fue aceptada para su publicación y salió a la luz en 1973, durante su encarcelamiento en Marión. El libro recibió buenas críticas en general y fijó las miradas en su autor; esto se sumó a la fama que había adquirido gradualmente como convicto brillante, directo y literato, autor de elocuentes ensayos sobre las condiciones y la vida de la cárcel en revistas como *Harpers* y *The Nation*. Para cuando terminó su segunda novela, *The Animal Factory*, desde su celda de Marión, la reputación de Bunker en el amplio cosmos carcelario nacional brillaba con tanta fuerza que favoreció claramente su última libertad condicional.

Su puesta en libertad definitiva tuvo lugar en 1975. Desde entonces, vivió la vida como un ciudadano tranquilo más tras establecerse en su Los Ángeles natal donde se casó, tuvo un hijo y continuó escribiendo ficción (su tercera novela, *Little Boy Blue*, apareció en 1982) mientras desarrollaba una exitosa carrera como guionista. En 1978, una versión cinematográfica increíblemente impactante (aunque misteriosamente abandonada) de *No hay bestia tan feroz*, con guión de Bunker, se produjo bajo el título de *Libertad condicional*, con Dustin Hoffman como protagonista en una tensa y magnífica interpretación de un arquetípico Eddie Bunker. El personaje es un exconvicto desesperado cuyas aspiraciones decentes se ven frustradas por una sociedad inclinada a negar a hombres como él su derecho a la rehabilitación y a la redención.

En las novelas de Bunker, el fracaso a la hora de conseguir la redención se une a otro tema: el terrible abandono de los hijos. Este asunto, que deriva obviamente de la propia experiencia amarga y brutal de Bunker, es recurrente a lo largo de toda su ficción; en *Perro come perro*, su cuarta novela, el protagonista fuera de la ley en este caso es Troy Cameron. Al igual que Bunker, se graduó en el reformatorio y, mientras

seguimos sus avances a través de esta narrativa cruda, implacable y en ocasiones terroríficamente brutal, al rastrear su anárquica expedición en compañía de otros dos alumnos del reformatorio, Diesel Carson y Mad Dog McCain, percibimos que lo que se esconde entre líneas, al igual que en todos los demás escritos de Bunker, es la perpetuación de la violencia y de la crueldad. Según Bunker, se alimenta al crimen desde la cuna institucional y aquellos de los que se abusa o que son mutilados espiritualmente en sus primeros años de juventud, ya sea en la familia, en una casa de acogida o en un reformatorio, crecen y se convierten en los canallas sedientos de sangre de la sociedad. *Perro come perro* es una novela de espantosa autenticidad, con una gran resonancia moral y social que solo podría haber escrito Edward Bunker, que ha estado allí.

Prólogo

1981

—¡Hop, dos, tres, cuatro! ¡Hop, dos, tres, cuatro! Fila derecha... ¡En marcha!

El monitor marcaba el ritmo y gritaba las órdenes. Los treinta chicos de la casa Roosevelt llevaban el paso bajo el crepúsculo veraniego. Todos y cada uno de ellos fingía una conducta de extrema dureza. Incluso los que se sentían realmente asustados conseguían mantener una expresión lo más tosca posible. Caras de piedra, ojos de hielo, bocas que rara vez sonreían adoptaban fácilmente un aire despectivo. Siguiendo la moda del momento entre los estratos más desfavorecidos, llevaban los pantalones absurdamente altos, casi hasta el pecho, con el cinturón bien apretado. Aunque mantenían el paso, cada uno lucía su propio pavoneo estilizado. Eran internos de un reformatorio de California pero marchaban como en una academia militar. Con edades comprendidas entre los catorce y los dieciséis, se incluían entre los más duros de su edad. No metían a nadie en un reformatorio por absentismo escolar o por pintarrajear paredes, se requerían varios arrestos por robo de coche o por allanamiento. Si era el primer delito, entonces debía tratarse de robo a mano armada o de un tiroteo desde un coche.

La escuela estatal se encontraba a unos cincuenta kilómetros al este del centro de Los Ángeles, en una de las primeras extensiones del mapa, cuando la población de la ciudad rondaba los sesenta mil habitantes y el terreno era barato. Tiempo atrás, el reformatorio tenía un aspecto similar al de un pequeño colegio con sus extensas zonas verdes y sus edificios con aspecto de mansiones señoriales de paredes de ladrillos y tejados inclinados de pizarra rodeados de sicómoros. Algunos de los viejos edificios aún seguían en pie, reliquias vacías de una época en la que la sociedad creía que los jóvenes podían ser salvados, mucho antes de los días en que los muchachos utilizaran armas MAC, cuando Bogart y Cagney eran los modelos de tipo duro que solo liquidaban a «ratas asquerosas» y siempre con un revólver de cañón corto, de cerca, nada de vaciar el cargador de una ametralladora con la esperanza de dar en el blanco.

Los muchachos detuvieron la marcha cuando el Hombre abrió la puerta que daba al patio. Los contó mientras entraban. El patio estaba cercado por una valla de tela metálica coronada con alambre de espino en bucles. El Hombre dio el visto bueno al monitor.

—Rompan filas —gritó el monitor.

Las ordenadas filas se desintegraron y se formaron grupos según razas. Los chicanos constituían la mitad del total, quince muchachos, seguidos por nueve negros, cinco blancos y un par de hermanastros, uno de ellos vietnamita y el otro un cuarto nativo americano, un cuarto negro y mitad vietnamita. Los hermanastros

miraban enfurecidos al mundo a modo de desafío.

Los chicanos y dos de sus colegas blancos del este de Los Ángeles se dirigieron hacia la pista de frontón, una pared independiente en el medio permitía que se jugara un partido a cada lado. Los negros hicieron equipos en la media pista de baloncesto.

Los tres blancos que quedaban se juntaron para caminar a lo largo del campo, junto a la valla coronada de alambre de espino. Uno de ellos llevaba zapatos negros de tacón bajo, idénticos a los del uniforme de los marines; se le rompieron justo una semana antes de que empezara su condicional. Era sábado y Troy Cameron salía en libertad el lunes por la mañana.

—¿Cuántos te quedan? —preguntó Big Charley Carson. A los quince, ya medía casi metro noventa y pesaba algo menos de setenta kilos. Engordaría cuarenta más antes de cumplir los veintiuno. Para entonces, tendría la fuerza suficiente para ganarse el apodo de «Diesel».

—Un día y una mañana —dijo Troy—. Cuarenta horas, un tiempo tan corto como el pito de un mosquito.

El tercer miembro del grupo sonrió ampliamente llevándose una mano a la boca para ocultar los dientes descoloridos. Era Gerald McCain, apodado ya «Mad Dog» por su comportamiento demente. Entre sus hazañas más conocidas se encontraba la vez en que utilizó un bate de béisbol de aluminio para golpear mientras dormía a un matón que lo había acosado. En el mundo hobbesiano de un reformatorio, a un maníaco se le elude. Alguien duro o retorcido es una historia pero la locura es algo extraño, diferente y aterrador.

El trío siguió caminando mientras sus sombras se alargaban. De fondo a su conversación se escuchaba el choque de las pesas al caer contra la plataforma, el balón de baloncesto driblando sobre el asfalto y los golpes del balón contra el metal del panel de la canasta y del aro acompañado por exclamaciones de ánimo o maldiciones de frustración. Unos pasos más allá reinaba el particular sonido de una pequeña pelota negra de frontón chocando contra la pared. Llevaban la puntuación en *la lengua de Aztlan*, una jerga callejera mezcla de español combinado libremente con el inglés. El frontón representaba el juego del barrio puesto que solo se necesitaba una pelota y una pared.

—¡Punto! Cinco a tres. *Dos juegos a nada*^[1].

Tras acabar el partido, los dos perdedores dejaron la pista cada uno acusando al otro de ser el culpable de la derrota. El chicano que llevaba la puntuación era el siguiente en jugar. Miró a su alrededor en busca de un compañero y se fijó en Troy.

—¡Oye, Troy! ¡Colega! Venga. Vamos a machacar a estos granjeros.

Troy miró al equipo contrario, Chepe Reyes y Al Salas. Chepe le hacía señas, retándole.

—Llevo zapatos. —Señaló los zapatos negros que se arañarían terriblemente

sobre la pista de frontón de cemento.

—Toma —dijo Big Charley—. Usa los míos. —Se quitó las zapatillas de caña baja.

Troy se cambió los zapatos, se quitó la camisa y se envolvió la palma de la mano con un pañuelo. Lo ideal era un guante de frontón pero, a falta de uno, el pañuelo serviría. Estaba listo. Botó la pelota contra la pared un par de veces para calentar. A los quince años, no se necesitaba un calentamiento largo.

—Vamos. Bola para el saque. —Le lanzó la pelota a su compañero.

Empezó el partido con Troy en la posición más adelantada. Jugaban fuerte y se lanzaban contra el cemento para alcanzar las bolas bajas. En una ocasión, a mitad del partido, el compañero de Troy corrió hacia delante para llegar a una bola. Troy anticipó el golpe del oponente, alto y hacia atrás, y corrió antes de que este le diera.

Al mirar hacia atrás a la pelota, no vio a los tres jóvenes negros de espaldas hasta la última fracción de segundo. Consiguió medio levantar las manos antes de chocar contra ellos, dos se tambalearon hacia delante, el tercero se cayó al suelo.

—Tío, lo siento —dijo Troy tendiéndole la mano. Conocía al joven negro: Robert Lee Lincoln, le llamaban R. Lee. A los quince, tenía el cuerpo de un culturista de veintidós, un coeficiente intelectual de ochenta y cinco y el control emocional de un niño de dos años; además, odiaba a los blancos ricos. Troy lo sabía, había evitado al negro durante los dos meses desde que llegó.

No le sorprendió que R. Lee le pusiera las dos manos en el pecho y lo empujara como respuesta a sus disculpas.

—Hijoputa... Ten cuidado. No me gustan nada los hijo-putas como tú.

Sus palabras desafiantes rebosaban desprecio. El mentón de R. Lee sobresalía, miraba por debajo de la nariz con ojos que irradiaban odio racial. «¡Puto negro!», pensó Troy para sí. Solo utilizaba esa palabra en situaciones específicas. La aplicaba únicamente a los negros que actuaban como negratos escandalosos, burdos, estúpidos, el calificativo encajaba con ellos a la perfección, igual que «paleta sureño» describía a algunos blancos ignorantes. Pero junto con este pensamiento llegaron dos más. En una pelea a manos desnudas, se llevaría una buena tunda. Sintió la tentación de lanzar un puñetazo en aquel mismo momento, sin previo aviso, mientras R. Lee seguía posando. Si su mejor golpe daba en el blanco, podría pulular alrededor de su oponente y ganar la pelea antes de que R. Lee consiguiera recomponerse. Pero si hacía eso, perdería la libertad condicional. Vio al Hombre acercarse a ellos.

—Dejadlo ya —dijo el Hombre.

R. Lee se alejó con un mensaje de despedida.

—Terminaremos esta mierda después.

Troy se giró hacia sus amigos que permanecían expectantes. Una oleada de vacío le recorrió desde la garganta hacia el resto del cuerpo. El miedo engullía su voluntad.

Nunca podría darle una paliza a R. Lee, el negro era demasiado grande, demasiado fuerte, demasiado rápido, y sabía pelear. Aunque ese era el menor de sus miedos, Troy tenía un plan mejor para casos como este. Desatornillaría la boca de una manguera de incendios y golpearía sin previo aviso. Nunca llegarían a una pelea a puñetazo limpio. Sería una victoria pírrica puesto que su libertad se iría por el retrete en cuanto golpeará.

—Mierda —murmuró.

—Ese negro está loco —dijo Big Charley—. Es uno de esos cabrones que odian a los blancos.

—Sí. —Consiguió fingir una media sonrisa que más bien fue un resoplido—. Ahora mismo, yo también odio a los negros.

¿Qué cojones podía hacer? Quizá no le retiraran la libertad condicional si solo se metía en una pelea cuerpo a cuerpo pero eso significaba recibir una buena tunda. Igual conseguía colar un par de puñetazos.

—Casi preferiría no tener la mierda de la condicional —dijo.

—Hostia —comentó Mad Dog—. Se me había olvidado lo de la condicional. Es una putada.

Troy podía acudir al Hombre en busca de protección para sus dos últimos días, podían aislarlo durante cuarenta y ocho horas. No perdería nada, excepto su reputación en su mundo. Se maldijo a sí mismo por pensar siquiera en aquella posibilidad. Algo así no era una opción a considerar. Si hacía algo remotamente parecido, quedaría marcado de por vida en los bajos fondos, donde pretendía vivir. Sería un estigma del que nunca podría deshacerse, un gesto que invitaría a la agresión por siempre jamás.

—Deja que yo me encargue —se ofreció Mad Dog—. Yo le daré lo que se merece.

Troy negó con la cabeza.

—No. Yo limpio mi propia mierda.

El toque del silbato de la policía, señal de que debían colocarse en fila en la puerta del edificio, interrumpió el atardecer.

Mientras los jóvenes desfilaban hacia el interior, el Hombre los contaba junto a la puerta. Dentro, algunos corrieron por el pasillo en dirección a la sala de televisión, querían conseguir los mejores asientos. Los que habían estado jugando a frontón, a baloncesto o levantando pesas, giraron hacia la izquierda en dirección a los baños. Había tres lavabos comunitarios cada uno con tres grifos.

Troy observaba a R. Lee en la fila, delante de él. R. Lee giró a la izquierda. Perfecto. Le daría a Troy la oportunidad de ir a la derecha hacia el dormitorio. La manguera de incendios estaba justo detrás de la puerta. La boca de metal rompería un cráneo como si fuera una cascara de huevo si la hacía oscilar con la fuerza suficiente.

Ya había decidido que era lo único que podía hacer. Odiaba a R. Lee más aún por su ignorancia, por forzar aquella situación, por arrebatarse su inminente libertad.

R. Lee no era ningún estúpido, sabía que Troy iría a por él. Cuando giró para entrar en el baño, observó a través del espejo la puerta que quedaba a sus espaldas. Se quitó la camiseta y se subió al lavabo. Como vigilaba la puerta, no se percató de que Mad Dog estaba en el retrete de la derecha.

Mad Dog tiró de la cadena con el pie y se dio la vuelta. Sujetaba el mango de un cepillo de dientes contra la pierna. Lo había derretido y, mientras aún estaba blando, había colocado dos piezas de una cuchilla. Al endurecerse, las hojas solo sobresalían menos de un centímetro, pequeñas pero muy afiladas. Se acercó por detrás de los jóvenes que había en el lavabo. Solo tardó dos segundos en llegar hasta R. Lee.

Colocó la cuchilla sobre la espalda marrón y la deslizó desde el hombro hasta la cintura. La piel se abrió como unos labios durante un segundo antes de que la herida se llenara de sangre y manara a borbotones segundos después.

R. Lee gritó y se dio la vuelta inmediatamente intentando alcanzar la herida y buscar a su atacante. Mad Dog permaneció allí con los ojos abiertos de par en par, como una hiena esperando el momento oportuno para lanzarse de nuevo y acuchillarle otra vez.

Otro negro había presenciado el ataque desde el otro lado de la sala.

—¡Cuidado! —gritó y se abrió paso entre los demás.

Mad Dog levantó el brazo como un escorpión preparando la cola. El segundo negro se detuvo, fuera de su alcance.

—Estás jodido, blanquito.

—¡Que te follen, negro!

El Hombre se percató del caos e hizo sonar la alarma que llevaba.

En la puerta del dormitorio, Troy escuchó los gritos y vio a los chicos corriendo hacia los baños. Cuando salió al pasillo, R. Lee se abrió paso entre la multitud hacia la puerta del extremo opuesto y salió corriendo en dirección a la puerta exterior. Tenía toda la espalda cubierta de sangre que seguía chorreándole abundantemente por detrás de los pantalones hasta el suelo. Empezó a dar patadas a la puerta.

—¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir! ¡Dejadme ir al hospital!

Troy se percató de que un par de negros le miraban. Llevaba la boca de la manguera envuelta en papel de periódico. Si hacían algún movimiento, les daría en la cabeza.

El Hombre llegó hasta la puerta exterior, la abrió y dejó salir corriendo a R. Lee.

Desde el otro extremo, los hombres libres se acercaban con sus porras y las llaves tintineando contra las caderas.

Cerraron el edificio con personal extra vigilando.

R. Lee necesitó doscientos once puntos.

Mad Dog acabó en el agujero.

El lunes por la mañana, Troy fue puesto en libertad condicional. Le debía su liberación a Mad Dog, una deuda con la que cargó en el futuro.

Capítulo 1

Dos noches solo en una habitación con un par de tarros de treinta gramos de cocaína farmacéutica bastaban para que Mad Dog McCain hiciera honor a su nombre. La calidad de la cocaína era superior a la que se vendía en la calle. Procedía del maletín de un médico que había robado de un coche en el aparcamiento de un complejo sanitario. En un principio, planeaba venderla tras consumir un poco pero, cuando acudió a las pocas personas que conocía en Portland, o querían llevársela a crédito o ridiculizaban la cocaína llamándola «paranoia en polvo» o «veinte minutos de locura». Todos querían heroína, una droga que los calmaba en lugar de volverlos locos.

En pequeñas cantidades le hacía sentirse estupendamente así que consumió un poco más y los colmillos de la serpiente se le clavaron. Primero, deshizo los copos con una cuchilla, formó rayas y las aspiró por la nariz; no estaba mal. Pero él sabía como conseguir un viaje mayor. El equipo del médico contaba con varias jeringuillas desechables con sus agujas correspondientes. Con la cocaína pura solo se necesitaban unas gotas de agua para disolverla. Añadió una bolita de algodón del tamaño de la cabeza de una cerilla para absorber la mezcla a través de ella y después hundió la aguja en una vena encallecida en la parte interior del codo. Resultaba difícil pasarlo por alto, tenía el brazo negro y azul lleno de costras de inyecciones anteriores. La parte superior de la cisterna estaba sucia y en la parte inferior destacaba el lugar que había utilizado para limpiarse la sangre del brazo. No importaba. No importaba nada excepto el viaje. Cuando la aguja penetró la vena, un chorro de sangre roja entró en la jeringuilla. Apretó un poco y después dejó que la sangre volviera a entrar en la jeringuilla.

Cuando el calor empezó a recorrerle el cuerpo, apretó un poco más. ¡Qué subidón! Si... pudiera... tan solo... mantener el efecto... ¡Dios! Ah... Qué bueno... Sentirla extenderse por todo su cuerpo y cerebro era una sensación de putísima madre.

Se detuvo. Dejó que la sangre volviera a entrar en la jeringuilla. Presionó el émbolo un poco más.

Repitió el proceso hasta vaciar la jeringa.

Cerró los ojos gimiendo en voz baja mientras saboreaba el éxtasis. En aquel momento, era el rey de todo.

Cogió una colilla del cenicero de la mesita de noche. Mientras la enderezaba para encenderla, vio la carta de Troy desde San Quintín encima de un montón de otras cartas sin abrir. Buenas noticias. A Troy le daban la libertad condicional en tres meses. En cuanto saliera, se harían ricos juntos. Troy era el criminal más listo que Mad Dog conocía y había conocido a muchos. Sabía planear las cosas. Atracar a los

traficantes y a los aspirantes a gánster era una gran idea, imbéciles que no podrían acudir a la pasma. Sería genial tener un montón de dinero. Le compraría a Sheila la ropa que siempre miraba en las revistas y los catálogos para mujeres. Puede que hasta le comprara un Mustang descapotable. Se lo merecía. Era una buena pava. Incluso parecería guapa si perdiera siete u ocho kilos, aunque tampoco es que él fuera ningún Tom Cruise. Aquel pensamiento le provocó una carcajada superficial, la única que permite la cocaína. Le faltaban algunas piezas dentales, tenía un agujero donde antes había un diente postizo que le pusieron en la cárcel hasta que una botella de Budweiser en un bar de *okies* en Sacramento se lo había cargado. Aquella noche no acabó ahí, por supuesto. Cuando cerró el Tulsa Club, él esperaba en el aparcamiento con un cuchillo de buceo en la manga. Cuando el lanzabotellas abrió el coche, Mad Dog salió de entre las sombras con las manos vacías, como si quisiera iniciar una pelea. Cuando estuvo bien cerca, con la cabeza sobre el pecho del tipo, Mad Dog deslizó el cuchillo hasta la mano y se lo hundió en la tripa dos o tres veces antes de que el tipo se diera cuenta de lo que pasaba y echara a correr intentando que no se le salieran las tripas del cuerpo.

Al recordar aquella noche, Mad Dog sonrió. Así aprendería el cabronazo a quién no debía joder, eso si sobrevivió, claro. Después de aquello, Mad Dog se mudó a Portland, donde conoció a Sheila.

Miró a su alrededor. La habitación se encontraba en el segundo piso y daba al tramo de escaleras que bajaba a la calle. Aquello era la leonera de un drogadicto. Periódicos, calcetines, ropa y sábanas, todo esparcido sin sentido por la estancia. Había arrancado la ropa de la cama cuando se le cayó un cigarrillo encima y el colchón empezó a arder. Estaba viendo a los Trailblazers destrozar a los Lakers cuando olió humo. Consiguió apagar el fuego con el agua de la pecera pero tuvo que abrir el colchón y sacar el algodón chamuscado. Había tapado el agujero con una toalla pero el olor aún impregnaba la habitación. ¿Qué diría Sheila cuando llegara a casa?

«A quién coño le importa —pensó—. Que le den a esa zorra gorda. ¿Dónde estaba? Se suponía que tenía que volver esa noche con su hija rechoncha».

Mad Dog se tocó la axila. Estaba húmeda, resbaladiza y olía mal. La droga que se filtraba por los poros de la piel desprendía un hedor agrio. Necesitaba una ducha. Necesitaba muchas cosas, joder. Pero, ahora mismo, lo que más necesitaba era otro chute de cocaína.

Treinta minutos y dos pinchazos después, apagó la luz y observó la esquina en la noche lluviosa a través de la persiana. Cuando empezó a meterse cocaína, un chute lo elevaba a las alturas durante media hora o más y después le dejaba bajar lenta y dulcemente. Ahora, el ciclo se cerraba más rápido. La alegría apenas le duraba hasta que sacaba la jeringuilla. En unos minutos, llegaba la ansiedad y, con ella, las

semillas del terror, la paranoia y el odio hacia sí mismo. Solo conseguía calmarse poniéndose de nuevo.

Miró a la calle desde la vieja casa de madera construida en una colina cerca de un puente del ferrocarril. Debido a la pendiente y al muro de contención, no alcanzaba a ver la acera de su lado de la calle excepto la parte donde subían las escaleras.

Pasó un coche; después, no se movió nada más excepto la negra lluvia, gotas que brillaban momentáneamente bajo la luz de una farola. El ansia de más cocaína se transformó en un grito detrás de los ojos. Lo había retrasado todo lo posible intentando que durara el máximo. Ya casi no quedaba. Sesenta gramos de cocaína farmacéutica en cuarenta horas era un nivel de consumo monstruoso. Con heroína, habría caído en un aletargamiento nebuloso hacía mucho. La heroína fijaba un límite pero la cocaína actuaba de modo diferente: *siempre* quieres más.

Encontró una vena y observó la sangre entrar. En vez del ritual habitual de apretar un poco la jeringuilla, parar, y después inyectar un poco más, cambió de táctica y se lo inyectó todo.

Le recorrió el cuerpo como si fuera una descarga eléctrica. De forma instantánea, todo lo que tenía en el estómago salió volando por la boca. ¡Dios! ¡El corazón! ¡El corazón! ¿Se había matado? Giró sobre sí mismo y caminó, tiró una silla, se chocó contra la pared y después contra el armario. ¡Joder! ¡Dios! ¡Oh, Dios! ¡Joder!

El subidón se disipó y con él, el terror. Cerró los ojos y saboreó la sensación. Ninguno más como aquel, se juró.

Las luces de unos faros brillaron a través de la persiana. Mad Dog se acercó a la ventana. Un coche cambió de sentido y se detuvo junto al bordillo de la acera. El muro de contención le tapaba la vista de todo el coche excepto del parachoques y los faros. ¿Quién coño podía ser a esas horas de la noche?

Apagó la luz y observó.

El coche se alejó. Un taxi. Sheila y Melissa, su hija de siete años llamada así por una canción, aparecieron a los pies de las escaleras. Vio la cara blanca de Sheila cuando esta miró hacia arriba. Mad Dog se quedó petrificado, seguro de que lo único que ella podía ver era una ventana negra. Pensaría que estaba fuera al no ver el coche aparcado junto a la acera ya que seguía en la zona de servicio de la gasolinera Chevron del barrio a la espera de que pagara el alternador, pero eso ella no lo sabía. Le venía de perlas. Le daría el tiempo suficiente para chutarse lo que le quedaba de cocaína antes de tener que escucharla jodiéndole con sus tonterías. La oleada de afecto que había sentido momentos antes ya formaba parte del pasado. Ahora pensaba en cuánto le machacaba con la mierda de la cocaína y también con todo lo demás.

Mad Dog las escuchó entrar por la puerta principal y moverse por el piso de abajo. Oyó las pisadas rápidas de la niña y después abrirse y cerrarse la puerta de atrás. No cabía duda, le estaba dando de comer al gato. Era una mocosa despreciable

la mayoría del tiempo. No le tenía ningún cariño y se negaba a hacer lo que le decía, hasta que un día le prometió patearle el culo si no se comportaba. Cuando sí le hacía caso, actuaba con una vergüenza deliberada, haciendo pucheritos y arrastrando los pies. Lo único bueno de la niña era que adoraba al gato; con él, era atenta y generosa, siempre; una vez, utilizó el último dólar que le quedaba para comprarle una lata de comida para gatos. Mad Dog sentía un cariño reticente ante tales gestos de lealtad.

Cuando escuchó las risas enlatadas de la televisión en el piso de abajo, encendió la lámpara de la mesita de noche que proyectó un charco amarillo de luz sobre la parafernalia necesaria para el ritual de la aguja. Lanzó un chorrito de agua con la jeringuilla directamente en el tarro, lo cerró con la tapa y lo agitó. Así no desperdiciaría nada. Lo absorbió con la aguja y llenó la jeringuilla. La levantó y apretó el émbolo suavemente hasta que apareció una gotita en la punta. No había aire dentro de la jeringuilla. Se tomó su tiempo para chutarse saboreándolo el mayor tiempo posible. Si pudiera mantener aquella sensación siempre, sería como estar en el cielo.

Minutos después, la alegría dejó paso a una angustia incipiente, a la autocompasión. «¿Por qué yo, Dios?». ¿Por qué su vida había sido una mierda desde el principio? Su primer recuerdo databa de cuando tenía cuatro años, cuando su madre intentó ahogarle en la bañera. Su hermana de seis años, que tiempo después se volvió tortillera y una puta que se prostituía para pagarse el crack, le salvó la vida al ponerse a gritar como una loca hasta que llegaron los vecinos. Consiguieron parar a su madre y llamaron a la policía, se llevaron a los niños a un centro de menores y el juez envió a la madre al hospital estatal de Napa para tenerla en observación. En otra ocasión, la enfermera del colegio le descubrió moratones en el cuerpo donde su madre le pellizcaba clavándole el pulgar y el índice y le retorció la piel. El dolor era horrible y le dejaba un moratón. Al recordarlo ahora, tres décadas después, se le ponía la piel de gallina.

Había vuelto a Napa dos veces después de aquello, una vez durante ocho meses, antes de que muriera cuando él tenía once. Por aquel entonces, ya no vivía con ella sino en el reformatorio. El capellán le llamó para contárselo; después, miró el reloj y le dijo al chico que le dejaba veinte minutos en la oficina para expresar su dolor. En cuanto la puerta se cerró tras el capellán, Mad Dog se levantó y se dirigió a los cajones. Buscaba cigarrillos, el artículo de más valor según la economía del reformatorio.

En los cajones no había nada. Fue al armario. ¡Bingo! En el bolsillo de una chaqueta, encontró un paquete recién abierto de Lucky Strike, el tabaco fino. ¡De puta madre! Los cogió y se sintió bien. Se metió el paquete en el calcetín y volvió a sentarse. Allí lo encontró el capellán cuando volvió. Quería hablar con él; miró la carpeta, frunció el ceño y después dijo algo sobre «... tu padre...».

Mad Dog se levantó y negó con la cabeza. No quería hablar del tema. De hecho, no tenía nada que decir. No sabía nada de su padre, ni siquiera su nombre. No aparecía en su certificado de nacimiento. En el de su hermana sí constaba un hombre así que ella le llamaba «hijo de puta», en el sentido literal. Cuando se miraba en el espejo, se veía feo, no se parecía a nadie de su familia. Componían un grupo anodino, altos y pálidos, con el pelo grasiento, mientras que él era bajito y moreno con el pelo tan rizado que parecía vello púbico. Un chico mayor y algo gritón le preguntó una vez si su madre tenía a un negro escondido entre el montón de leña. Ja, ja, ja. El matón era demasiado grande y retorcido para plantarle cara pero, cuando las luces del dormitorio se apagaron y el matón roncaba, Mad Dog se arrastró por el suelo y le golpeó la cabeza con un bate Louisville Slugger. La víctima sobrevivió pero nunca fue el mismo; le trastocó el habla para siempre, al igual que el cerebro. Fue entonces cuando Gerry McCain se ganó el apodo de «Mad Dog», un calificativo al que hizo honor durante los años siguientes.

El efecto del último chute empezaba a desaparecer y el dolor de cabeza le palpitaba detrás de los ojos. Aspirina. No. Una aspirina no le aliviaría nada. Además, las aspirinas estaban abajo y quería evitar el culo llorón de Sheila lo máximo posible. Su voz chillona tenía el mismo efecto en su cerebro que las uñas arañando una pizarra. Si tuviera algo de pasta, haría las maletas, se marcharía y esperaría a Troy en California, quizá incluso en Sacramento. Las cosas ya se habían calmado por allí. Hasta tenía un par de golpes en mente pero odiaba hacer nada solo y el único socio que tenía cerca era Diesel Carson. Mad Dog conocía a Diesel desde el reformatorio. Incluso llegaron a dar un palo juntos, pero por eso mismo no haría nada con Diesel hasta que Troy resucitara.

El dolor de cabeza era horrible y de repente se percató del hedor que desprendía su propio cuerpo. El alcohol y la cocaína olían fatal al sudarlas. La cocaína era la peor droga. Una mierda terrible. La odiaba. Aun así, ansiaba otro chute para posponer las horas de infierno que se avecinaban a toda velocidad. Lo que necesitaba en realidad era un pico de heroína. Ese era el remedio perfecto para el gris grito depresivo de su cerebro. Se acercaba el bajón. Si pudiera pasarlo durmiendo...

Entonces se acordó de los Valiums. Los grandes. Azules. Debían de quedar unas ocho pastillas en el frasco. Tantos comprimidos lo catapultarían al sueño y así le darían igual los sudores nocturnos y las horribles pesadillas. Se acercó al tocador y abrió un cajón. Entre bolígrafos, mecheros de butano vacíos, pastillas de Pepto-Bismol y otros chismes, encontró el pequeño frasco marrón. Levantó la tapa y vació el contenido sobre la palma de la mano. Seis. ¡Seis! La zorra habría hurgado en el bote.

El enfado empeoró el dolor de cabeza. Se tragó las seis pastillas azules con la ayuda de una taza de café frío, tiró el frasco vacío a la papelera y se dispuso a

tumbarse.

Justo en ese momento, se abrió la puerta y la lámpara del techo se encendió con sus cien vatios de luminosidad. Sheila se quedó allí parada de pie y abrió los ojos como platos al verle. Lanzó un grito de sorpresa y se llevó la mano a la boca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—¿Qué coño te parece que hago? Sal de aquí y déjame en paz. —La miró y odió su cara de piel imperfecta redonda como la luna. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que era guapa? Debió de ser porque acababa de salir de la cárcel y hasta un cocodrilo hembra le hubiera parecido bien—. Te tengo dicho que no entres nunca sin llamar.

—No sabía que estuvieras en casa —comentó—. Tu coche no está en la calle y no has bajado a saludarnos. ¿Dónde está tu coche?

—En la gasolinera, lo están arreglando.

—No me hables en ese tono. No me gusta.

—No me gusta —la imitó con desprecio—. Menuda puta. —Se inclinó hacia delante, sobre ella, en una pose amenazante—. Me importa una mierda lo que te guste o no, ¡zorra!

La sangre que le palpitaba en el cerebro le hizo marearse. De no ser por la voz de la niña llamándola, le habría soltado una bofetada.

—¡Mami! ¡Mami! —El sonido de los pasos de la niña precedió su aparición en la puerta. Corrió junto a su madre. Se parecían cuando le plantaban cara.

—Vamos al piso de abajo, cielo —dijo Sheila rodeando los hombros de la pequeña con el brazo para darle la vuelta y llevarla fuera de la habitación.

—¿Puedo ver *Star Trek*? Acaba de empezar.

—Claro, pero solo si te vas a la cama en cuanto termine. Anda, ve. —Mandó a la niña abajo y se giró de nuevo hacia Mad Dog McCain. Había conseguido recuperar la compostura—. Tienes que marcharte. No quiero tenerte más por aquí.

—Estupendo. En cuanto saque el coche del taller, me largo.

—Ni se te ocurra pensar en pagarlo con mi tarjeta. De hecho, devuélvemela. —Extendió la mano y chasqueó los dedos.

—Oye, que si quieres que me vaya... Primero tengo que recoger el coche.

—No. Dámela, ya.

Se dio cuenta de que no le tenía miedo. ¿Por qué? Quizá porque sabía demasiado sobre el robo de las nóminas del barco de mercancías. Ella trabajaba en las oficinas de una empresa de transporte marítimo y le comentó que los marineros aún cobraban en metálico al acabar un viaje. Le chivó qué barco, cuándo y dónde. Diesel Carson y él se habían levantado ochenta y cuatro de los grandes. Sheila lo sabía todo, y aunque formaba parte de la conspiración, las autoridades retirarían los cargos si testificaba contra Diesel Carson y Mad Dog McCain, un par de criminales de toda la vida. Sí, la

zorra creía que le tenía pillado por los huevos. ¿Por qué cojones había confiado en ella?

Sacó la tarjeta de Chevron de la cartera y se la tiró. Cayó al suelo.

—Cabrón —dijo al recogerla. Cerró de un portazo al salir de la habitación.

Parpadeó mirando a la puerta mientras la cabeza le daba vueltas y se hundía en el infierno del bajón de la cocaína. En su interior, se extendían un grito ahogado de desesperación y una furia animal. Sin la tarjeta de crédito no podría recoger el coche y, sin el coche, nunca conseguiría dinero. Estaba atrapado. Se convertiría en un sin techo. Tenía una Phyton de calibre 357 y un AK-47 con un cargador de treinta balas, potencial suficiente como para atracar casi cualquier sitio, aunque no podía escapar a pie. Necesitaba conseguir ruedas sin tener que robar un coche. Eso era cosa de negratas jóvenes que no sabían trincar nada que mereciera la pena. Pero seguía necesitando ruedas más de lo que nadie en su sano juicio sería capaz de imaginar. Rozaba la obsesión, quizá incluso la paranoia.

A través de la puerta cerrada, escuchó a Sheila y a la niña entrar en la habitación de al lado. Era la hora de dormir de Melissa. La delgada pared le permitía captar el sonido suficiente para visualizar lo que estaba pasando. La mocosa rezaba sus oraciones. Hostia puta, cómo odiaba la religión. Odiaba a Dios. Le gustaba el mal más que el bien y mentir más que decir la verdad. Decidió bajar a buscar la tarjeta en ese mismo momento.

Cuando abrió la puerta de la habitación y echó un vistazo al pasillo, la puerta a su derecha estaba entreabierta. Seguían ahí dentro. Las escaleras quedaban a la izquierda. Tuvo cuidado de no hacer ningún ruido mientras bajaba. Normalmente dejaba el bolso en el recibidor, junto a la puerta principal, pero aquella noche no.

La cocina. Fue hacia allá y, efectivamente, lo encontró en el fregadero. Lo abrió y sacó la billetera. Ocho dólares. Ni rastro de la tarjeta de Chevron. Volvió a meter la billetera en el bolso y miró a su alrededor. ¿Dónde la habría puesto cuando había bajado?

Vio la rebeca en el respaldo de una silla. La llevaba puesta cuando entró en la habitación. Cogió la chaqueta y palpó el bolsillo. Allí estaba.

Rebuscaba en el bolsillo cuando Sheila cruzó la puerta. Sacó la tarjeta igual.

—No me jodas, Sheila. Tengo que recoger el coche.

—¿Que no te joda? ¡No me jodas tú a mí! ¡Dame eso!

Una vez más, extendió la mano y chasqueó los dedos. La acción en sí era una bofetada en la cara y él reaccionó con furia. Arremetió contra ella que abrió la boca para lanzar un grito un segundo antes de que la mano izquierda de él la golpeará a un lado de la cabeza dejándola aturdida.

Lanzó la mano derecha hacia delante a toda velocidad y cerró los dedos alrededor de su garganta.

Le dio una patada y consiguió soltarse pero él volvió a darle una bofetada con la fuerza suficiente como para tirarla sobre una mesa que patinó por el suelo. Un jarrón con flores se rompió en mil pedazos al chocar contra el parqué.

Se abalanzó sobre él agitando las dos manos, con los ojos cerrados. Un puño huesudo topó con su mandíbula y le hizo clavarse un diente en el labio. Probó su propia sangre salada y se inclinó hacia delante para escupir lejos de su cuerpo, no quería mancharse la ropa.

Sheila aprovechó el respiro para darse la vuelta y correr en dirección al vestíbulo donde se encontraba el teléfono. Le costaba respirar, le había hecho daño en la garganta al apretarla tanto. Su indignación había desaparecido y ahora se sentía aterrorizada.

En la cocina, él abrió bruscamente un cajón y cogió un cuchillo de carnicero. Sheila lo escuchó rebuscar en el cajón y cerrarlo de un fuerte golpe. El marcador del teléfono era rotatorio. El nueve tardó unos segundos valiosísimos en volver a su posición para que pudiera marcar el uno. Nunca llegó a marcar el último número.

—Tú, zorra chivata —dijo de pie en la puerta con el cable del teléfono cortado en la mano. Mantenía el enorme cuchillo escondido junto a la pierna.

Dejó caer el teléfono, se giró y salió corriendo. Tras dos zancadas, se resbaló con una manta tirada en el suelo de madera. Se abrió de piernas y cayó sobre una mano.

Él le saltó sobre la espalda como un depredador. Sus dedos eran garras que se le enredaron en el pelo, le giró la cabeza y dejó la garganta expuesta. Levantó el cuchillo de carnicero y lo hundió donde el cuello se une con el hombro.

Parecía que hubiera apuñalado una bolsa llena de vino. Cuando sacó el cuchillo, un enorme chorro de sangre surgió como un geiser derramándose a borbotones sobre la muñeca y el antebrazo de la mano que aún sujetaba el pelo. Era como si hubiera abierto una manguera. Intentó cambiar de postura para esquivar la sangre pero ahora le salpicaba por la parte delantera de los pantalones.

Ella seguía resistiéndose salvajemente, le clavaba el codo en el muslo, luchaba por su vida mientras esta se le escapaba a chorros.

Golpeó de nuevo. Esta vez, ella detuvo el cuchillo con el antebrazo, así que la hoja se hundió hasta el hueso a la altura de la muñeca. Consiguió desviar el golpe del corazón pero se le clavó en la parte derecha del pecho y le abrió la piel por encima de las costillas. Cuando la hoja chocó contra el hueso, se le escapó el mango cubierto de sangre resbaladiza. La mano se deslizó por la hoja causándole un corte profundo en los dedos. Soltó el cuchillo del todo y se apartó.

La fuerza de Sheila se extinguió, el cuerpo se volvió laxo y cayó al suelo. Un minuto después, tras varios espasmos, murió. Quedó tendida sobre un lago de su propia sangre arterial.

Cuando Mad Dog bajó la vista, se percató de que sus pies descalzos se bañaban

en el mismo charco de sangre. Levantó un pie. La sangre creaba un ligero efecto ventosa. «Como una mosca», pensó. Dio un paso, después otro y se sentó en la silla junto al mueble del teléfono observando sus huellas de sangre. Tendría que limpiarlas. Seguramente serían como las huellas dactilares, identificables.

Mientras permanecía sentado observando aquel horror, una oleada de sueño le recorrió el cuerpo. Sintió terror. Algo no andaba bien. ¿Había conseguido envenenarle de alguna forma?

—¡Mami! ¡Mami! —Las ruidosas escaleras emitieron su chirrido habitual. Estaba bajando—. Mami, ¿estás bien?

—Quédate ahí arriba —le gritó levantándose de un salto.

Demasiado tarde. Le vio las piernas primero y la cabeza después cuando se agachó para echar un vistazo. Corrió hacia las escaleras. Esperaba poder dejar a Melissa durmiendo mientras escondía el cuerpo y limpiaba aquel desastre. Después, al día siguiente, enterraría a Sheila en algún lugar del extenso bosque del noroeste. Si alguien hacía preguntas, ya se inventaría algo.

Ahora todo era diferente. La pequeña había visto la verdad. Subió las escaleras de un salto y la siguió a su habitación. Estaba al otro lado de la cama.

—Has matado a mi madre —gritó.

Intentó escabullirse al acercarse a ella pero él era demasiado rápido y la cogió por la muñeca con una mano mientras alcanzaba una almohada con la otra.

Gritó cuando la acercó aún más a él. Le puso la almohada contra la cara y los gritos quedaron ahogados. Sacudía brazos y piernas mientras él la obligaba a bajar la cabeza. Entonces, puso las dos manos sobre la almohada y la levantó, como si estuviera haciendo ejercicio, aplastando la almohada contra la cara de la niña. Sus pies chocaban contra las piernas de él. Bien podía haber sido una mariposa la que le golpeaba.

—Muere. Muere, por favor —le suplicaba.

Le pareció una eternidad pero finalmente la resistencia cesó. Para entonces, él también se tambaleaba luchando contra la inconsciencia con la impresión de que también estaba muriendo. En ese momento se dio cuenta de que era el efecto del Valium que se había tomado, no veneno. Estaba drogado, no muriéndose. Al ser consciente de aquello, dejó de resistirse. Las pastillas azules pudieron con él. Cerró los ojos y se quedó dormido en la cama, junto al cuerpo sin vida de la niña.

Por la mañana, cuando se despertó con un palpitante dolor de cabeza, durante un momento pensó que todo había sido una pesadilla. Entonces, vio el pequeño cadáver, blanco como la cera porque la sangre se había drenado hacia la parte inferior del cuerpo. La realidad resultó ser peor que la pesadilla.

Se incorporó y vio las pisadas sangrientas por todo el suelo. Tenía mucho que limpiar. Debía esconderlas en algún sitio hasta que pudiera conducir hasta las

montañas para enterrarlas donde nadie las encontrara nunca.

Dinero. También necesitaba dinero. Las tarjetas de crédito. Claro. Se sabía el código de la Master Card así que podía sacar mil quinientos dólares en metálico. También podría comprar cosas que le encargaran con la tarjeta y venderlas por la mitad de su valor. Gracias a Dios que tenía algo de dinero, eso evitaría que diera un paso desesperado, como un robo. Así podría trasladarse a Sacramento y esperar a Troy.

Se levantó. Al moverse, el dolor de cabeza empeoraba. Fue a buscar una aspirina y bajó al piso de abajo a echar un vistazo a Sheila. El charco de sangre se había coagulado. No podía creer que un cuerpo tuviera tanta sangre.

¿Empezaba a oler? Olfateó el ambiente. No estaba seguro pero sabía que no tardaría mucho. Los cuerpos se descomponían muy rápido a temperatura ambiente.

Capítulo 2

En el local de los camioneros, todo el mundo asumía que a Charles «Diesel» Carson lo habían apodado así porque pesaba ciento veinte kilos y en una pelea era imparable como un tren. En realidad, se había ganado el mote en el reformatorio cuando, en una ocasión, jugó a fútbol americano sin casco y empezaron a llamarle Dieselhead. El nombre le pegaba así que se le quedó aunque abreviado a «Diesel». Su mujer lo llamaba Charles.

Diecinueve años después del reformatorio, a los tres años de obtener la libertad condicional en San Quintín, Diesel Carson gozaba de libertad total. Estaba casado con Gloria, tenía un hijo llamado Charles Jr. y vivía en una de las múltiples casas adosadas de tres habitaciones de las afueras de San Francisco. Era un miembro más del sindicato de camioneros y uno de los favoritos de los delegados locales. Les hacía favores como darle una paliza a cualquiera que no estuviera de acuerdo con cómo se hacían las cosas. Era leal. Nadie más le ofrecería un empleo a un exconvicto, ni siquiera el peor de los trabajos y mucho menos uno bueno.

Diesel también trabajaba a sueldo (aunque nunca se encargaba de asesinatos) para Jimmy the Face y para otros. Incendiaba algo o le rompía el brazo a alguien, pero se negaba a asesinar por dinero (dar pasaporte era la expresión operativa) porque eso conllevaba la pena de muerte automática y jamás podría estar seguro de que quien le enviaba mantuviera la boca cerrada si la policía lo encerraba solo en alguna habitación escondida en algún lugar perdido asegurándole que podría marcharse a casa si confirmaba lo que la policía ya sabía. Resultaba imposible saber lo que alguien diría en tal situación. El asesinato trastocaba la mente de algunos. Querían confesar. Bobby Butler confesó un asesinato en prisión dos años después de haberlo cometido. Lo detuvieron y le condenaron a cadena perpetua. El maldito imbécil se lo merecía. Los fundadores de la Hermandad Aria también se habían vuelto locos. Tres años después de que Jack Mahone, uno de sus miembros, dejara Folsom, entró en una comisaría de policía y les contó a los policías que quería hablarles del asesinato que Tank Noah y él habían cometido hacía ocho años. El pobre Tank acabó en el corredor de la muerte tras aquello. A Diesel no le daba miedo la cárcel pero la cámara de gas le ponía nervioso. Casi resultaba estúpido teniendo en cuenta la poca gente que realmente acababa en ella, aunque había muchos esperando a que se les acabaran las apelaciones. Diesel era capaz de matar a alguien pero jamás confiaría en otro ser humano que lo supiera, en nadie excepto en Troy, claro. Confiaba en Troy ciegamente.

Diesel salió de la ducha, se puso ropa interior limpia y unos pantalones de lino impecables. La vida le sonreía. Estaba superando los valores inculcados en el orfanato católico, el centro de menores, el reformatorio y la cárcel. A cualquiera que

consiguiera permanecer fuera de prisión durante tres años le iba estupendamente incluso si no tenía un centavo pero, el coche nuevo y la escritura de propiedad de una casa lo convertían en alguien de gran éxito. Vestía trajes de Hickey-Freeman, calzaba zapatos de Johnston and Murphy y conseguía entradas de primera fila para los combates. La semana próxima, el secretario general del sindicato arreglaría las cosas para que pudiera cobrar un sueldo como el resto de trabajadores. Mientras tráilers de camiones cargados de automóviles nuevos circulaban a través del país sobre vagones de tren, él cobraba el mismo sueldo que un camionero, con horas extra. Solo los tipos totalmente integrados en el sindicato podían conseguir algo así.

Jimmy the Face se había encargado de la presentación. A cambio, él le hacía favores a The Face. Aquella noche, conduciría hasta Sacramento para incendiar varios camiones. Algún gilipollas estaba pujando contra The Face para llevarse un contrato de transporte. Cuando Diesel terminara su trabajo, el imbécil quedaría fuera de circulación.

Cogió su maletín de una de las baldas del armario y lo abrió. Dentro guardaba las armas. La 45 servía para un tiroteo en toda regla pero pesaba demasiado para llevarla, hacía que la ropa le colgara. La segunda pistola era una Cok Woodsman de calibre 22 con la boca preparada para el silenciador que descansaba en el hueco de al lado. Con buena munición y el silenciador, era el arma perfecta para matar. Casi no producía ningún sonido y la bala permanecía en el interior del cráneo en vez de salpicar hueso y sangre por toda la pared. Por último, una Smith & Wesson de calibre 38, cañón corto y con capacidad para cinco balas, lo suficientemente pequeña y ligera para llevarla pero con la potencia necesaria como para llevar a cabo el trabajo. El arma perfecta para protección personal. Se aseguró de que estuviera cargada y se enganchó la funda a la cinturilla. Seguramente no la necesitaría pero siempre era mejor llevarla y no tener que utilizarla que necesitarla y no tenerla. Ningún currante honrado le iba a saltar encima mientras cometía un delito para realizar un arresto ciudadano, no a menos que quisiera acabar con plomo en el estómago.

Dejó el maletín en el armario y cogió una chaqueta de cuero curtido y unos zapatos Bally. Los llevaría consigo por si paraba en la ciudad después. Una pena perderse la pelea pero, más tarde, todos los tipos listos de su entorno estarían en Charlie's en la Mission.

Se puso unas Reebok bajas y se subió la cremallera de la cazadora. No veía ningún bulto en el espejo, todo estaba cómodamente colocado. Se aseguró de que nada se le caería al saltar la valla. Ya le ocurrió una vez y resultó muy vergonzoso. Permaneció unos segundos más ante el espejo. Tenía bastante buen aspecto, incluso se veía guapo en un sentido grande, robusto, como uno de aquellos policías irlandeses enormes. Sonrió. Levantó las manos cual boxeador, añadió el balanceo típico de estos y lanzó un par de golpes. Boxeaba con fluidez para su tamaño. En el gimnasio, decían

que se movía como un peso medio, pero el gimnasio no era el cuadrilátero. Cuando el público gritaba con todas sus fuerzas y sonaba la campana, se le olvidaba todo lo que sabía sobre boxeo. Se movía sin sentido, como un hombre salvaje, y le pateaban el culo. Así terminó su sueño de convertirse en la gran esperanza blanca y ganar millones sobre el ring, así que volvió a conducir camiones y a robar para ganarse la vida.

Había llegado la hora de cometer un delito.

Miró a su alrededor en la habitación. No se le olvidaba nada. El destornillador afilado, el martillo de orejas y la botella de Clorox llena de keroseno estaban en el maletero y los guantes en la guantera.

Al abrir la puerta de la habitación, le asaltaron los ritmos vibrantes de la música rap.

—¡Apaga esa mierda de negros! —gritó en dirección a la cocina. Al no obtener respuesta, se enfureció y corrió por el pasillo murmurando que estaba tan alto que ni siquiera podía escucharse pensar.

La cocina estaba vacía. A través de la ventana de atrás vio a Gloria colgando camisas en el tendedero. Júnior estaba sentado en el cochecito.

Diesel se acercó a la puerta trasera.

—¿Qué coño le pasa a la puta secadora? —preguntó.

—«Puta secadora». De verdad, Charles, tu hijo...

—Qué cojones, si aún no sabe hablar.

—Pero aprenderá pronto.

—Ya, vale. Me marchó. Oye, ¿por qué escuchas esa mierda de rap? No me puedo creer lo estúpida que es esa basura. Tiene tanto que ver con la música como un pedo.

Le hizo una mueca que podía indicar tanto rechazo hacia sus palabras como ser un gesto de despedida y volvió a lo que estaba haciendo. Al ponerse de puntillas, se le estilizaban las piernas y, cuando estiraba los brazos, los pechos se le marcaban bajo la camiseta. A pesar de sus otros posibles defectos, tenía un gran cuerpo. ¿Le quedaba tiempo para uno rapidito? No.

—¿Por qué no utilizas la secadora?

—Te he almidonado las camisas como te gustan. La secadora les quita el almidón.

—Ya, claro. Me marchó ya, nena.

—¿Cuándo volverás?

—Esta noche, en algún momento.

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo, nena.

—Llámame si vas a llegar más tarde de medianoche.

—Eso está hecho —dijo, añadiendo para sí mismo—: si me acuerdo.

Mientras avanzaba por el camino de entrada en dirección a su nuevo Mustang GT

rojo descapotable, Diesel se sentía bien. Desde que se escapó del Hogar Católico para niños Hermanas de la Misericordia a los diez años y entró en un centro de menores por primera vez cuando le pillaron asaltando un pequeño supermercado, nunca habían pasado más de seis meses sin que le arrestaran. Hasta ahora, claro. ¿Acaso la cárcel se le había quedado pequeña? Conocía a hombres que vivían exclusivamente del crimen, ganaban mucho dinero y nunca iban a prisión. Quizá él también pudiera vivir así, especialmente con Troy organizando y dirigiendo el cotarro. Diesel sonrió al pensar en lo mucho que Troy le agradecería que todo estuviese listo para cuando llegara. En el garaje guardaba sus herramientas para los delitos: osciladores que utilizarían en alarmas electrónicas, un escáner para seguir las llamadas de la policía e incluso una lámpara de acetileno portátil de los marines.

Diesel subió al coche, encendió el motor y bajó la capota. Daba marcha atrás cuando se abrió la puerta principal. Gloria asomó la cabeza. Frenó.

—¡Teléfono! —gritó.

—¿Quién es?

—McCain.

—¿Mad Dog?

Asintió.

—¿Qué quiere?

—No me lo ha dicho.

—Dile que no has podido pillarme.

Gloria cerró la puerta y Diesel siguió la marcha.

—¿Para qué cojones me habrá llamado ese cabrón retorcido? —se preguntó en voz alta mientras se alejaba. La última vez que había hablado con Mad Dog fue hacía un año, cuando dieron el golpe de las nóminas del barco. La novia de Mad Dog trabajaba para la empresa de transportes así que fue ella la que les habló del golpe; por eso, mientras repartían el dinero, Mad Dog quiso separar una parte para ella. No lo había comentado antes.

—Claro —dijo Diesel—. Y me llevo una parte para Gloria también.

—¿Qué quieres decir?

—Si Sheila se lleva una parte, ¿por qué Gloria no?

—Menuda gilipollez, tío.

Se encararon uno a cada lado de la mesa de la cocina. Fue un momento tenso. Diesel estaba medio levantado de la silla, con el cuerpo inclinado hacia delante. Pesaba unos cincuenta kilos más que Mad Dog y la pistola de este seguía enfundada. No sería capaz de sacarla antes de que Diesel le rompiera la mandíbula. Mad Dog se retiró del enfrentamiento pero Diesel sabía que la semilla del odio había germinado en una mente ya bastante fértil e infestada de locura. Se mantuvo alejado de McCain desde entonces. Troy afirmaba que podía manejar al maníaco. El tiempo diría si

estaba en lo cierto o no. Troy saldría en libertad condicional en dos meses más o menos y tenía planeado un golpe para tres personas que se basaba en darles el palo a chulos, traficantes y gánsters, el tipo de personas que no podían acudir a la policía. Diesel solo tenía algo bueno que decir sobre Mad Dog.

—Al menos, no es ningún chivato. Pero ¿para qué me habrá llamado?

Tres horas después, las sombras que proyectaba un roble envolvían a Diesel en un campo de hierba seca. A treinta metros, se encontraba el paso elevado del Southern Pacific. Más allá, se extendía el muro de contención inclinado que terminaba en la valla de Star Cartage. Mientras la luna aparecía y se ocultaba entre las nubes, vislumbró las siluetas de los enormes camiones y de las barracas que albergaban las oficinas. A través de las ventanas, solo se veía oscuridad. Jimmy the Face lo había arreglado todo para que el vigilante se ausentara aquella noche por enfermedad. Parecía que The Face había dado en el clavo otra vez.

Detrás de la empresa de camiones, se extendía la U. S. 99. No había demasiado tráfico, la mayoría eran camiones llenos de productos agrícolas circulando en la noche. A varios cientos de metros por la autopista, brillaban las luces de neón de una licorería. Parecía fácil.

Diesel enrolló la mochila de lona que contenía las herramientas y el keroseno. Le resultaría más fácil cargarla bajo el brazo como una pelota de fútbol que llevarla colgando en la mano. Trotó a través del campo hacia las vías del tren agachado para disminuir su silueta. Al bajar por la pendiente para llegar a la valla, la gravilla se deslizó con él.

Llevaba unas tenazas en la mochila pero, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que le resultaría más fácil saltar la valla que cortarla. Era una opción igual de segura puesto que los edificios ocultaban la vista de la valla desde la autopista. Lanzó la mochila y saltó para sujetarse a la parte superior.

La valla tembló bajo su gran tamaño. Daba igual. No había nadie cerca que pudiera escucharlo. Saltó al suelo y se quedó quieto, agachado, observando cualquier señal de movimiento o alarma.

Nada. Silencio absoluto excepto por el sonido del cambio de marchas de los camiones al pasar. Sí, iba a resultar muy fácil. Se había tomado tres cápsulas de Dexamyl y se sentía eufórico. Se mantuvo entre los edificios y la autopista mientras avanzaba hacia los camiones.

Volvió a hacer una pausa; de nuevo, ninguna señal de alarma. Cogió el enorme y afilado destornillador que atravesó fácilmente los depósitos de combustible. No necesitó el martillo. El combustible diésel se extendió formando grandes charcos circulares en el suelo. Cuando hubo perforado los cinco camiones, vertió keroseno entre ellos para conectar todos los líquidos inflamables. Le faltaba el aliento. «Demasiados malditos Malboros», pensó.

Sacó las cerillas de madera. ¿Explotaría?

«Si explota, que explote. A la mierda». Encendió una de las cerillas con la uña del pulgar y la tiró al keroseno.

Mientras la llama azulada se extendía por el suelo, Diesel corrió en dirección opuesta.

No hubo explosión pero el fuego se extendió rápidamente. Lo vio crecer mientras saltaba la valla y, para cuando llegó al roble, las llamas habían ganado bastante altura.

Avanzaba por la autopista, a casi un kilómetro de distancia, cuando escuchó las escandalosas sirenas de los camiones de bomberos y vio las brillantes luces acercarse en dirección contraria. Como un buen ciudadano, se apartó y los observó pasar a su lado.

—Buena suerte, amigos —dijo, sonriente.

En la interestatal, se sentía rebosante de alegría por lo que acababa de hacer. La presión desapareció. Jimmy the Face le agradecería lo que había hecho. A Diesel le encantaba que le encargaran incendiar cosas. Era un trabajo fácil. El problema residía en encontrar clientes en quienes confiar. No podía anunciarse en la sección de clasificados: SE OFRECE PIRÓMANO. Una pena. Encargos así eran como regalos. ¿Qué diría Troy? «Como quitarle un caramelo a un niño».



Eran las 3:30 de la madrugada. Diesel acababa de llegar a casa y estaba en la cocina comiendo cereales con leche. Sonó el teléfono. Miró el reloj.

—¿Quién coño...? —Cogió el auricular—. ¿Diga?

—Soy yo, Mad Dog.

—¿Qué pasa, tío?

Gloria apareció en la puerta de la cocina.

—Ha llamado tres veces.

—Necesito ayuda, tío —dijo Mad Dog—. Estoy metido en un buen lío, hermano. Me han trincado por una mierda con una tarjeta de crédito pero, si no pago la fianza antes del lunes, el agente de la condicional me va a dejar aquí retenido. Ya sabes cómo va esto.

Diesel lo sabía perfectamente.

—¿Qué fianza?

—Solo mil quinientos. Ciento cincuenta para el agente de fianzas y el depósito.

—¿Qué pasa con Sheila?

—Está en Colorado visitando a los suyos. No me sé el teléfono. Tengo quince billetes en casa.

—Manda al agente de fianzas. Va a ganar una buena pasta, dale algo extra.

—No, tío, no me fío de los agentes de fianzas. ¿Y si me roba y luego dice que no había dinero?

Diesel no pronunció palabra. No le gustaba nada aquella imposición aunque sabía que accedería en cuanto llegaran las súplicas. Fueron sus siguientes palabras.

—Mira, tío, te juro que tengo la pasta en casa. No te la jugaría con algo así. Te devolveré la pasta que hayas puesto y te daré lo que quieras.

—Ya la tienes, ¿no?

—Sí, colega, lo juro por Dios.

—Ya, ahora sí que te creo. Ja, ja, ja...

—Tío, no me tomes el pelo. Por favor, hermano, no me dejes tirado en la trena.

Diesel habría dejado que Mad Dog McCain se pudriera en la cárcel pero ¿qué es lo que querría Troy? Diría que se ocupara de la fianza.

—Necesito quinientos para mis gastos.

—Son tuyos, tío. En cuanto salga de aquí.

—No intentes joderme, Dog. Si me la estás jugando, tendremos un puto problema muy serio, ¿entendido?

—Sí, D. Somos amigos. Nunca te la jugaría.

—Vale. La caballería está en camino, salgo ya mismo. Estarás fuera mañana, a lo largo del día.

—Cuento contigo.

—Oye, si te digo que va a llover en el desierto, llévate un impermeable.

Capítulo 3

El velocímetro oscilaba entre ciento cuarenta y ciento cincuenta kilómetros por hora mientras el Mustang corría por la Interestatal 5 hacia el norte. Los exuberantes viñedos y el ondulado paisaje del Napa Valley se iban transformando en un terreno más duro al subir cada vez más por las Sierras. Las ruedas del coche chirriaban en las curvas y al adelantar como un rayo a los camiones gigantes que subían despacio las pendientes. Al pasar el lago Shasta, Diesel observó las filas de casas flotantes que aguardaban en los muelles. Aquello sería divertido. Quizá cuando Troy se echara una novia podrían alquilar una durante algunos días para explorar los muchos kilómetros de vías navegables. Seguro que a Gloria le encantaría la idea, aunque tal vez a Troy no le pareciera un plan ideal, él prefería las luces brillantes y la acción.

Adoraba a su socio.

—Mi mejor colega —murmuró. Sabía que seguiría a su amigo a través de las puertas del infierno si Troy le dijera que tenía un golpe preparado ahí abajo. Troy había sido el líder desde el primer día que se conocieron en el centro de menores; escaparon juntos saltando la valla varios días después. De todos los criminales que Diesel conocía, Troy era el único cuya ambición final era ser un proscrito.

—No voy a ver ni un centavo de la herencia —le dijo una vez—. Y tampoco quiero ser una cifra más entre la multitud.

—¿Qué es una cifra? —le preguntó Diesel. Troy soltó una gran carcajada y abrazó a su amigo. Al recordar aquel momento, Diesel sintió una oleada de afecto. Haría cualquier cosa por Troy y gran parte del motivo de aquel viaje era que él querría que lo hiciera.



La lluvia habitual del verde noroeste empezó a caer al acercarse a Grants Pass, Oregon. El camino húmedo ralentizó su marcha, así que la noche ya había caído cuando llegó a Portland. Se le había pasado el efecto de las cápsulas de Dexamyl y empezaba a cabecear sobre el volante. Se detuvo y bajó la capota. El aire frío le mantendría despierto. Mientras el coche avanzara, el parabrisas evitaría que la lluvia le mojara.

En Portland, los semáforos y las señales de *stop* le obligaron a poner de nuevo la capota. ¿Qué debería hacer? Los agentes de fianzas permanecían abiertos veinticuatro horas al día pero se sentía demasiado cansado como para hacerse cargo del asunto. Más adelante, apareció el neón verde de un hotel Travelodge. Se metió en su camino de entrada.

Ya en la habitación, se sentó en la cama y se quitó los zapatos, se recostó y cerró los ojos con la intención de echarse una pequeña siesta antes de buscar agentes de fianzas en las Páginas Amarillas. El sueño le venció totalmente vestido. Un minuto después, se podían escuchar sus ronquidos al otro lado de la puerta.

Cuando Diesel abrió los ojos totalmente alerta como un depredador del bosque, vio el cielo oscuro a través de la ventana y pensó que se había hecho de noche. Joder. ¿Había dormido durante todo el día?

Su reloj marcaba las 6:50. Perfecto. Se acercó a la ventana. Las nubes cubrían el cielo por completo y la ciudad estaba húmeda aunque no llovía en ese momento.

Arrancó la página de agentes de fianzas de las Páginas Amarillas y se acercó al teléfono. La primera entrada, a.a.a. fianzas, veinticuatro horas al día, resultó ser un servicio de contestador. Querían que dejara un número para devolverle la llamada.

La siguiente pertenecía a Fianzas Byron, estatal, federal, del condado; Byron te arreglaba la fianza veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año.

Diesel marcó. Sonó una vez.

—Fianzas Byron, Byron al habla. ¿Qué puedo hacer por usted?

—A ver, amigo —dijo Diesel—. Quiero sacar bajo fianza a un colega mío. Lo trincaron aquí en Portland.

—¿Con qué cargos?

—No estoy seguro, algo relacionado con tarjetas de crédito.

—Podría ser un delito menor o uno grave.

—Imagino que será uno grave.

—¿Tiene dinero?

—Tengo una Visa Citibank.

—Ahí hay dinero. ¿Cómo se llama su amigo?

—Mmm, McCain.

—¿Nombre?

—Esto... No lo sé.

—¿Es su amigo y no sabe cómo se llama?

—Solo sé cuál es su apodo —dijo Diesel—. No voy a decirte que el apodo es «Mad Dog» —añadió para sí mismo.

—McCain será suficiente, supongo. No es tan común. ¿Sabe en qué cárcel está?

—Ni idea.

—Puedo averiguarlo. ¿Cuándo le detuvieron?

—El viernes, estoy casi seguro.

—¿Se pasará por aquí con el dinero?

—Claro, solo que no sé cómo llegar hasta ahí. No conozco una mierda de Portland.

—¿Dónde está?

—En un hotel Travelodge que se ve desde la 1-5.

—Bien. Vuelva a la 1-5 y cruce el puente en dirección norte. Tome la primera salida... —Byron le dio todas las indicaciones necesarias, parecía fácil. Solo había que girar después de tomar la primera salida.

Pagó la habitación del motel y se puso en marcha. Era domingo y el tráfico escaseaba con aquel tiempo tan deprimente. Al girar en una calle de edificios de ladrillo de dos plantas, se puso a llover. Iluminó con los faros un Jaguar XJS aparcado justo enfrente. A través del parabrisas borroso por la lluvia y el cristal del escaparate, vio la pequeña señal de neón: FIANZAS BYRON.

Al correr hacia la puerta, se percató de que la matrícula del Jaguar rezaba BAIL BND, agente de fianzas. El lujoso coche brillaba a la luz de una farola bajo la lluvia. Joder, no cabía duda de que se ganaba mucho dinero con el negocio de las fianzas, eso si se conseguía trincar a la gente y meterla en la cárcel. Él sería capaz de cargarse a algún imbécil pero, meterlo en la cárcel, eso era cosa de chivatos. No se consideraba chivatazo si lo hacía un policía, incluso un ciudadano de a pie. Eso formaba parte del juego. Pero un agente de fianzas estaba en medio, mitad ciudadano mitad matón.

Dentro, en un escritorio rayado a poco más de un metro detrás de un mostrador vacío, Byron hablaba por teléfono mientras escribía en un cuaderno de rayas de papel amarillo. El escritorio estaba cubierto de cestas de papeles y documentos.

Diesel se inclinó sobre el mostrador. Olía a puros, estaba seguro de que habría un par de colillas en el cenicero del escritorio.

Byron se despidió y colgó el teléfono.

—Usted es...

—He llamado por McCain.

—Claro, claro. No recuerdo su nombre.

—Charles Carson. —Diesel sacó la cartera y extrajo de ella el trozo de plástico dorado, cinco de los grandes en mano. El dinero hablaba por sí solo.

—Bien, señor Carson. He hecho algunas comprobaciones. Su amigo se encuentra en la prisión Multnomah bajo sospecha de haber violado el Código de Negocios y Profesiones, sección uno, ocho, cinco, tres, subsección A, sea lo que sea eso. Algo sobre tarjetas de crédito. Ahora mismo no hay ninguna fianza pero la recomendación es fijarla en mil quinientos. Puedo conseguir la orden firmada en media hora. Ya he averiguado quién es el juez de guardia. Está en casa pero he hablado con su asistente.

—Perfecto, hace muy bien su trabajo. ¿Cuánto va a costar todo esto?

—Tres cincuenta para la orden, diez por ciento de la fianza como honorarios y el depósito que se le devolverá cuando se presente ante el juez.

—Aquí tiene, campeón. —Diesel le acercó la tarjeta pero se detuvo a mitad—. Una cosa, cuando le pongan en libertad, el dinero me lo devolverá a mí, no a él.

¿Entendido?

—Ningún problema. —Cogió la tarjeta de crédito y se dirigió al teléfono para asegurarse de que todo estaba en orden—. Siéntese —le dijo.

Diesel se sentó y cogió un ejemplar de *Sports Illustrated* que contenía un artículo sobre el juicio a Mike Tyson por una acusación de violación. «Maldito negro estúpido», pensó Diesel con más compasión que desprecio. Diesel estaba seguro de que la «víctima» había jugado con el macho en celo como con un pez que muerde el anzuelo. Ella sabía exactamente qué haría y cómo actuaría después. Diesel se sintió inteligente. Puede que fuera ignorante en muchos aspectos pero conocía los juegos a los que jugaba la gente.

Byron colgó el teléfono y se levantó. Era un hombre pequeño. Hizo una «O» con el pulgar y el índice y le guiñó el ojo.

—Tan válida como el oro —le dijo mientras cogía un impermeable que colgaba del respaldo de una silla—. Voy a que me firmen la orden ahora mismo. Tiene coche, ¿verdad?

—Sí.

—¿Va a ir a recogerle?

Diesel asintió. Por supuesto que iba a recogerle. Mad Dog tenía que darle dinero. El maníaco no saldría de la cárcel con un arma y Diesel se aseguraría de que no consiguiera ninguna hasta que le pagara lo que le debía. Si no lo tenía... Diesel dejó el pensamiento en el aire, no quería comprometerse a nada, ni siquiera mentalmente.

Byron miró la hora.

—Puedo conseguir la orden firmada y entregarla en la cárcel en una hora más o menos, pero no le dejarán salir hasta que terminen con el registro de toda la pesca de la noche. ¿Lo pillas? La pesca...

Diesel gruñó y medio sonrió. Era toda la alegría que se merecía el chiste.

—Entonces...

—¿Por qué no se pasa por la cárcel sobre las diez, diez y cuarto? Empiezan a liberar a los presos sobre esa hora.

—Eso suena bien. ¿Dónde está?

Byron volvió a guiñarle el ojo, a Diesel le dieron ganas de preguntarle si tenía un tic nervioso. Sacó un callejero mimeografiado con varias flechas que indicaban cómo llegar de la «Oficina de Byron» hasta la «Prisión del condado».

Byron encendió el contestador automático y acompañó a Diesel hasta la puerta.



Diesel comió en Denny's y se juró que nunca más lo haría. Unos minutos pasadas

las diez, pasó junto a la prisión Multnomah, una fortaleza de bloques de granito del siglo diecinueve que le recordaba a Folsom. Tenía barrotes y ventanas de cristal esmerilado tras las que podían observarse sombras en movimiento.

Condujo alrededor de la cárcel durante otros quince minutos y después volvió. Pasó por delante, despacio. No había sitio para aparcar en la acera.

A unos metros de la entrada, encontró un hueco junto a una boca de incendios. Serviría. No pensaba bajarse del coche, ya se movería si llegaba algún camión de bomberos. Desde allí, podía vigilar la puerta de la cárcel.

Encendió la radio y giró el dial en busca de alguna emisora que pusiera buenos temas clásicos pero se detuvo al escuchar un evento deportivo. Baloncesto... Parecían los Trailblazers. Movié el dial de nuevo. Natalie Colé. Lo dejó. Afinó la sintonización para que sonara mejor y se recostó a observar la lluvia.

La cárcel parecía una caja de galletas. Puede que dentro la seguridad fuera máxima pero, desde fuera, se veía débil. Seguro que tenía algún calabozo en algún lugar de sus entrañas. Incluso las instituciones de mínima seguridad disponían de un calabozo de máxima seguridad en algún rincón, pero el iluso ciudadano medio pensaría que tenía aspecto débil. Cualquier prisión en la que pudieras dar con una ventana al exterior lo pedía a gritos. Cualquier cosa podía entrar, cualquier cosa podía salir. Corta un barrote y podrá pasar un cuerpo.

Unos faros iluminaron al Mustang desde detrás. La luz inundó el coche cuando un autobús de la prisión, con ventanas enrejadas salpicadas de tenues manchas blancas de las caras que miraban al exterior, pasó a su lado y entró en la cárcel.

—Pobres imbéciles —murmuró Diesel—. Mejor vosotros que yo —añadió.

Poco después, el Jaguar se detuvo y aparcó en doble fila junto a la puerta iluminada. El conductor salió del coche rápidamente y corrió bajo la lluvia hacia la entrada. Diesel salió del Mustang y corrió por la acera.

—¡Byron! ¡Oye, Byron!

La puerta de entrada zumbó y Byron entró. Diesel continuó avanzando por el camino y se detuvo junto a la puerta. ¿Debería esperar allí? El umbral lo resguardaba prácticamente de la lluvia. Entonces vio el circuito cerrado de grabación. En cuanto lo miró, una voz procedente de un altavoz le habló, seguramente sería alguien que observaba el monitor.

—¿Cuál es el motivo de su visita, señor?

—Estoy esperando a un agente de fianzas. Acaba de entrar.

—Lo siento, señor. Tendrá que esperar en la acera. No está permitido permanecer donde usted se encuentra.

—Vale, no hay problema. —Diesel le dedicó su mayor sonrisa irlandesa y se tocó la frente a modo de saludo. Volvió al coche y bajó la ventanilla para vigilar mejor la entrada.

Un minuto después, un par de asistentes salieron y subieron a un coche aparcado más cerca de la entrada. Diesel aparcó en su espacio. Cuando Byron salió, le hizo una señal con los faros, bajó del coche y se le acercó.

—Aquí está —dijo Byron—. Su amigo saldrá en un rato. He hablado con él y le he dicho que le estaría esperando.

—Buen trabajo —comentó Diesel—. Gracias.

—Se lo he dicho a él pero se lo repetiré a usted. Debe presentarse ante el juez el jueves, División Dos. Recuérdeselo si quiere recuperar su dinero.

—Se lo recordaré —dijo Diesel.

—Tengo que resguardarme de esta lluvia —dijo Byron—. Buena suerte.

—Lo mismo digo.

Se estrecharon la mano y Byron corrió hacia su coche. El motor del Jaguar rugió con potencia al alejarse, las luces traseras brillaron al frenar ante la señal de *stop* de la esquina. Giró y desapareció.

Media hora después, empezaron a salir hombres de la prisión cada par de minutos. Tras ver a los dos primeros que pasaron por su lado, a Diesel le pareció obvio que los estaban liberando. Uno de ellos llevaba una camiseta interior sin mangas a pesar de la lluvia.

Salieron unos seis más antes de que Diesel reconociera a Mad Dog McCain. Estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para verle la cara, pero Diesel reconoció el lenguaje corporal de su forma de caminar. Dio una ráfaga con las luces del coche y abrió la puerta.

—¡Oye, tú, delincuente! —le gritó—. Aquí está tu hombre esperándote. — Esperaba que la broma carcelaria mitigara cualquier hostilidad residual que quedara de su último encuentro. Mientras la pequeña y huesuda silueta se acercaba y entraba en el coche, Diesel intentó leer su expresión, su actitud. Esperaba una amplia sonrisa pero solo obtuvo un ligero movimiento de labios.

—Larguémonos de aquí antes de que cambien de idea —dijo Mad Dog—. ¿Cómo te va?

—Me va de perlas, de puta madre.

—Gracias por salvarme el culo, tío —dijo Mad Dog cuando el coche se puso en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Diesel.

—Tengo que recoger mi coche del depósito. ¿Llevas algo de pasta encima?

—No, tío. Le di todo mi dinero al tipo de la fianza —mintió Diesel—. Eres tú el que tiene que darme pasta, sino no puedo poner gasolina para llegar a casa.

—Sí, vale. ¿Sabes cómo llegar a mi casa?

—No. Bueno, no desde aquí.

—Gira a la derecha en el segundo semáforo.

Durante el trayecto, Mad Dog le contó que lo habían arrestado en la gasolinera cuando fue a recoger su coche e intentó pagar con la tarjeta de Chevron de Sheila.

—Joder, había denunciado que la había perdido.

—Pero eso puede arreglarlo, ¿no?

—Sí, claro, cuando vuelva.

A Diesel no le interesaba demasiado lo que le contaba Mad Dog. No le gustaba nada y, aunque se burlaría de cualquiera que le acusara de tener miedo, en realidad, Mad Dog le inquietaba. El tío era demasiado paranoico e impredecible. En San Quintín, otro maniaco y él apuñalaron a un tío más de diez veces porque pensaba que se le había quedado mirando. Los cirujanos de la cárcel fueron capaces de salvarle la vida pero las cañerías del tipo nunca serían lo mismo. Diesel conocía a muchos asesinos a quienes no les importaba un carajo si el cielo se cubría de nubes y llovía mierda de perro, pero ellos eran predecibles. Los maníacos como Mad Dog podían perder la cabeza por cualquier razón, o sin ninguna. De no ser por Troy, que afirmaba poder manejar a Mad Dog, Diesel jamás habría tenido nada que ver con él. El argumento final de Troy, de gran peso, la verdad, era que «al menos no tendrás que preocuparte por que te delate».

—Gira aquí —dijo Mad Dog.

Diesel giró y reconoció la calle. Las casas de madera se extendían sobre una colina, elevadas sobre la calle, con los garajes excavados en la ladera de abajo. Aparcó delante de la casa.

—¿Quieres esperar aquí o prefieres subir?

Diesel se imaginó a Mad Dog saliendo por la puerta de atrás y saltando por la valla mientras él le esperaba como un estúpido.

—Está bien, subiré contigo.

—Como prefieras.

Mad Dog bajó del coche y Diesel le siguió escaleras arriba. McCain dirigió la marcha alrededor de la casa hacia el porche trasero, cogió una llave de debajo de los escalones y abrió la puerta. Pasaron junto a una nevera y un congelador en el viejo porche y entraron en la cocina. Mad Dog encendió las luces. La cocina estaba inmaculada, Diesel recordó que Mad Dog era un «maniático de la limpieza», una expresión utilizada por los convictos para referirse a la limpieza compulsiva, un rasgo común entre los que cargaban con algún tipo de culpa.

Atravesaron la cocina y el vestíbulo hasta llegar al salón.

—Espérame aquí —le dijo Mad Dog.

Diesel estuvo a punto de responderle que le acompañaba pero aquello indicaría tanto una falta de respeto como una señal de debilidad. Parecería que tenía miedo de que le timaran.

—Adelante —dijo al sentarse en el sofá destartalado. Escuchó chirriar las

escaleras de la parte delantera bajo los pies de Mad Dog al subir al segundo piso.

Mientras esperaba, Diesel sintió ganas de mear. Se acordó del pequeño lavabo junto a la cocina. Al entrar en él, escuchó a Mad Dog bajar por las estrechas escaleras de la parte de detrás que daban a la cocina. «El cabrón se está volviendo hábil», pensó, y agudizó el oído. Si escuchaba abrirse la puerta de atrás, saldría de golpe y le daría una buena paliza al pájaro. Avanzó un poco hacia la puerta de la cocina. Vio a Mad Dog en el porche trasero levantando la puerta del congelador. «Estará cogiendo el dinero», pensó Diesel y volvió atrás, apartándose del campo de visión.

Volvió al salón. Un minuto después, Mad Dog apareció con un fajo de billetes en la mano.

—Dos de los grandes —dijo—. ¿Quieres contarlos?

—Me fío de ti.

—¿Me llevas al depósito para que pueda recoger el coche?

—Claro. En marcha.

Salieron por la puerta principal y bajaron por las escaleras hacia el coche. Mad Dog lo dirigió hasta el depósito. Cuando llegaron, les tocó rellenar unos formularios y hacer cola.

—Me piro, Dog —dijo Diesel—. Ya no me necesitas.

—No, desde aquí ya lo tengo todo controlado. Gracias, hermano. —Le tendió la mano y sonrió. Al devolverle el apretón, Diesel le miró a los ojos. No tenían vida, parecían vacíos. Si era verdad que se podía ver el alma a través de los ojos, Mad Dog carecía de ella.

—Nos vemos cuando suelten a Troy —dijo Mad Dog.

—Sí, y después nos haremos ricos.

Mientras se alejaba, Diesel vio a Mad Dog fumarse un cigarrillo fuera de las oficinas del depósito. «¿Debería hacerlo? —pensó—. ¿Qué pega hay? ¿Perder su amistad? Eso no sería ninguna pérdida. Tal vez tenga que matarle. Aunque lo dudo».

Se acercaba al cruce en el que tendría que decidir. A la izquierda hacia la interestatal 5 dirección sur, recto hacia la vieja casa y el dinero del congelador.

Siguió recto cuando el semáforo se puso en verde.

Condujo hasta más allá de la casa, giró en la esquina y se detuvo. Prefería andar un poco antes que arriesgarse a que Mad Dog volviera y viera el coche. Cogió la 38 y una linterna de la guantera. Bajó del coche y volvió a la casa a pie.

Diesel subió las escaleras a una velocidad y con una agilidad sorprendentes para alguien de su tamaño. Si encontraba una gran cantidad de dinero, esperaría a Mad Dog y acabaría con él cuando volviera.

Rodeó la casa sin dudar. La llave. Subió las escaleras hacia el porche trasero. Estaba oscuro pero no quería encender ninguna luz. La ventana de un vecino le proporcionaba la claridad suficiente para distinguir el contorno de las cosas. Se

dirigió directamente hacia donde Mad Dog había buscado, el congelador. Levantó la tapa con una mano y sujetó la linterna con la otra apuntando al interior.

El haz de luz iluminó la cara con los ojos abiertos de Sheila, congelada y cubierta por una capa de hielo.

Se le erizó el pelo de la nuca, algo que nunca antes había experimentado. Lanzó un grito ahogado y saltó hacia atrás dejando que la tapa se cerrara de golpe. El corazón le latía a toda velocidad y temblaba. Dios santo. Normal que el cabrón tuviera tantas ansias por salir de la cárcel, antes de que alguien mirara en el congelador.

¿Y la niña?

Diesel vio un paño de cocina colgando del tirador de la puerta de la nevera. Lo cogió y lo utilizó para abrir de nuevo la tapa del congelador. Esta vez sabía qué esperar. Efectivamente, la niña estaba bajo la mujer, parte del brazo sobresalía.

—Maldito cabrón retorcido —murmuró. Podía aceptar que alguien matara a un adulto por alguna razón, pero a una niña... Se le hizo un nudo de dolor y asco en el estómago. Durante un momento, pensó en algo que ni una sola vez antes se le había pasado por la cabeza: echar una moneda en un teléfono público y dar un chivatazo. Borró la idea de su mente de inmediato.

Tenía que salir de allí. ¿Qué pasaba con el dinero? A la mierda el dinero. No tenía ni idea de dónde lo escondía. Mad Dog había ido allí a ver los cuerpos, no para buscar el dinero.

Diesel limpió la tapa del congelador con el paño. Había dejado huellas por el resto de la casa pero no había forma de borrarlas. Lo único que realmente importaba era el congelador y acababa de ocuparse de eso.

Salió, cerró la puerta y se dirigió al coche. Durante el largo trayecto de vuelta a Bay Arena, no paró de recordar la imagen de la cara de Sheila cubierta de escarcha. No quería verla más, quería olvidarla.

Al llegar a casa, el recuerdo de aquel horror le pesaba tanto que Gloria le preguntó si algo andaba mal. Casi se lo soltó de golpe pero, al final, negó con la cabeza.

—Todo va bien.



Unas semanas después, Mad Dog McCain llamó a Diesel para decirle que se había mudado de nuevo a Sacramento. Le dejó su número de teléfono y le dijo que ya había escrito a Troy para darle la dirección.

—Saldrá pronto, ¿verdad?

—En cuatro o cinco semanas.

—Tío, estoy más que listo. Provocaremos una ola criminal nosotros solos.

Diesel temblaba al colgar el teléfono. ¿Qué diría Troy sobre los asesinatos? Quizá él podía explicar cómo alguien era capaz de matar a una niña, algo que escapaba al entendimiento de Diesel.

—Júnior, ven aquí —dijo, cogió a su hijo y lo meció entre sus brazos.

Capítulo 4

A diferencia de la mayoría de presos de San Quintín, Troy Augustus Cameron nació en el seno de una familia asentada en la clase media alta. Su padre era un rico urólogo de Beverly Hills y su madre la Reina del baile de la Universidad del Sur de California. Durante sus primeros doce años de vida, Troy vivió en una casa de dos plantas en Benedict Canyon y estudió en una exclusiva escuela privada donde sus notas eran perfectas y diferentes tests indicaban que su coeficiente intelectual era de 136. A pesar de las apariencias externas, su vida era cualquier cosa menos idílica. Su padre era un borracho ocasional y un maltratador. Una o dos veces al año, la borrachera degeneraba en un episodio psicótico. Bebía hasta convertirse en un animal, ciego y salvaje, y le propinaba una buena paliza a su mujer tras acusarla de infidelidad.

A los doce años, con pelo púbico y mucha testosterona, un chico se cree un hombre que debe proteger a su madre, incluso de su padre. Troy se interpuso entre ellos y se llevó una bofetada que lo lanzó al otro lado de la habitación. Cogió una calibre 22 de un armario del piso de arriba, la cargó y le metió tres balas a su padre en la espalda.

El hombre sobrevivió, lo que probablemente fue peor para Troy porque su madre negó su versión de los hechos. Aquello planteó la cuestión de su salud mental; sin embargo, los psiquiatras le describieron como una persona legalmente cuerda, de gran inteligencia y muy racional, pero también extremadamente sociopática. Sus valores, sus creencias, lo que consideraba estar bien o mal, no eran los típicos. Con su jerga psicológica, también destacaron un complejo de Edipo sin resolver. A pesar de todo eso, tal vez no habría cumplido tiempo en la Bestia de no haber herido de gravedad a un joven negro que le había robado las zapatillas. El chico negro era dos años mayor y pesaba trece kilos más. Cuando estaban en el comedor, Troy cogió el escurridor de un cubo de fregona y se lo tiró al extorsionador a la espalda; el muchacho cayó al suelo y se quedó ahí tirado, con los dedos de los pies hacia arriba hundidos en las zapatillas de deporte. Troy sonrió, le recordaba a la Bruja mala del Este... Los funcionarios de prisiones que lo presenciaron consideraron el gesto especialmente condenatorio, y así se ganó que lo enviaran al colegio para chicos Fred C. Nelles.

El reformatorio resultó más duro para él que para la mayoría, al menos, al principio. Como hijo único de una familia de clase media alta, destacaba entre la mayoría de chicos de todas las razas procedentes de clases bajas. Hablaba con una gramática perfecta en la tierra de lo vulgar y lo inarticulado. Era un chico culto rodeado por una mayoría de analfabetos. Sin embargo, en unos meses, había adoptado el color del mundo que le rodeaba, el argot, la forma de caminar y las

claves de lo que resultaba virtuoso y lo que no. No obstante, sus sueños nacieron en el mundo de los libros adonde escapaba siempre que podía, a Zane Grey, Jack London y Rudyard Kipling. A Troy le faltaban influencias civilizadoras, y el papel que el Destino había dispuesto para él le resultaba ajeno. Era incapaz de cumplir el onceavo mandamiento: Te adaptarás.

Incluso entonces habría podido mezclarse de nuevo con su antiguo mundo de no ser porque se sentía excluido. Las chicas que conocía de niño tenían prohibido verle. Lo habían señalado como a Caín por lo que hizo a los doce años. El mito cristiano del perdón y la redención personificado en el hijo pródigo no era más que una patraña. En cierto modo, se alegraba de que así fuera; la hipocresía le permitía autojustificarse, y la autojustificación es lo único que una persona necesita para hacer cualquier cosa.

Si la burguesía le había dado la espalda, los bajos fondos lo acogieron. Para cuando cumplió los dieciséis, había robado varios supermercados e invertido el dinero en maría de primera calidad del condado de Humboldt para convertirse en el Rey de la Hierba de Hollywood Oeste. La siguiente vez que lo arrestaron fue el día en el que un travesti hecho y derecho resultó ser un agente de narcóticos. En comisaría, Troy miró al agente de metro noventa, en tacones, con los ojos y los labios pintados; aquella pinta no dejaba lugar a las especulaciones pero Troy negó con la cabeza. ¿Quién lo habría imaginado? ¿Uno de narcóticos disfrazado de *drag queen*? Aquello le dejó de nuevo en manos de las Autoridades de Menores hasta que cumplió los veintiuno. Para entonces, ya era un criminal hasta la médula, tan consagrado al crimen como un novicio a Roma.

Tardaron cinco años en pillarle otra vez. Durante ese tiempo, terminó el aprendizaje y se convirtió en oficial de ladrón. Abría cajas fuertes quemándolas con acetileno y les planeaba robos a mano armada a Diesel Carson y Bobby Dillinger. Entre los robos, se incluían el secuestro de camiones llenos de cigarrillos y whisky, cajas fuertes de supermercados (antes de que las reemplazaran las cajas de seguridad y cerraduras dobles) y reventas de entradas. Cuando se encontró con Carson y Dillinger por primera vez, atracaban solamente tiendas 7-Eleven. Resultaba arriesgado y el botín insignificante. Asumió sus gastos, salía a buscar lugares para robar, pasaba tiempo estudiando cómo hacerlo, dónde se guardaba el dinero, cuándo había y quién lo controlaba. Los llevaba con él y les explicaba cada paso, les hacía ensayarlos y ellos se alegraban de seguirle. Conseguían el setenta y cinco por ciento de una cantidad mucho mayor que los pocos cientos de dólares que se sacaban previamente. También era mucho más seguro porque los golpes ahora se planeaban, no como antes cuando se lanzaban a lo loco con la posibilidad siempre presente de que surgiera alguna sorpresa. De hecho, Diesel acabó en San Quintín tras intentar robar él solo en una sala de póquer de Sacramento. Al salir, el aparcamiento se

iluminó más que el estadio de los Yankees en una noche de partido.

—¡Quieto! —Se quedó paralizado.

—De cinco años a cadena perpetua —dijo el juez. Se reunió con Mad Dog y los demás en San Quintín.

Dos años después de que Diesel entrara en la cárcel, un agente de narcóticos de la División de Hollywood pilló a Troy con veintiocho gramos de cocaína. La cantidad era pequeña pero iba separada en papelinas de gramo, «preparadas para la venta» según el argot legal, así que constituía un delito grave con una condena obligatoria.

Troy fue puesto en libertad bajo fianza con las escrituras de la casa de su madre como garantía. Unas semanas antes del juicio le realizaron una mastectomía; moriría mientras él cumplía condena. El día que iba a entregarse, se presentó en el juzgado con una Browning de 9 mm en la bota. Esperó hasta que se pronunció la última palabra, dictaron sentencia y el juez declaró que «la fianza quedaba exonerada». En el momento en que la casa de su madre dejó de correr peligro, sacó la pistola al salir de la sala y, en el pasillo, pasó corriendo junto a un policía fuera de servicio en ropa de calle. El policía lo siguió hasta el hueco de la escalera, se asomó y disparó hacia abajo. Una bala le destrozó el tobillo, cayó en el siguiente rellano y se quedó allí tumbado, indefenso.

Lo acusaron de intento de huida con violencia, pero después, tras una negociación entre la defensa y la acusación, lo rebajaron a un simple intento de fuga, de seis meses a cinco años en lugar de entre cinco y veinte. Ya arrastraba diez años por el caso de drogas y con esos otros cinco se convirtieron en quince. Parecía toda una eternidad.

La junta de libertad condicional determinaba la condena real según las leyes. Con Troy, podían fijarla en cualquier punto entre uno y quince años. Esperaba cumplir cinco o seis porque la media para tales delitos era de unos treinta meses, y sabía que su caso era el doble de serio que un intento de huida normal. También esperaba la condicional. Sus planes y sueños empezaron a acumular polvo y a atrofiarse cuando los cumpleaños pasaban cada vez con más velocidad a partir de los treinta. Aparentemente, la junta de libertad condicional consideraba su intento de huida mucho más serio que el intento habitual; seguían denegándole la condicional año tras año. Tras cinco años con un historial médico perfecto, su madre perdió la batalla contra el cáncer; ni siquiera le permitieron asistir al funeral. Su última conexión con la sociedad que acataba las leyes quedó enterrada con ella. Nunca más volvió a considerar ser otra cosa que un ladrón.

A los diez años, fijaron la condena en doce años entre rejas y tres más de libertad condicional. Sonrió y dijo «gracias», pero en su interior su corazón era una piedra. Quedó irrevocablemente comprometido con su papel de huérfano criminal. No sentía ningún interés por la sociedad. Esta le había dado la espalda y ahora esperaba que se

conformara con ser un mero trabajador más como recompensa por estar fuera de la cárcel. La libertad real implicaba tomar decisiones; sin dinero, no hay nada que hacer. Tras once años y medio en San Quintín, ya no era ningún novicio. Tiempo después de haberse ordenado, ya había ascendido como mínimo a monseñor de los bajos fondos. Le encantaba el crimen. No existía otro momento en el que se sintiera más vivo que mientras agujereaba el techo de un negocio para robar la caja fuerte. Era un leopardo, un depredador, y el resto gatitos domésticos, la mayoría, además, sin zarpas.

Le quedaban seis meses para prepararse. Siempre había practicado ejercicio de forma moderada pero en la recta final aumentó el ritmo. Corría alrededor del patio, rodeando el jardín, a un ritmo que se acaba convirtiendo en un *sprint* por la parte izquierda del campo hasta llegar a la posición del bateador. Los días pasaban.

A la hora de comer, cuando la mayoría de convictos esperaban en fila en el patio principal, él se quedaba en el gimnasio levantando hierro para endurecer unos músculos ya firmes. Mientras hacía sentadillas, se acordó de un ladrón inglés que le explicó que así era como se preparaban ellos para un golpe. En Londres, nadie llevaba pistolas, ni los ladrones profesionales ni la policía que patrullaba las calles; si eras capaz de largarte corriendo o de ganar a quien te cogiera en una pelea, tenías muchas posibilidades de escapar. Estar en buena forma era un requisito indispensable para los ladrones de Londres. En Estados Unidos, también ayudaba, aunque una Smith & Wesson resultaba, al menos, igual de útil. Aunque, en igualdad de circunstancias, prefería escapar corriendo que a disparo limpio.

Troy Augustus Cameron sentía que su condición de ladrón estaba justificada. En el fondo de dicha justificación, residía la creencia de que no necesitaba ninguna. Dostoievski, a través de la voz de Iván Karamazov, lo resumía brevemente: si Dios no existe, entonces todo está permitido. Los padres de Troy nunca fueron a la iglesia, ni él tampoco. De niño, creía en Dios y en Jesús porque todo el mundo parecía creer lo mismo y nadie afirmaba lo contrario. Más tarde, deseó fervientemente que existiera un Dios pero no consiguió encontrar pruebas de ello. Parecía absurdo que Dios hubiera creado el universo hacía miles de millones de años y que después esperara el noventa y nueve coma nueve por ciento de su existencia para crear criaturas «a su imagen y semejanza» en un planeta minúsculo en la cola de una galaxia menor. Sería como si alguien fuera a la playa, cogiera un grano de arena y dijera «*Voilà*, voy a poner mi imagen en esto». La hipótesis de Dios era defendible cuando la humanidad pensaba que la Tierra tenía diez mil años y ocupaba el centro del universo. Francis Bacon inició la revolución contra Dios y Darwin le dio la puñalada final en el corazón. Solo los ignorantes y los temerosos (que dan el salto a la fe a pesar de los hechos) creen en Dios actualmente.

Troy pasó muchas noches queriendo creer, pero estaba más comprometido con la verdad que con la paz interior. La suya era la única posición que encajaba con los

hechos. Para Troy, no había más Dios en un crucifijo que en un tótem o en la Estrella de David. El hombre era libre para actuar como Dios, y él lo hacía.

Tachó los últimos seis meses del calendario, día a día. Le quedaban veintidós cuando lo llamaron desde la Ventanilla de Paso a su trabajo en el gimnasio para informarle de que tenía una visita.

¡Una visita! No había recibido ninguna desde que su madre empeoró. Resultaba irónico que si alguien lo mataba y lo enterraba en el patio principal, nadie en el mundo preguntaría nunca qué fue de él. Cogió una camiseta limpia, se arregló el pelo y optó por no afeitarse. Corrió por las gastadas escaleras de cemento hacia el patio principal y siguió el camino en dirección a la oficina del Capitán. Los presos iban y venían. Intercambió saludos con la cabeza o algún otro gesto de saludo con los que conocía, los presos reaccionaban ante cualquier mínimo signo de falta de respeto. El guardia de la oficina del patio le hizo un gesto para que pasara. Rodeó el Jardín Bonito. Era principios de verano y el extraño y formal jardín, surcado por un laberinto de senderos que los presos no podían utilizar, estaba en plena y abundante floración.

En la Ventanilla de Paso, el sargento le dio una tarjeta de visitante con su nombre y su número. La palabra «Visita» estaba escrita a máquina, detrás había un guión y «Abgdo». Un abogado. ¿Qué abogado? ¿Le había demandado alguien? Poco probable, sería como predicar en el desierto.

Se dirigió hacia la puerta de seguridad de la zona de entre puertas. Al acercarse a la puerta, el guardia lo miró de arriba abajo y le dejó entrar. Después de un cacheo rápido, se abrió otra puerta y entró en la sala de visitas. Era un día entre semana así que estas escaseaban. Los presos se sentaban a un lado de las largas mesas tras mamparas que llegaban a la altura de los pómulos, los visitantes al otro lado. Recorrió la sala con la mirada pero no reconoció a nadie. Entonces, un hombre de pelo gris se levantó y le hizo una señal para que se acercara. Troy se dirigió hacia él con el ceño fruncido. El visitante sonreía. Cuando estuvieron cara a cara, Troy por fin lo reconoció. Se trataba de Alexander Aris, alias «The Greek» o «El Greco». La última vez que Troy lo había visto, el pelo del Greco era negro; ahora se le había teñido de blanco prematuramente. Una década puede marcar una gran diferencia.

El hombre sonrió.

—Hola, viejo... ¿Sorprendido?

—¿Caga un oso en el bosque? ¿Qué cojones haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Lo único que cualquier infeliz necesita es la identificación adecuada. Yo tengo una que dice que estoy capacitado para ejercer en los juzgados de California.

—Yo también necesitaré una.

—Eso es fácil. Conozco a un mejicano en Tijuana. Puede conseguir el equipo completo: carnet de conducir, tarjetas de crédito, todo por quinientos.

—Joder. Cuando entré aquí solo costaba ciento cincuenta.

—La inflación, hermano, la inflación. Te veo muy bien.

—Tú también, excepto por el pelo.

—Me da un aspecto distinguido, imbécil. Lo diré de otra forma, la pasma no molesta a los hombres mayores de pelo blanco.

—Oí que estabas al mando ahí fuera y que luego desapareciste.

—He vuelto a la hierba. Tengo un par de mejicanos locos que lo manejan.

—¿Tráfico?

El Greco asintió.

—Tú ya sabes.

—¿Mucho?

El Greco se encogió de hombros.

—No sé. Tampoco muevo toneladas...

—¿Sabes algo de Big Joe?

—No.

—Lo trasladaron a Pelican Bay. Tiene cáncer y no le dan la condicional para que reciba tratamiento.

—Joder. Lo visité en la cárcel el año pasado cuando estaba con el emplazamiento. Se encontraba estupendamente. Puede que sea el tipo más duro que conozco. Mentalmente, quiero decir.

—Eso es lo importante, joder.

El Greco se le acercó más y bajó la voz.

—¿Qué piensas hacer cuando salgas?

—Intentaré levantarme algo de pasta, ¿tú qué crees?

—¿Tienes algo en marcha?

Troy negó con la cabeza y sonrió.

—Después de una década aquí dentro, ¿qué podría tener? Lo que quiero hacer es ganar pasta y largarme del país antes de que se vuelva totalmente fascista sin darnos cuenta.

—Oye, hermano, ¿no te habrás convertido en un revolucionario en la cárcel?

—No, joder. Soy capitalista hasta la médula. Pero en diez años la población de la cárcel ha pasado de treinta mil hasta casi cien mil. Esto no hace más que empeorar, tío. El miedo, hermano, el miedo.

—Son los negros, tienen a todo el mundo acojonado.

—Sí, pero no pueden aprobar leyes que sean solo para negros. Además, para ellos, yo ya soy un viejo blanco negro. Cualquiera con antecedentes se convierte en un negrata automáticamente.

—Hablas muy raro, hermano. Troy sonrió y asintió.

—¿Qué cojones esperabas después de pasarme doce años en el cubo de la basura?

Pero no me he vuelto loco de remate. Lo único que se necesita es saber un poco de historia y mirar los hechos de frente. Pero a la mierda todo eso. Sé que no has recorrido más de seiscientos kilómetros y te has colado en San Quintín para escuchar lo que tengo que decir sobre el estado de la nación. ¿Qué pasa?

—Te voy a meter en el negocio para que ganes un montón de dinero.

—No soy ningún traficante. Eso se parece demasiado a... un negocio.

—No es nada de eso. Tengo un abogado especializado en casos de droga importantes. Está dispuesto a dar un chivatazo para que les desplumen.

—Joder, cuéntame más, hombre.

—Necesitarás un socio.

—Tengo a dos esperándome.

—¿Los conozco?

—Creo que no. Diesel Carson y Mad Dog McCain.

El Greco negó con la cabeza.

—Son del norte, San Francisco y Sacramento. Son legales. Uno está loco pero ¿qué cojones tiene eso de malo?

—Nada. Este es el trato con el bocas. Quiere el veinticinco por ciento.

—¡El veinticinco por ciento! Y una mierda. Si le diera el veinticinco por ciento, tendría que robarle después o me sentiría como un gilipollas. Él se quedará en la cama con su vieja mientras yo me juego el culo.

El Greco le hizo un gesto a Troy para que bajara el tono de las protestas.

—Nosotros contaremos el dinero primero —le dijo a Troy cuando este terminó—. No tendrá ni idea de cuánto nos llevamos. Le daremos el veinticinco por ciento de la cantidad que le digamos. Podemos conseguir incluso cinco veces esa cantidad.

—Eso no lo habías dicho.

—Es que no me has dejado, cabronazo.

—Sabes que no me van los juegos con trampa. Me gusta llegar hasta el final sin ningún as en la manga.

—Ya sé que no. Por eso he venido a verte. Conozco a otra gente que ya está metida de lleno en asuntos turbios... No tengo que esperar a que salgan de San Quintín. El problema es que...

—Te da miedo confiarles tanta pasta. Son del tipo que prefieren cargarse a alguien cuando llega la hora de pagar.

—Hay mucho dinero sobre la mesa. —El Greco sonrió. Le brillaban los ojos—. Pero confío en ti al cien por cien.

—Ya conoces mi historial.

—Bueno, ¿cuántos días te quedan?

—Veintiuno y una mañana.

El Greco archivó el dato mentalmente y asintió.

—¿Te la dan para Los Ángeles?

—No, no. Para San Francisco.

—Eres de Los Ángeles. Nacido y criado entre los ricos y famosos. Aún me acuerdo de lo que escribiste en la pared del centro de menores: Troy de Beverly Hills.

Aquel recuerdo les arrancó una carcajada tan escandalosa que el guardia del otro lado de la sala les miró con el ceño fruncido.

—Te hacen volver al condado de donde has venido. Me pescaron en Frisco —dijo Troy—. Esa aún nos está jodiendo. —Será mejor que me largue antes de que me encierren por pasármelo demasiado bien en San Quintín. Te daré un número en el que podrás dejarme mensajes.

—Ahora mismo puedo recordarlo pero tendré que escribirlo en cuanto salga de la sala de visitas.

—Será mejor que te lo envíe. —El Greco se levantó—. No pondré el código de la zona.

—No le prestarán ninguna atención. Pon que es el número de la tía Maude o algo así. —Troy se levantó en frente del Greco. Miró al otro guardia que le hizo un gesto con la cabeza permitiéndoles que se estrecharan la mano—. Me alegro de que hayas venido, hermano —dijo.

—Yo también me alegro de haberlo hecho. Creo que sacaré algo de pasta de este viaje.

El Greco se dirigió a la salida, se dio la vuelta y se despidió con la mano mientras el guardia giraba la llave y le abría la puerta. Troy le saludó ligeramente y pensó en el Greco bajo las luces de neón de North Beach cuando cayera la noche sobre San Francisco.

—Joder —dijo y se dirigió hacia el patio principal.

Capítulo 5

Cuando Troy Augustus Cameron se levantó de la cama la mañana de su puesta en libertad, la celda ya estaba vacía. Las pocas cosas que se llevaba con él ya las había inscrito en el Registro de Entrada y Salida. Se las darían metidas en una bolsa de papel marrón con un sello de cera para asegurarse de que no se añadía nada más tras ser registrada y empaquetada. Todo lo demás, lo que dejaba atrás, ya lo había repartido: su diccionario Webster, diccionarios de sinónimos y una *Columbia, Enciclopedia* que algún ciudadano particular había donado a la cárcel y que el encargado de la biblioteca le había pasado por la puerta de atrás.

Se afeitó la noche anterior. Ahora, mientras se cepillaba los dientes, escuchaba el sonido de las celdas al despertarse. Cisternas que descargaban, alguien gritando hacia los pisos de abajo para que algún compañero le subiera el *Chronicle* cuando les abrieran las celdas y el idiota de al lado, que casualmente era negro, con la televisión ya encendida. Troy había regalado la suya hacía una semana tal y como dictaban las costumbres. Los presos podían comprar televisiones Sony de treinta pulgadas pero se les pedía que las donaran cuando fueran puestos en libertad. El comprador podía dársela a un preso en particular pero, cuando este se marchara, debía donarla a la cárcel que a su vez la legaba a alguien sin recursos. Durante la década en la que se habían permitido los televisores, ya se habían acumulado tantos que ahora cada recluso disponía de uno, o al menos todo aquel que lo quisiera.

El encargado del pasillo se acercó arrastrando el pesado bidón de agua con el largo pitorro; se utilizaba para verter agua caliente entre los barrotes. Los lavabos de las celdas solo daban agua fría. Los váteres utilizaban el agua de la bahía y, en ocasiones, alguien encontraba un pequeño pez muerto en el trono.

—Se acabó —dijo el encargado. Era un blanco flacucho vestido con una camiseta y los brazos pálidos cubiertos de tatuajes azules carcelarios. Tenía poco más de cuarenta años, lo que lo convertía en un viejo según los estándares de la cárcel, y cumplía una tercera condena por delitos menores.

—Sí, estaré en la Bagdad de la Bahía esta misma tarde.

—Buena suerte. —Metió la mano entre los barrotes para estrechársela y continuó repartiendo agua por el piso.

La apertura matutina de las celdas comenzó, desde los pisos superiores a los inferiores, con una estruendosa descarga al cerrarse de golpe ochenta celdas. Cayó una lluvia de basura mientras los convictos caminaban con dificultad hacia las escaleras dando patadas a todo lo que habían barrido de sus celdas.

Troy cogió la caja de zapatos que contenía su cepillo, la pasta de dientes y varias cartas y esperó a que se levantara la barra de seguridad.

En vez de ir a desayunar, se salió de la fila que iba al patio principal y esperó

mientras los pasillos abarrotados se despejaban. Pronto llegaron sus amigos más cercanos para un último abrazo, un apretón de manos y para desearle buena suerte.

A las 8:00 de la mañana, sonó el silbato del trabajo, las gaviotas posadas en los tejados alzaron el vuelo y la puerta del patio se abrió. Los reclusos salieron en manada en dirección a sus tareas. Troy recorrió el camino hacia la zona de entre puertas. El Registro de Entrada y Salida quedaba al otro lado de la Sala de Visitas.

Un viejo y flacucho sargento con los hombros encorvados y los ojos reumáticos, apodado Andy Gump por los presos, cogió la identificación de Troy, rebuscó sus papeles en una pequeña pila y se los pasó a uno de los reclusos que trabajaban en la administración. El preso trajo una percha con ropa de calle. Los otros dos hombres que salían en libertad ya se estaban cambiando. Todo el mundo recibía el mismo conjunto, unos chinos color caqui, unos zapatos negros estilo marinero y una camisa blanca de manga corta. Solo se diferenciaban por el color de la cazadora.

Los otros dos hombres eran negros. Mientras se preparaban, uno de ellos cruzó la mirada con Troy y le hizo un gesto con la cabeza al que Troy respondió con una sonrisa. Después de eso, no hubo más comunicación entre Troy y sus compañeros aunque ellos hablaban entre sí y uno de los dos murmuró algo sobre que aquella ropa les hacía parecer payasos. El hombre estaba nervioso y jugueteaba con la hebilla del cinturón y los botones de la manga; se centraba en la ropa pero su verdadera preocupación era la transición de un mundo al otro. El miedo ante la liberación después de años de encierro se parece al miedo que se siente al entrar en la cárcel por primera vez. Troy reconoció los síntomas y sonrió.

En el edificio de administración, les dieron «dinero de calle», los papeles de la condicional y billetes de autobús. Desde ahí, un guardia los acompañó hasta la furgoneta de la cárcel y los llevó a la estación de Greyhound en San Rafael. El guardia se quedó observándoles hasta que los vio entrar y después se marchó. Desde aquel momento, ya eran libres. Los dos negros vieron una licorería y entraron a comprar algo de alcohol barato.

Troy se quedó mirando por la ventana. Resultaba extraño. Doce años eran mucho, mucho tiempo. Al principio, pensaba en todo lo que le quedaba y le parecía una vida pero ahora, llegado el momento, formaba parte del pasado y poco importaba ya. No, eso era una verdad a medias. Doce años de monacato en la prisión de San Quintín implicaban algo más. Allí fue donde aprendió palabras como monacato, tras años de noches deambulando por los universos de la palabra escrita y días estudiando la naturaleza humana sin fachadas en un mundo de ladrones y asesinos, locos y cobardes. Aun así, todo eso quedaba ya atrás y no volvería la mirada excepto para guiar su camino hacia delante.

¿Debería salir a la acera a esperar a Diesel? ¿Qué tal en el bar al otro lado de la calle? No, allí dentro podía no ver al gigante. «¿Dónde estará el imbécil?», pensó

retóricamente.

Un llamativo descapotable azul con la capota bajada aparcó junto a la acera con Diesel sentado tras el volante. Antes de que pudiera bajarse, Troy salió por la puerta de la terminal de autobuses.

—¡Ey, amigo!

Diesel sonrió y se recostó para abrir la puerta del copiloto. Troy se acercó, observó el coche azul claro con tapicería de cuero blanco y se echó hacia atrás para una mejor valoración.

—¿Qué es eso, colega?

—Un puto Mustang GT nuevo con cinco putos litros de motor. Es la hostia. Sube.

Troy se deslizó en el asiento del copiloto y se fijó en que la camiseta de golf de Diesel tenía las mangas tan cortas que dejaban a la vista la miríada de tatuajes azules de los brazos y del dorso de las manos. Tal singularidad era prácticamente un rito de iniciación en el reformatorio. Troy había evitado utilizar su cuerpo como lienzo y ahora recordaba por qué. Más tarde le diría a Diesel que llevara camisas de manga larga. Cada policía de California sabía que tatuajes azules significaban cárcel. Eran una señal que anunciaba «soy un delincuente».

—Deja todo eso en el asiento de atrás —dijo Diesel señalando la bolsa de papel marrón y la caja de zapatos cerrada con una cuerda. Troy dejó sus cosas, se giró hacia delante y se abrochó el cinturón—. Allá vamos —dijo Diesel—. Verás qué carro.

Pisó el acelerador y soltó el embrague. La inercia de los cinco litros de potencia del motor V8 les pegaron al asiento mientras el coche quemaba goma al catapultarse entre el tráfico.

—¡Hi-yo, Silver! —gritó Diesel—. Los hombres enmascarados cabalgan de nuevo. —Señaló la guantera—. Ábrela. Es tu regalo de bienvenida.

Troy abrió la guantera. Dentro había una automática de acero azul en una funda para el cinturón. Desfundó la pistola y la observó detenidamente. Una Browning calibre 380. Nueve disparos rápidos, diez si encajabas una en la cámara y ponías otra más en el cargador. Era un arma cara.

—Está limpia —dijo Diesel—. Si la rastrean, no les llevará hasta nadie. La munición está también en la guantera.

Troy sacó dos paquetes planos, duros y transparentes. Una carga potente con una cubierta de una aleación que penetraría cualquier chaleco antibalas.

—Gracias —dijo Troy mientras se colgaba la funda en la cintura, enganchada en el cinturón. Aquello le daba una sensación de poder—. ¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Había pensado en ir a la ciudad a comprarte algo de ropa.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas de mí?

—No, pero aún me acuerdo de lo bien que vestías. Apuesto a que no has

cambiado.

—No.

—Pues, entonces, eso es lo que haremos. Después nos comeremos un buen filete, tomaremos unas copas y haremos planes. Tengo un montón de cosas que contarte.

—Suena bien pero en algún momento tendré que llamar al Greco a Los Ángeles.

—Podemos solucionar eso ahora mismo. —De entre los asientos delanteros de cuero blanco, Diesel sacó un teléfono plegable—. Es un móvil —dijo Diesel mientras lo encendía—. Marca y ya está. Me lo pillé ayer.

—Esperaré —respondió Troy—. Antes vamos de compras. ¿Qué planes hay? ¿Tienes que hacer algo?

—No, estoy a tu entera disposición.

—¿Cómo están la parienta y el niño?

—El niño está genial. Y ella... Es una zorra tocapelotas, como la mayoría. «¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer? Aléjate de ese tipo, solo te traerá problemas».

Troy soltó una carcajada ante la imitación chillona de Diesel de la voz de su mujer. Carson le miró y sonrió.

—Tío, me alegro mucho de que hayas salido.

—Yo también.

—El Greco se pasó a verte.

—Sí, tenía una identificación de abogado. Entró sin problemas.

—Le pregunté a Tony Citrino...

—¿Qué tal le va?

—Tiene un garito en Mission District, en la ciudad. Podemos pasarnos por allí si quieres.

—Me gustaría ver a Tony. Es un buen tipo.

—Ha colgado los guantes. Dice que ya no es capaz de aguantar todo el combate. Lo que iba a decirte es que el Greco se ha hecho rico supuestamente gracias a esa mierda de las metanfetaminas. Yo creo que tiene un laboratorio y las fabrica él mismo.

—Las metanfetaminas dan mucha pasta, sobre todo si las produces tú. Joder, huele fatal cuando las haces, se pilla el olor a kilómetros de distancia.

—Nunca he llegado a conocer al Greco muy bien. Todo el mundo dice que es un tipo legal.

—Sí, lo es. Firme como una roca. Y tiene a unos traficantes preparados para que les peguemos el palo. ¿Qué te parece el plan?

—Me gusta. Cabrones que no pueden chivarse a la pasma... Lo único que querrán es cargarse a algún gilipollas, y eso no es nada nuevo. Llevan intentando matarme toda la vida. Espero que sean negros.

—No, no, hermano. Igualdad de oportunidades.

—Sí, igualdad de oportunidades. Me gusta.

A lo lejos, a través de un hueco entre las colinas ondulantes, los enormes pilares naranjas del Golden Gate brillaron momentáneamente bajo el sol del mediodía.

En la ciudad, Diesel dejó el coche en un aparcamiento cerca de Union Square y caminaron hasta London Men's Shop, una de las mejores tiendas de San Francisco en la que se vendían trajes Brioni, Cornelini, Raffalo y Hickey-Freeman. Los zapatos eran Bally, Cole-Haan y Ferragamo. El estilo de la ropa de hombre había cambiado en la década que Troy había perdido. De los trajes con chaqueta de botonadura sencilla y pantalones pitillos sin raya, la moda había vuelto a los pantalones con raya y anchos y a los trajes de chaqueta cruzada con amplias solapas y sin abertura en la espalda. Podían haber sido los años cincuenta perfectamente.

—¿Cuándo has empezado a vestir de forma elegante? —preguntó Troy—. Antes eras un tío de vaqueros y camisetas de tirantes.

—Oye, hermano, no estaba tan mal.

—¿Que no? Tengo fotos. —Troy soltó una carcajada al ver que Diesel se sonrojaba y le dio un pellizco cariñoso en el brazo—. ¿Cómo has encontrado este sitio?

—A los tipos del sindicato les encanta vestir bien. Siempre intentan ir mejor que los demás.

Troy buscó en el perchero de las chaquetas de la talla 43. Los precios se habían elevado considerablemente en su ausencia. Vestir como quería le costaría más de lo que esperaba. Tras probarse varias chaquetas, seleccionó una azul oscuro de corte italiano (sin abertura en la espalda), una americana con botonadura sencilla de cachemira y unos pantalones de franela gris perla. Tendría que cogerles el dobladillo. Eligió un par de zapatos de piel Cordovan sin cordones con borla de Cole-Haan. Añadió un jersey de cuello alto de lana en color burdeos, más una camisa Oxford color crudo con cuello inglés y una corbata que le recomendó el vendedor. Ese único traje le costó mil seiscientos dólares. En el espejo, vio una atractiva personificación de una litografía de Princeton. Nadie lo miraría y pensaría que era un delincuente. Ensayó su sonrisa de chiquillo. Siempre se había preguntado por qué aquellos que quebrantaban la ley solían elegir un estilo que los delataba. Incluso ahora, los jóvenes delincuentes vestían pantalones anchos y camisetas enormes, gorras con la visera hacia atrás y los cordones de las zapatillas desabrochados. Los hijos de la burguesía copiaban la moda, pero los orígenes de este estilo se remontaban a los reformatorios en los que la ropa era siempre varias tallas más grande; a la policía le despertaba las mismas sospechas hostiles que los trajes *zoot* y los peinados de «cola de pato» con tupé y el pelo engominado hacia atrás de dos generaciones antes. Troy prefería vestir como si fuera de Newport, Palm Beach o del Upper East Side de Manhattan. Los únicos que quería que supieran que era un criminal lo conocían personalmente;

pretendía que el resto pensara que era un cristiano republicano converso. O, al menos, que tenía dinero. Eso era lo que veía en el espejo.

Cuando le tomaron las medidas para los arreglos (podía cogerles el dobladillo a los pantalones él mismo), Diesel sacó un fajo enorme de billetes de cien dólares y los contó. El encargado cogió el dinero pero también vio los tatuajes, Troy estaba seguro de que pensaba que eran traficantes de droga. Nadie más pagaba cantidades tan altas en metálico. La gente normal pagaba con cheques o con tarjeta de crédito. Troy tendría que conseguir una American Express grande y verde y una Visa o una MasterCard. Era necesario tenerlas para que la fachada fuera completa.

Cuando volvieron a la calle soleada, llevaba la ropa en una bolsa con percha. Vestiría con elegancia a cualquier lugar que fuera. «Vestido para el éxito», pensó con una sonrisa. Si no tuviera ninguna otra ocasión de vestir ropa tan cara, sin duda llevaría el conjunto durante los golpes. ¿Un talismán? No exactamente. Cuando estaba en el reformatorio y se encontraba a medio camino de comprometerse por completo con el crimen, vio una fotografía de su ídolo, el gángster Legs Diamond, cuando lo asesinaron. Le habían volado la cara y la cabeza pero la elegancia de su Glen Plaid de tres piezas resultaba evidente, los zapatos eran de caña alta, de piel de canguro. Muy cómodos y muy caros. Fue en ese momento cuando Troy decidió vestir lo más elegante posible antes de dirigirse a dar un golpe. Si lo trincaban, no entraría en la cárcel con aspecto de vagabundo. Especialmente, no volvería vistiendo los zapatos «estupendos» que le dieron al soltarlo. A los hombres que volvían llevando los mismos zapatos que les daban al salir se los ridiculizaba y se convertían en el blanco de todas las risas.

En un Macy's, eligió ropa de diario, pantalones de sarga y camisas de cambray, jerséis y unos zapatos Rockport. De camino a Mission District, se detuvieron y le dieron la ropa de la prisión a un vagabundo.

—¿Tienes hambre, hermano? —preguntó Diesel.

—Sí.

—¿Te acuerdas de Paul Gallagher?

—¿El que cumplía condena por los abortos ilegales?

—El mismo. Tiene un asador no muy lejos de aquí.

—Suenan bien.

—Además, no nos dejará pagar.

—Eso suena aún mejor.

El lomo de ternera se abrió bajo la ligera presión del cuchillo de carne, y aquello le recordó a los costillares que les servían una vez al año en la cárcel.

Estaban duros ya que los cocinaban hasta que alcanzaban una textura parecida al cuero pero, aun así, tenían una gran demanda. Varios guardias extra se colocaban en el comedor para evitar que los presos hicieran cola de nuevo para repetir y, cuando

las raciones se acababan antes de que todos hubieran comido, se creaba un momento de tensión. Si no les gustaban los filetes de jamón que servían en su lugar, las bandejas de acero inoxidable volaban por el comedor como una lluvia de Frisbees. Mientras Troy saboreaba otro bocado, recordó que cuando era joven prefería las chuletas de cordero, antes de saber que había cosas mejores.

—Buen filete, ¿verdad? —dijo Diesel.

—Muy bueno.

—Deja que te explique lo que pasa cuando creces en las faldas del Estado. Antes pensaba que había que cocinar mucho el filete. No supe que había una forma mejor de prepararlo hasta que llevaba casi un año fuera.

—¿Quién te quitó la venda de los ojos?

—Jimmy the Face.

—¿Qué tal os lleváis el viejo mafioso y tú?

—Tenemos un trato de puta madre. Le aprieto las tuercas a quien él me diga y me da dinero a cambio. —Diesel miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más podía escucharle antes de acercarse aún más—. Hace un año más o menos, me encargó que me librara de un pavo. Creo que alguno de esos tipos del este, de Brooklyn o Jersey, se lo echaron encima. El tío estaba en libertad condicional por una de esas leyes RICO y tenían miedo de que los federales lo trincaran y lo convirtieran en un caso parecido al de Valachi. En cierto modo, fue fácil porque bloqueé mi mente y no pensé en el tema ni una puta vez. Aunque después estuve jodido durante un par de semanas. Hasta la vieja se dio cuenta de lo irritable que estaba, joder. —Diesel hizo una pausa. Troy observó la enorme y rechoncha cara de su compañero y tuvo la sensación de que nunca le había contado una palabra a nadie más sobre sus preocupaciones. ¿En quién más podría confiar?—. He jodido a muchos tíos —continuó—. A aquel negro que intentó pincharme en la trena, le di bien. Aún anda como un borracho. Pero este que te estoy contando es el primero al que le he dado pasaporte.

»Le tendieron una trampa. Enviaron a alguien a buscarle. Yo le esperaba en el aparcamiento con una veintidós con silenciador. Llamó a la puerta pero allí no había nadie. Cuando volvió al coche, me puse detrás de él y le metí una en toda la cabeza. Cayó al suelo. Pam. —Diesel chasqueó los dedos para ilustrar la velocidad de la caída—. Después, le puse una bolsa de plástico en la cabeza para que no goteara en el maletero. Está ahí arriba, en las montañas, debajo de un montón de tierra y de un saco de cal viva. Aunque ahora quedará poco de él aparte de los dientes.

»Después, empecé a pensar en ir al infierno, en toda esa mierda que esas putas monjas y curas me metieron en la cabeza. Sé que son tonterías pero resulta difícil escapar de ellas.

Por encima del hombro de Diesel, Troy vio a Paul Gallagher acercarse y se alegró

de que les interrumpiera. Hablar sobre los crímenes que se habían cometido, si seguían sin resolver, no era algo que recomendara el protocolo de los bajos fondos, y este en particular consistía en un asesinato, que no tenía plazo límite de prescripción. Si no sabías nada, nadie podría preguntarse si lo delatarías. Troy prefería no saber nada a menos que él estuviera relacionado, y que Jimmy Fasanella le encomendara el trabajo a Diesel no cumplía ese requisito. Con los ojos, le indicó que alguien se acercaba. Diesel dejó de hablar justo cuando Paul Gallagher llegó sonriente.

—En la cárcel no se comen filetes así. ¿Cómo te va, T?

—Hoy llevo un día de perlas, hermano. Te has montado un garito de puta madre.

—Sí, pero la gente ya no come carne roja como antes.

—No parece que te vaya mal, todas las mesas están llenas.

—Es la primera vez desde hace semanas. Anoche, solo servimos veinte cenas.

—Ya te lo comenté —dijo Diesel—. Si las cosas se ponen muy feas, siempre podemos repintar el local.

—¿Cómo va a ayudar una capa de pintura al negocio? —preguntó Troy provocando la sonrisa de los dos hombres—. Venga, va, iluminadme —dijo.

—Cuéntale —dijo Gallagher.

—Compras la pintura y el disolvente y empiezas a pintar. Entonces, se produce un accidente que provoca un pequeño incendio. Abres las puertas para que salga el humo. Una lona se cae sobre una cocinilla caliente, se derrama una lata de disolvente. De repente, el fuego es demasiado grande como para controlarlo. No hay forma de que puedan demostrar que fue intencionado. La hostia, ¿eh?

—¿Se te ha ocurrido a ti? —preguntó Troy mientras asentía.

—¡Qué va! La mafia hace mierdas así a todas horas en el este. ¿Por qué no intentarlo aquí?

—Me suena a plan redondo —comentó Troy, y lo dijo de verdad. Sin una confesión, resultaba imposible probar que no había sido un accidente. Era mucho mejor que provocar un incendio por la noche. La policía probaría eso en cinco minutos.

Gallagher insistió en que se quedaran a tomar postre y café. A Troy le pareció el mejor café que había probado.

—Tío —dijo Diesel—. Recuerdo cómo solías engullir aquel café instantáneo. ¿Eras de Nestlé o de Maxwell House?

—Maxwell House. Pero, después de esto, no sé si podría beber eso otra vez.

—Ahora venden un café que antes ni existía —comentó Gallagher.

—Lo sé. Esto sabe muy bien.

—Sabor tropical con avellana.

Diesel miró la hora y emitió un ligero gruñido.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó Troy.

—Mierda, la vieja esperaba que la llamara hace dos horas.

—Ve a llamarla. Échame a mí la culpa.

—No tengo que hacerlo, ya te la echará ella sola. ¿Estás seguro de que no quieres venir a casa conmigo? Espera a que veas al niño. Está enorme, tío. Es duro y muy pillo... —Diesel hablaba con orgullo; ser duro y pillo eran virtudes según su modo de ver el mundo. Era lo que le habían enseñado durante toda su vida.

—Lo veré —dijo Troy— pero no esta noche. Tengo ganas de andar suelto, de pasear por la ciudad. ¿Conoces a Gigolo Perry?

—No. Sé quién es por su reputación pero salió de la trena mucho antes de que llegara yo. Tiene un club al otro lado de Market, ¿no?

—Sí. No lo he visto nunca pero tengo la dirección.

—¿Quieres que te deje allí?

—No. Estaba pensando en el Holiday Inn de Chinatown. Puedo ir andando hasta North Beach.

—Escucha, hermano, North Beach no es lo que era.

—Nada es lo que era. ¿A qué hora puedes venir a buscarme mañana?

—Cuando me digas.

—Tenemos que ir hasta Sacramento a ver a Mad Dog. —Tenemos que hacerlo, ¿no?

A Troy no se le escapó la inflexión en su voz. Observó la expresión dura de Diesel y estuvo a punto de empezar a hacer preguntas, pero justo entonces llegó Gallagher. La cena corrió por cuenta de la casa pero deberían dejarle propina al camarero. Los acompañó hasta la puerta y se despidió de Troy con un afectuoso abrazo.

El largo crepúsculo del verano seguía bañando la ciudad. Un reloj en el escaparate de una joyería daba las siete y media. En San Quintín, el turno de la cena habría terminado. Los turnos para la ducha se sucederían y, en las celdas, los reclusos estarían viendo el partido de los Giants contra los Dodgers en las pequeñas televisiones que los funcionarios de prisiones utilizaban como tranquilizante mental. Algunos la dejaban encendida durante la emisión de las señales de prueba nocturnas y de las noticias de primeras horas de la mañana sobre el tiempo y su impacto en los cultivos de cítricos. Una vez, Troy estampó la televisión de un compañero de celda. El imbécil no la apagaba nunca; estaba obsesionado con «Jeopardy», «La rueda de la fortuna» y otros concursos en los que participaba el público; le gustaban tanto que sentía la necesidad de responder a las preguntas en voz alta, aunque casi siempre se equivocaba. Le distraía. Los comentarios sutiles resultaban inútiles así que, al final, Troy esperó a que abrieran las rejas, sacó la televisión fuera de la celda y la tiró de su piso abajo.

—Si no te has cambiado de celda mañana por la mañana, irás detrás de la

televisión.

—Tranquilo, hermano, no sabía que te lo tomabas como algo personal.

El compañero de celda se cambió pero Troy llevó un pincho y revistas como armadura corporal durante varios días por si la historia no había quedado zanjada. Deseaba no haber perdido los papeles. Él veía películas y eventos deportivos como fútbol, baloncesto o boxeo, y retransmisiones de servicio público. Cuando calculaba las horas que pasaba delante de la pantalla, se daba cuenta de que no era más que una pérdida de tiempo, comida basura para la mente. ¿Cuántos libros más podía haber leído? Aunque la palabra escrita tampoco era la panacea, la mayoría de novelas populares también eran triviales. Durante la década que pasó en la cárcel, sus gustos habían cambiado enormemente.

Observando San Francisco, probablemente la ciudad con más encanto de Estados Unidos, a través de la ventanilla del coche, Troy se sorprendió ante la cantidad de gente sin techo. Aquello le resultaba nuevo. Durante su niñez, las pocas criaturas sin hogar que deambulaban por las calles con las manos sucias y extendidas eran, invariablemente, ancianos blancos con la mente nublada de forma permanente a causa del alcohol o la locura. Ahora, en cada esquina había alguien con un cartel o una pistola pulverizadora para limpiar las lunas de los coches, y la mayoría eran chicos jóvenes negros.

Bajo una valla publicitaria, un perro tiraba de la manta con la que un hombre se tapaba. Aquello le recordó de nuevo que debían ir a ver a Mad Dog al día siguiente o al otro.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Diesel—. Algo que no le he contado nunca a nadie aunque me moría por hacerlo porque me ha estado jodiendo bien.

—Desembucha.

—Hace dos meses, Mad Dog me llamó a casa dos o tres veces y habló con Gloria. Era viernes y yo estaba por ahí haciéndole un favor a Jimmy the Face. Cuando por fin hablé con él, me dijo que lo habían trincado en Portland por no sé qué mierda de una tarjeta de crédito pero que si no pagaba la fianza antes del lunes por la mañana, el agente de la condicional pondría su nombre en la lista y lo dejarían allí con una orden de detención. Quería que fuera y le pagara la fianza.

Diesel continuó con la historia y la entrelazó con la escena de la pelea después del robo del barco. Al contarla, la revivió mentalmente. Terminó con el momento en el que abrió la tapa del congelador.

—... se me pusieron los pelos de punta. Te lo juro. Me largué de allí cagando leches. Seguí atento a las noticias por si los cuerpos aparecían en algún sitio, pero no creo que lo hagan. Si estás dispuesto a trabajar un poco, es fácil deshacerte de un cuerpo donde nadie lo encuentre jamás, excepto tal vez algún arqueólogo estúpido dentro de unos quinientos años.

—¿El sabe que tú lo sabes? —preguntó Troy.

—Imposible. Me largué de allí en seguida.

—Perfecto.

—No he hablado con él desde entonces.

Troy visualizó con claridad los cadáveres de la madre y la hija congelados y se estremeció por dentro. Nunca había matado a nadie, en parte porque entendía la gravedad de quitar una vida, y en parte porque nunca se había dado la situación, pero sabía lo común que había sido el asesinato desde Caín y Abel, y conocía a muchos asesinos. Amigos suyos habían matado, muchos al perder el control en una pelea o por venganza, algunos se habían cargado a un policía o a un dependiente al escapar en mitad de un tiroteo, otros por dinero como asesinos a sueldo. Pero los asesinos maníacos escapaban a su experiencia. Era consciente de la naturaleza paranoica de Mad Dog. ¿Resultaba demasiado peligroso tenerlo cerca? ¿O sería más peligroso todavía desentenderse de él? ¿Desataría aquello sus tendencias paranoicas?

Por otro lado, Troy sabía que Mad Dog le respetaba más que a nadie en el mundo. Se acordó de aquella noche en el reformatorio hacía años.

—No te preocupes por él —comentó Troy—. Yo puedo manipularlo.

—Me da un poco de miedo. Nunca sabes lo que le está pasando por la cabeza. No te olvides de lo que Roach y él le hicieron a ese tío en East Block. Creo que se llamaba Carrigan o algo así. Los tres eran amigos íntimos, ¿te acuerdas? Lo apuñalaron unas veinte veces.

—Sí, pero el pavo amenazó a Roach y fue por ahí soltando mierda de él. Debería haber sabido que ya no eran amigos.

—Lo que tú digas, Troy. Estoy contigo. Solo quería que supieras cómo están las cosas con él.

—Me alegro de que me lo hayas contado. Sé que está loco así que no lo perderemos de vista. Si se le va demasiado... —Troy se encogió de hombros, un gesto que no decía nada pero que, a su vez, lo dijo todo—. ¿Estás listo para ir a Los Ángeles?

—Cuando quieras.

—Solo serán un par de días. Ni siquiera voy a presentarme al agente de la condicional. No te buscan si te la saltas, simplemente esperan a que te detengan...

—O a que alguien te delate.

—Sí, eso también. Pero nadie me va a delatar. Si me paran, no pasará nada, tengo un buen carnet.

—Sí, pasarás cualquier control menos uno de huellas dactilares.

Diesel condujo a través de las calles estrechas y laberínticas de Chinatown y aparcó bajo la marquesina del enorme Holiday Inn.

Un botones los atendió en seguida.

—¿A qué hora vendrás? —preguntó Troy.

—A las diez, a las once... No sé, cuando me digas.

—Lámame cuando salgas de casa.

—Hecho.

Se chocaron la mano y Troy bajó del coche.

Diesel se alejó.

Capítulo 6

Solo en su habitación del piso once del Holiday Inn, Troy se quitó los zapatos y los calcetines. Era la primera vez desde que lo detuvieron que andaba descalzo sobre una moqueta, o sobre algo que no fuera el frío cemento. Apagó las luces, se sentó en la cama y hundió los dedos de los pies en la gruesa y suave moqueta mientras la fría noche le daba en la cara. A través de la ventana abierta contemplaba las colinas de San Francisco y la bahía a oscuras punteada por las luces de los barcos y las boyas. ¿Cómo se sentía al ser libre después de tanto tiempo encerrado en una jaula rodeado de hombres numerados? En cierto modo, se sentía menos diferente de lo que había imaginado. Le habían hablado de miedos extraños, de destellos de confusión y pánico. No sentía nada de eso pero sí cierta sensación de irrealidad. Miraba al mundo y lo veía distorsionado, como el arte abstracto de Dalí o Picasso.

La habitación disponía de televisión y películas de circuito cerrado. Pidió una del canal Playboy. En San Quintín, no había televisión por cable así que nunca había visto nada parecido. En esta película, no salían putas baratas con granos en el culo. Las mujeres de Playboy eran lo suficientemente guapas como para ser estrellas de cine, de piernas largas, pechos firmes, pelo sedoso, piel de terciopelo y culos redondos y respingones. Deseaba tanto tener cerca a una mujer como aquellas que se mareó. Pasar años sin sexo resultaba más fácil de lo que la mayoría podía pensar y siempre quedaba la liberación de la masturbación. Solía fantasear con mujeres así y, si algo tenía claro, era que podía pagar para conseguir una. Tenía dinero y sabía adonde ir.

Se puso su ropa nueva y le gustó lo que vio en el espejo. Tenía un aspecto desenvuelto e impecable que le recordó a las películas en las que actuaban Robert Mitchum, Burt Lancaster y Kirk Douglas de jóvenes. Su primer contacto con la moda masculina fue gracias a los pantalones rectos, de los que los pies sobresalían como aletas, y a las chaquetas de hombros estrechos y solapas. Le gustaba más este estilo, los pantalones sueltos con pinzas y las chaquetas amplias con hombreras (resultaba más fácil esconder una pistola).

¿Se la llevaba? Sí, por qué no. «Si vas a ser un criminal, mejor serlo veinticuatro horas al día», le había dicho el Greco, que cumplía con esta máxima a la perfección.

—Tengo que llamarle más tarde —murmuró Troy para sí mismo mientras metía la pistola en la funda y se la colocaba en la cintura, en la espalda, en la parte de los riñones. Quedaría escondida incluso si se desabrochaba la chaqueta y la dejaba abierta.

Al salir, se detuvo en la puerta. ¿Se olvidaba algo? ¿La llave? No, la llevaba. Al cerrar la puerta, se dio cuenta de que era la primera que había cerrado él mismo desde hacía muchos años.

Empujó la puerta principal y el portero chino le pidió un taxi.

—¿Sabes dónde está el Fish & Shrimp? —preguntó.

—No.

—Está al otro lado de Market, en el centro. Quizá en Folsom.

El taxi se puso en marcha, hizo sonar la bocina al adelantar a un coche y acelerar. Iba demasiado rápido. Para un taxista, el tiempo es dinero mientras que para Troy el tiempo era barato.

—Oye —dijo Troy—, ve más despacio.

El conductor miró a su alrededor con el ceño fruncido. Era de piel oscura y olía a curry, Troy supuso que sería indio.

—Ve con calma y te pagaré de propina el doble de lo que marque el taxímetro —continuó Troy.

—Sí, señor.

El taxi desaceleró notablemente. Deambularon por numerosas calles oscuras antes de encontrar el Fish & Shrimp. Una vez más, Troy miraba fijamente por la ventana. California siempre le había parecido luminosa y nueva; ahora la encontraba desgastada y sórdida. Había leído sobre la recesión, la deuda nacional, el deterioro de la red del bienestar. Sobre el papel, le había parecido el típico cuento de la lechera pero, al otro lado de la ventana, constituía una realidad totalmente nueva. Parecía que casi en cada semáforo un hombre negro estaba listo para limpiar parabrisas.

—Búscate un trabajo —dijo el taxista en un inglés roto al hacerle un gesto a uno de ellos para que se apartara del coche.

Troy quiso responder que tal vez se lo había quitado un inmigrante pero, en vez de eso, optó por un comentario más diplomático.

—Puede que no sepa hacer nada.

—Ya, la mayoría son unos vagos. Sus mujeres hacen el trabajo por ellos. Les hacían el trabajo en África y se lo hacen también aquí. Allí, se sentaban a contar historias de guerra con las pelotas colgando y plumas en la cabeza. Lo he visto en el *National Geographic*.

Troy soltó una risita a su pesar. Incluso un imbécil podía resultar gracioso.

—Hemos llegado —dijo el taxista al parar.

Troy miró fuera. Normal que no lo hubiera visto. La estrecha fachada estaba cubierta de azulejos oscuros y, junto a la puerta, había un pequeño cartel de neón azul con el logotipo de un pescado y una gamba y el nombre en letras pequeñas: Fish & Shrimp. «No está mal para un viejo ladrón y jugador de póquer», pensó Troy. El nombre hacía referencia a una vieja rima de los bajos fondos del Londres del siglo dieciocho pero pasaba desapercibida excepto para algunos ladrones y estafadores. Resultaba curioso que Gigolo la utilizara.

El taxímetro marcaba treinta y un dólares. Troy le dio al taxista un billete de

cincuenta. Era menos de lo que le había prometido pero sospechaba que lo había tenido dando vueltas a propósito. El taxista miró el billete y frunció el ceño.

—Es todo lo que tengo —dijo Troy. Se preguntó qué pensaría aquel chupapollas racista si le golpeará la cabeza con la culata de una pistola. El taxista asintió y Troy no dijo nada más. La sabiduría popular decía que, si eras un pringado de la vida, más te valía ser uno callado.

Un portero de unos ciento cuarenta kilos lo miró de arriba abajo. Debió de pasar el reconocimiento con éxito porque le abrió la puerta.

Dentro, espejos de cristal tallado reflejaban la tenue luz. La barra se extendía a la derecha y, sobre los taburetes, varios pares de largas piernas descansaban enfundados en medias de seda. Vio destellos de muslos y casi podía oler más. Las minifaldas habían vuelto, gracias a Dios.

El camarero estaba al otro extremo de la barra. Troy caminó hasta allí. En la pared cubierta de espejos de detrás de la barra, diversos ojos observaban su reflejo. No le cabía duda de que saldría de allí acompañado por una mujer. Tenía la pasta para pagarla.

El camarero lo vio acercarse y desvió su atención de una mujer joven para preguntarle qué quería.

—He llamado hace una media hora preguntando por George Perry.

El camarero señaló hacia una cabina en la parte de atrás, al otro lado del bar. Troy se dio la vuelta. Gigolo ya lo había visto y se estaba poniendo de pie. Se acercó a él con una sonrisa y los brazos abiertos. Tenía casi ochenta años pero parecía veinte más joven. ¿Cómo era posible, cuando se había dado a todos los vicios conocidos por el hombre hasta hacía unos quince años? El único cambio del que Troy se percató fue que el pelo y la perilla habían pasado de un tono gris a un blanco puro. Vestía de forma elegante con una chaqueta de pelo de camello y pantalones de franela. Rodeó al hombre más joven con un fuerte abrazo.

—Joder, pensaba que no ibas a salir nunca.

—Yo también.

—¿Cuándo ha sido?

—Hoy.

—Así que aún no has catado ningún coño.

—No.

—Echa un vistazo por encima de mi hombro y mira lo que tengo en la cabina para ti.

Troy miró. Había dos mujeres sentadas en la cabina. Una tenía unos cincuenta años o más, esbelta y con estilo pero demasiado mayor. Lo primero que le llamó la atención de la otra fue su exuberante melena de pelo rojo.

—No es ninguna zorra que chupa pollas por un poco de polvo en una pipa de

crack. Esta es una cortesana, no sé si me entiendes.

Troy asintió sin apartar la mirada. Tenía unos brillantes ojos azules y una tenue lluvia de pecas alrededor de la nariz. No podía verle el cuerpo pero no había duda de que era guapa. Ella se dio cuenta de que la observaba y le sonrió. Hacía tanto tiempo desde la última vez que había hablado con una mujer bonita que en seguida notó el calor de la vergüenza y la timidez, sintiéndose como un estúpido. Resultaba ridículo, un exconvicto, un tipo duro como él que no temía a casi nada que caminara sobre la faz de la tierra, totalmente desmontado por una sonrisa. Pensó en decirle a Gigolo que se olvidara del tema pero aquello resultaría más vergonzoso aún. Gigolo lo torturaría acusándolo de que la cárcel lo había cambiado y que ahora le gustaban los chicos jóvenes.

—Antes de que te presente, recuerda una cosa —comentó Gigolo.

—¿El qué?

—No te enamores.

—¿Que no qué?

—Que no te e-na-mo-res.

—Menuda gilipollez, tío. ¿Eres tan viejo ya que empiezas a estar senil?

George Gigolo Perry negó con la cabeza.

—Si lo piensas fríamente, verás que tengo razón. Hay muchos tíos que salen de la cárcel, o incluso del ejército, donde no han estado con una mujer durante años, y de la primera que les deja meterse entre sus piernas y les lame la oreja, pam, se enamoran. No importa que la vieja tenga cinco mocosos o que esté gorda como una vaca. Les da la fiebre del coño. La que te tengo preparada es de lo mejor que vas a encontrar. Espera a verle el cuerpo. Si yo tuviera cincuenta, intentaría cazarla. Bueno, ya estás advertido.

—Tranquilo, hermano. Sé lo que me hago.

—Sé que lo sabes, eres tú quien controla a tu polla, no al revés. Vamos.

Se dirigieron a la cabina y George los presentó. Se llamaba Dominique Winters; Troy se preguntó si aquel sería su nombre real o el que utilizaba para el negocio. Su cara irradiaba la frescura sincera de una animadora.

George se sentó junto a la mujer mayor, que se llamaba Pearl, y Troy al lado de Dominique. Llevaba un perfume ligero pero, al haber pasado tanto tiempo desde la última vez que había olido algo agradable, su efecto resultó extremadamente efectivo.

George levantó la mano para llamar a una camarera que pasaba por allí. Se acercó inmediatamente, él era el dueño.

—Tráenos otra ronda. ¿Qué quieres? —le preguntó a Troy.

—Un vodka con tónica.

George le hizo un gesto a la camarera con la cabeza y esta se alejó. Mientras esperaban las copas, George preguntó sobre amigos en común que continuaban

atrapados en el sistema de prisiones de California.

—¿Cómo está Big Joe?

—¿Morgan? —preguntó Troy.

—Sí. ¿Volverá a salir en libertad alguna vez?

Troy negó con la cabeza.

—Está en Pelican Bay. Escucha la historia que me contó. Vino a Quintín por algún asunto médico. Le pusieron a un mono vigilando en la puerta del hospital pero el tío me dejó entrar a visitarle.

»Escucha —continuó Troy—. Lo citaron en Los Ángeles el año pasado. Montaron un buen numerito: dos coches, seis monos, armas automáticas, toda esa mierda. No le habían dicho que tenía que ir, no querían que lo supiera. Así que lo pillan, lo desnudan, le quitan la pierna de madera, le plantan un mono blanco y lo tiran en el asiento de atrás.

»Los dos coches, seis policías y Joe con una pierna se lanzan a la autopista. En mitad de la Noventa y nueve, les dice que, como no le han avisado con tiempo, tiene que mear. Le dicen que se aguante y él le contesta al policía que, si no paran, se meará encima, en el asiento. Iban en el coche privado del mono.

»Así que avisan por radio al otro coche y se detienen en una estación de servicio Mobil. Forman un perímetro con las armas preparadas, como si esperaran que un grupo de la mafia mexicana apareciera de la nada para rescatar a Joe. Comprueban el baño para asegurarse de que no hay ninguna pistola bajo el lavabo y finalmente le dejan entrar.

»Mientras está en el meadero, un tipo que conduce una vieja camioneta llega a la gasolinera y se baja para llenar el depósito. No se da cuenta de lo que está pasando hasta que empieza a echar gasolina. Entonces, ve a varios hombres blancos vestidos de traje armados con Uzis y con gafas oscuras formando un perímetro entre los coches y la puerta del baño. Ya te puedes imaginar lo que le pasaría al tío por la cabeza. ¿Quién coño estará ahí dentro?

»Se abre la puerta y sale Joe dando saltitos con su única pierna envuelto en una tonelada de cadenas. Al tipo se le olvidó que estaba echando gasolina y empezó a derramarse toda por el suelo. “Tío, debes ser el hijo de puta más retorcido que jamás haya pisado la tierra”, le dijo.

George soltó una carcajada.

—Hostia, hombre, qué bueno.

—Joe se partía cuando me lo contó. ¿Sabes algo de Paul Alien? ¿Cómo le va? Cuesta creer que ya lleve fuera tres años.

—Paul murió, tío. Encontraron su cuerpo en la habitación de un hotel en Hollywood hace un mes o así.

—¡Paul! No me jodas, hombre. Lo conocía desde hace casi veinte años y nunca lo

vi fuera de la cárcel.

—Por lo menos, murió fuera.

—Es verdad.

—Me lo contó Willy Hart.

—Willy. ¿Cómo está? ¿Por dónde anda?

—Le va bien, solo que en vez de estar fibrado como cuando jugaba a frontón ha echado una buena barriga cervecera. Creo que vende toldos de aluminio.

—Un chapas.

—Sí, y le va bien.

—Dios sabe lo bien que le daba a la lengua.

El recuerdo compartido hizo que ambos rieran.

—¿Quién más? —preguntó George—. ¿Dónde está T. D.?

—Encerrado en Leavenworth o Marión.

—Seguramente en Marión. ¿No se libró de una acusación de asesinato en la trena?

—Sí. Se enganchó con un imbécil que le tocaba las narices, no sabía a quién estaba jodiendo.

—He oído que Marión es un infierno.

—Como Pelican Bay, totalmente kafkiano.

—No puede ser mucho peor que cuando estuve yo en la trena. Los maderos llevaban bastones con punta de metal. Cuando formábamos para que cerraran las celdas, ellos se paseaban junto a la fila. Si el pie sobrepasaba un centímetro la línea, te daban en el empuje con la punta de metal. Putos cabrones. Por aquel entonces, algunos ni siquiera sabían leer.

—Ahora tampoco son mucho más listos pero seguro que sí les pagan mejor. Tienen el mayor sindicato de trabajadores del estado. Lo controlan todo. Disparan un láser en una celda, entran, te meten unos doscientos miligramos de toracina y te dan una buena tunda. Después, escriben un informe diciendo que utilizaron la mínima cantidad de fuerza necesaria después de que les atacaras.

—Y luego se preguntan por qué algunos imbéciles se vuelven antisociales.

—Me sorprende que no haya más tipos que la paguen luego con viejecitas.

—Aún me acuerdo de cuando entré en la trena en el treinta y cinco. La gente no odiaba a los ladrones como ahora. Joder, tío, en Oklahoma adoraban a Pretty Boy Floyd. No me han detenido en veintiocho años pero, si extendiera un cheque sin fondos, me caería la perpetua por esa puta mierda de tres delitos y a la mierda. ¿Sabes por qué creo que están así las cosas?

—Ilústrame.

—Por dos razones. Una son los negros. Antes no había tantos metidos en mierdas y los que sí eran ladrones montaban buenas estafas, o pegaban buenos palos. Sabían

lo que se hacían. Los negros jóvenes de ahora no tienen ni puta idea de nada y no les importa una mierda. Creen que cargarse a alguien los hace más hombres. Antes había un quince o veinte por ciento en la cárcel, ahora es un sesenta.

—¿Y la otra razón?

—La violencia. Escucha —dijo George—. Cuando yo era ladrón, nunca llevaba una pipa encima si no iba a dar un golpe. Robaba armado solo si era necesario pero, si alguien resultaba herido, lo consideraba un fracaso. La idea era que la historia fuera tranquila. Ahora soy un viejo y me da miedo ir a muchos sitios sin una pistola para protegerme. El mundo ha cambiado mucho en veinte años.

Troy pensó que todo lo que decía era cierto. Aunque tampoco le importaba demasiado. Puede que acabara en el depósito pero no lo encerrarían. Otra vez, no. Nunca más. A diferencia de la mayoría de moradores de los bajos fondos, su niñez le había permitido ver la diferencia que marcaba el dinero en la vida, en lo que uno podía vivir, en la libertad de la que se disfrutaba si uno se lo podía permitir. No tenía aspiraciones de riqueza: la opulencia de los magnates los constreñía. Solo necesitaba lo suficiente para encontrar un pueblo soleado de la costa donde poder vivir en una pequeña casa en una ladera, con una mujer que cocinara y limpiara. Unos cuantos cientos de miles bastarían, gracias, no tenía nada más en lo que invertir a parte de en su vida.

Dominique se le acercó y le susurró.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Claro.

—Vuelvo en seguida. Disculpadme.

Se deslizó del banco y zigzagueó entre las mesas hacia una puerta lateral con el cartel de los aseos. Resultaba imposible no observarla con aquel cuerpo y la forma en la que caminaba.

—Estás muy serio, joder —le dijo George al inclinarse sobre la mesa para darle una bofetada amistosa—. Sonríe, maldita sea. Mira qué culo tiene. Ojalá tuviera sesenta otra vez.

Troy tuvo que sonreír. Le encantaría ver la vida a través de los ojos de George.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar por aquí? —preguntó George.

—Un día, tal vez dos.

—¿Qué pasa con la condicional?

—Es imposible que la cumpla, ni siquiera me voy a presentar.

—Yo la cumplí aunque aún no sé cómo. Nunca fue mi intención. Simplemente fui tambaleándome por el camino recto. Un día llevó al siguiente. Incluso di un par de golpes y me salí con la mía. Me siento como si hubiera ido un paso por delante de todo.

—No lo dudo —comentó Pearl—. Sobre todo si te olvidas de los dieciséis años

que pasaste entre rejas.

—Pero eso no lo piensas cuando se ha terminado —respondió George—. ¿Verdad? —le preguntó a Troy.

Troy asintió pero con algunas reservas. El recuerdo era todavía demasiado reciente.

Pearl cogió el bolso.

—Es hora de que me vaya a casa. ¿Vienes? —le preguntó a George.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Vamos en tu coche.

—Vamos.

George sonrió.

—Qué te parece —le dijo a Troy—. Se supone que me gano la vida explotando a las mujeres; me llaman Gigolo Perry, pero ahora soy una residencia de la tercera edad para una puta.

—Deja de ladrar y Vámonos ya —gruñó Pearl.

—¿Ves lo que te digo? —comentó George.

Dominique volvió. Todo el mundo se levantó y recogió sus cosas.

—¿Necesitas pasta? —preguntó George.

—No, estoy bien.

—Tenemos el coche en la parte de atrás —dijo George.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Troy le prometió llamarle cuando estuviera en Los Ángeles. Saludaría al Greco de parte de George.

Troy se sentía un poco mareado al seguir a Dominique hacia la puerta. Al observar su cuerpo contonearse bajo la ropa, se la imaginó desnuda, con las piernas abiertas, y tuvo una erección.

En la acera, Dominique se detuvo.

—¿Vamos a pillar una habitación o qué?

—Ya tengo una en el Holiday Inn, en Chinatown.

—¿Y coche?

Negó con la cabeza.

—He dejado el mío en casa.

Un taxi pasó en sentido contrario. Se llevó dos dedos a los labios y lanzó un potente silbido.

Troy la miró.

—Joder, nena.

—Viví un par de años en Nueva York.

El taxista miró en su dirección y cambió de sentido rápidamente.

—¿Adónde?

—Al Holiday Inn de Chinatown.

Durante el trayecto, el balanceo al girar las esquinas y cambiar de carril acercaba

sus cuerpos. Cada vez que esto ocurría, Troy sentía una oleada de excitación y se le aparecían numerosas imágenes. La observó de perfil y confirmó su delicada belleza. Guardaba silencio con una leve sonrisa, así que su imaginación la dotó de los rasgos del carácter que él encontraba deseables, así como de una afectuosa ternura. Aunque le gustaban las putas, la mayoría lo habían pasado mal y se enfrentaban a la vida desde una perspectiva fatalista. Por ella sentía solo lástima, demasiado guapa y simpática para ser una puta. Se preguntó qué la había empujado a llevar ese tipo de vida y se rio de sí mismo. Era la pregunta clásica que se solía plantear durante aquella farsa.

Cruzaron el vestíbulo y subieron al ascensor. Al abrir la puerta y dejarla pasar, le preguntó si quería una copa. Ella le sonrió dulcemente y negó con la cabeza. Miró a su alrededor, abrió ligeramente la puerta del baño y encendió la luz; acto seguido, apagó las de la habitación. El resplandor procedente del baño bastaba para llenar la habitación con una luz tenue. A través de la ventana les llegaban los lejanos sonidos apagados de la ciudad.

Dominique empezó a desnudarse, provocándole, sabía cómo avivar el fuego de un hombre. Mientras lo observaba con sus ojos brillantes, se desabrochó la blusa lentamente moviendo los hombros con suavidad. Su sonrisa era toda una declaración de intenciones, le provocaba. Se abrió la blusa dejándole ver los pechos durante un segundo, pequeños pero apuntando al cielo, antes de volver a cerrarla y darse la vuelta para bajar los hombros y que la blusa se deslizara finalmente hasta el suelo.

Se contoneó de forma grácil y provocativa para librarse de la falda. Cuando esta cayó sobre la moqueta, salió de ella y permaneció allí de pie vestida solamente con bragas, tacones, unas brillantes medias blancas y una liga. Pensó que aquel era el culo más bonito que jamás había visto, suave y redondo. Tenía el cuerpo firme, bien proporcionado; sería bailarina o practicaría deporte y, aunque cualquier hombre afirmaría que era el claro ejemplo de un cuerpo sexualmente atractivo, no estaba lo suficientemente delgada para la moda de la época. Puso un pie sobre una silla y estiró los brazos para desabrocharse el liguero.

—Para —le dijo.

—Vale, te va ese rollo —comentó arqueando una ceja.

—Sí —contestó—. Con piernas como las tuyas. —Sonrió, por un momento se había sentido mareado por la pasión. ¿Es que se iba a desmayar ante un coño antes de probarlo? Parecía un muchacho de instituto cachondo en las garras de una ama de casa caliente. Quería reírse de sí mismo pero deseaba aún más ponerle las manos encima a Dominique.

—¿Follas vestido? —le preguntó.

—No, no, no... —Los zapatos salieron volando tras sendas patadas y casi se arranca los botones de la camisa al desabrocharlos.

¡La pistola! Se acordó de que la llevaba justo cuando empezó a quitarse la camisa. Demasiadas mujeres se sentían incómodas con las armas. Al quitarse la camisa, se dio la vuelta ocultándola tras él para así poder quitar la funda del cinturón y esconderla debajo de la chaqueta, en la silla. Ella estaba entretenida quitando la colcha de la cama así que no se dio cuenta. Perfecto. Incluso una puta podía inquietarse si veía una pipa.

Al quitarse los calcetines, pensó que dejárselos puestos sería lo menos romántico del mundo.

Dominique apartó la colcha y ahuecó las almohadas. Sus pechos bailaban con el movimiento.

Cogió algo pequeño de la mesita de noche y se giró hacia él. Al cruzar la habitación, desnuda excepto por el liguero, las medias y los tacones, la resplandeciente calidez de su cuerpo lo hipnotizó, podía sentirla a más de un metro de distancia. No quería decir nada. Estaba demasiado atrapado bajo su encanto, ciego de deseo como Sansón.

Al llegar a su lado, lo encerró entre sus piernas con una presión tan perfecta que lo hizo temblar; después, con la destreza de un granjero al preparar a un semental para la yegua, le deslizó el condón de látex por el pene. No le importaba lo que hiciera mientras se abriera de piernas y él pudiera entrar en ella. Nunca antes en su vida había deseado follarse a una mujer tanto como lo deseaba con esta.

Lo cogió de la mano y lo llevó hasta la cama. Las putas le habían enseñado como darle placer a una mujer. No era ningún secreto esotérico sacado del *Kamasutra*, simplemente el contacto y las caricias pacientes y continuas de unas manos suaves o de la punta de la lengua. El cuerpo de una mujer tarda más en estar listo para follar, una verdad que a los jóvenes cachondos les resultaba difícil apreciar.

Esta vez, fue Troy quien se enfrentó a ese mismo problema. Tocó con los dedos la piel cálida y sedosa del interior de los muslos y se mareó cuando ella abrió las piernas como las alas de una mariposa.

—¿Quieres que te lo coma? —le preguntó.

—Estaría bien, me encanta, pero este es para ti. Voy a follarte hasta dejarte seco. —Le apartó la mano y se movió para abrir bien las piernas. Se había recortado el oscuro montón de pelo para formar una V perfecta. La punta inferior indicaba el lugar exacto.

Lo guio dentro de ella. Era un poco estrecha pero podía con él y su cuerpo pronto se relajó. Le clavó los tacones en el culo y le empujó la pelvis para que entrara en ella del todo.

—Vamos a follar —le dijo.

Mantuvo los brazos estirados mientras se la follaba para sostenerse sobre ella y mirarla a la cara apoyada sobre la almohada. Estaba totalmente fuera del mundo, lo

único que veía y sentía era su cara, su coño y los muslos que le mecían.

Ella adaptó su ritmo al de él y lo animó.

—Córrete para mí, cielo. Córrete para mí, encanto. Sí, fóllame bien.

Sus palabras le llegaron a lo más profundo y alcanzó el orgasmo. Más, más, se le nubló la mente. Cuando llegó al climax, se dejó llevar por varias convulsiones. Le dolían los brazos y estaba empapado en sudor.

Dominique sonreía como el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*. George le había pagado bien pero se trataba de algo más que negocios. No era amor pero sí un buen y placentero revolcón. Le encantaba el placer obvio que acababa de proporcionarle. Algunas mujeres tenían la capacidad de controlar a los hombres por la polla; Dominique era una de ellas y disfrutaba de su poder. Hacía ejercicios para poder controlar los músculos de la vagina. Podía amasar una polla igual que ordeñaría una vaca con los dedos. Solo le costó unos minutos excitarle de nuevo.

El segundo orgasmo tardó un poco más en llegar y, después, se dejó caer en la cama junto a ella, débil como un trapo y empapado en sudor.

Dominique le recorrió el pecho sudoroso con un dedo.

—¿Te importa si fumo? —le preguntó.

—Fuma lo que te apetezca.

—¿Quieres uno?

—No.

Mientras encendía la cerilla, después el cigarro, y la cara se le iluminaba momentáneamente con el fuego, sintió una oleada de afecto, protector y tierno. ¿Estaría con alguien? Tendría que preguntarle a Gigolo Perry. Justo entonces se dio cuenta de lo que estaba pensando y se acordó de la advertencia de George sobre enamorarse. Se echó a reír. Joder, ahora entendía a qué se refería George.

Capítulo 7

Diesel echó calcetines y ropa interior a la mochila. Gloria permanecía en la puerta del dormitorio con los brazos cruzados, mirándole fijamente y dando golpecitos con el pie. Se le estaban fundiendo los plomos y explotaría en cualquier momento. Diesel lo sabía y evitaba cruzar la mirada con ella. Tal vez podría marcharse antes de que estallara.

Cerró la mochila, cogió la maleta de al lado de la cama y se dirigió a la puerta.

—He visto que has cogido todo tu arsenal —le dijo.

—Quiero saber adónde vas. —Mientras hablaba, se apartó del marco de la puerta justo cuando lo tuvo en frente y se colocó en el centro, bloqueando la salida. Si no se paraba, la arrollaría. No estaba listo para eso, aún no. Levantó la mirada al cielo en la típica farsa de buscar paciencia en Dios. Entonces, retrocedió.

—Por favor, deja que me vaya, nena. No tengo ganas de discutir. —Aquellas palabras eran más sinceras que cualquier cosa que jamás hubiera dicho un hombre que seguiría peleando aun ahogándose en su propia sangre y se enfrentaría a cualquiera que pisara la faz de la tierra, pero con Gloria se acobardaba. Se elevaba amenazante sobre ella, podía aplastarla de un solo puñetazo. La superaba en peso, era más del doble de grande. Haría cualquier cosa antes que pegarle pero ella no paró de acosarle hasta que no le quedó más remedio que ceder o apartarla utilizando la fuerza física. Ya lo había hecho una vez y, tras cruzar la puerta, ella se le abalanzó por detrás y le saltó a la espalda. Menuda escena, él dando vueltas intentando quitársela de encima. En las ventanas de los vecinos, se movieron las cortinas. Aquello debió provocar muchos cotilleos cuando lo que quería era preservar su anonimato.

—O me lo dices... O la vamos a tener. Escucha, Cari, tienes un hijo. Ya no puedes escaparte por ahí cada vez que te apetezca. Es hora de que madures, hombre.

La miró a la cara, los músculos de la mandíbula formaban duros relieves. Decidió contárselo. Troy no lo aprobaría pero tampoco se enteraría nunca.

—Vamos a Sacramento a recoger a Mad Dog.

—¡Mad Dog! Me dijiste que estaba loco.

—Sí. Bueno, mucha gente lo está. Yo también estoy loco.

—Ni siquiera te cae bien.

—Troy le ha dado el visto bueno.

—Y eso es lo único que necesitas... El visto bueno de Troy. Si es tan listo, ¿por qué coño se ha pasado tanto tiempo encerrado en la cárcel?

—Querías saberlo y te lo he contado. No fuerces las cosas. No intentes decirme lo que tengo que hacer. —Hizo una pausa, se inclinó hacia atrás y la miró por debajo de la nariz con los ojos azules salpicados de venas rojas, vidriosos. Ella se mordió el labio y dejó descansar la lengua. Siguió hablando para tranquilizarla—. Cuando

terminemos en Sacramento, seguramente vayamos a Los Ángeles.

—¿Qué hay en Los Ángeles?

—Un abogado al que tiene que ir Troy.

—¿Cuándo volverás?

—Supongo que en cinco días, como máximo. —Era mentira. Serían mínimo diez días.

—Si te trincan y vuelves a la cárcel, no pienses que Júnior o yo estaremos aquí para ti. Este cuerpo no se va a marchitar esperando a un imbécil.

—Sí, ya lo sé, me lo has dicho cincuenta veces.

—Y aun así parece que te importa una mierda.

El tono desdeñoso le llegó a lo más profundo. Sin pensar, dejó caer la mochila y se acercó para cogerla por la blusa. Se detuvo pero ella supo que era hora de apartarse a un lado. Así lo hizo. Diesel recogió la mochila y salió, abrió la puerta mosquitera con el hombro y dejó que se cerrara de golpe a sus espaldas.

Gloria lo observó llegar al descapotable donde Troy lo esperaba tras el volante. Diesel tiró sus cosas en el asiento trasero y subió al coche. No miró atrás cuando se alejó.

—Troy es el que lo dirige todo ahora —murmuró. Sentía dentro el vacío del miedo, su marido se había perdido—. No —dijo negando con la cabeza; no quería pensar en nada que lo gafara o le trajera mala suerte.

Cerró la puerta principal y se dirigió a la cocina. Pasara lo que pasara, la vida continuaba y tenía que preparar la cena para ella y para su hijo. Al abrir la puerta del frigorífico y ver su escaso contenido, pensó: «¿Por qué no habré nacido rica?». Sonrió ante su autocompasión momentánea. Al sacar el biberón para calentarlo, pensó en que esperaba que Cari llamara de forma regular. Últimamente, había mejorado en ese aspecto. Quizá ocurriera un milagro y se enderezara. Sí, y también les iba a tocar la lotería.

Ciento veinte kilómetros por hora era velocidad suficiente incluso en tramos llanos, sin tráfico. A mayor velocidad, atraerían la atención de la patrulla de carreteras. Cien bastaría si se encontraban con algo de movimiento. Debían permanecer en el carril rápido y mantener la distancia. Cien establecía el límite perfectamente, más rápido los multarían y más despacio resultaba una pérdida de tiempo. Recordó haberlo leído hacía tiempo. ¿Seguiría siendo cierto? Pronto lo descubrirían.

—¿Cómo conduzco? —le preguntó a Diesel.

—Bien, tío, teniendo en cuenta el tiempo que hacía.

—Es como follar. En cuanto aprendes, nunca se te olvida.

—¿Quién es la tía que me he encontrado, hermano?

—Una pava que me arregló Gigolo Perry.

—Yo también pagaría por probar su coño.

Troy se sorprendió al sentir un destello de celos seguidos de la ira correspondiente ante el comentario despreocupado de Diesel. En su mundo, aquellas palabras no tenían mayor importancia. No se trataba de la mujer de uno o de una amante, ni siquiera estaba mal visto según los estándares de los ladrones callejeros. Después de todo, vendía su cuerpo para ganarse el pan. De no ser por el inteligente comentario de George sobre la vida, Troy se estaría preguntando si se había medio enamorado. Dios sabía que sintió placer a su lado y puede que hasta la buscara cuando volvieran de Los Ángeles. Tenía el encanto suficiente como para llevarla del brazo a cenar a los lugares de moda.

Cruzaron el Golden Gate al atardecer. Hacia el oeste, medio disco naranja se hundía tras el horizonte creando un sendero abrasador a través del mar que convirtió los pilares del puente en monumentos en llamas durante un momento. La carretera bordeaba cañones con los fondos ya inundados de sombras. Cuando dejaron atrás las colinas, el sol había desaparecido y la luz se atenuaba. Todos los coches llevaban las luces encendidas formando un río doble opuesto, blanco y rojo rubí.

Un coche de la patrulla de carreteras pasó a su lado por la derecha.

—¿Mi carnet de conducir pasaría un control? —preguntó Troy.

—¿Si llaman para comprobarlo, dices? Sí, sin problema.

—Al León Klein. Nacido el quince de diciembre del cincuenta y nueve en Denver, Colorado. —Troy se aseguró de que tenía sus datos listos. Se acordó de cómo trincaron a Boone porque no supo deletrear el nombre que utilizaba como alias en el carnet de conducir. Para ser justos con el diablo, no hay que olvidar que era un nombre polaco. Aun así, debería haber podido deletrear el nombre que usaba.

—¿Quién era este tío? —preguntó—. ¿Lo sabes?

—Sí, es su carnet, solo cambiamos la foto. Era un frutero. Murió en la residencia para enfermos terminales gays. Tenía esa mierda tan chungu.

—¿Cáncer?

—Cáncer, por los cojones. SIDA.

—Sí, vale, vale —dijo Troy—. No te gusta ni decir la palabra, ¿no?

—Me da miedo, hermano. Se carga a tíos de todas las formas posibles. Algunos mueren de manera horrible. Les crece no sé qué mierda en la garganta, se les come el cerebro. ¿Cuántos lo pillarían en la trena?

—No lo sé. Supongo que habrá varios centenares de infectados que aún no hayan enfermado...

—Pero lo harán en algún momento.

—Todos lo haremos.

—Sí, tienes razón.

—A cualquiera que dé positivo por VIH lo mandan a una unidad separada.

—Seguro que el resto estarán asustados.

—Está claro —comentó Troy—. Algunos están acojonados, ya sabes lo estúpidos que son. Te sorprendería saber quiénes son algunos de los que lo tienen. La mayoría de los que ya están enfermos son maricones pero casi todos los infectados son drogatas. Conozco a muchos de ellos desde el reformatorio. Jimmy Villa, Don Wilcox, Wedo Karate. Y tíos que no sé ni cómo se llaman.

—Al León Klein —dijo Diesel.

—Sí, me has convertido en un frutero muerto.

—Es mejor que ser un fugitivo.

—Será mejor que no me jodas o tu culo gordo sufrirá las consecuencias.

—Sí, ¿no?

—Sí. —Troy estiró la mano derecha y le cogió un buen pellizco de carne del interior del muslo entre cuatro dedos y el talón de la mano. El dolor fue tal que Diesel se quedó helado.

—¡Joder! ¡Lo siento! Ya paro —le rogó Diesel—. Suéltame, hermano. Por favor.

—Llámame Papi.

—Sí, Papi. Por favor, Papi.

Troy le soltó. Diesel levantó un puño cerrado parodiando a Jackie Gleason.

—Un día de estos... Un día de estos.

—Si *sueñas* con saltar encima de mí algún día, será mejor que te vayas despertando y te enteres de qué va la cosa.

—¿Sí?

—Sí. *Pst.* —Le hizo un gesto para que Diesel bajara la vista.

Diesel miró. En la mano izquierda, Troy llevaba un arma.

—¿Qué te parece? —preguntó Troy.

—Lo dejo ya —respondió Diesel—. Guarda eso.

Troy deslizó de nuevo la pistola debajo del muslo de donde podía sacarla de forma instantánea. No era probable que la necesitara en la carretera pero, si se daba el caso, casi con toda seguridad no le serviría para nada. Solo le haría falta si la patrulla de carreteras, o algún policía local, los paraba y, desde hacía una década o más, la mayoría de policías llevaban chaleco antibalas bajo el uniforme, o como parte del uniforme. La cabeza y los brazos seguían desprotegidos pero suponían un blanco difícil y, excepto por la cabeza, no incapacitaban de forma inmediata. El instinto en momentos extremos llevaba a disparar al objetivo mayor, el cuerpo. Tendría que practicar. Hacía mucho tiempo había sido un excelente tirador con varias armas pequeñas, especialmente con la pistola. De aquello hacía mucho; su destreza se habría reducido al menos a la mitad.

Diesel toqueteaba la radio del coche. Las emisoras preprogramadas eran de la península de San Francisco, no de East Bay. Tenía que buscar la emisora que quería.

Buscaba clásicos antiguos pero, cuando se escuchó una voz dando las noticias, Troy le dijo que la dejara un minuto.

El Congreso se daba prisa con el proyecto de ley de ayuda urbana... Un avión que despegó de Mather Field había desaparecido en las Sierras... La policía de Sacramento había realizado una redada en un bar de *topless*... En Oakland, se había producido el robo de un coche y dos de los cuatro ladrones fueron detenidos tras un tiroteo en Berkeley... Los palestinos les estaban causando problemas a los israelíes en Cisjordania... Inmigración había aumentado su presencia en la frontera... El Tribunal de Apelación había ratificado la ley de los «tres delitos».

—Busca algo de música —dijo Troy—. Esa mierda es demasiado deprimente.

—¿A ti te pilla lo de los tres delitos? —preguntó Diesel.

—Depende de si cuentan mi caso de menores o no. No creo que un tribunal de apelación utilizara esa parte. Un caso de menores no disfruta de las protecciones constitucionales: nada de abogado, ni juicio con jurado, ni presunción de inocencia, ni confrontación con testigos, nada de esa mierda. Sumarlo a un caso posterior no puede ser viable constitucionalmente.

—Si tú lo dices.

—¿Y tú qué?

—Yo ya estoy muerto y hasta apesto. Solo con una chorrada de mierda como llevar un arma encima me caería la perpetua. A tomar por culo. Me llevarían al juzgado en dos segundos.

—Ya, han convertido los crímenes en delitos capitales.

—¿Cómo van a hacerlo, Troy? ¿Dónde cojones van a meter a tanto mierda? ¿Cómo los van a llevar a todos a juicio? Es de locos.

—Es una puta locura, sí, pero tienen miedo.

—Eso lo entiendo. Yo también tengo miedo y eso que soy un oso *grizzly* de ciento veinte kilos armado hasta los dientes. Esos negros jóvenes parece que estén en mitad de un viaje espacial. Ayer leí que unos intentaron robar a algún imbécil que les enseñó la cartera vacía y los pirados le dispararon seis veces. ¿Qué mierda es esa? ¿En qué coño están pensando?

—Quién sabe.

—Negratas ignorantes de mierda —comentó Diesel—. Lo único que saben hacer es vender droga y cargarse a la gente. No sé quién dijo que aprenden esa mierda de las películas y la televisión.

—De algún sitio las tienen que aprender. Todo el mundo aprende de algún sitio. Puede que sea la televisión. Nadie más les enseña nada o, bueno, a la mayoría nadie les enseña nada. Muchos crecen sin nada ni nadie que los civilice en el gueto.

—Es como en esa película, *El señor de las moscas*.

—Es una buena analogía, solo que primero fue un libro.

—No lo he leído pero sí he visto la película. ¿Qué piensas de los negros? ¿Los odias?

—No —respondió Troy—. No si ellos no me odian a mí.

—Yo pienso lo mismo... Si son de esos que están llenos de odio, que les den por culo. Si me respetan, yo los respeto. Si me dan malas vibraciones, les devuelvo malas vibraciones a esos paletos. No les he hecho nada a esos gilipollas. Qué coño, a mí me han jodido igual que a ellos. Y a ti. ¿Qué me cuentas de todo el odio del *gangsta rap*? ¿Y a esa mierda la llaman música?

—Duke Ellington se debe estar retorciendo en su tumba.

—Joder que sí.

Las luces y el tráfico aumentaban al entrar en las afueras de Sacramento. Era totalmente de noche. En una gasolinera, Diesel llenó el depósito mientras Troy llamaba desde una cabina. El número pertenecía al teléfono público del vestíbulo de una pensión.

—¿Diga? —respondió una chica.

—Hola. ¿Podrías llamar a la puerta de Larry Jones y ver si está?

—¿Eres Troy o Diesel?

—Mmm... Llamo de su parte.

—Larry me dijo que os dijera que está en el club Onyx jugando al póquer.

—¿Cómo te llamas?

—Jinx. Soy la chica de Larry.

—¿De dónde has sacado un nombre como Jinx?

—Me lo puso Larry. Entré cuando tenía *unfully* perdió, así que me dijo que lo gafé pero no fue en serio.

—¿Dónde está el Onyx?

—¿Conoces el centro de Sacramento?

—No.

—Vale. Te diré cómo llegar. Venís de Bay Área, ¿no?

—Sí.

Le dio las indicaciones, dónde salir de la autopista, en qué dirección ir, dónde girar. Era fácil y lo recordó de memoria. Diesel había apartado el coche de los surtidores y lo esperaba sentado tras el volante. Al volver al tráfico, Troy le explicó las indicaciones. Diesel conocía la ubicación del club Onyx. Un momento después, el gigante golpeaba el volante con el talón de la mano.

—Tiene otra novia, joder. Espero que no tenga hijos.

—Tenía voz de chiquilla.

El secreto que compartían ahogó la conversación durante el resto del trayecto.

—Mantén la calma cuando lo veas, no le des malas vibraciones —dijo Troy cuando encontraron el Onyx, mientras buscaban un sitio donde aparcar.

—Lo haré, no quiero que le entren paranoias sobre mí, eso me volvería paranoico a mí también. Y si a los dos nos da la paranoia...

La barra del Onyx era larga y, a unos tres metros, una barandilla de metal separaba la zona de juegos con varias mesas que despleaban diferentes tipos de póquer: Seven-Card Stud, Lowball, Texas Hold 'Em, Pai Gow. Solo había dos en activo, ambas junto a la pared más apartada.

La luz era tenue en la zona del bar pero brillaba sobre las mesas de póquer y se reflejaba en los reversos brillantes de las cartas al deslizarse sobre el terciopelo verde. Había seis jugadores, Mad Dog entre ellos. Era mediocre con las cartas pero, como la mayoría de malos jugadores, se consideraba muy bueno y, cuando perdía, lo achacaba a que la suerte estaba en su contra. Por el momento, las cartas confirmaban su engaño. Disfrutaba de un golpe de suerte. Jugaban al Seven-Card Stud y no podía salirle mal. En tres ocasiones, él y otro jugador tenían color y, cada vez, el suyo era superior. Otras dos veces, tenía dobles parejas contra una escalera abierta y ambas consiguió el *full* con la última carta. Llevaba una racha demasiado buena para retirarse, ni siquiera para ir a encontrarse con Troy y Diesel, así que llamó a Jinx y les dejó el mensaje.

Había ganado otro pequeño bote y estaba apilando las fichas cuando levantó la vista y vio a Troy observándolo. Mad Dog sonrió y le saludó. Troy asintió, con expresión impasible. Aquello bastó para despertar la inquietud en Mad Dog. Recogió sus fichas.

—Me retiro, muchachos.

—¿Por qué le has dicho mi nombre a esa tía? —preguntó Troy cuando iban en el coche.

—¿Te refieres a Jinx? ¿Le he dicho tu nombre?

—Me preguntó si era Troy o Diesel.

—Joder —exclamó Diesel.

—¿Cuánto tardarían en identificarnos si le dijera a la policía «Troy» y «Diesel»? Le enseñarían nuestras fotos en menos de una hora.

El instinto de Mad Dog le decía que lo negara y se defendiera pero sabía que esta vez eso solo le traería problemas, así que se disculpó.

—Lo siento, hermano. No lo pensé.

—Ya... Vale. Pero, que no se te olvide esto, nadie debería querer saber nada que no tengan que saber. Yo no quiero.

—Sé lo que quieres decir —dijo Diesel—. Me uní a un grupo de novatos en Vacaville, cuando entré en la trena. Había cuatro o cinco tipos que se conocían, Gary Jackson, Danny Trejo, Bulldog y Red Howard. Red estaba cortando los barrotes de su celda. Nos lo contó, solo a nosotros. Alguien se fue de la lengua y lo trincaron. Me sentí como una mierda y Gary Jackson me dijo que él también. Ojalá no lo

hubiéramos sabido, así Red no podría pensar que habíamos sido alguno de nosotros.

—¿Descubristeis quién fue? —preguntó Mad Dog.

—Sí, el tipo que le consiguió la sierra para metales. Después de eso, cuando alguien empezaba a contar algo, si no tenía que ver conmigo, no quería escucharlo. Así, si algo salía mal, no habría dudas sobre mi buen nombre.

—Sí, sé cómo va la cosa —dijo Troy.

—Tendré más cuidado —comentó Mad Dog.

—Sé que lo harás. ¿Listo para largarnos?

—Listo, pero tengo el puto coche en el taller. No estará terminado hasta mañana.

—¿Es el mismo coche que tenías en Portland? —preguntó Diesel.

—Sí, el viejo GTO. Es un clásico, tío.

—Sería mejor si fuera un clásico que andará.

—Andará —respondió Mad Dog en un tono desafiante, y Troy sintió la tensión entre los dos compinches.

—Ganaremos tanta pasta que te podrás comprar un Jaguar si quieres.

—Ni de coña —comentó Diesel—. Se pasan más tiempo en el taller que el viejo GTO.

—¿Te darán el coche mañana? —preguntó Troy.

—Eso me dijeron.

—¿Qué le pasa?

—Un manguito del radiador.

—Sí, estará listo para mañana —dijo Diesel.

—Podemos pillar una habitación en un motel y esperar —propuso Troy—. O podemos salir esta noche y tú nos alcanzas cuando te devuelvan el coche. Así podré ver al Greco mañana. ¿Qué dices?

Mad Dog asintió.

—Parece la mejor opción —coincidió Diesel.

—¿Cómo os encontraré allí abajo? —preguntó Mad Dog—. Más vale que sea fácil porque siempre me pierdo en la puta Los Ángeles.

—Nos quedaremos en el hotel Roosevelt de Hollywood Boulevard —dijo Troy—. Nos registraremos con el nombre de Al León Klein.

—Al León Klein. Pensaré en Jimmy Klein. ¿Qué le pasó al tipo?

—Delató a demasiada gente —dijo Diesel—. La mafia mexicana le puso precio a su culo.

—¿En serio? —preguntó Mad Dog—. ¿Se volvió un soplón?

—Sí —dijo Troy—. Era un estafador hasta la médula, de los que piensan que todo el mundo es un pardillo o el blanco perfecto de sus chanchullos. Es fácil racionalizar y decir «es un gorrón, que vaya a la cárcel». Eso es lo que él hacía.

—Jimmy Klein una rata. Joder. El pavo tenía una personalidad de la hostia —

comentó Mad Dog.

—Eso es verdad, pero sigue siendo una rata —dijo Diesel—. ¿Quieres volver al Onyx o qué?

—No, no. Llevadme a mi casa. Yo os digo por dónde se va.

Diez minutos después, pararon el coche fuera de un edificio de apartamentos de dos pisos que se caía a pedazos. Cuando Mad Dog salió del coche, se abrió la puerta principal y apareció Jinx. Tenía la cara de una niña y el cuerpo de una mujer. Resultaba imposible evitar las presentaciones.

—Cari, Troy, esta es Jinx, mi chica.

—Hola, chicos. He oído hablar mucho de vosotros.

Diesel estaba tras el volante.

—Me gustaría que nos lo contaras alguna vez —dijo—, pero ahora no tenemos mucho tiempo.

Le dedicó una rápida sonrisa a la chica, un ligero saludo a Mad Dog y en seguida volvió a meterse entre el tráfico. Diez minutos después, el Mustang GT descapotable se incorporó a la US 99 en dirección al sur, hacia Los Ángeles, a más de seiscientos kilómetros. Hacía mucho tiempo, la US 99 había sido la carretera interior principal que cruzaba San Joaquín Valley y, aunque la primera posición se la había arrebatado la interestatal 5, la seguía recorriendo un intenso tráfico. Atravesaron pequeños pueblos agrícolas y paradas para camioneros. A veces, el mundo se sumía en una negra oscuridad más allá de la línea de la carretera, pero el olor de la vegetación que crecía alrededor les transmitía la riqueza de la tierra.

Los faros iluminaban las señales. Bakersfield, ciento sesenta kilómetros, Los Ángeles, trescientos cincuenta. Troy contemplaba la noche a través de la ventana y Diesel observaba la infinita línea blanca entrecortada extenderse ante la luz de los faros.

—¿Pongo la radio? —preguntó Diesel.

—Claro.

En Central Valley, las únicas emisoras que cogía la radio eran dos: una de música country y otra de noticias veinticuatro horas.

—¿Cuál dejo? —preguntó Diesel.

—Vamos a escuchar las noticias —respondió Troy. Aunque en San Quintín había leído con un apetito voraz, las noticias del día a día no le despertaban demasiado el interés. ¿Qué le importan a un convicto en las entrañas de la Bestia las inundaciones en Tennessee, o un huracán en Nueva Orleans, o la fluctuación del dólar al cambio? Puede que tuvieran un interés académico, como Pompeya en el año 79 a. C., pero a él le preocupaban otros asuntos más reales y acuciantes: si estallaban otra vez las guerras raciales, tendría que caminar entre blanquitos por el pasillo para llegar a la celda. Para muchos reclusos, el horizonte del mundo llegaba hasta las paredes de la

cárcel. Lo único que querían escuchar del mundo exterior eran los resultados del béisbol, de las carreras de caballos o cuál era el margen en Las Vegas para los partidos del fin de semana.

Troy no permanecía indiferente hasta ese extremo, pero el tiempo pronunció el aislamiento natural, así que no había prestado demasiada atención a nada hasta que le informaron de que saldría en libertad; en ese momento, su mente se despertó con un hambre voraz por saber lo que ocurría en el mundo al que se incorporaría una vez más.

—... el NAFTA da lugar a compañeros de cama muy dispares. Tanto los portavoces de la extrema derecha como los de la extrema izquierda desprecian el acuerdo de libre comercio con México, y el diletante multimillonario Ross Perrot afirma que el sonido de succión que escuchamos son los trabajos que se escapan al sur de la frontera...

—¿Te interesa esa mierda política? —preguntó Diesel.

—Sí, a veces.

—Normalmente, ni siquiera sé a quién apoyar. Todos dicen un montón de gilipolleces. Y mienten. Joder, si mienten.

—Ya —asintió Troy—. A veces mienten cuando la verdad sería igual de buena.

—¿Sabes qué, tío? Creo que prefiero ser un ladrón que un político, así al menos sé lo que soy. Algunos de ellos tienen problemas de identidad.

—Tienes toda la puta razón —dijo Troy. Pensó para sí que también existen muchos hipócritas que ni siquiera son conscientes de ello. Incluyó la hipocresía entre los vicios más despreciables.

—Estoy cansado —dijo Diesel cuando llegaron a las afueras de Bakersfield. El centro de Los Ángeles quedaba a tan solo dos horas y las afueras de la ciudad que lindaban con el desierto estaban a la mitad de ese tiempo. Podías tardar todo el día en cruzar Los Ángeles si te salías de la autopista.

—Normal, tío. Déjame el carro a mí.

—Ten cuidado con la patrulla de carreteras en la Ridge Route. Se ponen mucho por allí.

Parados en el arcén de la carretera, Diesel se estiró en el asiento trasero y Troy se puso al volante. La noche era cálida así que dejaron la capota bajada. Mientras el coche subía las cuestas a través de las montañas con San Francisco Valley al otro lado, Troy observaba el cielo nocturno cubierto de estrellas, con el cuerpo ardiendo por el calor del subidón de las anfetaminas; se sentía estupendamente. Sus pensamientos alcanzaban el mismo nivel de felicidad que su cuerpo. Pensó en su plan para especializarse en limpiar a chulos, corredores de apuestas, gánsters novatos y traficantes. Sus víctimas se enfurecerían. Querrían matarlo pero no sabrían quién era ni cómo encontrarlo aunque supieran su nombre. Además, ellos también sangraban y

no les tenía miedo. Podía temer a la policía y a volver a la cárcel, pero no le importaban una mierda el rey de la droga analfabeto de Compton ni todos los negros colocados del mundo. Eran depredadores, no cabía duda, pero él era un depredador mayor de lo que podían imaginar y además aparecería de la nada. No sabrían qué había pasado. Se rio solo de pensarlo. Compton no le daba ningún miedo, ya se le hacía la boca agua al pensar en ellos tres, los blanquitos, rulando con el coche por el Westside o con el Pacífico salpicando de fondo. Iría un paso por delante de los negros más malos y sería más duro que los blancos. El peligro residía en tener a un policía corrupto como aliado, podía resultar arriesgado. Bueno, nada que mereciera la pena en la vida carecía de riesgos. ¿Qué había dicho Helen Keller? «La vida era una aventura peligrosa o nada».

Robar a traficantes de droga tenía varias ventajas, y de ellas la suma del posible botín no era la menor. Era muy posible que pudieran levantarse un millón de dólares en un golpe de drogas. Resultaba más improbable que trincaran un millón de dólares en metálico de un banco o incluso de un vehículo blindado. Incluso si lo conseguían, asignarían a un ejército de agentes del FBI al caso. Otras formas de levantar grandes botines, como diamantes o chips de ordenadores, planteaban sus propios problemas. Ambos se vendían fácilmente pero la rebaja en el precio suponía también un robo. Tomó como ejemplo el robo de una joyería. Los periódicos publicaron que las pérdidas ascendieron a un millón trescientos mil dólares aproximadamente. Eso eran un millón trescientos mil dólares al por menor. Al por mayor, sacaría la mitad, seiscientos cincuenta mil. El precio normal de los objetos robados es un tercio del precio al por mayor, doscientos mil dólares aproximadamente y algo de calderilla. Repartido entre tres, su parte se quedaba en unos setenta mil dólares. No estaba mal por diez minutos en una joyería pero las consecuencias serían terribles si por eso acabara en la cárcel durante diez años. Diez, y una mierda, veinticinco. Sería su tercer golpe. Tenía buenas ideas criminales más allá de joyerías de lujo y coches blindados. También tenía un acuerdo con uno de los mejores abogados de narcóticos de Los Ángeles que le diría quién, qué y dónde de los grandes traficantes. A diferencia de los diamantes, la heroína y la cocaína se depreciaban muy poco como mercancía robada.

Al sopesar todas las variables, prefería arriesgar la vida antes que volver a la cárcel. Tal vez ganara la partida, diera el gran golpe y pasara el resto de su vida en una playa soleada de un lugar lejano jugando a ser Gauguin o Rimbaud. Se dio cuenta de que, a los treinta y ocho, ya se sentía ajado en muchos aspectos, como si hubiera quemado una vela con un soplete. Sus experiencias lo habían deformado así que, aunque hablara en el lenguaje normal, le faltaban algunos rasgos normales. Uno de ellos era el miedo, su umbral superaba de largo el de la media. A su alrededor, lo único que sentía era miedo, miedo a la violencia, miedo a la censura, miedo al rechazo, a la desaprobación, a la pobreza, a todo. Pero, quien sobrevive una década

en San Quintín alcanza un grado de estoicismo que va más allá del miedo. Había soportado golpes que conducen a hombres a la locura, al suicidio o a Jesucristo. Se había endurecido. Sí temía a la muerte o, al menos, a la parte de morir. Lo de después era fácil. De hecho, llegados a cierto punto, la muerte suponía una vía de escape segura del dolor. Pero, si podía salvar algunos años de tranquila soledad, tal vez si conseguía encontrar una mujer dulce, de piel morena, para que le calentara los pies, merecería la pena sentarse y jugar a ser un criminal por última vez.

—Reparte las cartas —le murmuró a Dios. Jugaría con cualquier mano que le tocara. Llegaba dos décadas demasiado tarde para retirarse del juego a aquellas alturas.



Eran las horas más oscuras, justo antes del amanecer, cuando el Mustang se desvió de la Ridge Route hacia el sistema de carreteras de Los Ángeles. Diesel estaba sentado a su lado con la boca entreabierta y los ojos legañosos. El torrente habitual de vehículos era un pequeño goteo a esas horas, un puñado de automóviles y algunos camiones enormes más que mantenían el ritmo para llegar a primera hora. Cuando entró en la cárcel, la enorme extensión de Los Ángeles terminaba en el extremo norte de San Fernando Valley. Algunos asentamientos de civilización, con la Montaña Mágica entre ellos, se extendían por el desierto más allá del borde que rodeaba el valle. Ahora, eso se conocía como Santa Clarita Valley y cubría el desierto de caravanas, gasolineras Arco y cafeterías Denny's. Aquellas vistas lo dejaron estupefacto.

Al circular a toda velocidad por el carril rápido, el terreno le resultaba cada vez más familiar. Troy sintió una oleada de emoción en el estómago. Se acercaba a casa. A la izquierda podía ver la cruz en lo alto del mausoleo de Forest Lawn donde estaban enterrados los cadáveres de las estrellas de cine. Griffith Park bordeaba la carretera. Era diez veces más grande que Central Park, en Manhattan. De niño, Troy alquilaba caballos ensillados para recorrer los numerosos senderos del parque. Años más tarde, ya convertido en un hombre, habían encontrado el cuerpo de un amigo con una bala en la cabeza en uno de esos caminos. El asesinato seguía sin resolverse. Una señal rezaba MUSEO GENE AUTRY DEL PATRIMONIO OCCIDENTAL, CARRIL DERECHO. Aquello era nuevo. Poco después, otra señal le despertó emociones y recuerdos: ESTADIO DE LOS DODGERS, 2 KILÓMETROS.

La Interestatal 5 torcía hacia la izquierda cortando a través del este de Los Ángeles. Troy permaneció a la derecha y subió por una pendiente que llevaba a la Pasadena Freeway. Cortaba por las colinas de Elysian Park, donde se encontraba la

Academia de Policía, y, al salir de las colinas, dejaba ver los edificios del centro de Los Ángeles recortados en el horizonte a unos tres kilómetros. Lo que Troy vio difería totalmente de la imagen de sus recuerdos. Durante toda su vida, el edificio de veinticinco pisos que albergaba el ayuntamiento se había elevado sobre el bajo perfil de Los Ángeles. Ahora quedaba prácticamente escondido en mitad de una selva de altos rascacielos, casi todos construidos mientras él permanecía encerrado. ¿Habría cambiado la ciudad tanto como su paisaje?

En 4th Street, salieron de la autopista. El Westin Bonaventure quedaba cerca de la salida. A pesar de la hora, el portero mexicano y los botones saltaron sobre su escaso equipaje y se mostraron agradecidos por la propina.

Cuando estuvieron en el ascensor, Diesel cerró los ojos y se apoyó contra la pared; en cuanto abrieron la puerta de la habitación, se tiró sobre la cama y empezó a roncar. A Troy le recordó a un niño pequeño. Él también quería dormir pero tenía cosas que hacer antes. No tenía un número de teléfono que lo conectara directamente con el Greco pero sabía dónde dejarle un mensaje. Llamó al número que le había dejado el griego.

—Sherry's Lounge —respondió una voz tras dos timbrazos.

—Alex el Greco me dijo que llamara a este número.

—Ya veo. Así que eso hizo.

—Sí. Te daré un número en el que podrá localizarme.

—Claro. No sé cuándo lo veré pero, cuando lo haga...

—Es lo único que te pido. Me alojo en el Bonaventure, habitación ochocientos diecisiete.

Después de la llamada, Troy se echó a dormir. Dos horas después, sonó el teléfono. Rodó sobre la cama y lo cogió.

—Como seas un puto griego fascista...

—Oye, un griego fascista *liberal*... ¿Cuándo has salido, gilipollas?

—Cuando me dejó salir tu madre, mamonazo.

—Tu madre es mi madre. ¿Quieres que hablemos de ella?

Los dos soltaron una carcajada.

—Me alegro de oír tu voz, hombre —dijo el Greco—. Empezaba a preguntarme si saldrías alguna vez.

—¿Cómo te va? —preguntó Troy.

—Pan para hoy, hambre para mañana. Los putos abogados se quedan todo el dinero.

—He oído que te hicieron una redada.

—No tienen nada. El registro les fue tan mal que ni siquiera pueden mentir. Pero, claro, me volvieron a sobrevalorar; una fianza de doscientos mil. Más la parte del puto abogado. Creo que él y el tipo de las fianzas me están chuleando. Ja, ja, ja. Estás

en el Bonaventure, ¿no?

—Big Diesel y yo.

—Te has traído a ese cabrón chiflado contigo, ¿no? Es un tipo duro, y muy grande.

—¿Dónde estás? ¿Cuándo nos vemos?

—Tengo asuntos que resolver hasta mediodía más o menos. ¿Estarás ahí?

—Entrando y saliendo, pero no me quedaré fuera más de media hora cuando salga.

—¿Necesitas pasta?

—Si el abogado te ha dejado algo.

—Siempre me guardo algo para mi número uno. Tengo algo bueno para ti.

—¿Sí?

—Sí. Te lo llevo cuando te vea. Estarás por ahí, ¿no?

—Sí. —Se dijo a sí mismo que no se quedaría clavado esperando a Alex Aris, también conocido como el Greco. Alex era famoso por llegar tarde. Una vez, la policía tenía un motel vigilado esperando a que Alex apareciera. Llegó tan tarde que los agentes se rindieron y cerraron la trampa sobre los que le esperaban. Alex apareció cuando la redada se estaba dispersando. En vez de entregarse, siguió conduciendo. Aquel suceso no ayudó a su puntualidad.

Troy y Diesel durmieron hasta el mediodía, pidieron el desayuno al servicio de habitaciones y se ducharon y afeitaron mientras esperaban a que Alex Aris llamara. Troy quería salir.

—Tengo que echarle un vistazo a mi ciudad —dijo—. No la he visto en mucho tiempo.

—¿Qué pasa con la llamada?

—Llegará cuando llegue. No pienso esperarle.

—¿No se cabreará si no estás cuando llegue?

—Que le den. ¿Por qué cojones iba a mosquearse? —Troy llamó a la centralita—. Dígale a cualquiera que llame que volveremos sobre las seis y media.

Troy y Diesel entraron en el ascensor que funcionaba dentro de un tubo de cristal en el exterior del edificio, y bajaron de la luz del sol a los oscuros cañones del fondo. Las aceras de Figueroa rebosaban de hombres de negocios trajeados y mujeres con trajes a medida. La calle era diferente de como la recordaba. Parecía que todos los edificios se habían elevado en su ausencia; treinta, cuarenta, cincuenta pisos de altura, tan bonitos como cualquier rascacielos que hubiera visto, incluso si muchos de sus nombres eran japoneses. Había leído que la mitad de los edificios de oficinas del centro eran propiedad de empresas japonesas. Aquello no le molestaba; nadie iba a trasladar los edificios al otro lado del Pacífico.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Diesel.

—Gira a la derecha. Vamos a pasar por Broadway.

Broadway se extendía varios largos bloques hacia el este. Cuando Troy era niño, fue la calle principal de Los Ángeles. Por aquel entonces, tranvías amarillos recorrían el centro. A veces, varios de ellos se acumulaban en las intersecciones, cargando y descargando. Los tranvías rojos de la Pacific Electric circulaban hacia las zonas de la periferia. Troy había leído que General Motors, Firestone y otras se habían hecho con el control de las empresas de tranvías para liquidarlas y poder vender neumáticos y autobuses. ¿Qué era más inmoral, eso o robar a traficantes de droga?

—Sabes una cosa, D, un tío puede justificarse a sí mismo prácticamente todo. Eso es lo único que importa. No creo que nadie haga nada malo a conciencia.

—A mí no me preguntes, hermano. Yo no pienso en esas mierdas, solo en ganar pasta. Hay cosas que no haría nunca pero esas cosas se van reduciendo si la cantidad de dinero aumenta.

Troy soltó una carcajada y le dio una palmada a su colega en la espalda. Diesel se sintió bien. Lo que Troy pensara de él le importaba más que lo que pensara cualquier otra persona.

Al cruzar 7th Street con Olive, Troy se acordó de la peletería que una vez hubo en la esquina. Una noche lluviosa, siendo aún un adolescente, lanzó un ladrillo a través del escaparate. En medio del ruido de las alarmas y con la ayuda de un mango de escoba, cogió un abrigo de visón a través del cristal. Hacía tiempo que la peletería había desaparecido y cualquier negocio que vendiera artículos de valor disponía de persianas y cierres de acero.

A cada manzana que recorrían, disminuían los trajes y aparecían más carteles en español. En cada esquina, había un mendigo, la mayoría hombres negros descuidados que extendían vasos de poliestireno entre los que se mezclaba algún blanco para compensar. Aquello era algo nuevo para Troy. Cuando se lo llevaron, las cosas no estaban así. A un par de kilómetros al este, se encontraban las misiones de rescate para los sin techo. Por aquel entonces, los que se aprovechaban de sus servicios rara vez se aventuraban muy lejos y de ninguna manera llegaban hasta los edificios de oficinas de la zona oeste. Un negro de ojos legañosos estaba sentado en una puerta con un perro a los pies. Troy se buscó en los bolsillos y se dirigió a Diesel.

—Dame algún billete de uno.

—Solo tengo uno de cinco.

—Dámelo.

Al pasar a su lado, Troy le dio el billete de cinco al negro con el perro.

—Que Dios te bendiga, hermano —dijo como agradecimiento.

—Así es como yo lo veo —le dijo Troy a Diesel—. Si un idiota sin techo puede cuidar de un perro, tengo que hacer algo por él. Además, puede que me traiga algo de buen karma. —Sonrió al pensarlo. No creía de verdad en esas cosas, que el destino

hiciera pactos, pero ¿por qué empeorar las cosas?

Más adelante, Troy vio el cartel: DIAMANTES Y ORO, COMPRA Y VENTA. Estaban en el mercado de los diamantes de la Costa Oeste, una joyería tras otra, todas relucientes gracias a las joyas y el oro. Muchas contaban con guardias de seguridad armados en la puerta. Aquello era nuevo pero, al menos, no era tan malo como en Nueva York, donde las tiendas de la Quinta avenida y Madison cerraban las puertas y solo dejaban entrar a los clientes después de observarlos de arriba abajo. Ya funcionaba así hacía quince años y, por lo que había leído en el *Newsweek*, las cosas no habían mejorado.

—Diste el palo en una de estas, ¿no? —comentó Diesel.

—Sí, pero no por aquí, en Wilshire Boulevard. Ya no existe.

—¿No te trincaron una papelina?

—Pues no apareció en el informe de las cosas que llevaba.

Llegaron a Broadway y giraron hacia el norte, en dirección al centro cívico que se encontraba a unas manzanas de distancia. Troy había recorrido esta calle desde que era un niño. Entre 3rd Street y 9th Street, Broadway una vez contó con varias salas de cine, por no mencionar el Paramount en 6th Street y el Warner's Downtown en 7th Street con Hill. Algunos fines de semana, venía aquí y caminaba hasta que algún póster de película le llamaba la atención. Ahora, Troy miró a los cines, o al lugar donde estuvieron una vez, y recordó qué película había visto en uno o en otro. Solo tres aún programaban largometrajes; otros se habían convertido en mercadillos o iglesias. Cristianos que rezaban en español habían salvado el Million Dollar, uno de los primeros buenos cines de Los Ángeles. También había desaparecido el Broadway Department Store original de 4th Street, pero su descendencia formaba una cadena que se extendía por toda California. La May Company original y la Eastern-Columbia, que ocupaba un precioso edificio decó verde, habían corrido la misma suerte.

La enorme calle comercial bullía de actividad como siempre pero los grandes espacios se habían convertido en mercadillos y otros más pequeños en tenderetes abiertos por la parte delantera que pregonaban mercancía a precios rebajados. Los mexicanos siempre habían formado parte de cualquier mosaico de Los Ángeles. Todos los carteles estaban en español al igual que la música que se escapaba a través de las puertas abiertas.

—Joder, colega —dijo Diesel—. ¿Estamos en L. A. o en T. J.? —Se refería a Tijuana—. No me parece la región de los Beach Boys.

Troy se rio con el cínico comentario. El sur de California una vez fue algo muy similar al paraíso, ahora parecía un puesto de avanzada del Tercer Mundo no por el color de la piel sino por el analfabetismo, la pobreza y la división de clases. La capacidad para mezclarse entre la clase media se había agotado. En 4th Street con

Broadway, se detuvieron para mirar al oeste. Una pequeña colina se elevaba a una manzana de distancia. Tiempo atrás, el famoso Angels Flight de L. A., un funicular, circulaba desde Hill Street hasta lo que una vez fueron mansiones victorianas asentadas en la cima, aunque durante su juventud albergaban pensiones. Ahora, el Angels Flight había desaparecido, al igual que las pensiones, sustituido por aluminio y cristal color salmón y plateado brillante bajo el ardiente sol del sur de California; en cierto modo, a Troy le recordaba a la ciudad Esmeralda de *El Mago de Oz*. Los edificios imponían aún más si cabe porque se erigían desde lo alto de una colina, y de esa forma se elevaban más cerca del cielo. Las torres simbolizaban una riqueza mayor que nunca.

En contraste, al lado se encontraba la planta baja del Broadway Department Store original, con las puertas y ventanas cubiertas con tablas de madera, vacía, destripada y sin vida excepto por las ratas y el vagabundo ocasional. Durante su juventud, los ricos conducían un Cadillac y los pobres un Ford. Ahora, los ricos circulaban en limusinas y los pobres empujaban carritos de la compra llenos de latas de Coca-Cola reciclables.

—Joder —murmuró.

—¿Qué pasa? —le preguntó Diesel.

—Solo pensaba en voz alta, hermano. —Rodeó a Diesel con el brazo en un gesto de afecto—. ¿Sabes lo jodido que está el mundo, colega?

—Me gusta que esté así. Cuando todo está jodido, nosotros podemos encajar.

—Eso está claro.

Caminaron hacia el centro cívico por donde se veían más trajes y corbatas; giraron hacia el este en 2nd Street y pronto se encontraron de nuevo entre los pobres sin techo que desbordaban las misiones y se construían chabolas con cajas de cartón que alineaban sobre la acera, normalmente tras las vallas de algún aparcamiento o en un callejón donde nadie los molestara. Fuera de la misión, se formaban largas colas de hombres negros. Troy no vio a nadie más en la fila.

Pasaron junto a un hombre que vendía cigarrillos sueltos sobre una caja de manzanas cubierta con una toalla; en la esquina siguiente, una mujer hispana con rasgos oscuros indios vendía vasos llenos de trozos de mango y melón por un dólar.

—Mira el callejón —le dijo Diesel al pasar por delante de uno. Troy miró. Tres jóvenes negros se pasaban una pipa de crack, desprendía un potente olor pero este se camuflaba bajo el más nauseabundo de los olores, el de los seres humanos. La ciudad no disponía de letrinas públicas y las de los edificios públicos o las de Pershing Square estaban cerradas para los sin techo, así que los harapientos vestidos con ropas andrajosas meaban en los callejones produciendo un hedor que hizo que Troy se girara.

—Esos imbéciles no tienen mucho cuidado —comentó Diesel del trío que

fumaba.

—No sé. ¿Vendrías hasta aquí para trincarlos?

Diesel se rio.

—No sé, tal vez no. Seguramente me desmayaría si tuviera que oler esa mierda.

—¿Cómo puede ser que el meado de perro no huela y el de las personas apeste más que el de los gatos?

—¿Cómo coño voy a saber eso? Tú eres el que lee libros.

—Pues yo tampoco lo sé... Pero es para pensarlo.

—Mejor pensemos en ganar pasta. Tal vez deberíamos volver al hotel. ¿Qué pasa si se presenta el Greco?

Caminaron por Los Ángeles, por una zona en la que a lo largo de varias manzanas las tiendas se especializaban en ropa masculina. Una tienda tras otra llenas de trajes, camisas y corbatas.

—Se pueden comprar unos buenos trapos por aquí.

—Sí, si sabes lo que te haces. Todo se ve estupendo en el escaparate. Después de dos lavados es cuando se ve la clase.

—Casi como pasa en la vida —comentó Diesel.

—Joder, hermano, te está saliendo una vena filosófica.

—Eso es lo que nos pasa a los pardillos por juntarnos contigo. —Se rio.

—Será mejor que giremos aquí y volvamos al hotel.

Doblaron la esquina. Delante de ellos, apareció un muchacho de ojos salvajes con una sudadera cortada a la altura de un hombro. Tenía la mitad inferior de los brazos morena y mugrienta y la superior blanca como la nieve. Al igual que el cuello y las mejillas, los brazos estaban cubiertos de llagas redondas que a Troy le recordaron a la tina. Tendía un vaso de poliestireno blanco y llevaba colgado un cartelito que rezaba: SIDA. Las llagas eran lesiones del cáncer.

La mayoría de los transeúntes cambiaban de dirección para no pasar cerca pero una enorme mujer negra se detuvo y abrió el monedero. Mientras Troy y Diesel pasaban, vieron cómo le daba un dólar y un pequeño folleto cristiano.

—... alabado sea el Señor —fue lo único que escucharon.

—¿Crees en Dios, tío? —le preguntó Troy a Diesel.

—No quiero creer pero, sí. Las monjas me dieron por culo desde el minuto uno hasta que cumplí los ocho. Plantaron la semilla tan profundamente que soy incapaz de sacarla.

—Entonces, vas a ir al Infierno.

—Sin duda.

—¿En serio lo crees?

—Claro que sí. Sé lo que hay de verdad pero creer es algo más profundo que saber.

—Si crees, crees.

—Solo espero que el Infierno me espere dentro de mucho tiempo.



De vuelta en la habitación del hotel, la luz de los mensajes parpadeaba en el teléfono. La telefonista le dijo que había llamado «Larry». Había llegado a la ciudad y los llamaría por la mañana.

Troy habría salido de nuevo pero a Diesel le dolían las piernas después del paseo, así que decidieron quedarse en la habitación y pidieron *Drácula* en la televisión por cable del hotel.

La horrible criatura estaba saliendo de Inglaterra cuando sonó el teléfono de la habitación. Era Alex Aris. El Greco conducía por Harbor.

—¿Quieres comer? —preguntó.

—Lo que sí quiero es hablar —respondió Troy—. A ver qué es lo que tenemos.

—Estupendo, hombre. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—¿Qué te parece el Pacific Dining Car? No queda lejos del hotel, podemos ir andando hasta allí.

—Yo no iría por allí de noche, ya no.

—He andado por allí toda mi vida.

—Las cosas cambian... Y esa zona ha cambiado mucho.

—¿Qué ha pasado con los viejos pensionistas?

—Se han esfumado. Es la zona más violenta de Los Ángeles, te lo digo. Esos centroamericanos... No son como los chicanos que conocemos, no. Piensa en un patán de Nicaragua, por ejemplo. Cada mañana, sale del pueblo y se encuentra tres o cuatro cuerpos con los pulgares atados y moscas revoloteando alrededor del agujero de la cabeza. Cuando se ven mierdas así desde los cinco o seis años, un barrio de Los Ángeles les parece una tontería. Sé que sabes cuidarte pero, si fuera tú, no iría por ahí por la noche.

—Vale, me has convencido. ¿Cuánto tardarás en llegar?

—Estoy pasando por Florence Avenue. Unos veinte minutos.

—Vale, me pongo en marcha en seguida.

El Pacific Dining Car, en 6th Street a unas manzanas al oeste de la Harbor Freeway, era un antiguo lugar mítico según los estándares de Los Ángeles que había comenzado su andadura en 1921 en el vagón comedor de un tren. Con los años, había crecido y se había transformado en uno de los mejores asadores de la ciudad. Quedaba lo suficientemente cerca del ayuntamiento y del centro como para que muchos tratos se cerraran en una de sus varias salas. Prosperó incluso mientras el

barrio que le rodeaba se convertía en una *colonia* de inmigrantes centroamericanos con la tasa de criminalidad más alta de la ciudad. El Pacific Dining Car era un puesto de avanzadilla de la prosperidad entre la pobreza. Todos sus clientes llegaban en coche. El aparcamiento estaba vallado y era seguro gracias a sus aparcacoches de chalecos rojos.

Troy dejó el coche y cogió el resguardo. Mientras bajaba, hizo un repaso mental y decidió que no había nada que el aparcacoches pudiera ver. Diesel guardaba una nueve en un gancho bajo el salpicadero pero el chico no pasaría la mano por allí incluso si le daba por mirar en la guantera. Piz the Whiz trabajó como aparcacoches en Las Vegas y utilizó las llaves para abrir el maletero de un coche mientras el cliente no estaba. Se encontró trescientos diez mil en tres cajas de cartón. Piz acababa su turno en veinte minutos. Se llevó las cajas, se marchó a casa y nunca escuchó una palabra al respecto. Nunca preguntó: «¿Qué ha pasado con el Cadillac azul? ¿El tío se ha marchado y ya?». Nadie presentó ninguna queja, ni hizo ninguna pregunta, ni actuó como si algo hubiera pasado. Alguien simplemente cargó con la pérdida de trescientos mil dólares sin una sola queja. Extraño.

Troy recordó la historia al entrar en la sala donde un *maître* esperaba en el atril de las reservas.

—Aris —dijo Troy.

—Vengan por aquí.

El *maître* les condujo a través de varias salas hasta llegar a una en la parte de atrás con dos cabinas y dos mesas. Alex esperaba sentado en una cabina preparada para dos. Al ver a Troy, se levantó con una amplia sonrisa y los dos hombres se abrazaron. Su amistad se remontaba a dos décadas atrás y, aunque habían tenido alguna que otra discusión, sabían que eran amigos de verdad, algo que rara vez experimentaban los hombres de la burguesía. Entre ellos, no existían fachadas ni tampoco necesidad de ellas puesto que ninguno juzgaba al otro por nada; eran amigos como solo los ladrones pueden serlo.

—Hola, tío. Me alegro de verte, hermano —dijo Alex—. Seguro que ahí dentro no te han mimado mucho que digamos.

—No les guardo rencor —dijo Troy—. No tenía nada que ver con la justicia pero sabían lo que se hacían porque acabo de salir y ya estoy pensando en desplumar a alguien.

—Siéntate, amigo. ¿Quieres beber algo?

Troy se sentó y miró a su alrededor. El camarero apareció inmediatamente.

—Tráeme un café con un poco de coñac —dijo Troy. El camarero se alejó.

Se miraron el uno al otro. Troy se percató ahora de los cambios en el Greco que no había percibido cuando este lo visitó, cambios que se habían producido en los cuatro años desde que el Tribunal Supremo de California había revocado su condena.

Fallaron por unanimidad que la policía no podía echar abajo su puerta y arrestarlo simplemente porque estaba en libertad condicional y, por lo tanto, carecía de derechos civiles. Tenían que llamar a la puerta e informarle de sus intenciones según la Sección 844 del Código Penal. El registro no autorizado constituyó de forma manifiesta una violación de la Cuarta Enmienda. El juez lo sabía, como también sabía que si se pronunciaba en consecuencia, tendría que excluir como prueba los seis kilos de cocaína que habían incautado. Sin la cocaína, el Estado no tenía caso. El juez falló en contra del Greco a sabiendas de que no se ceñía a la ley pero dio en el clavo con la opinión pública. Si excluía la prueba y desestimaba el caso, no lo votarían y se quedaría fuera del tribunal en las siguientes elecciones. El caso ganó cierta notoriedad. Enviaría a Alexander Aris a la cárcel como se merecía. Si el encarcelamiento era ilícito, que viniera un tribunal superior a revocar la condena y lo liberara.

Troy estaba en la cárcel cuando llegó el Greco y seguía allí cuatro años después cuando la Corte Suprema de California falló que el registro fue ilegal y envió el caso de nuevo al tribunal. Troy recordaba la buena forma en la que el Greco subió al autobús del Sheriff del condado de Los Ángeles para volver al tribunal.

Había envejecido desde entonces. Troy no lo había visto desde la visita pero un pajarito de los bajos fondos le contó que al Greco le estaba costando recuperarse. Había perdido una remesa de sesenta kilos cuando trincaron a su camello. Un colega de la cárcel había informado sobre el alijo para librarse de volver a la cárcel por conducir bajo los efectos del alcohol. Fue cuestión de suerte que el Greco no estuviera cerca cuando se produjo la redada. Las situaciones límite y las decepciones le habían teñido el pelo de blanco prematuramente. Una vez presumió de un atractivo clásico; aún tenía un aire distinguido pero los escollos de la vida le habían dejado su sello en forma de arrugas sobre su piel morena.

El Greco miró a Troy.

—Tienes muy buen aspecto.

—La cárcel conserva bien a los pobres infelices. Nada de alcohol, ni drogas.

—Venga, que estás hablando conmigo.

—Bueno, sí, algo de alcohol hecho en la casa y un poco de droga de vez en cuando. Pero no se puede mantener un hábito en la trena.

—Vito sí pudo, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo de ese cabrón chiflado de ojos verdes.

—Se enganchó en el talego. Tenía el suministro ya montado antes de que lo encerraran.

—Eso sí que era un buen trapicheo.

—¿Qué has oído sobre Pelican Bay?

—Es increíble. Es como si les inyectaran odio. Crean monstruos allá arriba.

—Eso es lo que quieren esos gilipollas.

—Piensan que pueden acabar con el crimen poniéndose duros.

—Ya. Es increíble cómo construyen las cárceles. Después, las llenan a reventar de pobres infelices por casos de drogas insignificantes para luego convertirlos en maníacos allá dentro y soltarlos entre la gente normal. Es como si cultivaran chiflados en invernaderos.

—Si lo piensas, tampoco se les puede echar la culpa a los currantes. A ellos les da miedo el mundo del crimen.

—Venga, hermano, a mí también —dijo Alex—. Ya me conoces, yo no doy palos armado. Ni robos ni...

—Pues es una putada —lo interrumpió Troy—. Preferiría mil veces trabajar contigo que con Mad Dog McCain.

—¿Ese tío está contigo?

Troy asintió.

—Sí.

—¡Joder! Bueno, lo que te estaba diciendo. Por mucho que no me gusten las pistolas, a veces me llevo una treinta y ocho de cañón corto cuando tengo que ir a una zona chungu. No lo haría si esos cabrones solo se llevaran el dinero, pero los negros jóvenes de hoy disparan de todas formas. Ganan prestigio si liquidan a alguien. No les importa quién sea, incluso si es alguna vieja, siguen respetándolos por ello. Pero, vale ya con tanta mierda. ¿Cómo te encuentras, hermano? ¿Listo para ponerte manos a la obra?

—Estoy bien —dijo Troy—. Me sentiré de puta madre cuando tenga algo de pasta.

—Para eso estoy aquí. Toma esto. —Del bolsillo interior a la altura del pecho, Alex sacó un sobre estrecho lleno de billetes de cien—. Cinco de los grandes —dijo—. Lo descontaré del botín cuando repartamos beneficios.

—Trato hecho —respondió Troy mientras doblaba el sobre y se lo metía en el bolsillo del pantalón—. ¿Qué pasa con la emboscada? ¿Conoceré al abogado que lo prepara todo?

—No quiere conocer a nadie, supongo que lo entenderás.

—Yo haría lo mismo en su lugar. Bueno, cuéntame quién es el tipo.

—Es el tío que se ocupa de los casos de droga. Todos lo contratan a él. Sabe más sobre registros e incautaciones que nadie. Antes era ayudante del Fiscal que procesaba los casos de drogas, pero él ganaba una miseria y los abogados defensores se forraban. Así que cambió de bando.

»Empezó a ganar mucho dinero y compró una casa para su mujer e hijos. Después se buscó a una locuela, un bombón joven al que colocó en un apartamento en Century City. El chochito ese le tiene sorbido el seso y le gustan las cosas caras. El tipo

necesita un montón de dinero y su mujer no tiene ni idea... Así que está decidido a tenderles una trampa a algunos clientes para que los desplumemos.

—¿Crees que eso encaja con su ética?

—¿Qué? —Entonces, el Greco se dio cuenta de que bromeaba y soltó una risita—. Ni idea. No tiene nada que ver con lo que hace ante el tribunal.

—Eso es cierto.

—Conoce toda la mierda del gobierno sobre peticiones de investigación así que tiene la información; además está muy metido en todo ese rollo y a muchos se les escapan cosas. Hay un negro en Compton al que llaman Moon Man. Antes lo llamaban Balloon Head pero ahora tiene tanta droga que lo llaman God. Se siente orgulloso de ser un ignorante. «Si tú eres tan listo y yo tan tonto, señor Peckerwood, ¿cómo es que yo tengo veinte o treinta millones y tú trabajas para mí?», le dijo al abogado.

»Hay algo más —continuó Alex mientras sacaba una carpeta que tenía escondida debajo de él. Llevaba fotocopiado un archivo entero de la DEA sobre Tyrone Williams—. Mi hombre lo consiguió en una de esas peticiones de investigación.

Troy abrió la carpeta. En la parte trasera de la portada, había una foto de un joven negro de cara redonda, con la cabeza inclinada y la barbilla hacia fuera en un gesto desafiante. Tenía los ojos protuberantes, una afección de la que Troy no recordaba el nombre. También resultaba obvio por qué lo apodaban Moon Man.

Al ojear el archivo, Troy solo se quedó con una ligera impresión en vez de con una idea clara, y lo que la impresión le decía era justo lo que había previsto. Las cárceles rebosaban de negros jóvenes con la misma historia: nacido en el gueto de madre adolescente, criado por el sistema del bienestar y las cartillas de racionamiento, fracasado en los estudios, primer arresto a los nueve y habitualmente después. Lo habían metido en el reformatorio por rociar a un perro con líquido inflamable y prenderle fuego, algo por lo que Troy lo despreció más que si se lo hubiera hecho a un ser humano. Lo soltaron a los dieciocho y en los cuatro años posteriores lo arrestaron dos veces por asesinato sin que lo procesaran y lo acusaron de posesión de drogas con el propósito de traficar. La orden de registro presentaba irregularidades, las pruebas resultaron inadmisibles y se desestimó el caso.

—¿Necesitas el archivo? —preguntó.

—No, pero quémallo cuando hayas terminado de ojearlo. Aquí tienes algunas direcciones. Está renovando una vieja mansión en la zona de Lafayette Square. ¿Sabes dónde está?

—Nadie en el mundo conoce Los Ángeles como yo, hombre.

—Tiene cuatro coches y a un lerdo de ciento cuarenta kilos de chófer y guardaespaldas. Le gusta utilizar un Fleetwood Brougham nuevo pero no lo coge cuando va al gueto. No guarda nada en la casa de Lafayette. Probablemente lo tenga

en una de esas otras direcciones. Tendrás que averiguar en cuál.

Troy asintió.

—¿Puedes conseguirnos uniformes de policía?

—Claro. Conozco a un tipo que trabaja en un almacén que alquila ropa para películas. Vi un perchero entero lleno de uniformes de policía.

—Necesitaré tres.

—¿A quién más tienes, aparte de a ese puto loco? No me importa que trabajes con gente un poco rara. Por eso mismo son criminales, joder, porque están mal de la azotea. Pero los paranoicos... Me ponen nervioso. Mantenlo alejado de mí.

—Puedo manejar a Mad Dog. Me quiere.

—Ya... Bueno, ¿no dijo alguien muy inteligente que los hombres matan aquello que quieren?

—No te preocupes, no me va a matar. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza. Pero sí que se cargaría a cualquiera que le dijera.

—Yo creo que es impredecible, como la nitroglicerina.

—Big Diesel Carson, de Frisco. Lo conoces, ¿no?

—No personalmente. Lo vi pelearse con un negro en la trena. Fue divertido.

—Lo recuerdo. En el patio de abajo.

—Sí. Perdió los papeles y empezó a saltar de un lado a otro como un loco. Se le acabó la gasolina y el negro lo paró en seco. Todo el mundo se partió de risa.

—No habla de eso. Encima, el tío con el que se peleó era marica, le gustaba chupar pollas.

—Sí, es verdad. No veas cómo dieron por culo a Diesel por aquello.

—Después de eso, quería apuñalar al pavo. Pero ahora no se le va tanto. Lleva unos tres años fuera de la cárcel y tiene vieja e hijo.

—Te digo que hubiera apostado a que no duraba más de tres meses en libertad. Nunca lo había hecho antes, ¿no?

—No, se ha criado en las faldas del estado. Esta vez ha tenido suerte, está con los camioneros y Jimmy the Face se ocupa de él. Hasta ha terminado el periodo de condicional.

—De puta madre. No veo ningún problema. —Entonces, Alex cambió de tema—. ¿Necesitas artillería? Conozco a un tipo con varias MI6 automáticas.

—No, no. Vamos armados hasta los dientes. Además, me gustan más las escopetas correderas. Lo que sí me vendría bien son esposas.

—Sin problema. ¿Cuántas quieres?

—Unas seis. Si vamos a arrestar a traficantes de droga, necesitaremos esposas.

—Son tuyas. ¿No querrás tarjetas de crédito? ¿Una Visa?

—No, paso.

—Son la leche, chico. Están limpias.

—Lo sé, pero tengo antecedentes y los gilipollas ponen las tarjetas falsas al nivel de un asesinato si ya tienes un historial. A estas alturas, lo mismo me da usar la violencia que actuar con sutileza.

—Vas a ser el centro de atención en las calles.

—¿Por qué no? Es demasiado tarde para retirarme a menos que quiera ser un número más, no puedo hacer eso.

—Escucha una cosa —dijo Alex—. Cuando vayas al gueto, ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

—Es más peligroso que antes. Esos putos vándalos adolescentes llevan nueve milímetros. Lo único que les interesa es una nueve.

—¿De dónde sacan el dinero? Una buena nueve cuesta unos quinientos o seiscientos dólares. Es un cheque de las prestaciones sociales entero.

Alex se rio.

—¡Bienestar! Qué frío eres, hermano. No dependen de las prestaciones sociales.

—Lo sé. Aun así, ¿de dónde coño sacan tanta pasta esos críos?

—Del crack y el polvo... Polvo de ángel. Eso es también lo que los vuelve majaras. No tienen ningún sentido de la realidad. Creen que matar a alguien es lo que les hace ganar respeto.

Troy asintió en señal de que aceptaba la advertencia. Alex Aris se había paseado por los patios de San Quintín. Si decía que las calles de la ciudad eran más peligrosas que antes, Troy tenía que respetarlo.

Alex miró el reloj.

—Tengo que largarme. Me queda un largo paseo hasta Laguna.

Troy acompañó al Greco al aparcamiento. El aparcacoches le trajo un Jaguar descapotable nuevo. Troy silbó y Alex le guiñó el ojo.

—Los beneficios del pecado —comentó al subir al coche.

Capítulo 8

Tras estudiar el contenido de la carpeta y escribir algunas notas crípticas que nadie excepto él entendería, Troy quemó la carpeta, metió las cenizas en una caja de zapatos y las tiró en la Hollywood Freeway. Una regla primordial para ser un criminal de éxito es no dejar huellas. El no cumplimiento de esta norma acabó con la presidencia de Richard M. Nixon. ¿En qué cojones estaría pensando cuando grabó la conspiración? ¿Por qué no destruyó las cintas cuando la mierda llegó al ventilador?

Troy empezó a investigar sobre Tyrone Williams, también conocido como Moon Man, anteriormente Balloon Head. El desprecio de Troy era, en parte, envidia. Moon Man Williams tenía veintidós años y unos ingresos brutos de aproximadamente un millón de dólares al mes. Decidió que probablemente fuera una exageración; la policía (y todo el mundo) lo hinchaba todo para favorecerse o para darse más importancia. Aun así, Moon Man consiguió ochocientos mil dólares para defender con éxito su último caso. Entregó quinientos mil en metálico en un día. Al parecer, Moon Man se hacía con la cocaína de cincuenta en cincuenta kilos y transformaba en piedra aproximadamente cuarenta. Contaba con unos veinte maleantes y novatos en su banda. Algunos ocultaban la mercancía, otros convertían la coca en crack, algunos trapicheaban y otros la repartían. Resultaba difícil distinguir quién era quién solo con seguirlos. No era fácil merodear y observar en el gueto. Al anochecer, las únicas caras blancas pertenecían a la policía.

Troy vigiló varias direcciones a diferentes horas del día con la intención de descubrir qué se cocía por allí. También siguió a Moon Man; se escondía a una manzana de su casa y lo seguía hasta el gueto en decadencia en South Central. Al tercer día, Moon Man iba hacia el sur por Vermont cuando de repente se metió en un callejón. Troy estuvo a punto de girar por el mismo callejón pero, en el último momento, enderezó el volante y siguió circulando. Al pasar, miró al callejón. Efectivamente, era largo y estrecho. El otro coche, un viejo Pontiac, se encontraba parado en el medio mientras Moon Man se aseguraba de que nadie lo seguía.

La segunda vez que Troy siguió al viejo Pontiac y vio que se metía en el callejón, pisó el acelerador y dio la vuelta a la manzana. Como esperaba, Moon Man y su guardaespaldas salieron un minuto más tarde. Después de eso, todo fue como la seda. Moon Man lo llevó a una dirección que no figuraba en la carpeta. Por Santa Mónica Freeway, tomando la salida de Crenshaw, por Adams, al este por Budlong y al sur de nuevo. Calles empobrecidas por las que los perros y los niños campaban a sus anchas. Los grafitis desfiguraban cada superficie plana y las ventanas estaban cubiertas por barrotes y cristal. En cada manzana había una licorería con un grupo merodeando en la puerta. Abundaban los sin techo con sus carritos de supermercado.

El coche de Moon Man giró por un camino de entrada entre una doble fila de

bungalows con patio.

Troy pasó de largo y miró dentro. Pobreza. Niños negros pobres corrían y gritaban jugando con la pelota. Aparcaron el Pontiac en la parte de atrás y los dos hombres bajaron. Troy tuvo el presentimiento de que allí guardaban el alijo. Pisó el acelerador y las ruedas chirriaron al girar la esquina siguiente. Tal vez podría husmear y ver algo.

Más adelante, vio un hueco junto a la acera para aparcar. Paró el coche y miró a su alrededor antes de bajar. Era un barrio cutre, con parcelas vacías, un edificio de metal ondulado y un decrepito bloque de apartamentos. Solo vio a una persona, un anciano con un perro atado con una cuerda. Ni siquiera miró a Troy. Al bajar del coche, se sintió más seguro con la pistola que llevaba en la funda de la cintura, bajo la chaqueta. También llevaba la placa. Tiempo atrás, la combinación de arma y placa controlaba cualquier situación. Aún conservaban su poder pero ya no representaban el talismán absoluto. El Greco no mentía al decir que las calles de Los Ángeles habían cambiado. Los estadounidenses comparaban el país con los europeos pero algunas zonas de Los Ángeles se parecían más a las favelas de Río que a nada del otro lado del Atlántico.

Troy dobló la esquina de la calle paralela por donde Moon Man había girado. Miró los tejados de la derecha; quería meterse detrás de los bungalows. Pasó por delante de casas minúsculas compradas por dos mil quinientos dólares, sin entrada, nada más construirse hacía mucho tiempo, cuando las viviendas de la ciudad estaban entre las más baratas del país.

Llegó a un callejón sin pavimentar con surcos de ruedas de camión. Se extendía junto al edificio de metal arrugado, detrás del patio del bungalow. Entró. Cristal medio pulverizado crujía bajo sus pies. Lo asaltó el hedor de la orina humana así que respiró por la boca. Caía la noche y el callejón estaba oscuro, se tropezó con algo que se movió.

—Cuidado, cabrón —dijo una voz—. Mira por dónde andas.

—Lo siento, tío —respondió Troy. Debería haber cogido una linterna. Estaba ansioso pero tranquilo. Cuando todo había pasado reaccionaba pero, mientras lo que tuviera entre manos siguiera en marcha, permanecía frío como el hielo.

El callejón giraba y discurría por detrás del edificio ondulado. Al otro lado, había una valla de madera medio caída. Por encima, podía ver los tejados de los bungalows.

Un perro ladró con fuerza, enfadado, pero sonó a varios metros de distancia. Nadie le prestaría atención a menos que continuara. ¿Cómo cruzaría la valla? Tenía pinta de caerse en pedazos si intentaba subirse a ella.

Entonces vio los tablones que faltaban. Las marcas del suelo indicaban que otros también habían cruzado la valla por allí. Se estrujó por el agujero. La ventana trasera de un vecino iluminaba ligeramente el espacio entre el bungalow y la valla. Voces...

El sonido de una televisión.

En la esquina del bungalow, se arrodilló y miró a su alrededor con la cara casi pegada al suelo, así resultaba más difícil que lo descubrieran. Vio parte del coche y a unos niños cruzar corriendo su campo de visión. Una cortina se movió en una ventana rota. Desde dentro, se escapó el sonido de la música de James Brown. «... *black and I'm proud... Uhh!*».

—Me alegro por ti, hermano James —susurró Troy. Escuchó las voces entusiasmadas de los niños que jugaban.

—¡Pillado! ¡Pillado! —gritó uno de ellos.

¿Y si alguno se escondía donde estaba él? Si lo descubrían, un blanco merodeando, Moon Man pensaría que se trataba de la policía y nunca volvería a aquel lugar. Troy estaba seguro de que en uno de los bungalows era donde escondía el alijo. Pero ¿cuál?

Se movió por el pasillo entre las casas hacia la esquina. Había un pequeño espacio entre la pared y una vieja valla metálica medio cubierta por hiedra. Troy avanzó junto a la pared. La basura le llegaba a la rodilla, se hundía a cada paso. Rozó la pared, la pintura vieja le manchó la ropa. Joder. Llegó a una ventana con barrotes. Dentro estaba oscuro. Más allá había otra ventana por la que se filtraba luz a través de las cortinas echadas y la persiana. Se agachó bajo la primera ventana y pasó hacia la segunda. No podía ver el interior pero escuchó fragmentos de la conversación.

—... cabrón... negro... y dieciséis kilos...

Había encontrado el escondite, no había duda.

Hora de largarse. Recorrió el camino de vuelta pegado a la pared. Esta vez, avanzó con menos cuidado y le dio una patada a una botella que rebotó contra la pared.

La casa se quedó en silencio.

Troy maldijo mentalmente, aceleró el paso y se tropezó con una caja de cartón. En vez de atravesar el agujero otra vez, se dirigió a la esquina y saltó la valla, que se tambaleó sin llegar a caerse; Troy se incorporó sin problemas y avanzó por la calle.

—¡Putos niños! ¡Ni se os ocurra acercaros por aquí! —gritó una voz.

Troy se rio en silencio y siguió andando mientras el perro aún ladraba a lo lejos.

Al poner el coche en marcha, dio golpecitos con los dedos rítmicamente.

—Muy bien, de puta padre. Vamos a darle el palo al negro. No le hará ni puta gracia. Bueno, ya puede darse con un canto en los dientes, podría ser peor.

Soltó una carcajada al pensar en lo que se le avecinaba.

Capítulo 9

Diesel se estudió frente al espejo. Vestía el uniforme del Departamento de Policía del condado de Los Ángeles, con los galones de sargento. El uniforme era grande pero sus ciento veinte kilos sobresalían por la cintura de la camisa de corte elegante. Se giró hacia Troy.

—¿Qué te parece, hermano?

—No pareces salido de *Gentlemen's Quarterly* pero solo verán a un policía, créeme.

Diesel asintió. Se sentía extraño enfundado en un uniforme de policía pero, si a Troy le parecía bien, le bastaba.

Mad Dog salió del baño. Él también vestía como un ayudante del Sheriff.

—¿Y yo qué? —preguntó mientras se abrochaba el gancho de la corbata.

—Perfecto —confirmó Troy.

—Sí. Voy a disfrutar arrestando a un negro —dijo Mad Dog adornando el comentario con una carcajada.

Sobre la cama, había esposas, guantes quirúrgicos, dos teléfonos móviles y el foco de mano con la funda roja cerrada alrededor. Troy quería la luz intermitente para el techo del coche pero Alex no consiguió encontrar una tan pronto y, además, una luz tan potente podía atraer a uno de los helicópteros que sobrevolaban continuamente el gueto de South Central. La luz azul sería visible a kilómetros de distancia desde el cielo.

Troy cogió uno de los móviles.

—Muy bien, me largo. Vosotros poneos en marcha dentro de una hora más o menos.

—Entendido —dijo Mad Dog.

Cuando Troy se marchó, Diesel puso «Monday Night Football» para intentar relajarse. La primera mitad casi había terminado y Dallas atacaba. Se quedó absorto con el partido y no prestó atención a Mad Dog que traía un vaso de agua del baño; sacó un pañuelo sucio que envolvía una jeringuilla desechable, una aguja y una cuchara doblada con la parte de abajo quemada. Estaba abriendo el paquetito de cocaína cuando Diesel lo vio. Se puso de pie y miró por encima del hombro de Mad Dog para asegurarse.

—¿Qué cojones estás haciendo? —preguntó.

—¿Qué cojones te parece? Me voy a meter un poco.

—¿Es una puta broma? La coca te va a poner histérico, tío. Es lo último que querías hacer antes de un palo.

—Amigo, tú hazlo a tu manera que yo lo haré a la mía. Esta mierda me convierte en el rey del mundo.

—Eso es lo que te parece a ti.

—Me sobra. Lo que me haga es mi puto problema, ¿me entiendes, tío?

Diesel contuvo las ganas de soltarle una bofetada a Mad Dog y mandarlo al otro lado de la habitación. Sabía que, si hacía eso, tendría que matarlo, o Mad Dog lo mataría a él en cuanto le diera la espalda.

—Haz lo que te dé la gana, tío, pero no jodas el palo.

—Yo me encargo de hacer mi parte. Tú preocúpate de la tuya.

Diesel asintió. Tendría que hablar con Troy de este maníaco. Mad Dog siguió preparándose el chute.

Diesel centró su atención de nuevo en la televisión. Se había perdido el *touchdown* que había marcado Dallas. Estaban en el descanso. Siguió con la mirada fija en la televisión, sin ver nada. Si observaba a Mad Dog, podía perder los papeles.

No hablaron cuando salieron y se dirigieron al Chevy blanco. Parecía un coche de policía. La matrícula, pegada sobre la real, la habían robado en un aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Los Ángeles. Incluso con las chaquetas sobre los uniformes de policía, se parecían demasiado a agentes reales para seguir a Moon Man sin problemas. Sin duda, los descubriría antes de que estuvieran listos para actuar. Troy tenía que encontrarlo y seguirlo. Lo esperarían viendo una película en un autocine más allá de Vermont, a diez minutos de donde esperaban parar a Moon Man. Cuando Troy los llamara al móvil, se pondrían en marcha y lo rodearían. Él les diría adonde debían ir. Ya sabían lo que tenían que hacer una vez llegaran.



Troy conocía varios lugares donde podía encontrarse a Moon Man. Se puso en marcha en las primeras horas de la tarde, pasó primero por delante de la casa de dos pisos estilo rancho de Baldwin Hills, uno de los mejores barrios negros de todo el país. Las luces estaban encendidas y el Mark VII de la mujer aparcado en la entrada. Ni rastro del Cadillac. La siguiente parada fue una sala de billar en Crenshaw adonde Moon Man acudía a veces. Al atravesar el aparcamiento con el Mustang, un par de negros jóvenes lo siguieron con los ojos incendiados. Los blanquitos no eran bien recibidos en el barrio. Troy sonrió y los saludó con la mano, como si los conociera, y los vio mirarse y preguntarse quién era a través del espejo retrovisor.

Atravesaba Crenshaw, al este en Florence, hacia la zona de los tiroteos en coche de California. El ubicuo automóvil posibilitaba que llevara un rifle de asalto en el suelo, fuera de la vista. Cualquier agrupación de jóvenes en territorio enemigo era un objetivo fácil.

En Western Avenue, Troy giró hacia el sur. Una vez, Moon Man visitó una iglesia

situada en un local comercial con una cruz de neón roja sobre el tejado. Decidió comprobar el lugar porque le quedaba de camino hacia la casa donde guardaba la cocaína.

En una esquina, a una manzana de la cruz de neón, había una licorería con un aparcamiento bien iluminado. Le echó un vistazo al pasar. Allí vio el Cadillac, brillante bajo la luz; el guardaespaldas se acercaba meciendo una bolsa con el brazo.

¿Estaría Moon Man en el coche? Tuvo que pensar que sí. Siguió adelante pero redujo la marcha considerablemente y mantuvo los ojos pegados en el espejo retrovisor. Aparecieron unos faros que giraron por Western en dirección contraria. Tuvo que hacer un cambio de sentido. A la mierda la doble línea continua.

Pisó el freno y dio la vuelta, se alegró de que Western fuera una calle amplia. Al principio, no pudo distinguir qué luces traseras pertenecían al Cadillac. Pisó el acelerador y zigzagueó entre los coches. Un conductor tocó la bocina en señal de protesta pero él lo ignoró. Normalmente, conducía con cautela porque no cometía delitos menores y, ¿por qué arriesgarse a que lo pararan por una infracción de tráfico? Aquella noche, pisó el acelerador y los cinco litros del Ford V8 lo pegaron al asiento y lanzaron el coche hacia delante.

Se acercó lo suficiente como para alcanzar a la presa justo cuando sus intermitentes empezaron a parpadear y se encendieron las luces de freno. Cinco segundos más tarde y las habría perdido. Sacó el móvil. Había llegado la hora de que los «agentes» se pusieran en marcha. Los guiaría hasta el punto de encuentro. Parecía que todo iba a funcionar. Joder, qué de puta madre, un aplauso para los blanquitos.



En el Cadillac, Moon Man no podía imaginarse el peligro que se le avecinaba. El coche estaba limpio excepto por la «nueve» que llevaba el conductor, pero le pagaban para que apechugara con el caso si le pillaban con ella. De todas formas, solo constituiría un delito menor. Las preocupaciones de Moon Man no se centraban en policías ni en robos; trataban más bien de su pretenciosa mujer y su intención de divorciarse y sacarle dinero, demasiado dinero para alguien que nunca había movido un dedo para ganarlo. La zorra no hacía otra cosa que pasarse el día tumbada, zampándose putos pasteles y jodiéndole la vida: «¿Adónde vas? ¿Cuándo vuelves?». Sospechaba que se veía con esa zorra de Tylenol... Joder, qué buena estaba. Se le ponía tan dura como la palanca de cambios con solo pensar en ella. Era una zorra estúpida pero menudo coño tenía...

—Mmm, mmm, mmm —murmuró en un gesto mudo de aprecio.

En realidad, un tipo como él, que se levantaba a cualquier tía sin ningún

problema, debería cambiar de fulana en cuanto las tuviera demasiado sobadas.

Adelante, el semáforo pasó de verde a ámbar. El Caddy aminoró y frenó. Moon Man iba delante, con el conductor. Se inclinó para encender la radio. Lo primero que sonó fue *gangsta rap*. Hizo una mueca y buscó algo más suave.

El coche se tiñó de una luz roja. Joder. La pasma.

Se inclinó hacia delante y echó un vistazo. Un ayudante del Sheriff les hacía señas con una linterna.

—Detenga el coche —dijo el ayudante mientras seguía moviendo la linterna para indicarle.

El conductor miró a Moon Man. Era un Caddy con motor Northstar. Volaría. ¿Debía pisar el acelerador cuando el semáforo se pusiera en verde?

—No pasa nada —dijo Moon Man—. Son solo un par de paletos de uniforme que quieren trincar a un negro en su carro. Estamos limpios, ¿no?

—Sí, solo llevo la pipa.

—Para ahí al lado. Mantén las manos a la vista. Estarán cagados pero pueden ser peligrosos. Nunca les des la oportunidad de cargarse a un negro. Tienen licencias de caza para nosotros. —Moon Man creía en sus palabras ciegamente. Encajaban con lo que él había visto a través del prisma de sus experiencias.

El conductor paró el coche en el cruce y lo dejó mirando al otro lado. El Chevy blanco paró detrás y apagó la luz roja. Moon Man utilizó el espejo para ver cómo se bajaban los agentes. Uno de ellos le recordaba a la versión televisiva del típico policía irlandés de culo gordo. El otro era más pequeño. Cada uno se acercó por un lado del Cadillac. El corazón de Moon Man se aceleró pero estaba seguro de que era una parada rutinaria. Los polis blancos siempre querían saber por qué un negro conducía un Cadillac, o un Jaguar, o cualquier otro carro caro. Si fuera un arresto real, si supieran quién era, ahora mismo los agentes de la DEA los rodearían.

El conductor bajó la ventanilla. Diesel llegó y se inclinó para verlos bien.

—¿Cuál es el problema, jefe? —preguntó Moon Man; sabía jugar a aquel juego tan bien como cualquier idiota. Los negros se metían en líos por cabrearse y resoplar cuando la policía los paraba por una multa de tráfico.

Diesel ignoró la pregunta.

—Señor, ¿puedo ver su permiso de conducir? —le preguntó al conductor.

El guardaespaldas asintió y cogió el permiso de conducir que guardaba enganchado en el parasol. Lo dejaba ahí justamente para situaciones como aquella.

Diesel echó un vistazo al permiso y se lo devolvió. Miró a Moon Man.

—Señor, ¿puedo ver su identificación?

—No necesito identificación. Es lo que dijo el Tribunal Supremo el año pasado, hermano. Dijeron que no es necesario llevar identificación.

—¡Señor! —le cortó Diesel—. ¿Puedo ver su identificación?

—Cómo... Qué... Joder. —Dejó de hablar, exasperado, y buscó enfadado la cartera en el bolsillo de la cadera. Le temblaban las manos mientras rebuscaba el permiso de conducir.

Mad Dog esperaba en la acera observando los coches pasar en ambas direcciones. Un grupo de negros se había congregado para fisgonear, atraídos como las moscas a la miel. Al otro lado de la calle, en el extremo opuesto de la manzana, las sombras ocultaban el Mustang desde el que Troy observaba la escena. Todo iba sobre ruedas. Solo podían torcerse las cosas si de repente aparecía un coche de la policía. Todo el mundo se vendría abajo si se daba el caso.

Diesel le pasó el permiso de conducir a Mad Dog.

—Comprueba esto por radio —dijo Diesel. Había vivido aquella situación tantas veces en la vida que no le costó que sonara real.

Mad Dog cogió el carnet y volvió al Chevy blanco. De pie junto a la puerta abierta del conductor, fingió llamar mientras observaba por encima del techo del coche al grupo de afroamericanos que se había congregado en la acera. La mayoría eran muchachos jóvenes, de entre unos quince y veinte años. También había algunas chicas. Todos miraban en silenciosa hostilidad a los dos policías blancos que habían parado a los dos hermanos del carro caro. Mad Dog sintió miedo. Los negros siempre inspiraban más miedo que los blancos o los mexicanos, no miedo de que pudieran explotar, sino un miedo que lo volvía peligroso como una cobra con la capucha desplegada. Miró a los espectadores.

—Dejad que se vaya el hermano —gritó alguien.

Pero alguien más añadió algo. Mad Dog no escuchó qué pero debió de ser alguna gracia del gueto porque la multitud soltó una carcajada tras el comentario.

Mad Dog volvió al coche. Todo estaba planeado. Le hizo un gesto a Diesel para que se acercara a él, apartados del vehículo, como si le consultara algo.

—¿Has visto a Troy al final de la calle? —preguntó Diesel.

—Sí. Vamos a trincarlo —dijo Mad Dog—. Yo me ocupo del conductor.

Diesel se dirigió a la puerta del copiloto y la abrió.

—¿Puede salir del coche, señor?

—¿Qué? ¿Para qué?

—¿Puede salir, por favor? —repitió con la voz más tajante.

Mad Dog permanecía junto a la ventana del conductor, de pie para poder mirar por encima de su hombro. En la mano, a la altura de la pierna, sostenía un cuchillo de buceador afiladísimo. Si no le gustaba cómo pestañeaba el enorme guardaespaldas, le hundiría el cuchillo en el cuello.

Moon Man bajó del coche con el enfado y el miedo enredados en su interior. Sabía que iba directo a la cárcel aunque no tenía ni idea del motivo.

—Póngase de cara al coche y coloque las manos en la nuca —le dijo Diesel.

Moon Man obedeció y sintió una enorme desazón al notar como una mano le cogía del brazo y se lo doblaba detrás de la espalda para ponerle las esposas, un brazo después del otro.

—Hermano, ¿puedes decirme qué está pasando?

—El ordenador dice que tiene infracciones de tráfico pendientes.

—Tío, eso es una gilipollez.

—Es lo que dice el ordenador.

Moon Man se dirigió al conductor.

—Llama a mi vieja y dile que vaya al talego con pasta para sacar mi culo de allí.

El conductor, con sus ciento cuarenta kilos, seguía sentado con las manos en el volante. Sentía la nueve milímetros ilegal que llevaba bajo el brazo tan grande como un balón de fútbol. Asintió tras escuchar las instrucciones, contento de que no le hubieran hecho bajar del coche para cachearle.

Diesel cogió a Moon Man por el brazo, a la altura del hombro, como la policía le había hecho a él más de una vez, y condujo al líder de la droga hacia el Chevy donde Mad Dog esperaba con la puerta de atrás abierta.

—¡Ey, negro rico! —gritó uno de los espectadores—. Deberías haber pagado las putas multas. —Los otros rieron.

Diesel bajó la cabeza de Moon Man lo suficiente para que entrara. Se alegró de que fuera un gracioso el que dirigiera al grupo en vez de un agitador.

Moon Man estaba dentro. Diesel cerró la puerta. Mad Dog ya estaba detrás del volante cuando Diesel se sentó y asintió.

El Chevy blanco se puso en marcha. Los dos compinches olvidaron su antipatía mutua, al menos por el momento. Fin del primer acto. Tenían pillada a la víctima. Ahora solo les quedaba darle el toque final y desplumarlo.



Moon Man frunció el ceño al mirar por la ventanilla trasera.

—Tíos, ¿adónde vamos? Por aquí no se va a la comisaría.

—Cállate —le dijo Mad Dog.

—Y una mierda, hermano. Puedo preguntar adónde vamos, ¿no?

—No.

—¡Joder!

—Que te calles.

Apoyado sobre un costado como le exigían las esposas en la espalda, asintió con la cabeza en un gesto de rabia. ¿Qué mierda estaba pasando?

El Chevy seguía al Mustang. Troy se aseguraba de que no le perdían la pista. En

una ocasión, pasó un semáforo en el que ellos tuvieron que parar al ponerse en rojo. Los esperó más allá. Un blanco y negro pasó en la otra dirección. ¿Se percatarían de los uniformes de policía?

El semáforo se puso en verde y el Chevy blanco se cruzó con el coche blanco y negro. El Chevrolet pasó junto a Troy, que observaba al otro coche. Siguió adelante. Un poco de suerte nunca venía mal. Troy se puso en marcha y adelantó al coche blanco.

Cuando los coches empezaron a callejear por calles secundarias, Moon Man sintió que aquello era algo más que una simple detención por multas de tráfico. No dudó ni por un segundo de que fueran agentes de policía. En su imaginación rondaba la idea de un equipo especial, no se le pasó por la cabeza que fueran dos blancos con un par de pelotas dispuestos a robarle. Habría sospechado de dos negros vestidos de uniforme pero no de dos blanquitos.

Troy dejó el coche en el aparcamiento de una fábrica. Había unos diez coches en un espacio para cincuenta. Estaba lo suficientemente cerca de la Harbor Freeway como para que el ruido del tráfico ahogara cualquier sonido. Los pocos edificios colindantes pertenecían a pequeñas tiendas y fábricas. Troy bajó del Mustang y se acercó al Chevy. Abrió la puerta de atrás.

—Muévete —le dijo a Moon Man al levantar la pistola y estirar el brazo para que la boca de esta le quedara a escasos centímetros del ojo.

Moon Man se apartó. Saltó al otro lado y agachó la cabeza.

—Joder, tío —gritó con voz estridente.

En el asiento delantero, Mad Dog se echó a reír.

—Joder, tío —se burló de su voz—. El negro no es más que una zorra.

—Hermano, ¿qué está pasando?

—Cállate. Te lo contaré en un minuto —le dijo Troy al cerrar la puerta—. En marcha —le indicó a Mad Dog. Diesel miró atrás por encima del asiento. Los dientes blancos le brillaron al pasar bajo una farola.

Troy se aprovechó del miedo que había escuchado en la voz de Moon Man mientras Mad Dog se dirigía a los bungalows.

—Escucha, hermano, puedes sobrevivir a esto.

—No vas a largarle una palabra de este asunto a nadie —añadió Mad Dog.

—Vamos a ir a tu escondite, te llevaremos hasta la puerta y le dirás a tu hombre que te abra. Si abre, perfecto. Si no, te reventaré la columna. ¿Pillas lo que quiero decir, hermano?

—Tío, no sé si...

Antes de que pudiera acabar de negarse, Troy le golpeó en la nariz con la boca de la pistola. Se oyó el sonido de los huesos al romperse mezclado con el grito de dolor de Moon Man. Una nariz rota duele.

—¡Joder, tío! —Agachó la cabeza. La sangre le chorreaba y le goteaba desde la barbilla.

—Vas a hacer lo que te diga, ¿verdad?

—Sí, tío, sí. Me estoy llenando la puta ropa de sangre.

—Ya te comprarás ropa nueva mañana.

Moon Man no dijo nada pero le gustó oír aquellas palabras, significaban que el líder del grupo pretendía que siguiera vivo al día siguiente.

—Escucha —dijo Troy al llegar al barrio—. Puedes ganar más dinero y conseguir más coca pero no podrás conseguir otra vida así que no pienses en jugármela ni por un segundo. Te mataré. Los tres te mataremos. ¡Pam! ¿Entendido?

—Sí, entendido.

—Bien.

El Chevy giró por una de las calles del gueto. Los faros alumbraron un sofá destrozado tirado en la acera, junto a la basura acumulada sobre la alcantarilla, puesto que el Departamento de Limpieza rara vez enviaba barrenderos a aquella zona. Se había levantado un viento que envió a los merodeadores habituales a sus casas. Perfecto.

—A la derecha, aquellos bungalows.

Mad Dog aminoró y giró por el camino de entrada que discurría entre los bungalows. Tiempo atrás, estuvo asfaltado de forma uniforme pero se había ido rompiendo en diferentes zonas así que los faros del coche saltaban al avanzar. Los niños se apartaron y desaparecieron tras los bungalows.

Mad Dog se detuvo justo delante. Los tres saltaron del coche, Mad Dog con su corredera de calibre 12, Diesel con un MAC 10 pegado a la pierna.

Troy metió la mano en el coche y sacó a Moon Man. Costaba mucho bajar de un coche esposado y sin ayuda. Troy lo guio hasta la puerta. Diesel y Mad Dog le cubrían la espalda pero no vieron nada excepto niños husmeando tras una esquina.

Troy golpeó la puerta.

—Dile que abra —le ordenó.

—Deuce, hermano —dijo Moon Man—. Abre la puerta.

No hubo respuesta.

—Dile que no le vamos a trincar si abre la puerta.

—No se lo va a tragar.

—Díselo de todas formas.

—Oye, Deuce, estos polis dicen que no te van a trincar.

—¿Para qué cojones los has traído aquí, tío? —preguntó una voz desde dentro.

—Yo no he traído a estos cabrones. Sabían adonde venían.

—Deuce —dijo Troy.

—Sí.

—Dejaremos que te vayas si no nos obligas a abrir un agujero en la puerta.

Detrás de ellos, Diesel y Mad Dog observaron cómo varias puertas de bungalows se abrieron. Algunas caras asomaron. La multitud crecía en número y en hostilidad.

—¡Oye, cerdo! ¡Deja al hermano en paz! —gritó alguien. Otras voces siguieron el ejemplo.

—¡Soltadle! ¡Soltadle!

—Será mejor que abra —dijo Troy al quitar el seguro del arma y ponerle la boca a Moon Man en la nuca.

—¡Por el amor de Dios, cabrón! ¡Abre la puta puerta! —gritó Moon Man.

—Vale, Moon. Espero que esto no sea ninguna gilipollez.

Se escuchó un clic y la puerta se abrió. Troy entró a empujones arrastrando a Moon Man con él. Deuce permaneció allí de pie, un joven afroamericano con ropa ancha y cadenas de oro alrededor del cuello. Tenía las manos levantadas. Troy lo agarró y lo echó fuera.

—Lárgate, tío. Es tu día de suerte.

Deuce corrió escaleras abajo, pasó junto a los dos agentes de uniforme y desapareció en la noche. Era genial estar libre, casi un milagro. Al pasar corriendo entre la creciente multitud, pareció darles ánimos. Alguien cogió un trozo de cemento y lo tiró hacia el bungalow. Chocó contra la pared con un gran estruendo que hizo saltar a Troy.

—¡A por el coche! —gritó alguien—. Quemad el puto coche.

—Haz que paren —ordenó Troy.

—Hecho —respondió Mad Dog antes de girarse y volver a la puerta con la escopeta.

—No te cargues a nadie a menos que sea necesario —dijo Troy. Se lamentaba de tener que advertirle algo así.

Mad Dog salió al porche. Cerca del coche, algunos adolescentes vestidos con ropa ancha de alguna banda intentaban levantar una barra de la barandilla de un bungalow.

—¡Soltad eso! —gritó Mad Dog y cargó la escopeta. Solo la advertencia de Troy evitó que descargara una ráfaga sobre ellos. A escasos seis metros, los habría hecho pedazos con la munición de calibre doble cero. El simple sonido de la escopeta al cargarse los detuvo. Lo miraron, con los ojos en blanco, y desaparecieron en la oscuridad.

—Te mataré, cerdo cabrón —gritó una voz desde fuera de su campo de visión.

—Tíos, estáis en un buen lío —dijo Moon Man dentro de la casa.

Diesel se le acercó y le golpeó con el puño en la cara. Fue un gancho directo de derecha de un peso pesado profesional. Le partió la mandíbula y lo dejó de rodillas en el suelo.

—Si nosotros estamos en un lío, tú estás muerto, negro.

—Déjalo —dijo Troy—. Vamos, rápido.

Mad Dog volvió por la puerta principal.

—Daos prisa.

—¿Dónde está? —preguntó Troy.

—En el baño.

Una piedra atravesó una ventana. Asediaban la casa con diferentes proyectiles.

—Deja que me cargue a un par —dijo Mad Dog.

Troy negó con la cabeza. Sujetaba las esposas de Moon Man con una mano y mantenía la boca de la pistola en la nuca con la otra. El traficante los llevó hasta el baño. Era diminuto y la puerta de la ducha tenía una grieta tapada con cinta adhesiva.

Moon Man señaló una estantería empotrada.

—Levántala de una.

Diesel se coló dentro, cogió la estantería y la levantó. Al quitar todo el mueble, los botes y tarros se hicieron pedazos contra el suelo y un agujero del tamaño de una maleta grande quedó al descubierto. Estaba llena de bolsas de poliuretano de polvo blanco. Parecían bolsas de kilo de harina.

Diesel metió la mano en el bolsillo de la cadera y sacó una bolsa de la compra doblada. Empezó a llenarla con los paquetes de polvo. Pronto estuvo repleta pero aún quedaban más paquetes.

—Coge una funda de almohada de la habitación —dijo Troy mientras sujetaba a Moon Man en la puerta y observaba a Mad Dog en la puerta principal con Diesel a sus espaldas.

—Voy. —Diesel corrió a la habitación y volvió a toda prisa con la almohada, le iba quitando la funda por el camino.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Troy.

—No hay... dinero —dijo Moon Man. Le costaba hablar con la mandíbula partida.

—Carguémonos a este puto mentiroso —sugirió Diesel al terminar de coger la cocaína. Llevaba treinta kilos. El Greco les había prometido doce de los grandes por kilo de todo lo que consiguieran coger. Le parecía una cantidad demasiado grande para calcular en unas circunstancias como aquellas pero, lo contara como lo contara, sumaba un montón de dinero. Salió como pudo cargando las bolsas.

—Tendrás que matar a este negro porque aquí no hay ni un puto dólar, tío.

¿Era cierto? La mayoría de los traficantes guardaban el dinero separado de la droga. Acababan de levantar trescientos de los grandes en cocaína. ¿Por qué ser avaricioso?

Mientras pensaba, a escasos diez centímetros de su cara, un pedazo de yeso explotó y los pedacitos que salieron volando le dieron en la mejilla.

Despertó de su ensimismamiento, se dio la vuelta y vio el agujero. Una bala había atravesado la pared exterior y la pared de la cocina y casi le acierta en la cabeza. Le dio un vuelco el corazón y se le aceleró pero segundos después recuperó el control.

Moon Man había agachado la cabeza.

—¡Joder! —fue lo único que pudo decir.

Mad Dog metió la cabeza en la cocina.

—Algún gilipollas ahí fuera tiene un arma.

—No jodas —comentó Troy. Después soltó una carcajada y Mad Dog también rio.

Otro disparo agujereó la sala principal. La pared exterior del bungalow no consiguió amortiguar la velocidad de la bala.

—Apaga la luz —le gritó Troy a Diesel, que se había agachado detrás de un sillón. Incluso un tipo duro respetaba los disparos. Estiró un brazo y tiró del enchufe de la pared. La sala del bungalow se quedó a oscuras.

Otro disparo atravesó la casa. Troy supuso que disparaban con un rifle de cerrojo, de lo contrario, el que disparara podría descargar el cargador. Incluso un tirador con un revólver de seis balas dispararía más rápido que el tipo de la calle.

Era hora de largarse. Soltó a Moon Man y se dirigió a la puerta.

—Vámonos —dijo, tocó a Diesel en el hombro y recogió la funda de almohada. Fue a la puerta principal y la abrió de golpe, permaneciendo oculto entre las sombras.

Al ver el siguiente foganazo, le dio al gatillo a intervalos de dos segundos apuntando al destello del disparo. Al mismo tiempo, avanzaba hacia la calle. Diesel lo seguía cargado con la otra bolsa mientras disparaba el MAC I o hacia los bungalows pero con un ángulo elevado para no darle a nadie. Mad Dog avanzaba a saltos, detrás, girándose de un lado al otro con la escopeta. Mataría a cualquier cosa que se moviera, pero no vio a nadie. Los disparos les habían obligado a esconderse.

Troy abrió la puerta del conductor y se deslizó tras el volante. La llave lo esperaba. Arrancó justo cuando sus dos compañeros se metieron en la parte de atrás. El motor rugió. Troy clavó el cambio en marcha atrás y pisó el acelerador. Las ruedas escupieron gravilla mientras el coche retrocedía rápidamente zigzagueando hacia la calle; por el camino, tiró un cubo de basura y echó abajo una valla estrecha antes de hacer un trompo y llegar al asfalto.

Al meter la primera y pisar a fondo el acelerador, unas siluetas aparecieron junto a un bungalow y les tiraron piedras. Algunas chocaron contra el metal sin causar mayor daño pero otra destrozó una ventanilla lateral.

Las ruedas quemaron goma y escupieron la gravilla que había quedado atrapada mientras el coche culeaba y adquiría velocidad antes de girar una esquina y largarse.

Una manzana más adelante, Mad Dog anunció que nadie les seguía y los tres soltaron una carcajada de alivio.

Sin embargo, más tarde, cuando cambiaron de coche y conducían por Harbor Freeway en dirección a las torres apiñadas del centro de Los Ángeles, la adrenalina desapareció y Troy sintió una enorme oleada de melancolía. Acababa de dar el mayor golpe de su vida y conseguiría todo lo que se podía comprar con dinero: libertad y oportunidades. Para ser alguien en aquel momento y lugar se necesitaba dinero, a menos que lo que a uno le interesara fuera la vida monacal. Troy no tenía otra forma de conseguir dinero así que hizo lo que tenía que hacer. Pero se sentía vacío. Aun así, sonrió cuando sus socios se rieron y le dieron una palmada en la espalda. En unos días, se repartirían unos trescientos sesenta mil dólares. Era mucho dinero, incluso con la inflación.

Capítulo 10

Incluso a las cuatro de la madrugada, el Bicycle Club, un enorme casino de póquer junto a la Long Beach Freeway, estaba tan lleno que los jugadores habituales tenían que esperar para conseguir asiento. Entre los juegos, se incluía el Seven-Card Stud y el Lowball, pero el más popular era el Texas Hold'Em, una variación absurda e imprecisa que favorecía a los que se tiraban faroles, jugaban a lo loco y dependían de la suerte. Los muchos jugadores allí presentes conformaban una gran variedad étnica en la que predominaban los asiáticos. Su conciencia de la suerte en la vida estaba fuertemente arraigada en su cultura, los predisponía al juego, a diferencia del grupo de puritanos estrictos que seguían sueltos por la América protestante. El Bicycle Club tenía el tamaño de un campo de fútbol lleno de mesas, cada una con siete asientos con la forma del trasero, mientras que una pizarra en el lateral llevaba la lista de cada partida y las iniciales de los que esperaban para jugar. El clamoroso murmullo de las voces daba la réplica al repiqueteo de las fichas y solo se veía interrumpido por alguna maldición o por gritos de alegría.

En una de las cabinas de la cafetería, Troy y sus socios bebían café y esperaban a Alex Aris quien, como siempre, llegaba tarde.

La camarera les rellenó las tazas de café.

—No le habrá pasado nada, ¿verdad? —preguntó Diesel.

—No, no —respondió Troy—. Ya te expliqué cómo es. Siempre llega tarde.

—Espero que no se haya largado con nuestra pasta —comentó Mad Dog. La expresión perpleja de desprecio de Troy lo tranquilizó. Volvió a pensar en el dinero. ¿Qué haría con él? Le enviaría algunos miles a su hermana. Tenía SIDA y vivía en una caravana hecha polvo a las afueras de Tacoma. También podría colocarse cuando terminaran y largarse lejos de sus socios. Había abierto uno de los paquetes y había sacado una cucharada de cocaína. Compraría caballo y se pegaría unos buenos viajes de *speedball* escaparía de las miserias de la vida durante un rato. Con otros cien de los grandes, podría hasta engancharse.

Troy quería encenderse un puro pero había visto un cartel en la pared del casino que decía: «No se permiten los puros en la zona del casino». ¿Nada de puros en una sala de juegos? ¿Qué mierda era esa? Probablemente, Las Vegas también habría cambiado. Dios, adoraba Las Vegas. Podía sumergirse en el mar de neón y olvidarse de los días, las horas, de todo excepto de los dados bailando sobre la mesa de fieltro verde. Le vendrían bien unos días en Las Vegas después del numerito de los bungalows. Todo salió bien y no sintió miedo durante el golpe pero después, cada vez que pensaba en ello, como ahora, un miedo nervioso le despertaba mariposas en el estómago. Miró a Diesel, sus ojos vidriosos sugerían pensamientos lejanos.

—Oye, grandullón —dijo Troy—. ¿Cómo estás?

—Genial, hermano. ¿Sabes lo que voy a hacer con mi parte, tío? Voy a pagar casi toda la hipoteca de mi casa. ¿A que no se te habría ocurrido nunca pensar que iba a tener mi propia casa?

Troy negó con la cabeza, sonriendo. Era de lo más improbable.

—Te haces mayor y estás cambiando. Un golpe más y te habrás rehabilitado.

—Sí, tú lo has dicho. Puede que hasta vote republicano. —Hizo una pausa—. No me gusta el aborto, ya sabes. Me parece que es matar a los bebés.

Troy asintió y recordó su sorpresa ante la vehemencia que mostró Diesel con ese tema en el patio de San Quintín; el hombretón estuvo a punto de pelearse con otro interno que contó un chiste sobre el aborto. Aquella actitud contradecía al resto de su persona.

—¿Votas? —preguntó Troy.

—Sí. Me inscribí cuando llegó el niño. Los tipos del local de The Face se encargan de que todo el mundo esté inscrito.

En cierto modo, Troy se sorprendió; era el primer exconvicto que conocía que votaba. Por otro lado, era obvio por qué el sindicato de camioneros se aseguraba de la inscripción de sus miembros en las listas electorales. Observó a Mad Dog, con la mirada perdida y la mente muy lejos de allí.

—¿Y tú qué, Dog? ¿También votas?

Mad Dog resopló, burlón.

—¡Qué coño! ¿Votar? Esa mierda es para pringados.

Diesel notó como le subía el color a las mejillas. Justo en ese momento, Troy vio llegar a Alex Aris.

—Ahí está —dijo Troy, se levantó y lo saludó con la mano.

El Greco los vio y se acercó. Como siempre, vestía con estilo, con una chaqueta de cachemira azul oscuro y unos pantalones grises de franela, con el dobladillo y el fruncido como marcaban las últimas tendencias. Sonreía al acercarse. Troy se deslizó para dejarle sitio en su lado de la cabina.

—¿Cómo os va, muchachos? —preguntó.

—Dínoslo tú —respondió Troy—. Tú nos traes las noticias.

—¿Te refieres a los treinta kilos?

—Joder, a qué me voy a referir.

—Solo he podido conseguir doce mil quinientos por kilo. Pensaba que sacaría algo más pero el puto mercado está hasta arriba. Me han dado trescientos mil y me traerán el resto el fin de semana.

—¿Llevas trescientos mil en el coche? —preguntó Mad Dog.

—No, no. No quiero arriesgarme a que me paren. Lo tengo en casa. Llevaré a Troy a buscarlo cuando nos marchemos de aquí.

La ira que sentían segundos antes desapareció; tanto Diesel como Mad Dog

sonreían de oreja a oreja. El Greco los miró y decidió que era hora de hablar de otros repartos; sin mencionar que en realidad había sacado trece mil quinientos por kilo por lo que ya tenía treinta de los grandes en la mano.

—¿Qué pasa con el abogado?

—¿Abogado? —preguntó Mad Dog.

—Sí, el tipo que dio el soplo.

—Ah, sí. ¿Tú qué piensas?

—Debería quedarse con veinticinco de los grandes y yo llevarme cinco de cada uno de vosotros.

—¿De la pasta que ya te han dado?

—No, no, de la que me llegue el fin de semana.

El trío asintió.

—Me parece bien —dijo Troy.

—Os daré el resto la semana que viene.

La camarera se acercó a preguntar si Alex quería algo pero este negó con la cabeza.

—Me marcho en un minuto.

Cuando la camarera se alejó, Alex miró a Troy.

—¿Conoces a Chepe Hernández?

—Me lo presentaron una vez pero conozco mejor a su hermano.

—Pues él te conoce y quiere verte.

—Claro. ¿Qué quiere?

—Ya sabrás que está en La Mesa.

—¿La cárcel de Tijuana? —preguntó Mad Dog.

—Sí, está cumpliendo diez años. Podría salir cuando quisiera pero el Tío Sam tiene una acusación pendiente sobre él y está presionando a Ciudad de México para que lo entreguen. Ya sabéis que se traen a muchos pobres infelices de allá. Puta orden de extradición. Pero no pueden sacarlo de La Mesa.

Troy asintió. Se daba cuenta del dilema de Chepe. En cuanto los federales lo metieran en Leavenworth o Marión, sería historia. Los internos de alta seguridad nunca escapaban de las cárceles estadounidenses. Según las nuevas directrices que se debían seguir en la fijación de las condenas, un traficante de droga internacional cumpliría el resto de su vida, caso cerrado. Troy recordó que Chepe tenía cincuenta hacía una década. Era un tipo agradable con sentido del humor que empezó vendiendo porros en Hazard Park, en Soto.

—¿Tienes idea de qué es lo que quiere? —volvió a preguntar Troy.

—¿Quién sabe? No creo que quiera que mates a nadie. Eso puede conseguirlo así de rápido y mucho más barato.

—Yo no mato por encargo —dijo Troy.

—Ya lo sé. Se lo he dicho. Es otra cosa. Me parece que alguien le debe algo. De todas formas, quiere que te lleve allá a verlo. Iré la semana que viene, tengo que llevarle una taza de váter.

—¿Es que allí no tienen fontaneros? —preguntó Mad Dog.

—No es para Chepe. Joder, si él tiene una suite que ni el puto Hilton. ¿Estás listo para venir? Puedes ir a visitarlo y quedarte toda la maldita noche.

—Id vosotros —dijo Diesel—. Yo iré a visitar a mi vieja y a ver a Jimmy the Face; después me reuniré con vosotros a finales de semana.

Troy miró a Mad Dog.

—¿Tú y yo?

Mad Dog asintió, estaba decidido.

—Me llevo a Troy a buscar la pasta —dijo Alex—. Esperadlo en el hotel.



Además del lujoso Jaguar, Alex Aris también conducía un Cadillac Seville de seis años. Aparentaba lo bastante como para no llamar la atención en Beverly Hills y tenía la antigüedad suficiente para pasar desapercibido en South Central. Se movía siempre de un lado para otro por el sur de California. Nadie trabajaba más duro que él para ser un criminal.

Una vez en marcha, Troy se preguntó por qué se sentía tan desidioso. Nadie denunciaría el robo nunca. Moon Man disponía de mucho dinero y de negros que matarían por él, pero sus mundos quedaban tan separados como la mayoría del resto de blancos y negros del país. Moon Man nunca sabría quién lo había desplumado. Probablemente, aún creería que se trataba de policías corruptos. La mitad del departamento de narcóticos tenía alguna acusación por extorsionar a traficantes de droga y por robarles dinero y parte del alijo durante las redadas. Tiempo atrás, un golpe como aquel le habría entusiasmado. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué se sentía cansado y deprimido? Y, aunque descubriera el motivo, ¿qué podría hacer? Era demasiado tarde para cambiar. Debía seguir jugando o matarse; pero no estaba tan deprimido para eso.

—¿Qué tal van las cosas con Mad Dog? —preguntó Alex.

—Me adora.

—No pierdas de vista su culo paranoico. Ya tiene antecedentes por jugársela a sus amigos. ¿Te acuerdas de cuando apuñaló a Mahoney?

—Cómo no, estaba a solo unos metros. Me eché un café por encima al salir pitando de allí.

—Mahoney y él eran buenos amigos.

—Ya lo sé.

—Vale. Espero no tener que matarlo porque te haya liquidado.

—No, eso no pasará.

Troy miró a la calle. Atravesaban el cuadrante suroeste de la ciudad interminable. Una vez tuvo una novia que vivía por allí. Aquella zona había sufrido una metamorfosis completa en la última década. Se desarrolló durante la Segunda Guerra Mundial y se vendió a través de la Administración de Vivienda Federal y la Ley de Reincorporación de los Veteranos, pero se había deteriorado y pasó de ser un mundo de bonitas casas estilo rancho de dos y tres habitaciones, que bien podía haber sido obra de Norman Rockwell, a otro mundo mucho más parecido a las *colonias* que había visto en Tijuana. Los céspedes bien cuidados estaban ahora infestados de malas hierbas y parcelas marrones. Había sofás rotos y empapados por la lluvia tirados en la acera. La basura rebosaba de las alcantarillas y formaba montones junto a las vallas por la acción del viento. Grafitis hechos con *spray* negro manchaban las fachadas. Una manada de perros callejeros había tirado un contenedor de basura y rebuscaba entre el montón. Este no era el sur de California de las canciones y las historias. Se acordó de Chepe en Tijuana.

—¿De qué va el asunto de Chepe?

—No sé más de lo que te he contado.

—¿Por qué quiere verme? Tiene tantos *pistoleros* que se le salen por las orejas, joder. También estaba muy unido a Big Joe y a esos tíos de la Eme.

—Creo que quiere a alguien con un poco más de cabeza.

—Ya veremos qué es lo que quiere.

—Nunca has estado en La Mesa.

—No.

—Va a ser toda una experiencia.

Alex entró en un parque de caravanas: calles estrechas, caravanas asentadas muy juntas, carteles de CONDUZCA DESPACIO, NIÑOS JUGANDO. Aparcó en el arcén del camino.

—Solo tardaré un segundo —dijo mientras bajaba y avanzaba hacia una esquina.

Tardó un minuto, más bien, pero fue rápido: Alex volvió con una maleta grande. La puso en el suelo del coche, en la parte de atrás.

—Trescientos de los grandes —dijo.



De vuelta en el Bonaventure, Troy atravesó el vestíbulo con la maleta y subió en el ascensor. Diesel y Mad Dog lo esperaban en la habitación. Abrió la maleta y tiró

un montón de fajos de billetes sobre la cama. Eran billetes usados que habían pasado por manos sudorosas por toda la ciudad, agrupados según su valor y sujetos con gomas. La cantidad de cada fajo estaba escrita con lápiz en trozos de papel amarillo con rayas recortados de un cuaderno.

—Cuéntalo —le dijo Mad Dog a Troy.

—Coge tu parte —dijo Troy.

Los fajos eran de varias cantidades. Algunos tenían cinco mil en billetes de cinco, otros dos mil quinientos en billetes de diez, pero la mayoría eran fajos de cinco mil en billetes de veinte. En menos de un minuto, cada uno había reunido cien mil dólares. Diesel metió su parte en una mochila.

—Mientras vosotros vais allá abajo, yo voy a pasar un par de días en casa.

—No dejes que tu vieja te quite todo el dinero —dijo Mad Dog.

Diesel paró de recoger sus cosas y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... Lo que tú creas que quiero decir.

—Caballeros, caballeros —interrumpió Troy colocándose entre los dos—. Calmaos. No os peleéis por nada.

—Eso lo ha dicho con segundas, como si yo fuera una puta y ella mi chulo.

—Tío, eres un paranoico —le contestó Mad Dog añadiendo un gesto de desprecio con la mano mientras se daba la vuelta.

—¡Que yo estoy paranoico! ¡No te jode!

—Vale, vale —interrumpió Troy—. Dejadlo ya. ¿Qué cojones os pasa? Sois socios.

—Míralo —dijo Mad Dog—. Solo porque pesa una tonelada y fue un peso pesado de mierda, el imbécil este se piensa que es un tipo duro.

—No soy ningún tipo duro pero sé quitarme a los cabrones de encima.

—Ya vale —les ordenó Troy.

—A mí no me lo digas, ha empezado él.

—Os lo digo a los dos, dejad ya esa mierda. No hay nada de lo que discutir.

Diesel miró a Troy. Tenía la cara roja pero, un momento después, se dio la vuelta, murmurando.

—El puto loco este va y suelta un comentario como si yo fuera una puta.

—Déjalo ya, Diesel —dijo Troy.

—Tío, solo te estaba tomando un poco el pelo —le dijo Mad Dog—. Si no eres capaz de aguantar una pequeña broma, que te den —continuó con voz chillona.

—¡Ya! —le soltó Troy mirándolo fijamente. Mad Dog sintió un arrebató, tenía los ojos vidriosos, pero justo entonces soltó una media carcajada y se encogió de hombros—: Lo siento, Troy, no quiero cabrearte también a ti. Lo siento, hermano —le dijo a Diesel.

—Olvidalo.

Troy asintió pero sabía que nada se olvidaría. Conocía a aquellos hombres. Las heridas del ego se enconaban en la mente. Mad Dog le daría mil vueltas y se pondría paranoico; Diesel percibiría la paranoia y se asustaría a sabiendas de lo peligroso que podía resultar Mad Dog. La única forma de evitar que uno matara al otro en algún momento era mantenerlos separados. Por suerte, Diesel se marchaba al norte de California y Troy no le quitaría el ojo de encima a Mad Dog. Tenía sentimientos encontrados hacia el maníaco. Lo conocía demasiado bien, no olvidaba las torturas sufridas en su niñez y los tormentos en su juventud. Fuera lo que fuera Mad Dog, aun con su locura y su peligrosidad, lo habían hecho así, la sociedad había permitido que se cometieran crímenes contra un niño. Su madre le quemaba con cigarrillos antes de que la internaran en el manicomio. Cuando salió, el tribunal de menores le devolvió la custodia del muchacho y le torturó aún más por haberla delatado. El chico tenía diez años, se escapó de casa y lo detuvieron asaltando un mercado del barrio. Así entró en el sistema de justicia de menores donde recibió a menudo los puñetazos y las patadas de chicos mayores por ser pequeño y diferente, hasta que en una ocasión los abusos sobrepasaron su límite y apuñaló a uno de los acosadores en un ojo con un tenedor. Tras ese incidente, su reputación de impredecible y peligroso consiguió que lo dejaran en paz. El chico comprendió su situación y la explotó comportándose como un loco violento para ganarse una mayor libertad entre sus iguales. Incluso los más duros se ponían nerviosos con los locos.

Cuando Mad Dog, Diesel y otros de su grupo del reformatorio se graduaron en el crimen de adultos y en San Quintín, Troy ya era una leyenda. Trabajaba como empleado principal en el departamento de deportes y controlaba las listas del gimnasio para la noche y los fines de semana. Al entrenador Keller no le gustaba que lo molestaran así que firmaba cualquier cosa que Troy le pusiera delante. Era él quien daba el visto bueno a la plantilla del gimnasio, uno de los mejores trabajos de San Quintín. Tenía beneficios alternativos como un lugar en el que permanecer alejado del patio principal cuando llovía, la oportunidad de ducharse cada día o el acceso a una televisión en la que poder ver los eventos deportivos. Troy le consiguió un trabajo a Diesel y actuó como su mentor durante los tres días siguientes. Diesel estaba convencido de que no se metió en problemas gracias a los consejos de Troy, y pudo así conseguir la condicional. Ahora Troy le había permitido participar en el golpe con el que todo ladrón sueña. ¿Qué diría Gloria cuando le echara cien de los grandes sobre su bonito culo rubio? Así conseguiría que dejara de decir tonterías sin parar. Tal vez debería comprarse un traje nuevo, el conjunto completo, un Brioni o un Hickey-Freeman, y lo llevaría puesto al llegar a casa. Diesel se sonrió al imaginarse regodeándose y pavoneándose mientras colocaba fajo tras fajo de billetes sobre la mesa de la cocina. Qué momento tan dulce.

—Creo que me marcharé esta noche —dijo—. Dejarme en el aeropuerto y llevaos el Mustang si queréis. No creo que el coche de Dog sobreviva a las carreteras mexicanas.

—No, llévate el Mustang. Pensaba comprarme un coche mañana, iremos con ese. —Se dirigió a Mad Dog—. No voy a pillarme uno nuevo así que necesito que le echés un vistazo. Yo no sé una mierda de coches.

—Cuenta conmigo para eso, soy tu hombre —respondió Mad Dog. Le gustaba que Troy le pidiera un favor, eso demostraba que la amistad de Troy no se había debilitado. Normalmente, Mad Dog notaba lo que los demás sentían por él; tenía una especie de radar del que se fiaba por completo. Sabía que los «normales» lo tachaban de paranoico; tal vez fuera cierto, pero un poco de paranoia resultaba una herramienta muy útil si se vivía en territorio de serpientes.



A últimas horas de la tarde del día siguiente, Troy se compró un Jaguar de cinco años con el motor 350 V8 de un Chevrolet bajo el capó que le daba la potencia de un Corvette de serie. Aunque esa parte quedaba escondida. El exterior era idéntico al último modelo y se parecía al que conducía doce años antes; en parte, fue uno de los motivos por el que lo compró. Mad Dog le echó un vistazo y le confirmó que estaba en buen estado. El cuentakilómetros decía que no había recorrido mucha distancia, dato que confirmaban los pedales apenas gastados. Los asientos aún desprendían el penetrante olor del cuero nuevo. Nada producido en cadena podía compararse con la carrocería de un Jaguar.

—Se supone que dan muchos problemas pero son unos coches de puta madre y este es de primera.

Fue en ese momento cuando Troy le dijo al vendedor que se lo quedaba. Lo pagó en metálico. Condujeron ambos coches hasta el Bonaventure y Troy pagó el hotel y dejó la habitación. Escondió sus ganancias en el hueco de la rueda de repuesto del coche de Mad Dog, excepto algunos cientos de dólares, y lo dejaron en el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto. El coche permanecería a salvo durante los días que estuvieran fuera.

Cuando se pusieron en marcha con el Jaguar, Troy llamó al Greco con el móvil. Se encontrarían en el Holiday Inn a las afueras de San Diego en algún momento de aquella noche. Cruzarían la frontera al día siguiente. No dijeron nada más. Hablar por el móvil era como lanzar las palabras al viento, eso dijo el Tribunal Supremo al fallar que las leyes en contra de pinchar los teléfonos no eran aplicables.

El Jaguar circulaba en dirección este por Santa Monica Freeway, después al sur

por la Interestatal 5 que llegaba directa hasta la frontera pasando por muchos de los pueblos del sur de California.

El este de Los Ángeles, desde la carretera, era idéntico a lo que Troy había visto durante toda su vida. Llegó allí desde Beverly Hills con quince o dieciséis años y salía por la zona con mexicanos que había conocido en el centro de menores. Se acordó de cuando hablaba inglés con acento mexicano y sonrió. Hasta que llegó al reformatorio y conoció a chicos duros blancos procedentes de ciudades de Oklahoma como Bakersfield, Fresno o Stockton, que sabían pelear y lo hacían, prefería menospreciar a la mayoría de blancos por débiles y cobardes. Los valores de la ética de los *machos* encajaban mejor con su naturaleza. Las casas de madera eran más antiguas en esta zona, la mayoría anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y construidas más sustancialmente y no con tantos lujos. El sol continuo del desierto había desteñido los colores a tonos pastel; sin el agua transportada del norte mediante tuberías, eso es lo que era aquello, un desierto. Mucho antes de que los negros de South Central formaran los Crips o los Bloods, el este de Los Ángeles lo poblaban bandas de chicanos: Maravilla, White Fence, Fíats, Hazard, Clanton, Temple, Diamond, Dogtown, Eastside-Clover, Los Avenues, La Colonia de Watts y otras. Por entonces, los padres de los Crips aún recogían algodón en Alabama.

Los pequeños pueblos de los alrededores de Los Ángeles, descritos tiempo atrás como treinta barrios residenciales en busca de una ciudad, ahora se mezclaban en una extensión homogénea. En aquella época, el trabajo lo generaban empresas como Firestone, Goodyear y Bethlehem Steel. Ahora las fábricas habían descendido tanto geográficamente como en términos de productividad. No tenía ni idea de dónde encontraba trabajo la población de esos pequeños pueblos.

Los Ángeles se convirtió en el condado de Orange y la única forma de diferenciar un lugar de otro era un pequeño cartel junto a la carretera. Aparecieron señales de Disneyland.

—¿Has ido alguna vez a Disneyland? —le preguntó Troy a Mad Dog.

—No, nunca había venido a Los Ángeles.

—Vamos a dar una vuelta.

—Te estás quedando conmigo.

—No, vamos.

—¿Por qué no?

Así lo hicieron y parecían ser los únicos adultos no acompañados de un montón de niños entusiasmados. No subieron a ninguna atracción puesto que las colas eran demasiado largas pero disfrutaron de una hora de paseo por el parque. Mad Dog incluso se compró un algodón de azúcar.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Me gustaba más de pequeño.

Las sombras se alargaban cuando volvieron a la carretera. En los recuerdos de

Troy, gran parte del paisaje era rural lleno de naranjales y campos de alfalfa entre los pequeños pueblos. Ahora la urbe se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros. A Newport, Laguna y a los otros pueblos costeros ya no los separaban kilómetros de costa vacía y colinas bajas. Casas caras cubrían el litoral y la superficie ondulada de las laderas con ventanales enormes que daban al mar al atardecer. Era la tierra de la leche y la miel, de los cuerpos morenos que esperaban disfrutar de la buena vida como si no merecieran otra cosa.

Al caer la noche, hicieron una parada para mear, contemplar el mar plateado bajo la luna llena y fumarse un porro. Cruzaron un paso inferior en busca de privacidad y se toparon con un camino de tierra lleno de baches. Parecía desierto. Entonces, sin previo aviso, los faros iluminaron un asentamiento de hispanos sin techo, probablemente todos mexicanos, aunque no había forma de saberlo. Cerca de allí, se extendían huertos de aguacates y de melones. Los mexicanos recogían la fruta pero no podían permitirse pagar por un techo con lo que ganaban. En cuanto las luces de los faros los descubrieron, la mayoría salió corriendo para ocultarse entre las sombras. No podían arriesgarse a que fueran los de inmigración.

Troy y Mad Dog dieron media vuelta. Unos metros más allá se encontraron con la valla de una urbanización en la que el precio mínimo de las casas era de ochocientos mil dólares. Al volver a la carretera, Troy no estaba seguro de qué pensar con respecto a los trabajadores sin techo de los campos.

Se fumaron el porro en el coche. Estaba oscuro junto a la carretera y Troy aún tenía que mear.

—Para el coche —dijo Troy. Mad Dog obedeció. Troy se bajó del coche, tenía tantas ganas de mear que le dolía. En la cárcel, siempre había un urinario cerca así que no era necesario aguantarse. Era de noche y el arcén estaba en cuesta. Se deslizó hacia abajo, se tropezó y resbaló unos tres metros más, parte de ellos sobre la cadera, hasta que pisó tierra firme. Se puso de pie y vio a Mad Dog en la parte de arriba iluminado por los faros de los coches que pasaban.

—Joder —exclamó Troy al darse cuenta de la estupidez que acababan de hacer.

A Mad Dog tampoco se le escapó la situación. La estela que dejaban los coches y camiones al pasar lo zarandeaba y los faros le deslumbraban. Si un coche patrulla pasaba por allí, se detendría para comprobar qué ocurría.

Troy consiguió subir la mitad del camino pero volvió a resbalarse y se deslizó arcén abajo.

—Tío, intenta sujetarte con esto. —Mad Dog se quitó el cinturón y bajó hasta que pudo sujetarse con una mano en una raíz y le tiró el extremo del cinturón a Troy. Lo cogió y, tras dar un paso, consiguió agarrarse de la mano de Mad Dog. En el momento en que sus manos se tocaron, Troy recordó que aquel hombre había asesinado a una niña de siete años y quiso soltarse, asqueado, pero Mad Dog tiró de

él y los dos consiguieron volver al coche. Otra vez en marcha, Troy le daba vueltas a su reacción en el arcén. Le sorprendió porque conocía a muchos asesinos, hombres que habían matado a policías, a dueños de tiendas o a otros criminales, hombres que salían de sus celdas por las mañanas sin importarles que se nublara y lloviera mierda, ni si mataban a alguien o morían antes del cierre. Sus actos no le provocaban ningún sentimiento, excepto los de los Zebra Killers, unos negratos locos (se habían ganado el calificativo a pulso) que daban vueltas por San Francisco en una furgoneta y cada vez que veían una persona blanca sola y vulnerable, o la mataban en aquel mismo lugar, o la secuestraban para violarla y asesinarla después. Uno de ellos vivió a tres celdas de distancia de Troy. Se cruzaron cientos de veces por el pasillo, a escasos centímetros, sin mirarse a los ojos o intercambiar una palabra. Troy sentía el calor del odio obsesivo y, tras un tiempo, la desconcertante cautela se convirtió en indignación; más tarde se dio cuenta de que, si pudiera, aquel negro sería capaz de matar a cualquier persona blanca del mundo, hombre, mujer, niño o niña. La hostilidad de Troy se avivó como respuesta al odio dirigido hacia su persona. Fue en la sección de máxima seguridad, en San Quintín, donde lo metieron nada más llegar. Tenía varios buenos compañeros en su fila así que nunca se sintió tan amenazado como para necesitar un ataque preventivo. Finalmente, trasladaron al negro.

Troy nunca había asesinado a nadie, pero aquello se debía tanto a la suerte como a la prudencia o a la moralidad. Una vez, recién salido del reformatorio, robó una licorería. El dueño sacó una pistola de debajo del mostrador. Troy dudó y gritó pero el dueño se envalentonó, decidido; ambos dispararon a la vez, sonó como una única arma. La bala del dueño pasó junto a su ojo como el zumbido de una abeja, sintió como el aire se alteraba a su lado. La bala de Troy atravesó al hombre por la clavícula. Salió del hospital en una hora pero podría haberse convertido en atraco con asesinato. Ahora te caían más años por algo así que en aquella época, unos dieciséis. Era una situación completamente ajena para el mundo en el que creció. Casi nunca se oía hablar de ese tipo de cosas pero sí que resultaba una práctica habitual en el mundo en el que se movió después.

No, nunca había matado a nadie, aunque podría haberlo hecho. En la cárcel también se dieron varias situaciones y en enfrentamientos en los que la muerte podría haber sido una salida, para él o para su rival, pero las disputas siempre se saldaban sin ninguna víctima, aunque la violencia hacía acto de presencia a menudo. Aquellos recuerdos de la realidad le despertaban dudas a la hora de juzgar a los demás. Aun así, asesinar a una niña de siete años era algo muy distinto.

De repente, luces rojas brillaron delante, en todos los carriles de la autopista. Mad Dog pisó el freno y Troy se abalanzó hacia el salpicadero. Aquello lo despertó de su ensimismamiento.

Avanzaban lentamente. Un helicóptero los sobrevoló. Las noticias de la KNX

informaban sobre una colisión múltiple por lo que se había cerrado un carril cerca de la salida de Pendleton.

—Vamos a llegar tarde, muy tarde —dijo Mad Dog. Troy le guiñó el ojo y cogió el teléfono de tapa plegable. «Cualquier pringado puede acostumbrarse a estos aparatos», pensó Troy mientras marcaba. Un minuto después, hablaba con el Greco que circulaba por la autopista al otro lado de California.

—No te preocupes —dijo—. Yo también llegaré tarde.

—No jodas —comentó Troy. Tenía ganas de ver a su amigo y de cruzar al otro lado de la frontera. Llevaba muchos años escuchando historias de La Mesa y por fin podría ver cómo era.

Capítulo 11

Aquella noche, los tres hombres cenaron filete y langosta en el comedor del hotel y después entraron en un bar de *topless* a un par de manzanas. Tenían asuntos que arreglar pronto por la mañana así que no volvieron tarde al hotel. Alex y Mad Dog ocuparon las dos camas individuales, a Troy el suelo le parecía estupendo: la gruesa moqueta y una colcha doblada conformaban un colchón en el que podía descansar cómodamente.

Por la mañana, dejaron el Jaguar en el aparcamiento del hotel y cogieron el Cadillac Seville de varios años de Alex para cruzar la frontera. Tijuana, México, ya no era una sórdida ciudad fronteriza, mitad Oeste mitad casa de putas, sino una reluciente metrópolis con un millón o más de habitantes. Por todas partes se veían logos corporativos. Aun así, un candidato presidencial murió asesinado allí y un jefe de policía cayó en una emboscada y lo abatieron a tiros. Los federales abrieron fuego a discreción junto con la policía local. El dinero de la droga lo impregnaba todo.

Alex decía que solía cruzar la frontera a pie. Así, resultaba más fácil volver, y también más rápido. Se tardaba al menos una hora para cruzar de vuelta en coche y siempre había la posibilidad de que la Policía de Aduanas lo sacara de la fila para inspeccionar el coche desmontándolo de arriba abajo, lo que llevaba varias horas más. Nunca encontraban nada pero los putos perros siempre ladraban al oler algún resto de algo. Sin embargo, aquel día llevaba la taza de váter y a sus compañeros, así que entró en México en coche. Nadie los miró.

—Joder, tío —comentó Mad Dog—. No les importa una mierda, no piden ni el carnet de conducir.

—Claro que no. Lo único que quieren son dólares yanquis —le explicó Alex.

—Te paran para pedirte el visado unos ochenta kilómetros más adelante —puntualizó Troy—. La frontera es zona abierta. Es lo que he leído.

—Sí, es así —dijo Alex—. Puedes quedarte para siempre en Tijuana que nadie te dirá nada. Chepe es del este de Los Ángeles, joder. Llevaba aquí quince años antes de que lo trincaran y solo lo hicieron porque el Departamento de Estado presionó a Ciudad de México.

—Si tiene un par de cientos de millones y tanto poder, ¿cómo es que sigue en la cárcel? —preguntó Mad Dog.

—No estoy seguro al cien por cien pero esto es lo que creo. Tiene poder entre las autoridades del estado, las de aquí, pero si lo sueltan, Ciudad de México le pondrá las manos encima y lo deportará directo a los brazos de la policía de Estados Unidos. Pero la Administración de Estados Unidos cambia, la presidencia mexicana cambia, el tiempo pasa, los fiscales del Estado van y vienen. Además, ya veréis, vive muy bien dadas las circunstancias.

—He oído que lo que pasa allí es brutal, los drogatas hacen cola en la trena —dijo Mad Dog.

—Yo no diría tanto —respondió el Greco—. Pero cuando no puedes pillar en ningún otro sitio de Tijuana, siempre puedes ir a pillar a la cárcel.

Troy medio escuchaba mientras observaba Tijuana. Al principio, la vio como la recordaba, los colores chillones y cegadores de los taxis, el bulevar principal, la calle Revolución con sus miles de negocios enfocados a los estadounidenses que iban allí a pasar el día. La tapicería para los coches era barata, los medicamentos se vendían por mucho menos de lo que costaban al otro lado de la frontera, las tiendas ofrecían Joy de Partou, Opium y otros perfumes caros por la mitad del precio de Los Ángeles. En las calles, abundaban mendigas con sus bebés, cantinas y locales de *striptease* y putas.

De repente, todo cambió. Donde antes había chozas y solares vacíos cuando visitaba Tijuana en busca de sexo y drogas, ahora se levantaba una fábrica tras otra en un compendio de empresas multinacionales: Ford, Minolta, Panasonic, Smith-Corona, Olivetti y más. Después, los brillantes hoteles Hyatt, Ramada, Holiday Inn. Los hombres de negocios de visita necesitaban alojamiento.

—Ha cambiado, ¿verdad? —comentó el Greco.

—Joder, ya ves —respondió Troy.

—¿Has estado alguna vez en La Mesa?

—No, pero me han contado historias, claro.

—Escucha esto —dijo Alex—. La construyeron para trescientos presos y hay tres mil...

—¡Tres mil en el espacio de trescientos! —exclamó Mad Dog—. Eso sí son cárceles abarrotadas...

—Es un castigo cruel y poco habitual.

—En México, no se andan con gilipolleces. Pero os diré la verdad. Preferiría cumplir condena aquí que en cualquier cárcel de Estados Unidos.

—Si tuvieras dinero, querrás decir —puntualizó Troy.

—Sí, claro. Pero tampoco tiene que ser un pastón, con cien al mes, sobra.

Troy sabía cómo funcionaban las prisiones mexicanas porque los hombres encerrados suelen hablar de otras cárceles. En México, operaban con una filosofía diferente que en Estados Unidos. El encarcelamiento ya era castigo suficiente en México; a partir de ahí, dejaban que la vida se pareciera a la sociedad tanto como las circunstancias permitieran. Las esposas visitaban a sus maridos durante varios días seguidos y los presos podían montar negocios tras las paredes de la cárcel. Se daba una mejor preparación para la reinserción en la sociedad que en las estadounidenses. Troy pensó en Pelican Bay, la nueva pesadilla de California, un mundo sacado directamente de Orwell y Kafka que había cobrado vida a finales del siglo veinte.

Pistolas eléctricas de cincuenta mil voltios en vez de porras y Proxilin en vez de palizas, una inyección que transformaba a un hombre en un zombi que camina arrastrando los pies durante una semana. ¿Qué pretendía la sociedad que saliera de allí? ¿De verdad esperaban sembrar cicuta y recoger trigo? Se enfurecía al pensar en aquella estupidez tan flagrante.

Hacía tiempo, La Mesa se situaba a las afueras de Tijuana pero la ciudad había crecido tanto que la cárcel quedó rodeada de barrios pobres. Las calles estaban sucias o tenían el macadán destrozado. El aparcamiento no estaba pavimentado y los pocos vehículos eran, sobre todo, camionetas, viejos Ford y Chevrolets. Un grupo de muchachos jugaba a fútbol. La pelota llegó botando hasta Troy. Llevaba escrito Los Ángeles County Recreation Dept.

—Pásamela —le dijo Alex cuando iba a devolverla.

Cuando Troy se la dio, Alex llamó al chico más grande, que se acercó con cautela hasta que vio que Alex llevaba uno de los verdes. Su interés aumentó.

—Vigila el coche —le dijo Alex en inglés acompañado de gestos. El mensaje quedó claro. Alex partió el billete de veinte en dos y le dio la mitad al chico que sonrió, asintió y volvió a explicárselo a sus amigos.

Mientras Alex abría el maletero para sacar la taza de váter, Troy se dio la vuelta para observar la cárcel. Se encontraban cerca de una de las esquinas. Una larga pared formada por bloques se extendía durante varios cientos de metros. No era muy alta para un muro de prisión pero cada cincuenta metros se elevaba una torre con un tirador. Una puerta de seguridad les quedaba cerca. La puerta doble estaba hecha de tela metálica con alambre de espino en espiral en la parte superior y una de las torres la vigilaba. La construcción resultaba caótica comparada con la cara perfección de las cárceles estadounidenses. Era efectiva pero reflejaba un aspecto poco convincente, como si la hubieran construido como algo provisional y no como algo que tuviera que durar muchos años. La fachada principal de algunas cárceles estadounidenses daba la impresión de haber sido construida para durar como el Partenón.

Una cola de visitantes, treinta más o menos, esperaba fuera de la puerta de seguridad. La mayoría eran mujeres, muchas eran niñas, casi todas llevaban bolsas grandes de comida. Troy pensó que harían cola ellos también pero Alex siguió andando con la taza de váter cargada al hombro.

En la pared de más allá de la puerta de seguridad, había una puerta sólida de acero con una mirilla y un timbre que sonaba muy fuerte.

Un ojo se asomó a la mirilla.

—Los camaradas del Chepe —dijo Alex.

El ojo desapareció.

—Va a comprobarlo —comentó—. Si tenéis billetes de un dólar, sacadlos.

—¿Cómo?

—Para sobornarlos. No os preocupéis, lo tengo cubierto.

Una enorme llave giró en la puerta de acero y esta se abrió. Entraron a un pasillo estrecho con una solitaria bombilla que se balanceaba, desnuda. Un guardia les señalaba la puerta abierta de una oficina. Alex, con la taza de váter cargada, los guio hasta dentro de la oficina.

Un teniente estaba sentado tras su escritorio con los codos apoyados encima. Aún cargado con la taza de váter al hombro, Alex le tendió dos billetes de veinte con total naturalidad.

—Llama a alguien para que lleve esto, *¿por favor, jefe?*

—Claro, claro. —Chasqueó los dedos para llamar al guardia de la puerta—. *Venga aquí.*

El guardia se acercó y el Greco le dio la taza de váter para que se encargara de entregarla dentro.

—Gracias, *pues* —dijo Alex—. Tenemos un poco de prisa —continuó extendiendo otros cuarenta dólares.

El teniente rodeó el escritorio, cogió el dinero y continuó su camino hacia la puerta haciéndoles un gesto para que lo siguieran. En la sala contigua, había tres guardias para tramitar su entrada, anotar sus nombres en el registro y cachearlos. Alex les tendió cuatro billetes de un dólar sujetos entre el dedo índice y el corazón. Se los quitaron de golpe, alguien escribió *A, B y C* en el registro para mantener los datos al día y el teniente llamó a otra puerta de metal hasta que se abrió.

Era la última sala, donde les estamparon un sello en el dorso de la mano con una tinta invisible a simple vista. No era un sello mágico para poder salir pero los guardias lo comprobaban. Alex le dio al guardia un puñado de monedas de cuarto de dólar. Este asintió en gesto de gratitud y corrió para abrir la última puerta.

Al abrirla, Troy se quedó mirando fijamente a la enorme masa de reclusos mexicanos que se aglomeraba en el patio. Se encontraban detrás de una línea roja a unos tres metros de la puerta y la mayoría miraban al puesto de seguridad y a lo que pasaba fuera. Uno podía acercarse a la zona de seguridad y gritar a través de los seis metros para que te escucharan dentro.

—Esta cárcel es increíble —le susurró Mad Dog a Troy en el oído cuando entraron en la zona del caos humano—. Por dos dólares puedes meter una ametralladora.

Unos metros por delante, al borde de la multitud, Alex hablaba con un joven mexicano que lucía un enorme bigote al estilo de Zapata. Tenía la nariz chata y cicatrices alrededor de los ojos, lo que indicaba que era boxeador. Detrás de él, otro preso mexicano sostenía la taza de váter sobre el hombro. Aquellos dos hombres formaban parte de la comitiva enviada para recibirlos. Alex miró hacia atrás por encima del hombro y les hizo un gesto para que lo siguieran mientras se abría paso

entre el mar de cuerpos. El hombre con la taza de váter al hombro era el punto de referencia. Mientras Troy seguía de cerca a Alex y a *Mustache* Pete, se dio cuenta de que un tercer hombre, un muchacho, avanzaba a su lado.

La masa de presos abría paso al séquito, se apartaban. Incluso algunos tendían la mano y gritaban: «*Cambio, cambio*». Le conmovía especialmente porque nunca antes un mexicano le había pedido limosna a Troy en las calles de Los Ángeles. Ignoró las manos extendidas y continuó avanzando.

Se apartaron de la multitud hacia un patio que a Troy le recordó a una inmensa plaza de armas; un enorme rectángulo de unos doscientos metros por unos trescientos rodeado de edificios de dos plantas unidos como adosados. Al final de los edificios, unos caminos conducían a otras zonas de la prisión. A un lado, vio lo que parecían ser puestos de perritos calientes o de tacos con mesas de picnic para los clientes. Volvió a mirar. La zona que rodeaba la puerta de seguridad parecía Times Square en la víspera de año nuevo.

Alex les hizo un gesto para que se acercaran y los presentó. El bigotes se llamaba Oscar, el *segundo* de Chepe. Él les presentó a Wevo, quien llevaba la taza de váter. Los otros eran dos don nadie con nombres inmediatamente olvidables.

—Escuchad —dijo Oscar—. La madre de Chepe ha venido a visitarlo. Se marchará en diez o quince minutos. Quiere que esperéis hasta que se vaya.

—Claro. No tenemos ninguna prisa, ¿verdad?

Mad Dog se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Queréis dar una vuelta? —preguntó Oscar.

—Claro —respondió Troy.

—¿Sabéis lo que me gustaría? —dijo Mad Dog—. Ponerme.

—¿Qué quieres?

—¿Speedball?

Oscar se dirigió a uno de los don nadie y le habló en español. Después, le dijo a Mad Dog que lo acompañara.

Mad Dog y el chico cruzaron el patio.

Oscar llevó a Troy a través de un pasillo entre edificios. Detrás del patio interior, había dos pisos de celdas de puertas de acero con cerrojos también de acero y enormes candados, pero estaban abiertas. Una mujer cubría las rejas con una alfombra y un hombre sujetaba a un niño en la puerta. La familia ocupaba la celda de uno y medio por dos.

—Setecientos por eso —dijo Oscar—. La celda más barata de la trena.

—¿Y si no puedes comprar una celda?

—Ahora os lo enseño.

Oscar dobló una esquina. A lo largo de unos cien metros, se extendía una reja de barras oxidadas con puertas abiertas cada veinte metros más o menos. Las barras

constituían la fachada principal de un edificio de bloques. Era un espacio inmenso cubierto con literas de cinco pisos. En vez de muelles, las literas tenían planchas de acero. En algunas había colchones, en la mayoría, no. Resultaba imposible ver la pared del fondo. Era una cueva oscura. Troy se acercó más a las barras para mirar pero tuvo que darse media vuelta, el hedor agrio del sudor y la orina seca le revolvió el estómago.

—Joder —exclamó.

Oscar y Alex se rieron de él, después le explicaron que los que no tenían celda venían hasta aquí a última hora de la tarde. Como en todas las cárceles, había recuento. Cuando se autorizaba la cuenta, se abrían las puertas del Corral. Aproximadamente un tercio de los que se habían contado allí tenía litera; los demás debían apañárselas lo mejor que pudieran. Un amigo los acogía durante la noche o se dejaban caer bajo una puerta o en cualquier otro lugar.

—Parece el centro de Los Ángeles por la noche —comentó Alex.

Desde el Corral, Oscar los llevó por otro camino. Rebosaba de cuerpos como un callejón en Hong Kong. Resultaba obvio que Oscar tenía poder allí, los prisioneros se apartaban para dejar pasar a los visitantes. En varias ocasiones, Oscar intercambió gestos y palabras de respeto. El enjambre lo formaban mayoritariamente hombres mexicanos entre los que se mezclaban varios estadounidenses y algunas mujeres.

A través de las puertas abiertas, Troy vio salas de trabajo donde los prisioneros trabajaban con cuero u objetos de madera. Gran parte de los recuerdos baratos de Tijuana que se vendían en la ciudad se fabricaban aquí. Oscar explicó que en la prisión hubo una vez un taller cuyo trabajo principal consistía en cambiar los números y el aspecto de coches robados en Estados Unidos. Después los distribuían por Latinoamérica.

Troy olfateó el ambiente. Olía a cebolla frita. Un momento después, cruzaron una esquina siguiendo a Oscar. Habían llegado a los puestos de tacos por la parte de atrás. También había un café con mesas bajo un toldo.

—¿Qué te parece? —preguntó Alex.

—No se parece una mierda a San Quintín.

Un miembro del grupo de Chepe los encontró. Chepe estaba listo. Cruzaron de nuevo el patio. Bajo una escalera, había una mesa de picnic sobre la que se desarrollaba una partida de póquer. Troy no dudaba de que al menos parte de los jugadores vigilaban la escalera.

Oscar subió primero los cuatro metros hasta el tejado. Troy lo siguió y, al llegar arriba, se sorprendió. Se encontró con una terraza con mobiliario de hierro forjado, plantas en macetas, incluyendo un par de pequeños árboles, y una mujer con buen cuerpo enfundada en unos Levi's ajustados. Regaba las plantas con una lata. Un joven musculoso le tendió una mano. Al hacerlo, la camisa desabrochada se abrió y dejó

ver la culata de una 45 colgada en la cintura. Las prisiones mexicanas diferían mucho del viejo calvinismo que reinaba en Estados Unidos.

Un brillante toldo rojo y verde se extendía para proteger las puertas de cristal de la luz directa del sol. Chepe los esperaba en la puerta abierta. Era un hombre pequeño y robusto con una expresión casi angelical, tenía el pelo más gris desde la última vez que Troy lo vio. Calzaba unas zapatillas caras, unos vaqueros cortados y una camiseta que rezaba Harvard en el pecho. Le tendió la mano.

—Hola, hombre, pasa. Hace calor ahí fuera.

Entraron en el salón de una pequeña suite. Una pantalla de televisión gigante dominaba una de las paredes. A un lado, había una pequeña cocina americana.

—Pensaba que venía también otro vato —le dijo Chepe a Alex.

—Está por ahí. Ha ido a dar una vuelta.

—Esto no es como Quintín, ¿verdad? —comentó Chepe.

Troy miró a su alrededor.

—Ni de coña. ¿Cómo has conseguido esto? Sé que cuesta dinero, pero ¿cómo funciona el tema?

—Lo he comprado. Esto cuesta ocho de los grandes. Hay solo cuatro o cinco como este. Un vato que acaba de entrar ha pagado ciento diez.

—¿No pagas alquiler?

—No, es mío. También puedo venderlo, siempre que el *Comandante* se lleve su tajada. Hay otros que cuestan de diez de los grandes para arriba. Tenemos unos cuantos, ¿verdad, Oscar?

—Sí, joder, somos unos putos inversores inmobiliarios en la cárcel.

—Venid por aquí —dijo Chepe guiándolos por un pequeño pasillo. Habían convertido una habitación en una combinación de biblioteca y oficina. Una estantería empotrada cubría una pared desde el techo hasta el suelo. Los títulos seguían un gusto ecléctico, desde Dos Passos a Dostoievski, Conrad y Kafka, Steinbeck y Styron, más una dosis de historia y biografía. Troy no percibió nunca en San Quintín que Chepe tuviera alguna inclinación por la literatura. Aunque tampoco era un rasgo muy apreciado entre ladrones, asesinos y traficantes de droga.

Mad Dog volvió y se unió al grupo.

—¡Stella! —gritó Chepe en ese momento.

La muchacha bonita en vaqueros asomó la cabeza por la puerta y Chepe le dijo que preparara café.

—Ella no estaba la última vez que vine —dijo Alex.

—La salvé del Corral.

—Tío, no jodas que iba al Corral.

—No, joder —comentó Oscar—. Si el jefe no la hubiera rescatado, hay más tipos con dinero por aquí. Las guapas no tienen que preocuparse pero una zorra gorda y fea

sí tiene un problema. Ja, ja, ja, ja...

Todos los hombres sonrieron en un gesto de comprensión.

Mientras esperaban el café, Chepe se interesó sobre las novedades de amigos mutuos en las cárceles de California o en cualquier parte de los bajos fondos del estado. Todos preguntaron primero por Big Joe; después, por Harry Buckley, Bulldog, Paul Alien, Joe Cocko, Huero Flores, Shotgun, Charlie Jackass y Preacher.

—Puedes salir de aquí si quieres, ¿no? —preguntó Mad Dog.

—Sí, sí —respondió Chepe—. El guardia me sujetaría la escalera. Le pago diez de los grandes al mes para alimentar a sus hijos. Es unas quince veces su salario.

La chica les trajo tazas de café en una bandeja. Cuando se marchó, entraron en materia.

—¿Conoces a Mike Brennan? —preguntó Chepe.

—Sé quién es —respondió Troy—. Pero no lo conozco.

—¿Quién es? —preguntó Mad Dog.

—Es un contrabandista de alto nivel, de padre irlandés y madre mexicana —respondió Alex.

—Me debe un montón de dinero —continuó Chepe—. Y se cree que no tiene que pagarme porque estoy aquí dentro.

—Lo mataremos —se ofreció Mad Dog desde su drogada estupidez—. ¿Lo quieres ver muerto?

—No, no lo quiere ver muerto —dijo Troy—. Si quisiera matarlo, cuenta con un montón de *pistoleros* para encargarse de eso.

—Listo, *ese*, listo —comentó Chepe mientras asentía—. Si está muerto, no me puede pagar. Además, es un buen tipo. Solo quiero mi dinero.

—¿Te importa que te pregunte cuánto? —dijo Troy.

Chepe levantó cuatro dedos.

—Millones —precisó.

—Cuatro millones ya no son lo que eran —comentó Troy—, pero sigue siendo mucho dinero. ¿Lo tiene?

—Claro que sí. Podría pagarme si quisiera pero piensa que no puedo tocarlo y quiero darle una lección.

—¿Qué tienes pensado?

—Tiene un hijo de un año en Los Ángeles. Quiero que os lo llevéis.

—¿Secuestro?

Chepe asintió. A Troy le dio un vuelco el estómago. No le gustaba la idea y, además, recordaba haber leído que ningún caso importante de secuestro había quedado sin resolver en los Estados Unidos desde los años treinta. Aunque, por supuesto, este sería diferente. Nadie presentaría una denuncia.

—¿Dices que el niño está en Los Ángeles?

Chepe asintió.

—Con su madre. No están casados.

Troy le dio varias vueltas, miró a Mad Dog que se encogió de hombros y dejó que Troy tomara la decisión.

—Os garantizo medio millón más la mitad de lo que pague. Si lo paga todo...

—Dos millones de dólares —dijo Mad Dog y acto seguido silbó, consciente de lo que les ofrecían—. No es calderilla. Tú decides —le dijo a Troy.

La frente fruncida y los ojos entrecerrados reflejaban el debate que se llevaba a cabo en la mente de Troy. Secuestrar a un niño, aunque no le hicieran daño, era algo terrible. Pero así ganaría el dinero que necesitaba para largarse; sabía que, de no marcharse, estaría perdido. Si se quedaba, solo sería cuestión de tiempo que lo cazaran. Ya era un fugitivo que había violado la condicional. Eso impediría que le pusieran fianza, y además, tenía otras dos violaciones según la nueva ley (aunque una fuera de menores), así que cualquier detención significaba la perpetua. ¿Por qué no lanzar los dados? Si sacaba un siete, conseguiría todo lo que quería en la vida, si le salía mal la jugada, simplemente no tendría más vida...

—No vamos a hacerle daño al niño, ¿verdad?

—No, joder. Ni siquiera te diría que lo hicieras si el niño tuviera cuatro o cinco años pero, con lo pequeño que es, ni se enterará.

—Es demasiado pequeño para delatarte —dijo Alex.

—Es un punto a tener en cuenta.

—Escucha —dijo Chepe—. Os garantizo un millón más la mitad de lo que pague.

—Le obligaremos a pagar intereses —sugirió Mad Dog—. Pongamos, otro millón.

—Para el carro —dijo Alex—. Si sigues aumentando un millón aquí y otro millón allá, pronto estaremos hablando de dinero de verdad.

Todos rieron entre dientes, incluido Troy, aunque parte de él observaba la escena desde fuera. Resultaba extraña. Había muchas posibilidades de que Mike Brennan pagara lo que debía. ¿Cómo iba a abandonar a su hijo y seguir mirándose después en el espejo? La pega de los secuestros siempre era el rescate; así era como las autoridades atrapaban a los secuestradores. Sin embargo, en esta ocasión la policía no tendría ni idea de que se había cometido un crimen. Presentaba la misma ventaja que robar a Moon Man: nadie acudiría a la policía. Mike Brennan ni siquiera podía cruzar la frontera hacia los Estados Unidos, él también tenía una acusación federal pendiente.

—Trato hecho —dijo Troy—. Tengo que hablar con mi otro socio pero seguramente esté de acuerdo.

—Bien, hombre —dijo Chepe—. Me alegro de que seas tú. Tengo a un montón de imbéciles que hacen lo que les digo pero esta vez necesito a alguien con cabeza.

Entiendes lo que te digo, ¿ese?

—Lo entiendo. Quieres un trabajo limpio.

—Quiero mi dinero pero lo más importante es que no quiero que el tipo piense que puede faltarme al respeto. Espera un segundo. —Chepe se acercó a una pared con un tablón lleno de papeles colgados. Encontró el que quería y lo cogió—. Toma.

Era una dirección de Virginia, en San Marino, California. Troy la grabó en su memoria, aunque después se metió el papel en el bolsillo de la camisa, por si aquella le fallaba.

—Escucha —dijo Chepe—. Cualquier mensaje que tengas para mí, dáselo al Greco, ¿de acuerdo? —Miró a Alex que asintió.

—Oye, Chepe —dijo Alex—. Conoces al otro socio de Troy, es Big Diesel, de Frisco.

—Ah, sí —exclamó Chepe con una sonrisa—. Un tipo duro. Aposté por él cuando se enfrentó a ese *miate*, cómo se llamaba, tenía la cara como una rebanada de pan.

Todos soltaron una carcajada, sabían a quién se refería.

—Dolomite Lawson —dijo Mad Dog.

—Diesel debería haberle dado una paliza.

—Se volvió loco y se quedó sin gasolina.

La muchacha asomó la cabeza por la puerta.

—*La cuenta* —dijo. Chepe miró el reloj.

—Será mejor que os vayáis si no queréis pasar la noche aquí.

—¡La noche! —exclamó Mad Dog.

—Sí —dijo Alex—. Puedes quedarte toda la noche. Podrías quedarte una puta semana si quisieras.

—No me jodas —insistió Mad Dog.

—Es verdad —dijo Troy, lo sabía desde hacía años—. Será mejor que nos larguemos.

Chepe los acompañó a la terraza. Rara vez bajaba al patio y, cuando lo hacía, varios guardaespaldas lo rodeaban. Un traficante de droga internacional se gana enemigos en lugares insospechados.

Capítulo 12

Diesel había pasado dos noches y tres días en casa y llevaba rezando desde la primera para que Troy llamara. En cuanto vio a su hijo y echó un polvo, las preguntas de Gloria empezaron a irritarle. Al recordar el momento, no podía evitar sonreír: tumbado de espaldas, aún sudando y recuperando el aliento, empezó a interrogarle sobre el dinero: «¿De dónde lo has sacado? ¿Te va a buscar alguien? ¿Qué has hecho?». «Gloria, joder, no quieras saberlo... No puedo contártelo así que déjame en paz», intentó decirle.

Diez minutos después, volvió a la carga. «Vas a volver a la cárcel. Tienes un hijo. No pienses ni por un segundo que voy a esperarte». Se dio cuenta de que en sus reproches no mencionaba nada sobre devolver el dinero. Al segundo día, sus interrogatorios lo empujaron a refugiarse en la noche, donde compró bebidas aguadas a cuatro cincuenta el trago sentado junto a una plataforma sobre la que mujeres jóvenes bailaban vestidas solo con zapatos de tacón utilizando un poste como complemento. Conocía a una de las chicas; su hermano estuvo en la cárcel con él y volvía a cumplir condena por atracar el banco del hotel Fairmont. El tío tenía un par y ella no estaba mal, pero solo para observarla. Andaba metido en negocios serios y hacer caso a los impulsos de su polla podría joder las cosas. Antes actuaba así pero tres años fuera de la cárcel lo habían vuelto más precavido. Aun así, observaría el cuerpo joven y se imaginaría sus piernas abriéndose para él. La apartó de su cabeza, ya la conocería mejor después de dar el golpe. Para entonces, le saldría el dinero por las orejas o estaría muerto. No volvería a la cárcel, no con un tercer delito que significaba la perpetua. Al menos, eso lo tenía claro.

Al llegar a casa la segunda noche, estaba borracho y cachondo y cuando Gloria apareció para reprenderlo por haberla preocupado, él sonrió con los ojos brillantes. Pensaba en la bailarina.

—No —dijo ella, pero la empujó contra la pared y le metió la mano entre las piernas mientras le soplabla y mordisqueaba el cuello y la oreja. Gloria intentó soltarse sin hacer ruido para no despertar al niño pero aquello fue su perdición. En un minuto, su cuerpo tomó las riendas, se apoyó con una sola pierna al levantar la otra y acercarse más a él; quería que la tocara más íntimamente.

Rodeándolo con las piernas, se metieron en la habitación. Se la folló durante largo tiempo y, después, ella se durmió sin terminar sus recriminaciones.

Por la mañana, Diesel se despertó con el sonido del teléfono y la conciencia de que Gloria se levantaba a cogerlo. La escuchó volver y mantuvo los ojos cerrados para eludirla. En vez de volver a la cama, lo zarandeó.

—Es Jimmy.

—¿The Face?

—Sí, ayer también llamó. —Le tendió el inalámbrico.

Diesel sintió que aquello era una encerrona preparada entre los dos.

—Sí, jefe, ¿qué te cuentas?

—¿Por qué no te pasas hoy por aquí?

—Estoy esperando una llamada.

—Que Gloria les diga que te llamen aquí.

Estaba atrapado. Ella lo observaba, no podía decirle a The Face que no confiaba en que les diera el mensaje.

—Ya, vale —dijo. No quería tener que explicar que a veces Gloria se comportaba como una zorra. El viejo mañoso era un poco lento en cuanto a mujeres, esposas y mierdas de esas. Era una serpiente en el negocio pero un negado para los valores familiares. Diesel prefería la actitud de Troy: «Si eres un criminal, tienes que serlo veinticuatro horas al día».

—Estaré aquí hasta las siete —dijo Jimmy.

—Llegaré antes.

Cuando colgó, Gloria apareció en la puerta.

—¿Qué ha dicho?

—Que quiere verme.

—¿Vas a ir?

—Claro que no, joder. Que le den a ese espaguete chupapollas.

—¡Charles!

Soltó una carcajada.

—Mujer, no me jodas, sé que has estado hablando con él, lloriqueando sobre mí.

—No es verdad.

—No mientas.

—No miento.

—Bueno, da igual. Pero te diré una cosa, cuando llame Troy, sé amable. Que te dé su número. Dile dónde estoy y dale el número. Si me la juegas, se me irá la puta olla, ¿sabes a lo que me refiero? No te pego, no a menos que me pegues tú antes, pero, si me jodes esto, entrégale tu corazón a Dios porque tu culo será mío.

Gloria iba a replicarle pero sintió la electricidad en el ambiente y asintió con la cabeza.

—Si llama, se lo diré.

—Que te dé su número.

—Se lo pediré.

—No montes ningún juegucito.

—No tienes que amenazarme, Charles.

—Si no tengo que hacerlo, lo siento.

Decidió llevarse todo lo que necesitaba para volver a Los Ángeles. Podía ir

directamente desde Sacramento. Ella se encargaría de los miles de dólares. Sabía ocuparse bien del dinero, eso tenía que reconocérselo.

Diez minutos después, se puso en marcha.



El sol empezaba a ocultarse y enviaba sus rayos a través del cortaviento de eucalipto. Le recordó a la luz del sol a través de los barrotes. Circulaba por una carretera secundaria, dos carriles construidos por la Administración de Proyectos de Trabajo como parte de la Administración para la Recuperación Nacional. Vio la valla que buscaba con el alambre de espino encima. Detrás, había otra, igual que en la cárcel. En el interior, varios locales de almacenaje se extendían a lo largo de un par de acres. Casi todos los locales estaban alquilados y Jimmy planeaba construir más.

Vio el cartel:

TRANSPORTE Y ALMACENAMIENTO ARROYO

Redujo la marcha al acercarse a la entrada y giró. El camino de asfalto estaba desgastado por lo que levantó una nube de polvo que se disipó rápidamente con la brisa que se había levantado. El único coche aparcado fuera de la oficina era el nuevo El Dorado de Jimmy. Diesel aparcó a su lado. Al bajar del coche, Jimmy salió de la oficina. Como siempre, llevaba un gran puro en la boca. Parecía acelerado y un tanto sorprendido de ver a Diesel. Se recuperó con una sonrisa.

—Qué tal, gigante. ¿Cómo te va?

—Bien. ¿Qué pasa?

—Quería verte... ¿Puedes esperar unos diez minutos? Tengo que recoger una cosa de correos antes de que cierren.

—Sí, claro. —¿Qué otra cosa podía decirle a Jimmy the Face, el *capo* que cuidaba de él?

—Estupendo. —Y se marchó.

Diesel entró en la oficina vacía. Un mostrador, un par de escritorios desnudos y un pequeño despacho con paredes de cristal al fondo. Recordaba la primera vez que vio a Jimmy Fasenella paseando de un lado a otro del patio de San Quintín. Había oído hablar de Jimmy the Face, igual que había oído cosas sobre Lucky Luciano y Bugsy Siegel. Diesel se sorprendió ante la corta estatura del mafioso. Era el encargado de que se cumpliera la voluntad de la mafia en la Costa Oeste, «iniciado» supuestamente al cargarse a balazos a Bugsy Siegel, nueve disparos a través de una

ventana de Beverly Hills. El pajarito de los bajos fondos también decía que había asesinado a un hombre que consideraba a The Face amigo suyo. Diesel nunca cometería ese error. Se reía y bromeaba con The Face pero nunca confiaría del todo en la pequeña cobra y, si algún día se producía alguna disputa de cualquier trascendencia, se aseguraría de golpear primero, y sin dispararle en la cabeza a alguien que te consideraba un amigo. Esa era la parte chunga de los espaguetis mañosos, incluso si sus matones más desquiciados eran normalmente irlandeses y ni siquiera «iniciados». Jimmy se lo había contado, sabía de esas cosas.

Diesel se dirigió a la oficina del fondo. Estaba abierta. Se sentó detrás de la mesa de Jimmy y pensó en hacer una llamada de teléfono. No. Era muy probable que los federales lo hubieran pinchado, un procedimiento rutinario.

Puso los pies sobre la mesa y se inclinó hacia atrás. Sí, no estaría mal sentarse con los pies sobre la mesa todo el día si hubiera dinero de por medio. Vio un periódico doblado en la papelería. Lo sacó. El *Sacramento Bee*.

LOS SERBIOS BOMBARDEAN SARAJEVO

¿Qué era eso? No estaba al tanto de las noticias de la última semana, aunque no es que prestara mucha atención normalmente. A veces, hojeaba un periódico o veía las noticias de la noche pero normalmente solo seguía los deportes, especialmente el boxeo. La palabra guerra le llamó la atención y leyó la parte del artículo que aparecía en la portada. Resopló con sorna. Creía que Estados Unidos había perdido los huevos. Se estaban ablandando, como Egipto, Roma, China, España e Inglaterra antes. Ninguno de aquellos imperios pensó que se iría a la mierda. Un artículo que Troy le había pasado una vez para que leyera, «El fin del hombre blanco», presentaba muchos paralelismos entre los antiguos imperios poderosos y los Estados Unidos de la actualidad. El Congreso compraba todas las armas del mundo, incluso las inútiles, pero no se enfrentaba a nadie. Dios mío, podía haber víctimas. ¿Para qué cojones estaba el ejército? ¡Bla, bla, bla!

Pasó páginas, leyó sobre una redada en una plantación de hierba en Grass Valley. Dos hombres, dos mujeres y un menor. Aparecían los nombres de los adultos. No reconoció a ninguno.

Pasó otra página y vio una foto de Jinx que ocupaba un cuarto de página, la chica que estaba con Mad Dog en Sacramento. También aparecía la foto de otra chica. Una amiga de Jinx. Las dos habían desaparecido. Debajo de ambas fotos se leía la pregunta: «¿Las ha visto?». Ofrecían una recompensa de veinte mil dólares.

Sí, se trataba de Jinx, no cabía duda. Habían desaparecido hacía una semana. Encontraron el coche de la segunda chica en el aeropuerto del condado. Casi con toda

seguridad, Mad Dog las había asesinado y enterrado sus cuerpos en medio del desierto.

Diesel sintió como su cuerpo se debilitaba. Pensó que Mad Dog habría matado a Jinx después de que Troy lo reprendiera por darle sus nombres a la chica. Dios mío. Perdóname, Padre, porque he pecado... Aquella noticia suponía una carga tan grande que debía compartirla con Troy.

Arrancó la página y la dobló. En ese momento, escuchó el motor de un coche y el crujido de la gravilla bajo las ruedas. Salió afuera. Jimmy the Face tenía prisa.

—Vamos, tengo algo de pasta para ti.

De vuelta dentro, Jimmy abrió un archivador, sacó un sobre repleto y se lo puso en la mano a Diesel.

—Un pequeño agradecimiento. He conseguido la contrata.

¿Contrata? Ah, sí, al quemar los camiones había eliminado a la competencia.

—Cinco de los grandes —dijo Jimmy.

—Gracias, jefe. —Cinco de los grandes era una buena cantidad de dinero por prender fuego.

Jimmy miró el reloj.

—Tengo que irme pero quería hablarte del maníaco ese con el que andas.

Diesel frunció el ceño. ¿Cómo sabía Jimmy lo de Mad Dog?

—... un tipo inteligente —decía Jimmy—. Pero hay muchos locos que también son inteligentes. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí. —Diesel se dio cuenta de que The Face hablaba de Troy, no de Mad Dog. Se sintió indignado pero escondió su reacción con un gesto de asentimiento.

—Aléjate de ese tipo —dijo Jimmy Fasenella—. No le necesitas. Tenemos muchas cosas en marcha. Vamos, acompáñame al coche.

Por el camino, Jimmy continuó hablando.

—... no tiene sentido de la propiedad. Va demasiado suelto. Corre riesgos. El crimen es un juego en el que no se corren riesgos innecesarios. Un mal movimiento, y, ¡pam! Te cae una década en el cubo de la basura. No tienen ni idea del tipo de maníaco que se puede crear ahí dentro en diez años. El pavo está muy jodido. No le necesitas. Tienes amigos. Tienes mujer y un hijo. Ese tipo... No tiene nada que perder.

—Gracias, Jimmy. Es un buen consejo.

—Estupendo. —Guiñó un ojo y le dio un golpecito a Diesel en el brazo con el talón de la mano—. Ve con cuidado y mantente en contacto.

—Lo haré, señor J.

Diesel observó marcharse a El Dorado escupiendo grava en dirección a la puerta abierta.

—Gloria... Eres una zorra mentirosa —gritó cuando el coche salió a la carretera

—. No voy a volver a casa ahora porque estoy tan cabreado que podría pegarte por meterte en mis asuntos.

Al subir al coche, se enfadó aún más. Golpeó el salpicadero con el puño y la guantera se abrió. Al cerrarla de golpe, rebotó y quedó abierta de nuevo. Se rio de sí mismo.

Giró la llave. El motor rugió al mismo tiempo que la radio. Se dirigió a la 1-5 donde el tráfico circulaba con fluidez. Una señal avisaba de que había aviones patrullando, tendrían que esforzarse si querían ponerle una multa. Pisó el acelerador y observó el cuentakilómetros pasar los ciento cuarenta rápidamente.

Cuando se detuvo a repostar en Bakersfield, utilizó una cabina para llamar a casa a cobro revertido.

—Sí, acepto la tarificación —dijo Gloria—. Charles, ¿qué estás haciendo en Bakersfield? —Habló con un tono quejumbroso que lo cabreó aún más.

—Te llamaré cuando llegue a Los Ángeles, a ver si para entonces has aprendido a decir hola. —Colgó de golpe y salió para pagar al dependiente de la gasolinera. De vuelta en la autopista, al comenzar la subida sobre Ridge Route, se acordó de que tenía el número de teléfono de Alex. El Greco lo pondría en contacto con Troy y Mad Dog, así que no necesitaba llamar a Gloria. Sonrió.

—Que la jodan. Le pueden dar mucho por culo, no me importa.

En las noticias de la KFWB («Concedáanos veinte minutos y le daremos el mundo») dijeron que llovía en Los Ángeles. ¿Qué diría Troy cuando le contara lo de las chicas desaparecidas? Qué coño desaparecidas, asesinadas... Ya iban cuatro asesinatos que él supiera. ¿A cuántas personas más había matado Mad Dog? Las cuatro eran mujeres y una niña, pero eso no significaba que no matara a hombres también. Todo el mundo moría con una bala en la cabeza o un cuchillo clavado en el corazón. Daba miedo danzar por ahí con un maníaco homicida. A veces, la vida del criminal requería freír a alguien pero, joder, no a todo el mundo, o a cualquiera, sin un buen motivo. Mad Dog sí que era un perro loco. Jesús.



Troy escuchaba las mismas noticias pero ya sabía que llovía en Los Ángeles, los limpiaparabrisas arrastraban sin problema la suave llovizna. Conducía con cuidado. En medio de otra suave tormenta, hacía tiempo, patinó y chocó contra el coche parado delante de él en un semáforo. La camioneta que conducía apestaba por las botellas rotas. Si se quedaba allí hasta que llegara la policía, lo meterían en la cárcel así que le dijo al otro conductor que iba a mear, se metió en un callejón y siguió andando. Escapó pero pilló una neumonía. Ahora tenía mucho cuidado detrás del

volante, excepto cuando escuchaba las sirenas de la policía o veía las luces pegadas al culo. Entonces, conducía como si se tratara de Le Mans. Un coche se le cruzó y tuvo que pisar el freno. Sonrió pero Mad Dog reaccionó de forma diferente.

—Ese gilipollas no sabe con quién se la está jugando. Párate a su lado. Mad Dog hizo ademán de sacar la pistola.

—Oye, oye —dijo Troy—. Qué vas a hacer, ¿disparar al imbécil porque se te ha cruzado? Ya te imagino contándoles a los compañeros en el patio, «El hijo de puta se me cruzó, así que le pegué un tiro».

—Esos tipos no me dejarían olvidarlo nunca.

—Exacto.

—Pero ese puto imbécil...

—No puedes cargarte a todos los gilipollas del mundo.

Más adelante, un cartel indicaba:

SOTO STREET, SIGUIENTE SALIDA.

Troy se tranquilizó y tomó la salida. Estaban en City Terrace y Hazard, a la sombra del Hospital General. Troy conocía la zona. Tenía amigos chicanos de los alrededores, Sonny Ballesteros, Gordo y Crow, entre otros.

Continuó por Soto siguiendo la base de unas colinas bajas. En la cima de una de ellas, había una torre de radio con unas luces rojas intermitentes en la punta. Apenas podían verse las luces bajo la lluvia.

—Una vez me subí ahí. Estaba borracho, claro —dijo Troy al pasar por las torres.

Mad Dog miró y se quedó un poco sorprendido. Era la mayor temeridad que había visto u oído. No había escalera, solo la estructura de acero.

Soto desembocó en Huntington Drive, un bulevar de seis carriles con una amplia mediana por la que una vez pasaron los enormes tranvías rojos hacia el este, atravesando el condado, hacia Azusa, Claremont y Cucamonga. Troy pensó en cómo los gigantes automovilísticos y las industrias de neumáticos habían destrozado el mayor sistema de transporte público del mundo y que, además, presentaba beneficios cada año. El dinero robado a los contribuyentes no se había devuelto; pasó a formar parte del imperio.

—Bueno, esos putos imbéciles se lo merecen —murmuró.

A cualquier yonqui estúpido le caen veinte años por entrar en un banco con un cheque y sacar ochocientos dólares de un cajero y un ejecutivo financiero puede jugarse mil millones del dinero de los contribuyentes, que le presta al Congreso, y cuando la población termina de pagar los intereses son cinco mil millones. El

ejecutivo firma un decreto extrajudicial y se compra una casa en Florida de cinco millones de dólares antes de declararse en bancarrota.

—¿Por qué no podría desplumar a un cabrón de esos? —dijo y miró con expresión de broma a Mad Dog mientras lo decía.

—¿El qué?

—Nada, nada.

Pequeñas casas destartaladas daban paso a tiendas seguidas de más casas un poco mejores cuando cruzaron Alhambra y más aún en el sur de Pasadena. Ahora, un césped y cuidados setos formaban la mediana. Cuando vieron el cartel que indicaba San Marino, las casas todavía eran mejores. Troy había buscado Virginia Road en el callejero *Thomas*. Estaban cerca. La vio.

—Gira a la izquierda.

De repente, las casas eran enormes y encantadoras, el sueño hecho realidad. Se erigían sobre amplios céspedes, los trabajos interiores eran de estilo moderno norteamericano, con lo último en instalaciones de agua, eléctricas y de sistemas de aire acondicionado. Las estructuras eran de listones de madera y escayola pero imitaban diversos estilos, el inglés de los Tudor, el provincial francés, el colonial de la zona de Monterrey, ladrillos estilo Williamsburg y grandes ranchos modernos. Los jardines estaban bien cuidados y las plantas seguían en flor a pesar de ser diciembre. Algunos ya habían decorado árboles de Navidad junto a los enormes ventanales enmarcados por luces.

Mad Dog silbó.

—No hay duda de que es el distrito alto.

Mientras el Jaguar avanzaba, la calle se estrechó pero las casas aumentaban de tamaño y ahora se escondían tras altas vallas de hierro forjado cubiertas por un denso follaje. Las direcciones indicaban que se estaban acercando.

Era una casa de dos pisos de estilo mediterráneo tras una pared de ladrillos con puntas de hierro en la parte superior. El terreno era tan grande como un campo de fútbol.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Mad Dog.

—Seguiremos avanzando. Déjame ver. —Encendió la luz interior y miró el trozo de papel. A menos que Chepe se hubiera equivocado, estaban en el sitio correcto—. Es aquí. Vamos a dar otra vuelta, a echar un vistazo.

Pasaron dos veces más por delante de la casa. El pilar de la esquina de la valla no tenía puntas. Tardarían diez segundos en entrar por ahí y podían caer sobre los setos. Por la situación de la calle, verían cualquier coche que se acercara a lo lejos. La única casa con vistas al pilar de la esquina se encontraba al otro lado de la calle y la tapaba una hilera de árboles.

—Volveremos de día —dijo Troy—. Vamos.

Circulaban por Monterey Road, en el sur de Pasadena, cuando sonó el móvil. Era el Greco.

—Tu gran hombre va por Hollywood Freeway Le dije que se saliera en Highland y que se registrara en el Holiday Inn. Os estaremos esperando.

—Gracias.

—Chepe llamará pronto.

—Genial. Tengo un par de cosas que comentarte.

El Jaguar circulaba ahora por el sur de Pasadena. De repente, se toparon con toda una fila de casas decoradas con brillantes luces de Navidad en los patios delanteros y en las ventanas. En una incluso habían montado un Nacimiento sobre el césped. Era aquella época del año que afecta a muchos, incluido Mad Dog McCain.

—¿Sabes una cosa, Troy? —dijo—. Eres el único amigo de verdad que tengo en el puto mundo.

—Venga, hermano, relájate. —Lo dijo con una sonrisa.

—No, tío. Lo digo en serio, hermano. De verdad.

—Eres mi socio —comentó Troy, no le gustó mentirle. En realidad, se ponía nervioso cerca de Mad Dog. Demasiado volátil, demasiado impredecible. Pero, aun así, el saber que en cualquier momento podía decir «mata a ese» y que lo haría sin dudarle le proporcionaba un poder embriagador. ¿Cómo iba a saber que el asesinato se convertiría en una costumbre para Mad Dog? Pensó en el Viejo de las Montañas, Hasan ibn-al-Sabbah, de quien se deriva la palabra «asesino». Reclutaba a sus asesinos por todo el mundo, les daba hachís para que fumaran y ellos rebanaban pescuezos, los que les encomendaban rebanar. Joder, al mundo le vendrían bien unos cuantos de esos en vez de imbéciles al frente de tiendas al por mayor armados con automáticas.

Al pasar otra manzana, Mad Dog habló de nuevo.

—Hermano, tengo que decirte que no me gusta nada ese Diesel de los cojones.

Troy mintió de nuevo.

—Pensaba que estabais de buen rollo. A él le caes bien. Cree que se te va un poco a veces pero me dijo que le pareces un tío legal, de los que dan la cara.

—¿Diesel ha dicho eso?

—Sí, te lo juro.

—Pues igual me equivoco pero, a veces, actúa como si fuera un tipo duro solo porque pesa más de cien kilos y fue boxeador. Los putos boxeadores también sangran.

—No piensa eso. Sabe que todos los tipos duros acaban bajo tierra. —Era un axioma entre los convictos, los tipos duros acaban bajo tierra—. Pero, si de verdad te la juega, dímelo y me ocuparé del asunto.

—De puta madre, gracias, Troy. Eres el mejor... —Su voz se apagó.

Troy sentía recelos sobre su mentira. De niño, había sentido un mayor desdén por la mentira, lo que influyó en cierto modo en que eligiera el robo a mano armada como crimen. ¿Qué era más directo y menos engañoso que eso?

Monterey Road salió de las colinas del sur de Pasadena y cruzó el puente sobre Pasadena Freeway y Arroyo Seco. Volvían a estar dentro de los límites de la ciudad de Los Ángeles. Hacía diez años, la clase trabajadora italiana e irlandesa poblaba la zona junto con algunos chicanos de segunda generación, pero ahora eran todos mexicanos. Todos los carteles de las tiendas estaban en español. Conocía una entrada que llevaba a la Pasadena Freeway. Era la más antigua así que, en vez de disponer de un carril que se incorporaba al tráfico en movimiento, tuvo que lanzarse desde un *stop*. Pisó el acelerador y el coche se abalanzó hacia delante como un cohete. Joder con el Chevy V8.

—Tengo hambre —dijo Mad Dog.

—Yo también. Vamos a recoger a Diesel y a Alex en el hotel. Está cerca de uno de mis restaurantes favoritos.

—¿Sí? ¿De cuál?

—Musso Franks en Hollywood Boulevard. Antes se llamaba Algonquin West.

—Nunca había oído hablar de ninguno.

—Algún día lo dirigiré yo.

En el Holiday Inn, un mensaje en recepción los avisó de que sus amigos los esperaban en el bar. Alex tomaba un destornillador y Diesel una cerveza.

—Vamos a comer —dijo Troy—. Podemos ir andando, está a un par de manzanas.

Mientras caminaban, Diesel y Mad Dog siguieron el ejemplo de los muchos turistas y miraron los nombres famosos de estrellas del teatro, el cine, la televisión, la música y la radio adornados con estrellas en la acera.

En la cabina del restaurante, Troy le contó a Diesel el plan del secuestro. La primera reacción del gigante fue una expresión de reproche mientras negaba con la cabeza.

—Tío, no sé, no me gusta la idea de secuestrar a un niño. Es un golpe muy chungo, joder.

—No vamos a hacerle daño al niño. Ni siquiera se enterará de que lo han secuestrado.

—Por cualquier cosa que hagas te cae la perpetua por la mierda de los tres delitos —comentó Alex—. Da igual robar que estafar al hotel.

—Diría que te trincarían hasta por enseñársela a un ciego, tal y como están las cosas —dijo Troy.

—¿Qué? ¿De qué coño estáis hablando?

—De enseñársela a un ciego —respondieron Alex y Troy a la vez.

—Venga, ya, no me jodáis.

—Escucha —dijo Troy—. Vamos a repartirnos mucha pasta. Tal vez dos millones. Y estoy al noventa y nueve por ciento seguro de que ni siquiera lo denunciarán.

—Te parece un buen plan, ¿no?

Troy asintió despacio.

—De acuerdo, contad conmigo.

El camarero llegó con la comida. Mientras Diesel comía, empezó a pensar en qué haría con su parte. Invertiría en algo seguro, tal vez en propiedades para alquilar. Eso le daría estabilidad a Charles Jr. Le preguntaría a Jimmy the Face, que tenía algunos hoteles con habitaciones de ocupación individual para indigentes en Sacramento y en Stockton. Sobre el secuestro, ¿qué pasaba si el padre era un traficante importante que querría matarles? No tenía ni idea de quiénes eran y siempre había alguien que quería matar a Diesel desde que podía recordar. Su propio socio de fechorías, Mad Dog McCain, daba más miedo que cualquier traficante. Aquello le recordó que tenía que enseñarle a Troy el recorte del periódico sobre las chicas desaparecidas en cuanto estuvieran solos.

Capítulo 13

Mike Brennan, sin más disfraz que unas gafas sin montura y un corte de pelo diferente, se mezcló perfectamente entre el torrente de ciudadanos estadounidenses que cruzaban a pie la frontera internacional de Tijuana a San Isidro como cada domingo por la tarde. Los domingueros vuelven al norte a medida que el sol descende. Los torniquetes de acceso giraban a la velocidad que permitía a los agentes de la frontera mirar a la cara y quizá preguntar dónde habías nacido o dónde vivías. Una respuesta como San Diego o Los Ángeles despertaba menos sospechas que alguna ciudad lejana. Mike llevaba una cartera con toda la documentación necesaria a nombre de su alias. Como nunca lo habían detenido, ni había estado en el ejército, no tenían sus huellas. Por consiguiente, no temía que lo arrestaran en Estados Unidos por la orden del tribunal del distrito dependiente del Distrito Central de California. No le había dicho a nadie adónde iba así que nadie podía delatarlo. No tenía intención de ir a la cárcel, solo los estúpidos acababan allí dentro. Para él, suponía más riesgo conducir por la autovía. Pero, aunque hubiera riesgos, estaba dispuesto a correrlos. La Navidad se acercaba y quería ver a su primogénito. El bebé vivía con su madre pero, cuando el niño creciera, entre los ocho y los diez años, Mike se lo llevaría. La madre ganaba cuatrocientos de los grandes al año para que cooperara. También sabía que le ocurrirían cosas horribles si dejaba de hacerlo.

Mientras recorría con el coche alquilado en Hertz la mitad de los más de trescientos kilómetros de megalópolis que se extendían sólidamente desde la frontera hasta Santa Barbara y desde el mar hasta las profundidades del desierto (la ciudad llegaba a cualquier sitio donde se pudiera transportar el agua mediante acueductos), Mike Brennan decidió no llamar para avisar. Ella sabía que no se le permitía llevar hombres a casa. Si Mike encontraba a alguien, la mierda salpicaría. Mike Brennan veía el mundo con una arrogancia similar a la de los conquistadores españoles de cinco siglos atrás, lo que significaba que la única ley que obedecía era la de sus caprichos. Matar a alguien era algo trivial en el juzgado de los asuntos importantes. Cuando pensaba en la madre de su hijo, siempre se refería a ella como «la zorra» o «la fulana». Olvidado quedaba el paréntesis de afecto e intimidad en el que se concibió el niño. Él vivía según impulsos momentáneos; sus emociones eran las de un niño con el poder del señor de una banda. Sí, le debía pasta a Chepe, pero no tenía intención de pagarle al viejo, impotente y encerrado. Si el pavo quería problemas, Mike Brennan también estaba listo para eso. Pero Chepe era lo último en su mente al pasar por el intercambiador del centro y dirigirse a la I-10: pensaba en su hijo a quien no veía desde poco después de que naciera. La Navidad se acercaba. Pensó que Júnior aún era demasiado pequeño para los regalos de Navidad pero, pronto... Desde la carretera, se veía un edificio alto cubierto de luces como un enorme árbol de

Navidad. ¿Se registraba en el hotel de Pasadena antes o después de ir a la casa?

Decidió pasar primero por el hotel. Al salir de la autopista y parar en un semáforo, unos puntos oscuros aparecieron sobre el asfalto. Empezaba a llover sobre Los Ángeles.

La tormenta continuó de forma intermitente durante la noche y al día siguiente. Troy se acercó a la casa en Highland Park que habían alquilado para retener al bebé y a la niñera. Mad Dog no quería llevarse a la niñera.

—Puede identificarnos, hermano.

—Nadie va a llamar a la policía.

—No me gusta la idea.

—¿Sabes cambiar pañales?

—No, pero Diesel sí.

—Él no quiere hacerlo.

—Joder. Haz lo que te dé la gana.

A modo de broma, Troy cogió al hombre delgado por la nuca y lo zarandó ligeramente; sin embargo, en el momento en el que tocó a Mad Dog, se acordó del recorte del periódico con las fotos de las adolescentes desaparecidas y apartó la mano. Había asesinado a cuatro, probablemente a más. Puede que hubiera ocasiones en las que matar fuera necesario, pero no siempre.

Troy se dirigió a la bodega. La casa era antigua según los estándares de Los Ángeles; construida en los años veinte, durante la Prohibición, la bodega servía tanto para esconder alcohol como para almacenar el vino. Fue excavada en la colina y solo se podía acceder a ella levantando una trampilla en el vestíbulo. En el suelo había un colchón y una manta junto con un paquete de pañales que había comprado Diesel. Troy se aseguró de que no goteaba agua de lluvia en la bodega y volvió a subir. Sentía los nervios en el estómago. Se acercaba la hora de la acción.

Fuera, seguía lloviendo. Cogió el móvil y llamó al hotel Roosevelt donde Diesel y Mad Dog lo esperaban. Cambiaban de hotel cada dos o tres días.

—Llegaré en veinte minutos.

—Perfecto. ¿Lo vamos a hacer ya?

—¿Para qué esperar más?

—Cierto, socio.

—Hasta luego.



El silencio que reinaba en el interior del Jaguar se rompía únicamente por el rítmico sonido del limpiaparabrisas; se escuchaba cada vez que el coche se detenía en

algún semáforo. Cada hombre estaba envuelto en sus propios pensamientos, ocupados en vencer el miedo. Mad Dog estaba más nervioso que ninguno. Cuando Troy llamó y Diesel le dijo que se ponían en marcha, Mad Dog se escabulló al baño para meterse un poco de cocaína rápidamente para ganar confianza. Al ser lo único que se metería hasta que acabaran, mojó un poco más de lo normal y ahora la cabeza le iba a mil por hora. Se sentía poderoso, omnipotente. La escopeta de calibre doce que descansaba a sus pies lo convertía en el rey del mundo. Podía matar y eso, según Mad Dog, era el poder que Dios les había concedido a los hombres.

En el asiento de atrás, Diesel no se perdía ningún movimiento del hombre sentado delante de él. Se había percatado de los restos de polvo blanco en la nariz de Mad Dog. De todas formas, aun sin verlos, su comportamiento acelerado resultaba revelador. Pensó en la reacción de Troy al ver la foto del periódico, un gruñido de repugnancia, un momento de reflexión y, después: «Decidiremos qué hacer cuando pase toda esta mierda. Intenta mantener la calma hasta entonces, ¿ok?». Diesel asintió y mantuvo la fachada de camaradería con Mad Dog. Resultaba difícil conservarla si Troy no estaba delante. El desprecio hostil que sentía se mezclaba con una pizca de miedo. Una escopeta de calibre 12 acojonaba en manos de un loco. Diesel no le quitaría el ojo de encima.

Condujeron despacio por delante de la casa. Había una luz encendida en la parte de atrás.

—Alguien está despierto.

—No hay nadie más excepto el niño y la niñera —dijo Troy—. La vieja está pasando la noche fuera. Sale cada viernes. Mirad, su coche no está.

Mientras hablaba, la luz se apagó corroborando sus palabras.

Dentro de la casa, Mike Brennan apagó la luz al pasar con una cerveza de la cocina al salón donde la ESPN retransmitía una partida de bolos de poca importancia. Esperaba a que la zorra llegara a casa con su novio. Disfrutaba imaginándose su reacción; se cagaría en los vaqueros. Sonrió al pensarlo. Sería mejor que el novio no abriera la boca. Mike cogió la Browning 9 mm de la funda de la cintura y la dejó sobre la mesa, delante de él. Aquello indicaba quién tenía la sartén por el mango.

Mientras tanto, en la calle, Diesel entrelazaba los dedos para ayudar a Mad Dog a saltar por encima del pilar de la esquina. Cayó entre los arbustos. Troy era el siguiente. Una vez arriba, extendió la mano y ayudó a subir a Diesel. El gigante gruñó y se escurrió pero finalmente consiguió pasar una pierna y hacer fuerza para subir el resto del cuerpo. Para cuando lo consiguió, Troy ya había saltado y clavado los zapatos en la hierba mojada. Un momento después, Diesel estaba a su lado.

—Vamos —dijo Troy liderando la marcha.

Los tres estaban empapados. «Al menos, la lluvia amortigua los sonidos», pensó Troy. Cuando llegaron a la esquina de la casa, Troy señaló a Mad Dog un nicho detrás

de unos setos, bajo un saliente. Allí estaba seco. Vigilaría desde allí y se comunicaría con ellos con el walkie-talkie. Troy llevaba el receptor que parecía un audífono.

Troy y Diesel recorrieron el lateral de la casa pasando por delante de la puerta acristalada del salón. La televisión estaba encendida y proyectaba su luz gris entrecortada. Ambos miraron dentro al pasar. No se imaginaban que habría nadie más y, puesto que la naturaleza humana a menudo ve solo lo que espera ver, ninguno se percató de que había alguien sentado en el sillón tapizado que miraba hacia la televisión.

Sin embargo, Mike Brennan sí que vio las dos sombras pasar. Pensó que se trataba de la zorra y de su novio que volvían de donde hubieran estado. En la casa, cuando llegó, no había nadie excepto la niñera. Ahora, les daría unos minutos y los pescaría en flagrante delicto, significara lo que significara eso. Lo escuchó en una película y creía que sí significaba lo que pensaba que significaba. Tenía la esperanza de poder pillarlos follando... Entonces, sí que empezaría a repartir. La zorra era la madre de su hijo; le pasaba *beaucoup* de dinero así que más le valía mantener las piernas cerradas.

Fuera, la lluvia arreció. Diesel y Troy estaban empapados. El barro de una pequeña pendiente detrás de la casa se deslizó por las escaleras y les cubrió los pies. Llevaban guantes de látex y sombreros bajados. Nunca llegarían a una sala de identificaciones pero tomar aquellas precauciones era simple rutina.

En la puerta de atrás, Diesel sacó una pequeña palanca. Abriría la puerta con un solo movimiento. No fue necesario. Troy cogió el pomo y lo giró. Siempre intentaba abrir primero.

—Bingo —dijo Troy al abrir la puerta y hacerle un gesto a Diesel para que lo siguiera. No esperaban encontrar problemas así que ninguno sacó el arma. Resultaba tan sencillo que Troy no sentía el miedo habitual al principio de un golpe. Fácil, como coger huevos de un nido en el suelo.

La puerta entre el porche trasero y la cocina estaba entornada al igual que las puertas plegables del comedor. Más allá, se extendía el salón con la televisión aún encendida.

Troy abrió otra puerta. Daba a un pasillo junto a la escalera. Más adelante, vio el vestíbulo y la puerta principal. La niñera y el bebé estarían arriba. Le hizo un gesto a Diesel para que lo siguiera, dio la vuelta a la barandilla y subió las escaleras enmoquetadas con cuidado.

—No me gusta hacer esto —se dijo a sí mismo claramente, pero borró el pensamiento de su cabeza en seguida y lo sustituyó por un «quien duda está perdido».

La débil luz de una lamparilla se colaba por la puerta entreabierta. La niñera, una mujer gruesa de unos cuarenta años, habló en español. Diesel tenía que sujetarla mientras Troy cogía al niño.

Troy abrió la puerta de un empujón y Diesel entró. La niñera le estaba cambiando el pañal al bebé sobre el cambiador. Se dio la vuelta para tirar el pañal sucio en una cesta, vio a los intrusos en el espejo y lanzó un grito ahogado.

Diesel saltó como un gato. Cerró el puño para golpearla en las costillas pero, en vez de eso, la cogió del brazo.

—Cállate —le ordenó.

—Cuidado con el niño —le dijo Troy. Le preocupaba que Diesel tirara de la niñera y el bebé se cayera del cambiador.

—Lo tengo —respondió Diesel mientras sujetaba a la niñera con una mano y ponía la otra sobre la tripa desnuda del bebé que rompió a llorar sorprendido por los intrusos y la tensión del ambiente.

—¿Hablas inglés? —preguntó Troy.

La niñera intentó hablar pero simplemente asintió.

—Ocúpate del niño. Vístelo.

Cuando terminó de pronunciar aquellas palabras, vio a un hombre inesperado en la puerta. Parecía un indio yaqui, Troy supuso que estaría allí por la niñera.

Brennan frunció el ceño, sorprendido, no esperaba encontrarse con aquella escena. ¿Cuál de aquellos dos tipos era el novio y dónde estaba la zorra?

Diesel se levantó la chaqueta para sacar la pistola pero Mike Brennan estaba preparado para un enfrentamiento: llevaba la Browning 9 mm en la mano, junto a la pierna. La levantó y avanzó antes de que Diesel pudiera cogerla.

—¿Quién cojones...? —No terminó la frase sino que montó el percutor con el pulgar. La boca con el agujero de la muerte estaba a menos de un metro del ojo de Diesel. Apartó la mano, con la palma visible.

—Tranquilo.

Los adultos se quedaron paralizados durante varios segundos mientras que el bebé seguía llorando a pleno pulmón.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! *Usted es loco.*

—Sí, tranquilo. Tengo al niño. —Mientras Diesel hablaba, se puso al bebé delante y agachó la cabeza. Todo ocurrió demasiado rápido, como si Mike hubiera anticipado el movimiento. La mano no es más rápida que el ojo pero sí más que la mente en una situación como aquella.

Mad Dog, desde su posición, había visto unos faros a través de los arbustos agitados por el viento. ¿Estaban entrando? El viento hacía demasiado ruido para escuchar ningún coche. Cruzó el camino y miró hacia la puerta. Nada. Cuando se dio la vuelta, a través de la ventana del salón, vio levantarse una silueta de un sillón y desaparecer de su vista. ¿Quién era?

Corrió hacia la puerta de atrás y cruzó la cocina en dirección al vestíbulo. Los zapatos mojados chirriaban así que se apoyó contra la pared, se los quitó y los dejó en

el suelo. No hizo ruido al subir por las escaleras de dos en dos y, al llegar arriba, vio a un desconocido en la puerta, dándole la espalda. Mad Dog levantó la escopeta y presionó el botón de seguridad, la parte roja del botón quedó a la vista. Tenía un tiro de tres metros con una escopeta de doble cañón. Troy estaba más allá del hombre, en la línea de fuego. Mad Dog avanzó y se movió ligeramente a la derecha con los pies hundidos en los calcetines. Consiguió un ángulo.

—Nadie tiene que resultar herido —decía Troy.

La distancia no superaba los tres metros cuando Mad Dog apretó el gatillo. La escopeta sonó como un obús y gran parte de la cabeza de Mike Brennan se separó del torso salpicando el metro y medio de pared. Los restos cayeron inertes.

La niñera gritó hasta que Diesel le estampó la cabeza contra la pared, entonces gimió y se desplomó.

El bebé lloró.

—Apaga la luz —dijo Troy. ¿Los habría visto la niñera lo suficiente como para identificarlos? Prácticamente imposible. Estaba demasiado angustiada para ver nada con claridad.

Mad Dog apretó el interruptor de la luz. La habitación quedó a oscuras. Troy cogió al bebé y se lo llevó a la niñera.

—Toma. Haz que se calle.

Negó con la cabeza.

—No puedo.

Se enfureció, no tenía tiempo para ese tipo de gilipolleces. Estiró una mano, la cogió del pelo y la zarandó.

—Coge al pequeño cabrón —dijo.

Lo cogió en brazos, sabía lo que tenía que hacer para calmarlo gracias a los años de preparación.

Mad Dog miraba por la ventana. Soltó una carcajada un tanto histérica.

Diesel se miraba la ropa. ¿Le había salpicado la sangre? No veía nada, excepto en los zapatos. Se encontraba sobre un enorme charco, el olor pesaba en la habitación.

—¿Quién era ese tío? —le preguntó Troy a la niñera.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Un poli? —preguntó Diesel.

—Cógele la cartera —dijo Mad Dog.

—Cógesela tú —le replicó Diesel.

Troy se dirigió a él.

—¿Qué coño te pasa?

—No me gusta que este gilipollas me diga lo que tengo que hacer.

Troy miró al techo con un gesto de exasperación escrito en la cara.

—Tío, coge la puta cartera a ver quién coño es.

Diesel le hizo caso. Mientras tanto, la niñera mecía al bebé e intentaba calmarlo.

—Sácalo de aquí —le dijo Troy—. Y, tú —le indicó a Mad Dog—, vigílala.

Diesel abrió la cartera y sacó un montón de tarjetas.

—Joe Vasquez —dijo al pasarle a Troy el carnet de conducir. Fue a la otra habitación a preguntarle a la niñera que no tenía ni idea de quién era. Troy dudaba. ¿Debería presionarla? No, tenía que encargarse del bebé. ¿Quién era Joe Vasquez? A Troy no se le pasó ni una vez por la cabeza que pudiera ser Mike Brennan aunque sí se preguntó si el muerto trabajaría para él.

¿Habría alguien más? Pasó un momento de miedo hasta que decidió que aquello era poco probable. ¿Cuánto tiempo tenía? ¿Qué pasaba con la sangre de la pared y el suelo? ¿Y los agujeros de bala? Ya pensaría en eso después.

Mad Dog le hizo un gesto para que se acercara.

—Tenemos que matar a esta tía —dijo—. Puede identificarnos.

—Deja que lo piense —respondió Troy. La sugerencia tenía lógica pero resultaba demasiado repugnante. No era el momento para confesárselo a Mad Dog pero sabía que él sería incapaz de matar a alguien tan indefenso. La madre llegaría a casa en algún momento entre quince minutos y dos horas. Tenía que tomar decisiones. Moverían el cuerpo. Necesitaban mantas o algo para asegurarse de que no sangrara por todo el coche.

—Necesitamos algo para envolverlo —le dijo a Diesel.

—¿Al bebé?

—No. El cuerpo.

—¿Bolsas de basura?

—Perfecto.

Diesel fue a la cocina y volvió con un paquete de bolsas para el césped. Perfecto. Sortearon los restos de cabeza, extendieron mantas y una colcha en el suelo y rodaron el cuerpo hasta colocarlo encima, plegaron las mantas y llevaron los restos al porche delantero. Troy corrió por el camino de entrada hasta la puerta, la abrió y entró con el Jaguar. Metieron el cuerpo en el maletero y lo cerraron de golpe. Esa parte ya estaba cubierta.

El plan consistía en llevarse a la niñera y al bebé pero aquello era imposible. La madre se volvería loca si se encontraba un charco de sangre y restos de cabeza en vez de a su bebé. Troy aún tenía la adrenalina a tope y le despertaba el miedo y la ira, las emociones de la supervivencia, pero, en el fondo, podía sentir una fuerte angustia y desesperación. Tenía que jugar con las cartas que le tocaran pero, en sus entrañas, sentía un miedo desesperado. La situación se había torcido, el hombre inesperado, el asesinato, tener que decidir sobre madre, niñera y bebé.

—Ve a buscar al bebé y a la niñera —le dijo a Diesel.

—¿Mad Dog, también?

—Sí, claro. Llévalos al apartamento. Yo esperaré a la vieja aquí.

—Estarás sin coche, te quedarás aquí tirado.

—Ve, tío.

Diesel se encogió de hombros y entró. Poco después, salió la niñera con el bebé tranquilo entre los brazos seguida de Mad Dog y Diesel, quien se adelantó, abrió la puerta de atrás y le hizo un gesto a la niñera para que subiera, pero ella dudó.

—No hay asiento de bebés —dijo.

—No te preocupes, entra —le dijo y ella obedeció. Mad Dog se acercó a Troy.

—¿De verdad vas a quedarte, hermano? —le preguntó—. Podemos llamar y contar lo que ha pasado.

—No, no. Llamaría a la policía. Toma. —Troy le pasó el móvil—. Llámame en cuanto lleguéis. Que la niñera esté cerca.

—Qué pasa con... el maletero.

—Ya lo tiraremos después.

Mad Dog asintió y se giró para hablarle a Diesel.

—¿Quién conduce?

—Tú mismo. ¿Conoces el camino?

—Más o menos. Iba a conducir Troy.

—Por este camino, hacia Monterey —les dijo Troy—. Gira a la izquierda y sigue por ahí. Cruzarás un puente sobre la autopista. Sigue más adelante. Sal a la izquierda en Figueroa. Sabes en que calle está, ¿no?

Mad Dog asintió.

—Gira a la derecha y sigue. Verás un museo en lo alto de la colina. Allí ya veréis la casa.

—Listo.

—Que ella no levante la cabeza para que no pueda ver por dónde vais. Y que no se vea mucho al bebé. Solo faltaba que os pararan porque no va en un asiento de bebés.

—Bien.

—Largaos.

El Jaguar se alejó por el camino de entrada, las luces rojas de los frenos se encendieron momentáneamente al pararse antes de incorporarse a la calle. Troy entró de nuevo en la casa y observó la escena del crimen. Menudo desastre se había liado con la escopeta. La sangre chorreaba como pequeños ríos hasta que penetraba en el suelo. Había pequeños trozos de carne, hueso y pelo pegados a la pared. ¿Debería quemar la casa? ¿Podía quemar la casa? No tenía a mano nada inflamable como gasolina o keroseno.

El brillo de unos faros en la ventana anunció el regreso de la mujer. El coche se detuvo en la cochera junto a la casa. Troy observó desde detrás de las cortinas del

comedor cómo la mujer bajaba del coche y cogía el bolso antes de cerrar la puerta. Conducía ella y venía sola. Gracias a Dios por los pequeños favores.

Entró por la puerta lateral de la cochera. Cruzaba la casa en dirección a las escaleras.

—¡Carmen! —gritó—. He vuelto.

Troy salió de entre las sombras.

—Tranquila, pequeña.

Dio un salto brusco y contuvo la respiración, se quedó sin aire de miedo, se atragantó y tosió en vez de gritar.

Saltó sobre ella y la cogió del brazo. Entre las sombras, pudo verle los ojos, abiertos como platos por el terror.

—No hagas ruido, tu bebé está bien.

—¡Mi bebé! ¿Dónde...?

—Está bien.

Empezó a gritar.

—¡Oye! —La apretó y la sacudió. Se sentía mareado; no disfrutaba con aquello, era terrible—. Cálmate, nena.

Notó cómo temblaba. Dios, ¿por qué lo había hecho?

Por dinero, gilipollas, respondió el Mr. Hyde de su cabeza.

—¿Dónde está? —Al hablar, la sintió tirar hacia las escaleras.

—No está arriba, lo tenemos nosotros.

—Por favor, no le hagas daño. Haré todo lo que quieras. Solo es un bebé.

—Lo sé, lo sé. Shh. Escucha.

—Llévame a mí.

—¡Cállate y escúchame, joder!

Dejó de hablar y asintió, aunque no paraba de temblar.

—No le va a pasar nada a tu bebé pero la mejor forma de recuperarlo es cooperar. ¿Quieres cooperar?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Michael.

—¿Como su padre?

—Sí.

—Todo esto es por Mike padre. ¿Tienes un número donde localizarlo?

—Tengo... Tengo un número de Ensenada. A veces doy con él, otras dejo un mensaje y él vuelve a llamarme o se lo encarga a alguien.

—Bien. ¿Se preocupa por su hijo?

—Seguro que me mata por esto.

—No lo hará.

—No lo conoces. Es despiadado.

Troy se dio cuenta de que pensaba no solo en que era atractiva sino en que tenía unas cualidades bien definidas. Debía de pertenecer a una hermandad o algo parecido, no estar con un traficante de droga. Quería preguntarle cómo había acabado con Mike Brennan pero se contuvo. Debía centrarse en los temas serios que tenía entre manos.

—¿Te tiene vigilada?

—¿Cómo?

—Que si tiene a alguien para que te vigile.

—No lo sé, tal vez. ¿Por qué?

¿Debería contarle ya lo de la carnicería de arriba? Tendría que decirle algo, antes o después.

Sonó el teléfono.

—Contesta —le ordenó Troy.

Cogió el auricular.

—¿Diga? —Escuchó durante un momento y se lo pasó a Troy.

—Sí.

—Todo va de puta madre —dijo la voz de Diesel—. Están en la bodega. Necesitamos comida para bebés.

—Ve a comprar algo. No, mejor, manda a Dog.

—Vale. ¿Qué tal va? Ya veo que la vieja ha vuelto a casa.

—Sí, me estoy ocupando de eso ahora.

—¿Necesitas que alguien vaya a buscarte?

—No, da igual.

—¿Cómo vas a salir de ahí?

—No te preocupes. —Evitó mencionar que planeaba llevarse el coche de la madre. Aparcaría a un kilómetro del escondite y caminaría el resto de la distancia—. No hagáis nada hasta que habléis conmigo.

—Vale. Puede que todo salga bien.

—Puede. Hasta luego. —Colgó y miró a la chica—. Bien, uno de los *pistoleros* de Mike Brennan...

—¿Un qué?

—*Pistolero*, matón, gatillero. Da igual, te estaba vigilando y ahora está muerto.

—¿Lo... lo has matado?

—Arriba.

—Dios. ¿Aún está ahí?

—No, pero la habitación está hecha un desastre.

—¡Joder!

Tal vez no fuera tan blanda como le pareció en un principio.

—Olvídate de eso, ya lo limpiarás después. Ahora, quiero que llames a ese número. Si hablas con Mike, pásame el teléfono. Si tienes que dejar un mensaje, dile que te llame. Cuando hables con él, dile que el niño es un seguro a cambio del dinero que le debe a un viejo en la cárcel. Cuando pague, recuperará al niño. ¿Entendido?

—¿Y si no paga?

—Pagará.

—Pero ¿y si no?

—Si no paga, te devolveré al bebé. Pero, si le dices eso a él, te volaré los putos sesos. —Endureció las últimas palabras para dar más énfasis. En su interior, la escena le repugnaba cada vez más. Pero los momentos duros endurecen a las personas y Troy se sentía totalmente desesperado. Él también luchaba por su vida; así es como lo veía.

—Toma —dijo al pasarle el teléfono.

Hizo la llamada y Mike Brennan, por supuesto, no estaba disponible. Lo esperaban al día siguiente, por la mañana.

—Asegúrate de que me llame. Es urgente. —Miraba a Troy mientras hablaba.

—Necesito utilizar tu coche —le dijo cuando colgó.

—Vale. Solo... mi hijo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, a los dos. ¿Qué coño estaba haciendo? Pero, por otro lado, ¿qué cojones podía hacer a aquellas alturas del juego?

—No le pasará nada. Carmen está con él. Confías en ella, ¿verdad?

—Sí.

—¿Las llaves del coche?

Las sacó del bolso.

—Si llamas a la policía...

—No lo haré. Sé lo que me conviene.

—Eso espero.

Hizo que lo acompañara hasta el coche.

—¿Dejarás que Carmen me llame y me diga que está bien? —le preguntó cuando subió al coche.

—Lo haré pero sé cuándo está pinchado un teléfono.

—No te preocupes. Te juro que no llamaré a la policía.

Troy observó su delgada figura bajo la lluvia a través del retrovisor hasta que cruzó la puerta. Le dolía lo que acababa de hacer pero no podía borrar ni una sola línea.

Pasó por delante de casas gigantes iluminadas con luces brillantes de Navidad. Aquello avivó su angustia.

Capítulo 14

Las primeras horas pasaron tan relajadas como podían serlo en aquella situación. La niñera mantenía tranquilo al bebé. Troy habló con Alex por teléfono y esperaron. A la noche siguiente, el bebé parecía llorar por su madre y las conversaciones telefónicas se tensaron. Troy incluso se preguntó si alguien se la estaba jugando. Quizá debía llamar a la mujer por si sabía algo. Decidió no hacerlo.

Alex llamó la tercera noche.

—El tipo que os sorprendió...

—¿Qué pasa con él?

—¿Aún lo tenéis?

—Empieza a oler bastante.

—Voy a decirte algo, hermano, puede que sea Mike Brennan.

—No tiene ni puta gracia.

—No estoy bromeando.

—El tipo parecía indio, cien por cien. No tenía ninguna pinta de mexicano, mucho menos de medio irlandés.

—Así era Mike Brennan.

—Tío, no me digas eso.

—Nadie lo ha visto por allí. El viejo tiene a alguien en la banda de Brennan y nadie sabe nada de él desde el domingo pasado.

—Joder, no me lo puedo creer. —Pero sí se lo creía. De hecho, en el momento en el que Alex describió a Mike Brennan, Troy supo que el cuerpo pertenecía al señor de la droga.

—Nunca he visto a Chepe tan jodido. Está muy cabreado.

—¿Conmigo?

—Con Mad Dog. Dice que, o te lo quitas de en medio, o le pondrá precio a tu cabeza.

La primera reacción de Troy fue una ira creciente.

—Que le den por culo, viejo hijo de puta.

—Tranquilo, hermano, cálmate. Piénsalo.

—No me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer. Por eso he tenido problemas toda mi puta vida.

—Sí, bueno, lo entiendo... Pero, si lo piensas, ese cabrón se merece que alguien lo quite de en medio. Le harías un favor a todo el mundo.

—¿Ah, sí?

—Ya lo sabes, hermano. Es una amenaza para todo el mundo.

—Puede que me pegue un tiro en la cabeza y punto. —Troy soltó una carcajada al decirlo—. Al menos, así resolvería mis problemas.

—¿Qué pasa con el bebé y la niñera?

—No pasa nada, no pienso cargármelos.

—Al menos, no salís en las noticias de las seis.

—Sí, no formará parte de las estadísticas criminales. Joder, hermano, va a ser difícil, el tipo me tiene idolatrado.

—Te la jugaría en décimas de segundo. Se la jugaría a cualquiera. Está majara.

—No parece que Chepe vaya a pagarnos, ¿no?

El Greco se rio al otro lado del teléfono.

—No, me parece que no. Si lo dejas pasar, después te arrepentirás.

—Me lo pensaré.

—Te voy a decir una cosa, hermano, ese viejo parece agradable pero tiene mexicanos metidos hasta por el culo que matarían a quien él les dijera por diez centavos o menos. Yo ahora me centraría solo en el tema del maníaco. Si no te ocupas del asunto...

—Ya me hago una idea. —De hecho, Chepe disponía de cientos de millones, tal vez miles, y de innumerables asesinos a ambos lados de la frontera. Algunos eran imbéciles dispuestos a asesinar a cualquiera por un par de miles; algunos eran demasiado estúpidos para cometer el crimen pero otros eran astutos, fríos y mortíferos. Troy no le temía a nada que caminase sobre la faz de la tierra, incluido Chepe, pero prefería mantener la amistad con el viejo si podía.

En cuanto Troy y Diesel abrieron la puerta lateral del garaje, el hedor a carne podrida los asaltó produciéndoles náuseas.

—Me cago en la puta, qué mal huele —exclamó Diesel cubriéndose la nariz y la boca con la mano. Troy se dio la vuelta y sacó un pañuelo. Casi vomita. Le dio al botón del mando y la puerta se levantó. Fuera, la noche era fresca. La lluvia reciente disipó la niebla, la tormenta se dirigía hacia el este a través de los desiertos del sudoeste. Las estrellas brillaban en el cielo. Respiró profundamente y pensó:

—¿Por qué la vida no puede ser más fácil?

Diesel arrastró un saco de cal viva hasta el coche y lo subió al suelo de la parte de detrás.

—Listo —dijo.

—Ve a decirles que nos vamos.

Diesel entró por la puerta lateral. Mad Dog esperaba sujetando a la niñera por la manga. Llevaba una funda de almohada en la cabeza y sostenía al bebé entre los brazos, dormido. Diesel le hizo un gesto y Mad Dog le dijo a la niñera que avanzara.

—Ten cuidado, vas a bajar tres escalones. —La guiaba por el codo. Diesel esperaba delante de ella, con las manos preparadas por si se tropezaba.

Troy bajó las ventanillas intentando que el hedor del maletero saliera por las ventanas. Cuando la niñera y el bebé estuvieron en el coche, Diesel cerró la puerta y

se sentó delante. Mad Dog corrió al otro lado de la calle para coger su coche. Cuando encendió las luces, Troy retrocedió y se puso en marcha.

—No lo pierdas —dijo Diesel.

—Ni de coña.

Troy tomó calles secundarias a través de Highland Park, cruzó el puente sobre Pasadena Freeway hacia El Sereno. Con las ventanillas bajadas y el coche en movimiento, el olor nauseabundo se dispersó pero hacía frío y el niño empezó a llorar. La niñera le meció y le tranquilizó en español. Había poco tráfico, sin peatones. Perfecto.

Salió de las pequeñas colinas por Huntington Drive y se mantuvo a la derecha, sabía lo que buscaba, una parada de autobús aislada, sin coches que pasaran y sin nadie que la viera bajarse del Jaguar.

Cada varias manzanas encontraba una parada pero, en las primeras, había gente o coches así que siguió circulando. En Fremont, había varios negocios, una tienda de donuts, una gasolinera y una cafetería. Se detuvo en un semáforo hasta que se puso en verde.

Un coche de policía, blanco y negro, pasó por el cruce, de izquierda a derecha. Ninguno de los policías los miró al pasar.

La siguiente parada de autobús estaba vacía. Troy aminoró y analizó el terreno, solo Mad Dog los seguía. El tráfico que venía en sentido contrario estaba a más de un kilómetro. Se detuvo junto a la acera.

Diesel bajó rápidamente y abrió la puerta de atrás.

—Vamos —dijo y se agachó para coger a la niñera por el brazo y así poder guiarla y sujetarla—. Con cuidado. —Le vendaron los ojos con venda color carne y le pusieron gafas de sol. Resultaba imposible percatarse de que llevaba los ojos tapados a menos que se la mirara de cerca. Le puso una mano sobre la parte superior de un brazo y la otra sobre el brazo que sujetaba al bebé para darle la mayor sensación posible de que no se caería.

La guio hasta el banco.

—Siéntate. *Siéntate*. —Tocó el banco con una mano y se sentó.

En cuanto su trasero tocó el asiento, Diesel entró de un salto en el coche al tiempo que Mad Dog pasaba a su lado. Diesel cerró la puerta y Troy pisó el acelerador. Observó a la niñera y al niño por el retrovisor hasta que la noche los borró.

Troy levantó el teléfono móvil y presionó la tecla «Llamar». Apenas sonó un timbrazo antes de que contestara.

—¿Diga?

—Soy yo. La niñera y el bebé están bien, en una parada de autobús de Huntington Drive, cerca de la Pasadena Freeway.

—Gracias. Dios, gracias.

—¿Llamaste a la policía?

—No, no, te juro que no.

—Mike no ha llamado, ¿verdad?

—No, aún estoy esperando.

—Pues no esperes más. Entre tú y yo... Es historia.

—¿Qué?

—Está muerto así que piensa en lo que vas a hacer ahora. —Troy colgó sin esperar respuesta con la esperanza de haberle hecho un favor al contárselo, quizá si se enteraba rápido podría coger algo de dinero.

Siguió circulando por Huntington Drive. La dividía una gran mediana y sus tres carriles en cada dirección permanecían casi vacíos. Podía dirigirse al este, adonde quería ir, sin tener que concentrarse como si circulara por la autovía. El secuestro quedaba ya atrás, excepto por la parte de limpiar todo el desastre. Eso es en lo que debía pensar ahora.

—¿Cómo vas? —le preguntó a Diesel tras un par de minutos de silencio.

—Estoy bien teniendo en cuenta que no voy a ser rico como pensaba.

—Quizá demos un palo mejor la próxima vez.

—Sí, quizá. —Tras una pausa, continuó hablando—. En cuanto nos deshagamos del cuerpo del maletero, creo que me iré a casa una temporada.

—Sí. Pero antes tenemos que hacer una cosa más.

—¿El qué?

—Liquidar a Mad Dog.

—Es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo.

—¿En mucho tiempo?

—No quería decir eso, pero está bien. ¿Quieres que lo haga yo?

—No... Es mi perro. Soy yo quien tengo que sacrificarlo.

—Como prefieras.

Condujeron un rato más. Al acercarse a Rosemead Boulevard, encendió los intermitentes y observó cómo Mad Dog hacía lo propio. La salida para la San Bernardino Freeway, la Interestatal 10, estaba a poco más de un kilómetro de distancia.

—¿Cuándo vas a darle pasaporte?

—¿Por qué no meterlos en el mismo agujero?

—Después de que nos ayude a cavar, ¿me entiendes?

—Menudo vago estás hecho, cabrón.

—Joder, hermano, es que no me gusta cavar hoyos. Nos obligaban a cavar zanjas en Preston, ¿te acuerdas?

—Claro que sí. —Era cierto. En el reformatorio, trabajaron como esclavos como forma de castigo. Recordaba las ampollas en las manos de trabajar con la azada para

romper una pista de atletismo de asfalto. La semilla del odio hacia el trabajo duro arraigó inmediatamente.

—¿Llevas palas?

—Hay una en la parte de atrás, en el suelo.

Diesel se inclinó y miró.

—¿Solo una?

—Cavaremos por turnos.

—Necesitamos otra... Y una azada o un pico.

—No hay nada abierto. Tal vez podamos robar algo.

—Claro. Nos pillarán robando y además encontrarán al señor apestoso en el maletero.

—¿Qué vamos a hacer?

—A ver si se me ocurre algo. No quiero esperar hasta mañana por la noche.

—Ya te digo. Para entonces no podrás quitar nunca ese puto olor asqueroso.

—Sí, como meado de gato.

A lo lejos, se veía la autovía elevada con los destellos fugaces de los faros de los camiones y los coches al pasar. Troy cruzó con cuidado hacia el carril correspondiente para tomar la salida. Mad Dog los seguía.

El ojo de la tormenta que había bañado antes la ciudad se había atascado ahora sobre algún lugar de Arizona pero la cola aún dejaba lluvias ocasionales entre Riverside y la frontera estatal.

Los dos coches parecían dos restos flotantes arrastrados por el río de la Interestatal 10. Coches, camiones, autobuses, todos circulaban a gran velocidad por los múltiples carriles de la carretera. Quien no superara el límite de velocidad de noventa kilómetros por hora sería arrastrado por el viento que levantaban los enormes camiones Kenworth. El tráfico aumentó al pasar por las ciudades del este del condado de Los Ángeles: Cucamonga, Covina y Pomona. Los enormes camiones formaban caravanas, como elefantes con la nariz pegada a la cola, mientras los coches pasaban a su lado a toda velocidad, como balas. Troy conducía con cuidado, asegurándose de no llamar la atención de la policía de tráfico. Si lo paraban, no cabía duda de que olerían el maletero. El hedor de la carne en descomposición constituiría una «causa probable». Las ventanas seguían bajadas lo suficiente como para que el olor saliera sin congelarse. En el desierto, por la noche, hacía mucho frío.

Largas pausas rompían la conversación.

—Cuando nos lo carguemos... —dijo Diesel—. Ya sabes que tiene los cien mil.

Troy gruñó, frunció los labios y no respondió hasta un minuto después.

—No podemos dejar cien mil ahí tirados pero, por algún motivo, me siento raro al pensar en cogerlos.

—Ya, como si lo matáramos para robarle.

—No, no. Sabemos que no es así.

—Es verdad, yo me lo cargaría gratis. Ja, ja, ja.

Troy sonrió ante aquella carcajada tan profunda. Dios, ¡menudo tema para bromear! Y menudo lío. ¿A cuántos habría matado además de a las tres mujeres y a la niña? Los hombres en la cárcel cuentan historias de estafas, de atracos y robos, pero rara vez hablan de los asesinatos cometidos. Quieren olvidar aquellos por los que los han encerrado, y esconder los demás.

—Mad Dog me recuerda a Nash —dijo Diesel—. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, es imposible olvidarse de ese monstruo desdentado. Me alegré cuando lo gasearon. Dormía todo el día y gritaba toda la noche. Te juro que me lo habría cargado, me mantuvo despierto un año entero.

—¿Te acuerdas de cuando contó que había destripado a aquel niño bajo el muelle de Venice porque no quería que creciera y tuviera la vida que él nunca tuvo? Mad Dog es un poco así.

—Ya te digo. —Troy se preguntó si a Mad Dog lo atormentaba la conciencia, como a Raskolnikov en *Crimen y castigo*. Poco probable. Asesinar parecía calmar los demonios de Mad Dog, fueran cuales fueran. Troy pensó que aquello le daba cierto poder. Lo mataría, pero no le resultaría fácil. Mad Dog lo idolatraba. Es difícil matar a alguien que te idolatra, incluso si es un maníaco homicida. Pensó que la historia del secuestro había sido una mala idea. Demasiadas cosas podían salir mal, podía ocurrir algo inesperado como matar a la gallina de los huevos de oro. Pero, joder, ¿quién coño iba a pensar que un capo de la droga con una acusación federal y una orden de búsqueda se arriesgaría a cruzar la frontera justo esa misma noche? Algo estaba claro: se acabaron los secuestros. Cuando le contaron el plan, supo que no debía hacerlo, pero ganarían un montón de dinero, tal vez dos putos millones de dólares.

—Tengo hambre —dijo Diesel—. Mejor dicho, me muero de hambre.

Justo en ese instante, vieron un brillante cartel rojo: CAFÉ. Se elevaba sobre un largo poste para que se viera desde la carretera.

—¿Fumador o no fumador? —preguntó la camarera que se les acercó al entrar. Diesel señaló una cabina junto a la ventana, con el cristal cubierto de vaho, que daba al aparcamiento. No querían perder de vista los coches.

Diesel fue el único que pidió una comida completa, jamón y huevos con gachas en vez de patatas. Mad Dog, hasta arriba de metanfetaminas, no comió nada pero se tomó un café. Troy se decantó por leche y tarta. Le ardía el estómago y la leche se lo calmó; la tarta estaba seca así que solo la picoteó.

—¿Estás seguro de que el lugar al que vamos es seguro? —preguntó Mad Dog—. Hace mucho que no estás por aquí.

—¿Qué cojones puede cambiar en mitad del desierto? Es el lecho seco de un río, en la reserva Cabazon. Nadie va allí excepto los indios. Nos salimos de la carretera y

no nos encontraremos a nadie en kilómetros.

—Será mejor que nos larguemos. No tardará mucho en amanecer.

Troy dejó la propina y pagó en caja. Los otros dos esperaban fuera. Al salir por la puerta, Mad Dog le daba la espalda. Troy miró la piel detrás de la oreja. Ahí es donde le metería la bala. Alejó el pensamiento. No debía obsesionarse con eso, no volvería a pensar en ello hasta que llegara el momento. Había tomado una decisión y debía mantener las dudas a raya. Ni reconsideraciones, ni apelaciones.

Diesel se detuvo y lo esperó.

—Será mejor que echemos gasolina —dijo y, después, bajó la voz—. Me vigila muy de cerca.

—Ya te he dicho que lo voy a hacer yo. Creo que iré con él en el coche. Lleva tú el mío.

Ahora Mad Dog dirigía la marcha con Troy sentado a su lado y el Jaguar detrás. Pasaban varias horas de la medianoche y el tráfico escaseaba. Solo los camiones cargados con productos para el comercio circulaban en la oscuridad. Mad Dog lanzaba una ráfaga cada vez que se cruzaba con uno. Junto a la autopista, muchos de los edificios estaban decorados con luces de Navidad y en la radio sonaban canciones navideñas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mad Dog—. ¿El Greco nos va a preparar a alguien más para que lo desplumemos?

—Sí, pero no antes de Año Nuevo. Diesel quiere ir a casa a pasar la Navidad. Por el niño y eso, ya sabes.

—Por mi parte, podría quedarse en casa para siempre.

—No seas así, Dog. El gigante es un buen tío.

—Será contigo... No me gusta. Lo aguanto por ti. El cabrón se piensa que es un tipo duro. No hay nadie que sea un tipo duro, todos esos cabrones acaban bajo tierra.

—Eso es lo que dicen. —Troy estiró la mano y le sacudió ligeramente el hombro, en un gesto de Judas—. Tranquilo, todo va a ir bien, hermano. —Despreciaba su propio engaño pero sabía que era lo que tenía que hacer.

Por todo el desierto surgían comunidades donde antes no había nada. Troy se acordó de algunas cosas pero otras no le resultaban familiares. ¿Dónde estaba el camino secundario? Un cartel rezaba PALM SPRINGS, SIGUIENTE SALIDA. De repente, otro cartel brilló bajo la luz de los faros: RESERVA INDIA CABAZON.

—Gira por ahí —le dijo.

Mad Dog frenó y giró acompañado del ruido de las ruedas. Los faros de detrás tomaron la salida con más facilidad. Llegaron a un camino estrecho. ¿Antes también era de tierra? Troy no estaba seguro. Cortaba a través del duro terreno, de arroyos y de colinas bajas con enormes extensiones de cactus con los saguaros recortados en el horizonte como centinelas. Si su memoria no le fallaba, si aquel era el lugar, la

reserva se encontraba a unos ocho kilómetros más adelante, aunque su destino quedaba algo más cerca. Estaba ligeramente preocupado hasta que una camioneta pasó en dirección contraria. Indios de camino a la ciudad. ¿Se darían media vuelta para ver qué hacían los dos coches? Observó como las luces rojas desaparecían. Perfecto.

Los faros iluminaban el camino, el doble surco de ruedas de automóvil que se adentraba en la oscuridad.

—Gira por ahí.

Ahora, el coche saltaba y se sacudía, las luces de los faros bailaban sobre la tierra estéril. Diesel, desde atrás, iluminaba el coche con los faros. Más allá de los estrechos rayos de luz, el mundo se sumía en la completa oscuridad, sin luna ni estrellas; una noche sin luz. Troy sabía que no había nada en kilómetros a la redonda.

Continuaron durante más de un kilómetro hasta que las marcas de las ruedas desaparecieron bajo un arroyo convertido en un rápido riachuelo formado por la lluvia reciente. No avanzarían más. Parecía tan buen lugar como cualquier otro. El corazón de Troy latía a toda velocidad. Se obligó a respirar despacio y de forma constante por la boca. «Tranquilo, no dejes que tu imaginación corra desbocada. Es fácil, solo cierra la mano y el dedo aplicando un poco de presión».

Diesel paró a su lado y apagó el motor del Jaguar. El sonido del agua amortiguó el de sus pasos hasta que llegó justo adonde se encontraban los otros dos.

—¿Es aquí?

—Sí, a menos que quieras nadar.

—¿Hay alguna diferencia?

—No. Vamos. ¿Tienes la pala?

—Sí. Listo para ponerme a cavar de lo lindo.

—¿Por qué no dejamos al cabrón este aquí y ya está? —dijo Mad Dog—. Los coyotes y las águilas se lo comerán.

—Seguro, pero alguien puede ver a las águilas revoloteando y venir a ver si es una de sus vacas.

—No son vacas —lo corrigió Mad Dog—. Aquí son bueyes.

—Lo mismo me da.

Guiados por la linterna y cargados con la pala, pasaron una elevación tras la que quedaban ocultos por si se daba el caso de que alguien pasara por allí. Quizá un indio buscara privacidad con su novia, o alguien quisiera acercarse a echar un vistazo al arroyo. Verían los coches, claro, pero sería mejor que no vieran también a un par de hombres cavando un hoyo.

Diesel empezó a cavar. En realidad, intentó empezar; lo mejor que podía hacer con la pala era lanzar pequeñas piedras como si fueran fragmentos de cemento. Lo intentó en otro sitio con el mismo resultado.

—Me cago en la puta —dijo Diesel al tirar la pala—. Podemos pasarnos aquí tres días para cavar un puto hoyo. Se necesita dinamita.

—Escucha —dijo Mad Dog—. Vamos a buscar una cornisa, un saliente. Lo ponemos cerca y se lo echamos encima, como un deslizamiento de tierra, ¿me entendéis?

—Es la mejor idea que tenemos —comentó Diesel—. ¿Qué te parece? —le preguntó a Troy.

Estaba distraído, solo la mitad de sus pensamientos se centraban en el agujero. Luchaba en su interior sobre lo que tenía que hacer.

—Sí —dijo—. Me suena mejor que nada.

Cruzaron con dificultad un arroyo. A unos cien metros del riachuelo, encontraron un saliente. Era el mejor que iban a encontrar. Volvieron al coche y abrieron el maletero. Los tres giraron la cara ante el hedor. Diesel tuvo arcadas y casi vomitó.

—Qué mal huele, joder.

—Tú olerías igual después de tres días —comentó Mad Dog.

—Puede que apestara pero yo no lo olería —respondió Diesel.

—Aguantad la respiración hasta que lo saquemos —dijo Troy sujetando un pañuelo sobre la nariz y la boca con una mano y metiendo la otra en el maletero. Cogió la manta sobre lo que parecía un tobillo. Se había hinchado mucho, los dedos se le clavaron profundamente. «Qué asco», pensó mientras tiraba del cuerpo fuera. Golpeó contra el parachoques trasero y cayó al suelo.

—Échame una mano —le dijo a Mad Dog—. Lo mataste tú, al menos ayúdame a cargarlo.

—No seas tan cruel, T, hermano —dijo en un tono jocosos que desagradó a Troy, consciente de que en pocos minutos acabaría con aquel pobre hombre atormentado. Según la visión de Troy del mundo, Mad Dog McCain era menos responsable de sus maldades que los miembros de la Cruz Roja y los bancos de sangre que dejaron que sangre infectada de VIH no pasara los controles porque les habría costado cientos de millones de dólares y así, gracias a una decisión tan argumentada, siete mil hemofílicos se morían. Eso sí era pura maldad. Mad Dog moriría porque suponía una peligrosa amenaza pero, fuera lo que fuera, las tragedias y las torturas pasadas en la vida lo habían convertido en lo que era.

—Toma, déjame a mí —dijo Diesel—. Guíanos con la linterna.

El cuerpo se encontraba en posición fetal, aún algo rígido mientras el *rigor mortis* daba paso a la descomposición. Mad Dog y Diesel lo cargaron. Ninguno quería tocar la carne. Diesel lo levantó por el tobillo a través de la manta pero Mad Dog solo sujetaba la manta. El camino resultó ser más largo y más duro de lo que esperaban. Troy se adelantó para encontrar la pala con la linterna. Detrás, Mad Dog tropezó y soltó su parte. Diesel siguió tirando del cuerpo sobre la tierra dura, el torso

decapitado botaba y se ladeaba.

—No le duele —comentó.

Troy utilizó la linterna para encontrar el lugar aparentemente más fácil en el que deslizar la tierra.

—Ponlo aquí —le dijo indicando el sitio con la linterna. Cuando el cuerpo estuvo contra la pared, cavó hacia arriba con la pala.

Se detuvo.

—Se nos ha olvidado la cal, joder —dijo.

—Olvídalo —comentó Mad Dog.

—No, no. En unos meses, no quedará ni rastro de este cabrón. Iré a buscarla.

—No, ya voy yo —se ofreció Diesel—. Soy más grande que tú. Dame la linterna.

Troy se la pasó y después observó cómo la luz se alejaba, con destellos, puesto que Diesel de vez en cuando lanzaba ráfagas para orientarse. La luz desapareció y se sumieron en una silenciosa oscuridad. Entonces, escuchó un débil crujido. ¿O era el batir de unas alas? Las criaturas del desierto se movían por la noche mientras el sol abrasador seguía escondido, murciélagos, coyotes y búhos, y todos los animales de los que se alimentaban. Troy escuchaba a Mad Dog respirar cerca de él. Más lejos, se oyó movimiento de piedras. Quizá alguna criatura atraída por el olor de la descomposición física. Los pensamientos de Troy se centraban exclusivamente en matar a Mad Dog. El momento se acercaba y la angustia lo debilitaba. Fuera lo que fuera lo que había hecho, estaba a punto de morir a manos de alguien a quien quería.

—Joder, qué frío —dijo Mad Dog—. ¿Cómo estás?

—Llevo más ropa que tú.

—¿Dónde está este?

—Llegará.

Como era de esperar, un momento después vieron la linterna. Al acercarse, lo oyeron maldecir.

—Mis putas botas de Ferragamo... Setecientos putos dólares llenos de arañazos. Ahora mismo, soy un cabrón lleno de mierda.

—Ya te comprarás otras —le dijo Mad Dog.

—Ya, ya, ya. —Llegó a su lado—. ¿Dónde queréis esto?

—Ponlo por encima del cuerpo.

Diesel utilizó la linterna para ubicar el cuerpo. Dejó el saco de cal encima y Mad Dog clavó la pala en el lateral para que la cal cayera encima del cuerpo.

—Voy a subirme ahí arriba —dijo Diesel al pasarle la linterna a Troy—. Vosotros cavad aquí abajo y yo voy a saltar un poco. Eso ayudará, ¿no?

—Adelante —respondió Troy. Desde que Diesel se había ido a buscar la cal, Troy no había soltado la empuñadura dura y accidentada de la pistola dentro del bolsillo del pantalón a la espera del momento de sacarla y disparar. Quería dispararle a

quemarropa en la base del cráneo. Tenía la palma de la mano empapada en sudor. Al mirar en la dirección en la que Diesel se había ido, hacia el este, vio ligeramente su silueta. Era el falso amanecer que precede al real. El nudo de debilidad que sentía en la garganta se extendía. De haber estado solo con Mad Dog, se habría dado por vencido y le habría mentado a Diesel. Debería haberle dejado el trabajo al gigante. Deseaba estar enfadado, la sangre hirviendo funciona mucho mejor que la fría...

—Vale, empezad a cavar —dijo Diesel desde lo alto del saliente.

—Ahí voy —respondió Mad Dog. Cargado con la pala, pasó junto a Troy y comenzó a trabajar bajo la cornisa. Gruñía al clavar la pala en la tierra, hacia arriba. La silueta de Diesel saltaba de arriba abajo. Troy se acercó más a Mad Dog, por detrás de su hombro derecho. Había sacado la pistola del bolsillo y la mantenía escondida junto a la pierna.

Mad Dog hizo una pausa y se dio la vuelta para mirar.

—En un par de minutos más, se caerá. Será mejor que sigas tú, creo que me están saliendo ampollas. Dame la linterna.

Troy se la pasó. Mad Dog la encendió y bajó la mirada a la palma de la mano. Troy sabía que si dudaba por más tiempo perdería el momento y se pondría a cavar. Dio un paso adelante, como si le interesaran las ampollas. Se colocó tras el hombro de Mad Dog. Levantó el arma a escasos centímetros de su cabeza. Apretó la culata y el gatillo con la misma fuerza. La pistola saltó, el ruido explotó y una lengua de fuego salió del arma alcanzando a Mad Dog justo detrás de la oreja derecha. La bala penetró el cráneo y se abrió camino entre su cerebro. El agujero que se abrió junto al ojo izquierdo era del tamaño de medio dólar. Se desplomó en el suelo inmediatamente, inerte, sobre Mike Brennan. La linterna cayó al suelo y rodó varios centímetros, el haz de luz bailaba sobre el suelo. El saco de cal abierto quedó atrapado entre los dos cuerpos. En algunos meses, los dos se convertirían en uno solo.

Troy colocó la pistola en la base del cráneo y disparó de nuevo. El cuerpo se sacudió. Los disparos resonaron en el desierto y un burro salvaje rebuznó en algún lugar entre los arbustos.

Mientras Troy recogía la linterna y se ponía manos a la obra, Diesel se deslizó hasta abajo.

—He cruzado el Rubicón —murmuró Troy.

—¿Qué es eso? —preguntó Diesel. Él también observaba los cuerpos sin vida.

—Será mejor que terminemos de cubrirlos. —En su interior, se preguntaba cómo había llegado su vida hasta allí. Dios no le dio ninguna respuesta.

—Ha sonado como un puto obús —comentó Diesel.

—Solo lo habrán escuchado un par de sapos cornudos. Vamos para arriba.

—Será mejor que le mires en los bolsillos y cojas el carnet y las llaves del coche. Los cien mil están en el maletero.

—Joder, hermano, empiezas a usar la cabeza. Yo me habría acordado al llegar al coche.

—Por eso me necesitas. Joder, cómo me alegro de que el cabronazo esté muerto. Me daba miedo.

—Ya no le dará miedo a nadie más.

Chocaron los cinco como señal de celebración. Al liberarse de la tensión, prácticamente se convirtieron en unos memos.

Tardaron veinte minutos en provocar la mini avalancha que cubriría los dos cuerpos. Para entonces, el borde del sol se dejaba ver en el horizonte anunciando un día brillante, despejado. La tormenta se había marchado al este.

Troy miró la falsa tumba. El saliente que se extendía desde arriba ya no existía. Los cadáveres descansaban cubiertos al menos por una tonelada de tierra. Probablemente quedarían ocultos de los ojos del mundo para siempre y, unos meses después, ni siquiera importaría. La cal se aseguraría de que fuera imposible identificarlos. Quizá llevaran a cabo una identificación dental pero para eso se necesitaría que alguien sospechara quiénes eran. Al encontrar dos cuerpos juntos, la policía buscaría a dos personas que desaparecieran juntas. Aunque todo aquello no eran más que conjeturas. Eran dos asesinatos que sin duda quedarían sin resolver y de los que, probablemente, nadie sospecharía nunca.

Cargaron la pala de vuelta a los coches y abrieron el maletero de Mad Dog. Como esperaban, los cien mil estaban metidos en una bolsa de deporte Nike.

—Ya lo contaremos después —dijo Troy—. Mételo en el Jaguar.

—No vamos a dejarlo aquí, ¿verdad?

—No, ya lo dejaremos en otro sitio.

—¿Dónde?

—Donde sea. Quizá en el aparcamiento de la sala de juegos que vimos. Nadie se dará cuenta de que está allí durante un par de días.

—Está registrado con un nombre falso.

—Tendrán otro coche abandonado del que deshacerse. Toma. —Le pasó a Diesel las llaves y llevó la bolsa Nike al maletero del Jaguar. Ahora llevaba doscientos mil, tres cuartas partes le pertenecían. Alex Aris aún les debía dinero también. Eso era mejor que el oro.

Al volver por los caminos de tierra hasta el estrecho asfalto, Diesel pronunció un acto de arrepentimiento. Aunque despreciaría tal comportamiento en voz alta, la huella del orfanato católico seguía presente en él. Se la infligieron hacía mucho tiempo.

Diesel siguió a Troy hasta la carretera principal y después hasta el aparcamiento de la sala de juegos. Allí había ya al menos cien coches. Troy entró y le hizo una señal para que aparcara al otro lado.

Entraron por separado. Nadie los miró. Salieron de nuevo juntos y subieron al Jaguar.

Cuando volvieron a la autopista, eran las ocho de la mañana.

—Llegaremos a Los Ángeles antes del mediodía —dijo Troy.

—Llama al Greco y pregúntale por nuestro dinero. Me gustaría volver a casa esta noche después de dormir un poco.

—¿Puedes dormir?

—Sí, puedo dormir profundamente después de algo así.

Capítulo 15

Los Ángeles brillaba después de la lluvia. El aire, las aceras y las verdes hojas se limpiaron y los picos nevados de las montañas de San Gabriel podían verse, para variar. La maravillosa tarde de invierno le recordó a Troy su niñez, cuando Los Ángeles se acercaba más al paraíso que cualquier ciudad de Estados Unidos. A pesar de la belleza del día, una gris depresión lo corroía, le dolía el alma. ¿Era la reacción al asesinato o es que simplemente se le había removido algo que siempre había llevado dentro? Miró a Diesel. También tenía que pasarle algo parecido por la cabeza, eso si no se la ocupaba por completo. Aun así, se lo veía bastante tranquilo. ¿Y por dentro? ¿Qué efecto le producía el catolicismo? Debían haberle marcado con la creencia de la condenación eterna. Troy no cargaba con ese peso. No era el juicio de Dios lo que lo apesadumbraba, ni el de la humanidad, puesto que uno no existía y el otro no se daría nunca. Lo que le pesaba era que su vida había quedado reducida a meter una bala en la cabeza de un maníaco. ¿No sería maravilloso si pudiera despertarse una mañana con una vida totalmente diferente?

La autocompasión duró varios segundos antes de reírse de sí mismo. «Joder, menuda gilipollez», pensó. Reparte las cartas y juega como venganza.

Estaban en el centro, en la parte este. A lo lejos se elevaban las agujas amontonadas del horizonte de Los Ángeles. La primera se erigía ya cuando entró en la cárcel. Ninguna otra ciudad reflejaba los cambios del siglo veinte como aquella. El sur de California pasó de noventa mil habitantes a principios de siglo a nueve millones a finales. Los Ángeles era la primera gran ciudad del mundo construida para el coche, pero no para millones de ellos. No resultaba demasiado exagerado afirmar que se podían correr casi cien kilómetros del techo de un coche a otro. Había echado mucho de menos la ciudad pero ahora se alegraría de alejarse de allí. ¿Adónde iría? No, primero debía compensar el golpe fallido antes de planear el éxodo de Los Ángeles. Disponía de unos ciento setenta mil dólares, suficiente para vivir la vida durante varios meses pero solo una fracción de lo que necesitaba para emigrar.

Por el momento, no se largaba a ningún sitio. Delante, brillaron luces de freno y el tráfico se ralentizó. Cuando las autopistas funcionaban, eran maravillosas; cuando no, se convertían en una pesadilla. Cada vez se daba más esta última situación. Acababan de pararse y avanzarían muy poco a poco. Al menos, el carril izquierdo circulaba más rápido que los demás. Troy cogió el móvil y marcó el número de Alex.

—Sí —respondió el Greco.

—Soy yo, puto griego fascista.

—Ja, ja, ja, ja, ja. ¿Dónde estás, pringado?

—Llegando al centro. ¿Qué pasa? ¿Has visto al tío ese?

—Sí, ya lo tengo.

—¿Dónde vas a estar?

—Yo también voy de camino. ¿Nos vemos en el Pacific?

—Genial. Pídeme el Delmonico.

—Poco hecho.

Troy colgó. Alex llevaba los más de treinta mil dólares que les debía y se encontraría con ellos en el Pacific Dining Car, si Troy conseguía llegar.

—Me voy a salir de la autopista —dijo Troy. Diesel bajó la ventanilla, hizo un gesto con la mano y miró a los conductores a los ojos. Le dejaron pasar y el Jaguar se dirigió por la salida hacia State Street, a la sombra del gigantesco Hospital General. Viajaba hacia el este, cruzó el río y atravesó el centro por 5th Street, llamada a veces «The Nickel». Cuando era joven, estaba llena de hoteles con habitaciones de ocupación individual y bares de libre acceso. En aquella época, abundaban los yonquis y los vagabundos, blancos y negros. Ahora, eran todos negros y sobraba el crack, por lo que la heroína parecía una de las medicinas de la pequeña huérfana Annie^[2]. Los yonquis querían permanecer en un estado de adormecimiento; un yonqui era capaz de acciones desesperadas pero un adicto al crack resultaba demasiado retorcido, incluso para un gallito de Texas. Los ojos que los observaban al pasar desprendían una locura salvaje.

Se detuvieron en un semáforo. Un negro vestido con ropa brillante por la mugre apareció con una pistola pulverizadora llena de agua y un trapo. Se puso a limpiar el parabrisas del coche de al lado. La mujer que lo conducía cerró el seguro, dio un golpecito en el cristal y negó con la cabeza. Él le sacó el dedo. Diesel soltó una carcajada, seguía sonriendo cuando el limpiacristales se acercó a ellos. Antes de que pudiera empezar, Diesel metió la mano debajo del asiento y sacó una enorme pistola. Sin dejar de sonreír, la utilizó para ahuyentar al mendigo. El negro levantó las manos simulando que se rendía y sonrió dejando ver el hueco donde le faltaban algunos dientes.

—Vale, grandullón —dijo—. Eres demasiado malo para mí.

El semáforo se puso en verde y se alejaron.

—Eso no ha sido muy inteligente —lo reprendió Troy.

—Lo sé, pero... —Diesel se encogió de hombros—. Todo el mundo hace el imbécil alguna vez.

En el paso elevado de la Harbor Freeway, la 5th Street se unía a la 6th en un sentido, hacia el oeste. Menos de un kilómetro después, el Pacific Dining Car quedaba a la izquierda en la esquina con Witmer. Troy entró en el aparcamiento. El coche de Alex estaba delante de ellos, lo conducía uno de los empleados. Alex se dirigía a la puerta principal. Llevaba un maletín.

Troy se detuvo y tocó la bocina. El Greco se dio la vuelta] volvió para entrar con ellos.

—Veo que os falta un compañero —dijo el Greco al acercarse a la puerta.

—Es historia.

—Ya veo. Chepe se alegrará cuando se entere. ¿Dónde le habéis metido?

—Donde ni Dios podrá dar con él —comentó Diesel—. Bajo tierra, en mitad del desierto. Creo que ni yo sería capaz de encontrar el sitio.

—¿Es eso? —preguntó Troy señalando el maletín.

—Sí. Toma, también puedes llevarlo tú.

Una vez dentro, el *maître* reconoció a Alex y, con los menas en la mano, los llevó hasta una de las varias salas del Pacific Dining Car. Las tres cabinas y las dos mesas estaban todas vacías. Tenían privacidad para hablar y Alex para fumar, a pesar de la nueva ordenanza municipal que lo prohibía.

Después de que el camarero les llevara café y anotara las comandas, Alex entró en materia.

—Le dije a Chepe que todo era culpa de ese tío. Estaba como una puta cabra. Se cabreó más de lo que nunca le había visto. Normalmente, es un tío de lo más calmado.

—Ya, lo sé —comentó Troy—. Es un tío muy relajado.

—Le eché toda la culpa al chiflado de Mad Dog. El viejo se alegrará cuando le cuente que ese puto loco ha dejado este mundo. También le preocupaba que se corriera la voz sobre el asunto así que no vayáis largando por ahí.

—Venga, tío —dijo Diesel en un tono que denotaba sentirse herido—. ¿Quién crees que soy? Sé lo que debo y no debo hacer.

—Sí, ya lo sé, pero la naturaleza humana es la naturaleza humana. A todos nos gustan las confidencias...

Diesel negaba con la cabeza con tanto énfasis que Alex dejó el tema.

—¿Y ahora qué? ¿Estáis listos para otra cosa?

Troy miró a Diesel, el gigante puso cara de indecisión.

—Tengo que volver a casa por Navidad. Tengo un hijo.

—Es verdad —dijo Alex—. Un niño pequeño, ¿no?

—Sí. Lo quiero más que a mi vida. Pues eso, que quiero pasar las vacaciones con él. Después del primer...

—¿Te interesaría, entonces?

—Claro. Qué coño, nunca antes había ganado dinero así. Y ahora que ese imbécil ya no está...

—¿Y tú qué dices? —le preguntó Alex a Troy.

—Creo que iré a Frisco con mi amigo aquí presente. Mientras él esté con la familia, yo me tomaré unas vacaciones en Tahoe. Esquiaré durante el día y jugaré por la noche.

—Me suena a plan perfecto.

—¿Te apuntas?

—Tal vez después de Navidad. Yo también tengo familia.

—Sí, ya. ¿Cuántos años tiene ya tu hija?

—Dieciséis.

—Joder, cómo pasa el tiempo.

—Voy a regalarle un coche por Navidad. Lo dejaré en la acera envuelto con un lazo enorme.

—Le encantará.

Sonrió al imaginárselo y asintió antes de cambiar de tema.

—Bien, el resto del dinero está en el maletín. ¿Qué más? Tenéis mi número. Y tú, qué, hermano. ¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo?

—Puedes llamarme —dijo Diesel—. ¿Tienes mi número?

—No, dámelo. —Alex sacó una agenda electrónica y marcó el número que le dio Diesel.

Después de cenar, Troy y Diesel se despidieron de Alex en el aparcamiento. Cuando el aparcacoches trajo el Jaguar, Troy metió el maletín en el maletero. Ahí dentro ya había cien mil, más los cien mil de Mad Dog.

—Lo repartiremos en el hotel —dijo.

—Lo que tú digas, gran T. Tú eres quien manda en este asunto.

El hotel, el Holiday Inn en Highland Avenue, daba por un lado a Hollywood Boulevard y por el otro a las colinas de Hollywood. Diesel se había registrado para tres días y extendió la reserva dos más. El Mustang seguía en el garaje del hotel. Lo cubría una capa de polvo pero, por lo demás, nadie lo había tocado. Subieron a la habitación y se repartieron el dinero de Mad Dog y lo que les había dado Alex.

Mientras Diesel guardaba sus otros sesenta y seis mil, se imaginó a su mujer cuando tirara todo el dinero sobre la cama. Si a eso le añadías los cien mil que ya tenía, la zorra nunca volvería a decir una palabra de nada. «Dios sabe que la trato bien». Se dio cuenta de que tenía ganas de llegar a casa y verla, y especialmente a Charles Jr.

—Tener un hijo es lo mejor, ¿sabes? —dijo.

Troy asintió. Él nunca sería padre, había descartado la idea a mitad de su condena en San Quintín.

—¿Qué le vas a decir? —le preguntó a Diesel.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, sobre todo esto. Qué quieres para él, qué quieres que piense sobre tu historia.

—No sé lo que le voy a decir pero sí sé que le patearé el culo si veo que se va a meter en problemas. Será un puto ciudadano. Y un hombre. Será un hombre, puedes estar seguro.

—Eso espero, hermano. No le desearía nuestra vida a nadie.

—Tú lo has dicho, tío.

Diesel cerró la bolsa llena de dinero y cogió la mochila con su ropa.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Me sigues tú o quieres que te siga yo?

—¿Por qué no vas tirando tú? Creo que me voy a quedar una noche más en Los Ángeles. Aún no he tenido oportunidad de dar una vuelta por la ciudad y echar un vistazo. Igual me ligo a alguna tía, o pago por ella. Te veo mañana por la noche allá arriba.

—¿Seguro?

—Sí. Quizá vaya a jugar al póquer.

—Vale, nos vemos por allá arriba. Puede que hagamos una barbacoa si llegas a tiempo. Mis barbacoas son la hostia.

Bajaron en ascensor y se despidieron en el vestíbulo. Diesel subió por Highland Avenue hacia la U. S. 101, la Coast Route. En Thousand Oaks, se detuvo en Denny's para tomar un café y dos cápsulas de Dexamy1. Las anfetaminas que contenían lo mantuvieron con los ojos bien abiertos y con la mente a mil por hora mientras conducía hacia el norte de noche, con el mar y su brillo fosforescente a la izquierda y las colinas negras a la derecha: Ventura, Santa Barbara, Santa María, Pismo Beach, San Luis Obispo y demás hasta el sur de San Francisco. Llegó entre la medianoche y el amanecer. Había un nuevo monovolumen Ford aparcado en la entrada. Llevaba tiempo pensando en comprar un coche nuevo y ahora lo había comprado ella sin consultarle. Se enfureció. Irrumpió en casa, se dirigió a la habitación y encendió la luz.

—¡Qué coño pasa! ¿De dónde cojones ha salido ese puto monovolumen?

—Charles, Charles, espera un momento. Puedo devolverlo. Te lo juro. Ese es el trato, te lo enseñaré.

Se levantó de un salto. Llevaba solo las bragas, nada más, así que le botaban las tetas al acercarse al tocador. Sabía que lo que decía era cierto, no necesitaba ver el papel. Otras ideas se le pasaron por la cabeza. Se acercó a ella, la rodeó con los brazos y le cogió los pechos. Se estremeció y los pezones se le endurecieron cuando le mordisqueó la oreja. La llevaba a la cama cuando Charles Jr. empezó a llorar como solo un bebé puede hacerlo. Diesel miró al cielo, exasperado, y se tiró de espaldas sobre la cama. Esperaría a que calmara al niño con una nana y se volviera a dormir. No quería tener aquella antigua sensación que le inundaba después de echar un polvo, cuando se sentía sucio y le repugnaba lo que habían hecho. Era una manera horrible de sentirse después de hacer el amor, lo sabía, aunque era incapaz de hacer nada al respecto. Ella quería abrazarlo y él escabullirse. Se prometió esconder lo que sentía esta vez.

Cuando Diesel se marchó, Troy guardó con cuidado sus ciento setenta mil en el

maletero del Jaguar. El olor de la muerte había desaparecido, o quedó escondido bajo las bolas de naftalina que repartió por todas partes. Las alfombrillas tenían el mismo aspecto que cuando salió de fábrica. Todo estaba limpio. Nadie sospecharía jamás que un cadáver prácticamente decapitado se había podrido ahí dentro durante varios días. Troy deseó que desapareciera de su mente con la misma facilidad que del maletero. No paraba de visualizar la lengua de fuego al salir de la boca de la pistola y lamer el cráneo de Mad Dog. Cayó al suelo, como la mecha de una vela apretada entre los dedos.

Antes de cerrar el maletero, abrió el maletín y sacó un paquete de billetes de veinte. Dudó un momento antes de coger también la Smith & Wesson de cañón corto y enganchar la funda dentro de la cinturilla. No era para la policía ni para cometer un crimen sino para protegerse en su ciudad natal.

Al salir del garaje subterráneo, Troy llamó a Alex.

—¿Tienes hambre, hermano?

—Pensaba que te habías marchado al norte a pasar las fiestas.

—Mañana. ¿Te apetece cenar?

—Qué putada, hombre. Estoy liado con un negocio.

—Llámame si te quedas libre. Si no, nos vemos cuando vuelva.

Alex dijo algo sobre la despedida pero no se enteró bien porque fallaba la conexión del móvil. Al pulsar el botón de colgar, Troy se sintió un tanto decepcionado. Contaba con la compañía de Alex aquella noche.

Mientras comía en la barra de Musso Frank, Troy pensaba en qué hacer esa noche. Tal vez debería haberse marchado con Diesel. ¿Qué tal una película? No. Lo que en realidad quería era una mujer, pero no cualquier prostituta callejera ni tampoco una mamada en un salón de masajes. Quería conversación femenina y risas. No estaba en contra de pagar uno de los grandes por una noche si conseguía algo de calidad. Desgraciadamente, no tenía ni idea de dónde conseguir una chica de compañía. Entonces, se acordó del *cocktail lounge* justo en los límites del Strip. Era un bar de prostitutas de lujo.

Cuando entró, supo inmediatamente que había cometido un error. En vez de madera oscura, cuero rojo y Frank Sinatra en la *jukebox*, todo eran espejos, solo había hombres y sonaba Judy Garland. Se marcó una rápida retirada con las mejillas sonrojadas y se rio ante lo absurdo de sentirse avergonzado.

Entonces se encontró dirigiéndose al este por Sunset, lejos del brillo del Strip y de la riqueza de Beverly Hills, hacia el sórdido centro y el este de Los Ángeles. La ciudad nació donde empezaba Sunset Boulevard. Al acercarse a Union Station, se acordó de un *cocktail lounge* en Huntington Drive, en El Sereno. Seguía siendo un punto de encuentro de chicanos exconvictos a solo diez minutos de distancia. No hacía ni dos meses, Pretty Henry Soto volvió a San Quintín y, entre otras historias de

la vida fuera, mencionó que Vidal Aguilar era dueño del Club Clover, con el nombre de otra persona en la licencia para vender alcohol, por supuesto. Troy no veía a Vidal desde hacía varios años pero, durante tres años antes de eso, Vidal ocupó la celda de al lado y desayunaron y cenaron juntos muchas veces. Eran amigos pero Vidal salió de la cárcel y permaneció fuera, aunque seguían llegando historias. Siempre había sido alguien importante en los bajos fondos de Los Ángeles. Alex Greco y él se conocían. El problema con los mexicanos que conseguían recomponerse era que muchos querían llevar la voz cantante. Demasiado macho y muy poca cooperación.

Más allá del puente que cruzaba el río de la ciudad, los grafitis marcaban el territorio como «Ist Fíats». Los motes repetían los de la juventud de Troy. ¿A cuántos conocía llamados «Japo», «Grumpy», «Alfie», «Crow», «Wedo» o «Veto»?

Pasó por delante de las casas bajas subvencionadas en expansión. Entre los edificios, pudo ver las sombras de grupos de colegas pasando el rato. Algunas de las ventanas estaban alumbradas con luces de Navidad. De hecho, las luces de colores brillantes bordeaban muchos de los pequeños bungalows de estuco. Se sintió triste y solo. Rara vez sentía envidia pero, al pensar en Diesel pasando la mañana de Navidad con su hijo, sintió una punzada de celos. Deseaba que su vida le hubiera permitido tener un hijo.

Giró por Soto y siguió avanzando más allá de Hazard Park y las colinas onduladas de El Sereno, la mayoría todavía vacías, de las que se elevaban varias torres altas de radio coronadas con luces rojas intermitentes. Una vez, joven y borracho, se subió a una de ellas, hasta arriba. Lo habría dejado a mitad de camino de no ser por un *macho* mexicano llamado Gato que subía por la torre de al lado y se negaba a parar antes de llegar a lo más alto. Lo que se atrevía a hacer a los veintidós no lo repetiría ahora. Entonces se acordó de que le había contado la historia a Mad Dog hacía menos de dos semanas. Borró inmediatamente ese pensamiento de su cabeza.

Soto se convirtió en el principio de Huntington Drive. El cartel verde del Clover Club destacaba aunque la L no era más que un recuerdo ensombrecido de su antiguo brillo. Troy aparcó a una manzana y media de distancia, en un callejón, y recorrió el camino a pie. La noche era cálida a pesar de estar a finales de diciembre. Escuchó las voces emocionadas de unos niños jugando en un patio trasero cercano.

La puerta delantera del Clover Club estaba abierta y dejaba escapar el sonido de la música mariachi cuando Troy entró. Las mesas, cabinas y la barra estaban llenas. Una banda de cuatro miembros tocaba sobre una tarima al otro extremo. Varias parejas bailaban en la pequeña pista, bien apretadas y moviéndose rápido, siguiendo el ritmo que marcaba la banda. «*Joder* —pensó Troy— el cabrón de Vidal se lo ha montado bien».

Se abrió paso hasta la barra. Algunos ojos se giraron para mirarle, era un gringo

en Aztlán pero nadie dijo nada ni mostró hostilidad. En la barra, el único hueco libre se encontraba junto a la barandilla de metal que utilizaba la camarera que se alejó con una bandeja llena de bebidas. Troy se percató de que tenía el culo grande y redondo, del tipo que les gusta a los mexicanos, aunque sería considerado demasiado grande en Beverly Hills. Se apretujó junto a la barra. El camarero, grande para ser mexicano, tenía la nariz chafada y las cejas gruesas de un exluchador.

—Sí.

—Soy amigo de Vidal. ¿Está por aquí?

El camarero lo miró de arriba abajo. Justo entonces, la camarera volvió y Troy tuvo que apartarse mientras ella dejaba los vasos vacíos y le pedía «dos destornilladores y dos Buds».

En una mezcla de inglés y español, la lengua vehicular del este de Los Ángeles, el camarero le dijo a la chica, que se llamaba Delia, que le dijera a Vidal que alguien quería verlo. El camarero se dirigió a Troy.

—¿Cómo te llamas, *ese*?

—Troy.

Se dio cuenta de que miraba fijamente a los ojos oscuros de Delia y después la observó mientras cruzaba la sala hacia el pasillo con el cartel de los servicios. El camarero volvió a llamar su atención al preguntarle si quería algo. Troy negó con la cabeza.

Un minuto después, apareció Delia en el pasaje abovedado con un hombre. No era Vidal pero le hizo un gesto para que se acercara cuando ella le señaló a Troy.

Mientras cruzaba la sala, tuvo que abrirse paso a través de una nube de humo de cigarrillos. Los fumadores pasivos lo pasarían muy mal aquí, les llorarían los ojos y se llevarían un puñetazo en la nariz si se quejaran. El hombre que lo esperaba sonrió. A Troy le sonaba la cara pero le resultaba imposible ponerle nombre. Delia pasó por su lado y también le sonrió. ¿Había algo en aquella sonrisa? Se dio la vuelta para contemplar el balanceo de sus caderas. Cuando se giró de nuevo, el hombre bajo el arco seguía sonriendo.

—Te gusta, ¿eh?

—Se podría decir que sí. ¿Cuántos hijos tiene?

El chicano levantó dos dedos.

—Todas tienen dos.

—¿Dónde está su viejo?

—En Soledad Central. No lo conocerás, es un muchacho.

Se dieron la mano y el chicano lo llevó por un pasillo estrecho con una cámara de circuito cerrado al final. Los lavabos quedaban a un lado. Al otro, una puerta cubierta de una plancha de metal. El escolta llamó y sonó un timbre al abrirse el cerrojo. El chicano abrió la puerta. La sala era una combinación de un almacén y una oficina y

junto a las paredes se apilaban cajas de cerveza y licor.

Vidal estaba sentado detrás de un escritorio estrecho y rayado. Tenía una cesta de rejilla, un teléfono y un pequeño monitor de televisión en el que se veía el pasillo de fuera de la oficina. Vidal sonrió, los dientes blancos resaltaban en contraste con la piel oscura y los pómulos prominentes. Era evidente que por sus venas corría sangre india. Excepto por el pelo más gris, no había envejecido en los seis años desde la condicional. Se levantó y le tendió la mano.

—Me alegro de verte, gran T —le dijo mientras se estrechaban la mano—. ¿Cuándo saliste?

—El mes pasado.

—¿Dónde coño te has metido? ¿Necesitas pasta?

—No, estoy bien. ¿Cómo te va, hermano?

—Pan para hoy, hambre para mañana. Siéntate, hombre. ¿Quieres tomar algo? ¿Qué te apetece?

—*Bourbon*. Jack Daniels o Wild Turkey, con un chorrito de Seven-Up.

—Por qué no se lo traes, Tootie —dijo Vidal.

—En seguida vuelvo.

Troy lo recordó: Tootie Obregon de Mateo. Trabajaba en la cocina y era un excelente jugador de frontón.

Tootie salió.

—¿Cómo te has hecho con este garito? —le preguntó Troy. Vidal creció en las viviendas de protección de Ramona Gardens. Su carrera criminal comenzó en secundaria cuando se puso a vender porros sueltos. Permaneció en el negocio de la marihuana porque trataba con gente menos violenta y porque la hierba no suponía una de las prioridades de la policía. Los porros sueltos se transformaron en gramos, después en kilos y finalmente en camiones repletos. Su única condena se debía a mil kilos en una camioneta, aunque los agentes registraron ochocientos y se quedaron doscientos para venderlos por mil dólares cada uno. La pena de Vidal se redujo cuando los agentes fueron acusados por desviar dinero y drogas de sus redadas. De hecho, la mitad del departamento de narcóticos fue acusado. Vidal cambió de juego cuando salió. Se corrió la voz de que vendía y compraba objetos robados. También constituía un delito pero con menos prioridad aún que la marihuana.

—El local estaba a la venta y unos *votos* de Tucson secuestraron un camión y un tráiler llenos de alcohol, seiscientas cajas de Johnny Walker, Jack Daniels y demás. Lo metieron en tres garajes del este de Los Ángeles. Les di veintiocho dólares por caja y compré este sitio por el precio de la licencia. Nadie más lo quería. No gano lo mismo que ganaba vendiendo hierba pero me va bastante bien. Tootie y yo también vendemos entradas para el fútbol. ¿Seguro que no necesitas algo de pasta? Puedo dejarte cinco o diez de los grandes, tío.

—No, no, estoy bien, Vidal. Pero gracias, de todas formas.

—Sí, siempre te ha ido bien. Te sorprendería saber cuántos tíos vienen aquí para pedirme dinero. Algunos están acojonados por esa ley de los tres delitos.

—Acojona a cualquiera. Condenan a pobres pringados a la perpetua por nada.

—Lo sé. ¿Te acuerdas de Alfie de los White Fence?

—¿Aquel tío pequeño que estaba en la Eme?

—Sí. Intentan joderle con la perpetua por robar una rueda de la parte de atrás de un camión. Está peleando como un jabato. Dice que puede que lo trinquen pero que les va a costar un millón antes de que lo hagan. Dijeron en el *Times* que van a construir veinte prisiones más en los próximos veinte años. Más les valdría rodear el estado con una puta valla de alambre de espino.

»Te lo digo. ¿Conoces a Sluggo? —continuó Vidal.

—Conozco a tres. Dos mexicanos y un blanco loco de Lousiana.

—Sí, el blanquito, Sam como se llame. Vino el otro día. Está enganchado al jaco y ha estado robando. Tenía una de esas MAC no sé qué, una pequeña semiautomática, no muy certera pero que descarga un montón de plomo todo lo rápido que puedas apretar el gatillo.

—Sí, ya sé cómo son.

—Dijo que si le iba a caer la perpetua por robar en tiendas, también podían condenarlo por robar bancos o matar policías. Lo cambiaron para mal. Metieron a un ladrón de tiendas y lo convirtieron en un maníaco. Me encanta —comentó Vidal—. Adoro el puto caos.

—¿Qué hay de ti? ¿Cuántos delitos llevas?

Vidal negó con la cabeza y levantó el pulgar y el índice formando un cero.

—¿Dónde te quedas?

Troy negó con la cabeza.

—No estarás vagabundeando, ¿no?

—No tengo un sitio pero tampoco estoy en la calle. Voy al norte a ver a Big Diesel Carson.

—¿El boxeador?

—Sí.

—Tío, recuerdo la pelea en el patio el día de las Pequeñas Olimpiadas. Él y ese negro. ¿Cómo se llamaba? ¿Spotlight Johnson?

Troy asintió. Vidal se meció hacia delante y hacia detrás al reírse. En ese momento, escucharon a alguien llamar a la puerta despacio. Vieron a Tootie y a Delia, la camarera, por el monitor. Ella llevaba una bandeja con las bebidas.

Vidal pulsó un timbre bajo la mesa y Tootie abrió la puerta. Delia entró y dejó la bandeja sobre el escritorio.

—¿Para quién es cada cosa? —preguntó.

—El *bourbon* para mí —dijo Troy.

Tuvo que inclinarse sobre la mesa para ponérselo delante. Vidal le miraba el culo.

—Dios mío, qué culo. ¡Me va a dar un ataque al corazón! —Se llevó una mano al pecho fingiendo dolor. Tootie soltó una carcajada y Troy sonrió. La miraba a los ojos. ¿Le estaba diciendo algo sin hablar?

—Delia... Delia... Oh, nena —continuó Vidal.

Ella se dio la vuelta, sonrió y negó con la cabeza.

—Vidal, para ya. Ya sabes que Chita es amiga mía.

Vidal levantó las manos.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué harías tú? —le preguntó a Troy.

—No lo sé pero te entiendo.

—Me marchó —dijo ella pero, al abrir la puerta, quedó escondida de los ojos de Vidal y Tootie y le guiñó un ojo a Troy. Aquello era una insinuación o Troy estaba loco. Acto seguido, cerró la puerta y desapareció.

—Oye, Troy, ha preguntado por ti —le dijo Tootie—. Le interesas.

—No hay duda de que tiene un buen cuerpo moreno —comentó Troy.

—Pensé que te gustaría saberlo.

Troy sonrió y guiñó un ojo. El gesto significaba lo que Vidal quisiera entender.

—¿Qué hay de Jimmy Baca? —preguntó—. ¿Lo has visto desde que se libró de aquellos cargos por asesinato?

—Sí, tiene cáncer... De hígado.

La noticia le dio un vuelco al corazón. ¡Jimmy Baca! Era el tipo más duro que Troy había conocido jamás, y conocía a muchos de los más duros del país. Pero ninguno era como Jimmy. Todos los hombres eran mortales pero costaba creer que el cuerpo de Jimmy lo traicionaría. Su mente nunca lo había hecho.

—No es tan mayor —fue todo lo que pudo decir.

—Lo sé —comentó Vidal—. Es una putada. Sony Ballesteros...

—Es amigo mío —dijo Troy.

—Sí, ya lo sé. El también tiene pero le dijeron que lo superaría.

Troy no quería pensar sobre la muerte o el cáncer de sus amigos aunque al menos habían conseguido apartar su mente de Mad Dog por el momento; cuando volviera a pensar en él, el horror se habría mitigado ligeramente.

Permanecieron en silencio mientras bebían de sus copas. Las paredes vibraban con la música de la banda.

—¿Cómo están las cosas en la cárcel? —preguntó Tootie—. Cuéntanos algo.

—Al final se cargaron a Sheik Thompson.

—Así que le dieron pasaporte, ¿eh? Era un puto animal —dijo Tootie.

—¿Sheik Thompson? —preguntó Vidal—. ¿Lo conozco?

—Seguro que has oído hablar de él pero creo que estaba en Folsom o Vacaville

cuando tú estabas dentro. Era un despojo.

—¿Un negrata?

—Sí. La palabra negrata se inventó para cabrones como él.

—¿Cómo lo trincaron? —preguntó Tootie.

—Salía de la oficina del entrenador. Slim y Motormouth Buford le rompieron la pierna con un bate de béisbol y, cuando lo tuvieron en el suelo, le rebanaron el pescuezo.

»Hay más —continuó Troy—. Los trincaron en seguida y los llevaron a la oficina del Capitán para interrogarles. Después, cuando llegó la hora del cierre, con todos los presos de la trena en fila, sacaron a Slim y Motormouth de la oficina del Capitán para llevarlos al Agujero. Todos los presos del patio empezaron a gritar y a aplaudir porque se habían cargado a Sheik.

—Conozco a Motormouth —comentó Vidal—. Un pequeño *vato* negro. Antes era el hombre clave en el bloque sur.

—El mismo —dijo Troy.

—¿Por qué todos odiaban tanto a Sheik?

—Porque el cabrón no era humano —comentó Tootie.

—Te contaré una historia —dijo Troy—. Trabajaba en la cantera, al final del camino que se ve desde el patio de abajo. Está a algo más de un par de kilómetros en cuesta. Solía ir a trabajar corriendo con un marica sobre los hombros. En el día de las Pequeñas Olimpiadas, antes, cuando aún se hacían, corría los cuatrocientos, los ochocientos y los mil quinientos por la mañana. Después, por la tarde, luchaba por el título de peso medio, medio pesado y pesado. A veces, recibía una lección de boxeo pero nadie consiguió noquearlo. Tenía una actitud de mierda.

—Sí —añadió Tootie—. Le gustaba escupirle a la gente en la cara.

—Eso resulta peligroso en la cárcel. Lo apuñalaron un montón de veces. Mapa le pegó en la cabeza con una barra del gimnasio, le dio tan fuerte que uno de los ojos se le salió de la órbita, se le quedó colgando de un tendón o no sé que. Se lo metieron en su sitio y tres semanas después ya estaba en una pelea. Death Row Jefferson y otros dos se le echaron encima con cuchillos. Les dio la paliza de su vida y encima testificó contra ellos. Mandaron a Death Row Jeff al corredor de la muerte por eso. Así es como se ganó el mote.

»Más tarde, se metió en una pelea con Johnson, en Folsom. Ocurrió detrás del edificio número uno y tres torres de vigilancia abrieron fuego sobre ellos. Les disparaban con balas de calibre 30-30 y 30-06... Las balas los derribaron pero, aun así, saltó sobre el otro tío. Johnson le arrancó las orejas a Sheik de un mordisco y se las tragó. Cuando por fin los pudieron separar y llevar al hospital, anunciaron por megafonía que necesitaban donantes de sangre. Ni un tío de todo Folsom quería darle sangre a Sheik. Algunos fueron a donar sangre para Johnson pero a Sheik Thompson

le dieron por culo. El único que quiso donar sangre para él tenía VIH y la rechazaron cuando comprobaron su historial.

—Es curioso que no hubiera oído hablar de él —comentó Vidal.

—Estaría en Folsom cuando tú estabas en San Quintín.

—Sí, seguramente. —Vidal miró el reloj—. Tootie y yo tenemos que ocuparnos de algunos asuntos pronto. Puedes quedarte aquí y pegarte una fiesta. O puedes venir con nosotros.

—No, no, gracias —dijo Troy—. Yo también tengo que ponerme en marcha.

—¿Dónde vas a pasar la Navidad? —le preguntó Tootie.

—Al norte, en Frisco.

—Volverás por aquí abajo, ¿no? Esta es tu casa.

—Sí, volveré el mes que viene, no sé cuándo.

—Me alegro mucho de verte, hombre —dijo Vidal—. Voy a darte mi tarjeta. — Del cajón del escritorio, sacó una tarjeta de un montón que sujetaba con una goma; se la pasó a Troy que se la metió en el bolsillo de la camisa, se despidió y se marchó. Al salir por el estrecho pasillo a la sala principal, se detuvo y miró a su alrededor. Delia estaba en una cabina apuntando una comanda. Troy se acercó a ella y se detuvo. Ella miró hacia atrás para ver quién era.

—¿A qué hora acabas? —le preguntó.

—Sobre las dos y media —respondió.

—¿Te apetece desayunar?

—Nos vemos entonces.

—Bien.

Salió. Se excitaba solo de pensar en ella. ¿Qué hora era? Creía que serían sobre las diez y media pero no llevaba reloj. De vuelta en el coche, en la emisora News 98 dijeron que eran las nueve y doce. Le quedaban cinco horas. Iría a comer algo y a ver una película. Había visto en una marquesina del centro que ponían *Pulp Fiction*. Era la única película que de verdad le apetecía ver.

A las 2:15 de la mañana, Troy giró por Huntington Drive desde Western Avenue. Inmediatamente, vio las luces azules giratorias sobre varios coches de policía, más una ambulancia, en la puerta del local de Vidal.

Un agente de uniforme se encontraba en mitad de la calle con un bastón de señalización que apuntaba hacia abajo. Parte de la calle estaba marcada y dos agentes buscaban cartuchos usados sobre el asfalto.

—A la mierda el polvo de la noche —murmuró Troy mientras se cambiaba al carril más alejado y seguía al coche que avanzaba delante de él. Los policías les hacían señales para que siguieran avanzando. Al pasar, se disparó un flash. Un cuerpo yacía en el suelo, cerca del bordillo. ¿Un tiroteo desde un coche? Fuera lo que fuese, no vería a Delia aquella noche.

—Adiós, nena —dijo y se puso a pensar en la forma más rápida de llegar a una autovía. Cualquiera lo llevaría hasta la Interestatal 5.

Capítulo 16

Troy entró en la calle bordeada de pequeñas casas de protección oficial a media tarde del día siguiente. La urbanización tenía tres años de antigüedad y la mayoría de las casas disponían de jardín, aunque los árboles seguían siendo pequeños. Algunos céspedes presentaban el color amarillo del invierno mientras que otros lucían el siempre verde lolium. El patio delantero de las varias casas que seguían sin venderse era tierra desnuda.

En mitad de la calle, varios niños jugaban a dar toques de fútbol americano. Se apartaron para dejar pasar el coche. Troy vio el Mustang de Diesel en el camino de entrada y aparcó detrás. Diesel había colocado un césped sin preocuparse demasiado por él después. Tenía un color marrón amarillento excepto en la zona de alrededor de un grifo que goteaba, donde conservaba el color verde y los dientes de león crecían bien altos. La puerta del garaje estaba abierta; Troy vio la parte de atrás del coche nuevo de Gloria, el que Diesel le había dicho por teléfono. Antes de bajar, se quitó la pistola y la funda y las metió debajo del asiento.

Dentro de casa, Diesel vio entrar el Jaguar y salió para recibir a su amigo.

—Ya veo que lo has encontrado, hermano —le dijo tendiéndole la mano—. Me alegro de que hayas venido. Vas a pasar las Navidades con nosotros.

—¿Qué le parece a la vieja?

—Que la jodan. Yo mando en casa, ya me entiendes. Cuando la zorra pueda darme caña, será ella quien mande.

—No, no, hermano, no quiero ser motivo de disputas familiares. Pasaré las Navidades en la ciudad.

—Como prefieras, pero eso será mañana. Esta tarde voy a prepararte unos solomillos en la barbacoa y no quiero oír gilipolleces.

—Vale, a eso me apunto.

—Tenemos que ir a comprar. Espérame aquí, voy a decírselo a la vieja.

Diesel entró. Troy se quedó fuera mirando a los niños dando toques de fútbol americano. Un minuto después, su amigo volvió. Se llevaron el coche de Troy porque era el más fácil de sacar. Al encender el motor, los niños que jugaban empezaron a desmadrarse. El que llevaba el balón zigzagueó y se echó hacia atrás intentando mantener el coche entre él y sus perseguidores. Diesel bajó la ventanilla para decir algo justo cuando los dos chicos que perseguían al otro rodearon el coche cada uno por un lado y el perseguido tuvo que escapar corriendo al otro lado de la calle.



Wilson Walter Williams, encargado nocturno del supermercado Safeway, se encontraba en la oficina situada encima de la sección de carne. Abajo, el mercado estaba lleno de compradores. Su mirada se centró en los dos hombres como atraída por un imán. El más grande vestía una camisa de manga corta que dejaba a la vista innumerables tatuajes azules hechos a mano. En opinión del encargado nocturno, el tipo grande parecía alterado y tenía aspecto sospechoso. La tienda había sufrido recientemente una enorme cantidad de pérdidas en robos, especialmente de carne y cigarrillos. El otro hombre encajaba con la descripción de alguien que los reponedores de la mañana habían perseguido unos días antes y que había conseguido escapar.

Wilson Walter Williams cogió el teléfono. Tenía el número de la policía bajo el cristal de su mesa.

Abajo, Diesel eligió un solomillo enorme y lo puso en el carro. Llevaba una lista que le había dado Gloria.

—También tengo que comprar toda esta mierda.

—Cumple con tu deber, hermano. Te espero en el coche.

—No tardaré mucho.

Al salir, Troy cogió un paquete de mini Donuts. También cogió unas pastillas Pepto-Bismol para la acidez de estómago. Mientras esperaba en la caja rápida, cogió una revista *People* para echarle un vistazo mientras esperaba en el coche. Pagó en la caja y salió.

Detrás del mercado, un coche de policía con dos agentes, una mujer blanca y un hombre negro, pararon junto a la zona de carga. El encargado los estaba esperando.

—El más grande sigue dentro. El otro está en el coche, un Jaguar color burdeos. No he podido ver el número de matrícula.

—¿Les ha visto coger algo? —preguntó el agente Lincoln.

—No, pero el que está en el coche vino la semana pasada. Escapó con media caja de cigarrillos.

El agente negro iba en el asiento del copiloto.

—Yo me ocupo del tipo grande de la tienda.

La agente Melanie Strunk esperó hasta que los dos hombres desaparecieron por la puerta de carga. Después, condujo despacio por el callejón y entró en el aparcamiento.

Dentro del supermercado, Diesel empujaba un carrito lleno hasta arriba con las cosas de la lista de Gloria y con otras que le apeteció coger. La pistola asomaba por la cintura, debajo del jersey. Miró a su alrededor. Mucha gente compraba en la víspera de Navidad. No podía permitirse que se le cayera al suelo. Empujó el carrito por el último pasillo y miró a su alrededor. Nadie podría verle allí así que se levantó el jersey y colocó la Python 357 en una posición mejor.

Desde arriba, el agente Lincoln y el señor Wilson Williams se percataron del movimiento sospechoso. El agente Lincoln también se fijó en los tatuajes de tinta azul en las manos del tipo. En la Academia, le habían enseñado que aquellos tatuajes azules se hacían o en el reformatorio o en la cárcel. Cogió el walkie-talkie y lo encendió.

—Oye, socia, puede que tengamos a un par de chorizos.

—¿Pido refuerzos?

—No, solo son unos ladrones. Encuentra el Jaguar color burdeos y comprueba la matrícula.

En el aparcamiento, Troy se comía un Donut y ojeaba la revista preguntándose por qué la había cogido. No le aportaba nada intelectualmente y le interesaban poco los cotilleos sobre las estrellas de cine, aunque se había masturbado pensando en unas cuantas durante los años en la cárcel.

Su visión periférica y la alerta constante del depredador le advirtieron de algo detrás del coche. Miró por el retrovisor y vio el coche blanco y negro parado en perpendicular al Jaguar. El corazón le dio un vuelco. Se dio la vuelta y vio el uniforme junto a la ventana del conductor.

—Perdone —dijo la agente Melanie Strunk—. ¿Puede salir del coche, señor?

Ocultó el miedo.

—¿Qué ocurre?

Puso la mano en la puerta pero ella la abrió y retrocedió un paso. Deseaba poder verle los ojos escondidos tras unas gafas oscuras de aviador.

Bajó del coche.

—¿Qué ocurre, agente?

Se preguntaba qué había llamado su atención. ¿Había causa probable? Llevaba el dinero y la escopeta en el maletero, la pistola estaba bajo el asiento.

—¿Por qué está tapada la matrícula?

—¿Qué?

Se dirigió a la parte de atrás (ella se apartó) y miró la matrícula. Estaba tapada con un papel de periódico. Habrían sido los niños de casa de Diesel, era la única explicación posible. Lo arrancó.

—Algún niño habrá estado trasteando.

—¿Es su coche, señor?

Sospechaba menos de lo que debería porque era un hombre blanco bien vestido de treinta y cinco años. Un joven negro con ropa ancha habría disparado las alarmas.

—Sí, me lo acabo de comprar.

—¿Puedo ver su permiso de conducir?

—Claro.

Sacó la cartera y cogió el carnet a nombre de Al León Klein.

—Quédese aquí —le dijo y se llevó el carnet para comprobarlo. Estaba al otro lado del coche de policía, mirándole.

El coche de policía le tapaba la salida hacia atrás y, por delante, se la bloqueaba un muro de cemento por la altura de la rodilla. ¿Y si salía corriendo? No. El carnet de conducir y la matrícula pasarían el control. Miró a su alrededor. Solo había algunas personas fuera del supermercado observando la escena. Ni rastro de Diesel.

Melanie Strunk volvió y le devolvió el carnet.

—Muy bien, señor Klein. Se han producido muchos robos aquí. ¿Le importa que le eche un vistazo al coche?

¡Mierda! La ley establecía que podía negarse, le faltaba la causa probable. Pero, si se negaba, no lo dejaría marcharse y, si le daba permiso, renunciaría a sus derechos.

—¿Estoy detenido? —preguntó.

—No. Aún no.

Por encima de su hombro, Troy vio a Diesel salir por las puertas de cristal. El grandullón cargaba una bolsa con la compra en cada brazo. Troy pensó en la pistola bajo el asiento. ¿Sería capaz de sacarla y darse la vuelta con la velocidad suficiente?

—¿Le importa si echo un vistazo? —preguntó de nuevo.

—¿Qué está buscando?

—¿Lleva mercancía robada?

—No, por supuesto que no.

—¿Lleva drogas o un arma?

—No.

—Entonces, ¿qué tiene que esconder?

—Nada en absoluto.

—¿Entonces?

—Vale, muy bien. Deje que coja el jersey. —Estaba al otro lado del asiento del conductor, sobre la pistola. Abrió la puerta del coche. Por el rabillo del ojo, la vio abrir la pistolera. No podría coger su arma a tiempo. Se dio la vuelta para mirarla, lleno de desesperación.

—¡Quieta! —le dijo—. ¡Te cubren desde detrás!

Al hablar, se acercó hasta que estuvieron pecho con pecho y se abalanzó sobre ella.

Por un momento, se quedó petrificada; después, retrocedió un paso e intentó coger la pistola.

Troy le soltó un rechazazo.

Melanie se dio la vuelta lo suficiente como para que el golpe aterrizara sobre el casco rompiéndole un nudillo. Una oleada de dolor le recorrió el brazo.

La agente cayó sobre el coche de al lado, la cabeza le zumbaba mientras sacaba el revólver reglamentario. Antes de poder levantarlo, Troy lo cogió con la otra mano e

intentó quitárselo. Ella lo sujetó con las dos manos y le rodeó una pierna con las suyas.

Cayeron al suelo entre los coches disputándose la pistola. Troy se habría soltado fácilmente de no ser por la mano rota.

Diesel vio la pelea repentina. ¿Qué debía hacer?

Antes de poder decidir, el agente Lincoln y el señor Williams le rozaron al salir corriendo para ayudar a la agente en apuros.

Troy giraba la pistola de un lado a otro. Melanie aguantaba con un dedo en el percutor para que no se disparara.

Troy escuchó el sonido de pasos y, acto seguido, un terrible dolor acompañado de un rayo de luz que le atravesó el cerebro. ¿Una piedra?

De nuevo, la oleada de dolor. Una porra de policía rebotaba contra su cráneo. La sangre le chorreaba y se le metió en los ojos. Un antebrazo se le enroscó en el cuello cortándole la respiración y apartándolo de la agente.

Le dieron la vuelta y lo colocaron de cara contra el asfalto. Unas manos le retorcieron los brazos detrás de la espalda y escuchó el sonido de unas esposas de acero al cerrarse. Alguien se arrodilló sobre su espalda. Se quedó sin fuerzas. ¿Dónde estaba Diesel? ¿Por qué no le ayudaba? Troy deseó estar muerto.

—Ahí está el otro, entre la multitud —escuchó decir al encargado.

Diesel no escuchó las palabras pero vio cómo las cabezas se giraban para mirarlo. Hasta entonces, pensaba que no sospechaban de él. Le habían tocado al pasar. Mientras permanecía observando el lío, había sacado la pistola y la sujetaba bajo las bolsas de la compra. Intentó armarse de valor para acudir en ayuda de Troy pero todo ocurrió demasiado rápido, estaba bloqueado. No podía escaparse y abandonar a su amigo.

Ahora todo le resultaba confuso. Los dos agentes de policía se le acercaban separados para cubrirse el uno al otro. Lo único que él tenía era la pistola, un delito menor; un año antes, se habría rendido y habría cumplido la condena de seis meses a cinco años pero, ahora, se enfrentaba a la perpetua porque sería su tercer delito, por leve que fuera. Sabía lo que tenía que hacer. Prefería matar o morir que entregar el resto de su vida. La agente femenina iba directa a por él. El policía negro daba vueltas a su alrededor. La multitud se apartó para dejarla pasar. Se encontraba a poco más de un metro de él.

—Tú —le dijo, señalándolo.

Miró a su alrededor fingiendo creer que se refería a otra persona. Otros hicieron lo mismo. Melanie Strunk se acercó un paso más.

Diesel retrocedió. Vio su cara llena de pecas enmarcada por el casco de policía. El chaleco antibalas deformaba la camisa del uniforme, desaliñada y sucia de dar vueltas por el suelo con Troy. No vio la pistola debajo de la bolsa de la compra. Tuvo una

fracción de segundo, no lo suficiente, antes de que apareciera la boca del arma y disparara. La bala le dio en la parte baja del abdomen, bajo el chaleco. La fuerza del disparo la echó hacia atrás y casi le dio la vuelta mientras caía lanzando un corto aullido de dolor.

La multitud gritó y se alejó de él a toda velocidad.

El agente Lincoln se lanzó al suelo tras un coche para cubrirse y agarró fuerte su pistola.

Troy, con la mejilla contra el asfalto bajo la rodilla del encargado, se estremeció al escuchar el disparo. Se encogió e intentó levantarse. El encargado y un reponedor le saltaron encima.

Diesel disparó en la dirección del agente negro y corrió hacia el extremo del edificio. «Dios, Dios, Dios», repetía mentalmente. La tarde se había convertido de repente en el Apocalipsis.

Melanie Strunk rodó sobre el asfalto sujetándose la herida y apretando los dientes para no gritar. La sangre se le filtraba entre los dedos.

El agente Lincoln esperó hasta que el gigante giró la esquina antes de ponerse de pie y correr tras él.

En una calle detrás del supermercado, un ayudante del sheriff retirado escuchó los disparos y vio la enorme figura aparecer por la esquina y correr hacia una valla una calle más allá. El agente retirado pisó el freno y saltó del coche.

—¡Detente, miserable!

Diesel se echó sobre la valla y la saltó, aterrizó torpemente de cara a la valla y se tambaleó hacia atrás hasta que se cayó.

El agente retirado estaba justo detrás de él. Extendió los brazos como un *linebacker* listo para un placaje. Diesel se puso de pie. Intentó pasar corriendo junto al hombre pero, al sentir resistencia, le disparó en la pierna. El héroe cayó y Diesel se metió en su coche.

Detrás de él, el agente Lincoln se colocó en posición de disparo y apuntó. La distancia era de unos treinta metros. Al apretar el gatillo, Diesel se inclinó para cambiar de marcha.

La bala entró por la ventanilla del conductor, le pasó a escasos centímetros y salió por la ventanilla del copiloto, cruzó la calle y agujereó el escaparate de una barbería. Cari Ellroy estaba sentado en la barbería ajeno a todo excepto a su afeitado hasta que la bala se le clavó en el antebrazo rompiéndole el hueso y su reloj regalo de Navidad.

Diesel pisó el acelerador. El coche coleó al ponerse en marcha. Mientras avanzaba a toda velocidad por la calle, las balas chocaban contra él, pero siguió adelante. Diesel notaba cómo lo golpeaban pero no se percató de los dos agujeros en el depósito de gasolina, atravesado por una de las balas. La gasolina se vertía sobre el asfalto mientras se alejaba a toda velocidad. Miró el indicador de gasolina, medio

lleno.

De vuelta en el supermercado, varias voces histéricas pedían a gritos una ambulancia. Agentes en moto y coches de policía se sumaban a la locura con las sirenas y las luces a toda potencia. Los policías sustituyeron al encargado. Troy vio las piernas enfundadas en uniformes azules. Mientras un policía le pisaba la cabeza y le clavaba la cara en el asfalto, visualizó las paredes de granito de Folsom. Unas manos duras lo levantaron de un golpe por las espaldas de la espalda y tiraron de él hasta el coche con la parte de atrás cerrada con rejas. Se golpeó la cabeza con el marco de la puerta. Alguien lo empujó de la cabeza hacia abajo y lo tiró en el interior. Veía las luces azules dando vueltas fuera. Cuando el coche se puso en marcha, Troy escuchó el sonido de las aspas de un helicóptero. «Corre, Diesel, corre», pensó sumergido en su propia desesperación.

El coche robado recorrió poco más de un kilómetro antes de quedarse sin gasolina. Estaba en un vecindario de casas viejas. Grandes arcos cubrían la calle creando una noche artificial antes de que el sol se escondiera por completo. Al salir del coche, tembló al sentir la suave y fría brisa que soplaba contra su cuerpo sudado. Tenía que conseguir otro coche para escapar. Robaría otro. Corrió manzana abajo y atravesó un callejón hasta la calle siguiente. Subió a un porche y llamó al timbre.

No hubo respuesta.

Cruzó el césped corriendo. Vio luz por la ventana delantera de la casa de al lado. Tocó al timbre y esperó, temblando y mirando por encima del hombro. Oyó unos pasos acercarse y, al abrirse la puerta, el sonido de la televisión procedente del interior. Un hombre de unos sesenta lo recibió.

—¿Sí? —dijo el hombre. Detrás de él, un *sheltie* ladraba fuertemente—. Cállate —le ordenó el hombre empujándolo hacia atrás.

La puerta mosquitera seguía cerrada pero sin la llave echada. Diesel la abrió y le puso la pistola en el estómago.

—Necesito tu coche. ¿Dónde están las llaves?

El hombre se quedó sin habla.

—Um... Um... Um —fue todo lo que consiguió decir.

Diesel lo cogió por la camisa y le golpeó en el estómago con la pistola.

—¿Dónde están las putas llaves?

—En... En el coche.

El perro pequeño gemía junto a la pierna de Diesel.

—¿Quién es, Charlie? —preguntó una voz desde el interior.

—No te preocupes, cielo —gritó el hombre—. Yo me ocupo.

Diesel fingió atacar al perro que huyó, tal y como pretendía.

El hombre había estado en los marines y, tras la primera oleada de miedo, se controló.

—Tranquilo, amigo. No te causaré ningún problema.

—Perfecto. Muévete.

El hombre salió y cerró la puerta. Diesel avanzaba pegado a él con la pistola junto a la pierna en el lado apartado del hombre, como enseñan a la policía. Pensaba llevárselo con él. Dos personas en un coche no levantarían tantas sospechas. Se imaginaba al montón de policías enfurecidos recorriendo las calles.

Bajaron del porche, avanzaron por el camino junto a la casa y se dirigieron al garaje. No estaba cerrado con llave y el hombre levantó la puerta dejando a la vista la parte de atrás de un Cadillac Seville de diez años, de los del maletero abombado.

Al entrar, un foco los iluminó desde la calle.

—¡Policía! ¡No se muevan! —gritó una voz amplificada por un megáfono.

Diesel miró por encima del hombro. El foco casi lo cegaba. Apenas podía ver el contorno del coche patrulla.

—Tranquilo, viejo —murmuró—. No digas nada.

La indiferencia sustituyó al primer destello de desesperación y terror. Si aquel era el final del juego, que así fuera. Había llegado demasiado lejos para rendirse ahora.

—¿Cuál es el problema, agente? —preguntó mirando a través de la luz para comprobar si eran uno o dos.

—Quédese donde está —dijo una voz diferente. Eran dos. Escuchó sus pasos acercarse por el camino de entrada y distinguió las siluetas contra la luz.

La luz del porche de atrás se encendió y se abrió una puerta. La mujer del hombre mayor asomó la cabeza.

—¿Qué está pasando aquí, Charlie? —preguntó.

La luz del porche iluminó a los policías. Uno se giró hacia ella y apartó la escopeta que llevaba colgada al hombro. Diesel tardó un par de segundos en reunir el valor necesario para levantar la pistola.

—¡Va armado! —gritó el otro policía.

Preparó la escopeta.

Diesel disparó primero pero la bala falló. El policía apretó el gatillo de la escopeta. Clic. El percutor se cayó. Se había olvidado de montarla. Su compañero disparó su pistola. Diesel sintió el golpe en el abdomen, después, una punzada caliente en las tripas, era una sensación extraña. La Phyton le saltó en la mano de nuevo. El disparo le dio al primer agente en la cadera, le rompió el hueso y lo tiró al suelo.

El marine retirado se lanzó al suelo del garaje al tiempo que su mujer gritaba y entraba en casa para ponerse también a cubierto.

Después del disparo, el segundo policía se cubrió tras la pared del garaje. El foco de la calle iluminó el interior del garaje. Diesel se agachó junto al guardabarros delantero del coche medio cegado por la luz. El policía lo tenía atrapado. Sería

hombre muerto si intentaba escapar corriendo por la puerta pero tampoco podía quedarse allí agachado. ¿Dónde estaba el viejo? Lo cogería como rehén.

Como si el pensamiento de Diesel fuera un gatillo, el marine retirado se levantó de un salto al otro lado del coche y salió corriendo.

—¡No disparen! ¡No disparen! —gritó con las manos levantadas.

El agente no abrió fuego. Veía a su compañero retorcerse de dolor en el suelo oscurecido por la sangre. Sabía que el sospechoso se encontraba al otro lado del coche.

—Ríndete —gritó—. No podrás salir de ahí. Los refuerzos están a punto de llegar.

En cuanto habló, se movió pegado a la pared del garaje utilizando una linterna para guiarse. Si Diesel hubiera salido corriendo en esos escasos segundos, habría tenido vía libre para llegar a la calle. El agente rodeó la parte de atrás del garaje y apareció al otro lado. Se encontraba en la pared opuesta a donde Diesel creía que estaba.

Su enorme cuerpo se sacudía por los espasmos. Los refuerzos llegarían en cualquier momento, tenía que hacer algo. Observó la esquina donde pensaba que se escondía el policía, aguantó la respiración y se arrastró a lo largo del lateral del coche. Se enroscó sobre sí mismo y corrió hacia la derecha; al girar la esquina, embistió y disparó dos veces. Ni rastro del policía.

—¡Quieto! —gritó el policía a sus espaldas.

Diesel se dio la vuelta. Vio la cabeza y la mano con la pistola del policía, estaba de pie contra la luz del foco. Corrió hacia él apretando el gatillo pero la Phyton 357 solo tenía seis balas y se habían agotado. La recámara estaba vacía. «Mierda», pensó.

Fue su último pensamiento. El policía le disparó dos veces en el pecho y en la cabeza. Diesel sintió el impacto mientras caía sumido en un dolor momentáneo, la luz cegadora del foco lanzó un destello y se apagó llevándose su alma con ella. Cuando tocó el asfalto con la pistola caliente aún en la mano, ya no era más que un trozo de carne.

Capítulo 17

Ya en la comisaría, arrastraron a Troy fuera del coche. Varios agentes lo esperaban con apretados guantes de cuero y porras. Lo golpearon, patearon y arrastraron por el suelo y siguieron golpeándolo al subir por las cortas escaleras. Unas botas pesadas le dieron en la cabeza. Dentro, alguien le sujetó la cabeza por el pelo y le clavó un puñetazo en la cara. La nariz le crujía con cada golpe. Le rompieron la mandíbula.

Después de que le registraran y certificaran el visto bueno físico, lo esposaron a una puerta de barrotes junto al pasillo principal para que quien así lo deseara pudiera patearlo y darle puñetazos hasta cansarse. Cierto que el hombre que había disparado a dos agentes y los había aterrorizado ya estaba muerto, pero tenían a su socio. Cuando se corrió la voz de que Melanie podía quedar parcialmente paralizada, la histeria aumentó durante unos minutos. Troy les mostraba su odio y les desafiaba lo mejor que podía, a gritos.

Cuando cambiaron el turno, tenía una muñeca rota tan hinchada que la carne de color azul oscuro, casi negro, ocultaba la esposa. Escupía sangre y trozos de diente, le habían roto la mandíbula y las costillas. También tenía rota la nariz y los ojos tan hinchados que apenas veía movimientos borrosos. Un ayudante borracho que llegó tarde se subió a las barras y saltó sobre el hombre esposado. Se escuchó el sonido de los huesos al romperse y la oleada de dolor fue tan grande que se desmayó.

Antes del amanecer, una hora antes del cambio de turno, el capitán de guardia salió de la oficina para tomar un café y vio a Troy aún colgado de las barras.

—Sacad esta basura de aquí —dijo al darle un golpecito a la figura inerte con la punta del pie—. Llévalo al hospital del condado antes de que uno de esos judíos cabrones de la Unión de Libertades Civiles Americanas lo vea y empiece a gritar que es brutalidad policial. Si alguien pregunta, lo hirieron en el aparcamiento y unos negros lo asaltaron en las celdas.

—Entendido, capitán —dijo el sargento—. A esos chupapollas no les importa que una agente quede paralizada, solo les interesan los mierdas como este. Si dependiera de mí, lo sacaría fuera y le pegaría un tiro.

—En Brasil, dieron con la solución perfecta. Allí, el proceso debido es una bala detrás de la oreja.

—Tendremos que empezar a hacer eso también muy pronto. Sácalo de aquí. No quiero verlo más.

Así, metieron a Troy en la parte de atrás de un coche de policía con dos agentes.

—Arregladlo y traedlo otra vez. Los detectives querrán hablar con él antes de llevarlo a juicio.

Mientras daba botes en el asiento de atrás, Troy deseó que pararan y lo mataran. Podrían decir que había intentado escapar. De haber sido capaz, les habría obligado a

hacerlo. Envidiaba a Diesel.

El personal de urgencias atendía a cualquiera que llevara la policía. Disparos, puñaladas, sobredosis, para los médicos y enfermeras todo era lo mismo. Trataban las dolencias físicas y no realizaban juicios morales ni preguntas. En esta ocasión, sabían quién era. La historia inundó las ondas locales durante toda la noche, además, ya habían atendido a dos agentes heridos y al ciudadano de la barbería, así que sabían por qué se había llevado la paliza, pero nada más. El doctor insistió en ingresarlo. Tenía rotos la mano, el brazo y algunas costillas, el pómulo hundido y una conmoción severa. Cuando informaron a los agentes que lo acompañaban, estos llamaron al capitán de guardia. No le hizo gracia dejar al sospechoso fuera de la cárcel, especialmente cuando no estaban seguros de su verdadera identidad, pero el manual de procedimientos no dejaba lugar a dudas: el personal médico tiene la última palabra.

—Que lo firme el médico —dijo el capitán de guardia y después designó a un agente para que se quedara en el hospital.

El sospechoso se quedaría atado al marco de la cama con grilletes en las piernas. En el hospital, no disponían de un ala carcelaria pero las ventanas de la habitación tenían barrotes. El capitán de guardia se había cubierto las espaldas y eso era todo lo que le importaba.

Cuando Troy despertó de la anestesia después de la cirugía, con la muñeca escayolada y la mandíbula en su sitio, ya no quería morir. La morfina había obrado su magia. Gracias a ella, el tormento mental y el dolor físico se volvieron soportables. Aguantaría lo que le sucediera sin quejarse. Incluso consiguió dar alguna cabezada y hasta soñar, en una ocasión con el hijo de Diesel, crecido, señalándole con un dedo acusador; se sintió fatal al gritar que no había sido su culpa. Otro sueño lo despertó asustado y tapado con las sábanas húmedas. Intentó recordarlo sin éxito y, después, soltó una carcajada que le dolió en las costillas. ¿Qué cojones tenía que temer? Ya se le había caído el mundo entero sobre la cabeza. Pensó en Diesel con sentimientos enfrentados, compasión por la mujer y el hijo de Diesel, ira inquisitiva al recordarlo entre la multitud. ¿Por qué coño no le había ayudado cuando vio al policía? Y, si no pensaba ayudarlo, ¿por qué cojones no había escapado cuando tuvo la oportunidad? Troy revivía la escena segundo a segundo y se dio cuenta de que aquella era una pregunta que Diesel nunca respondería.

Al oír el repiqueteo de unas llaves, miró a la puerta. Se abrió y una enfermera hizo pasar a tres hombres. Dos eran detectives de mandíbulas de hierro; el tercero, un joven de mofletes sonrosados con un maletín que se presentó como ayudante del fiscal del distrito. Los detectives lo miraron con hostilidad; Troy era el socio del tirador e igualmente responsable de que Melanie Strunk quedara paralizada. Troy los ignoró y estudió al ayudante del fiscal con cara de niño. Tenía los ojos de un color

azul sin gracia y sin expresión. Troy sintió que era un enemigo peligroso.

Le enseñaron una cartera y una placa.

—Sargento Cox —dijo el hombre que la sujetaba—. Él es el detective Fowler y el señor Harper. El señor Harper pertenece a la oficina del fiscal. Quiere hacerte algunas preguntas.

El señor Harper se aclaró la garganta.

—¿Cómo se encuentra?

La mandíbula cerrada le impedía hablar pero consiguió balbucear.

—Estoy bien. ¿Cuándo me voy a casa?

—¡A casa! ¿Crees que te vas a casa?

Troy se encogió de hombros.

—No he hecho nada.

El sargento Cox adoptó una expresión de desprecio.

—¿Qué pasa con el dinero del maletero? ¿De dónde ha salido?

Se encogió de hombros.

—Sabemos que no te llamas Al León Klein. ¿Quién eres?

Troy consiguió esbozar una sonrisa a pesar de la mandíbula cerrada.

—Lo sabremos dentro de unas horas —dijo el sargento Cox—. Apostaría el culo a que tienes antecedentes.

—Te retenemos por una sospecha de asesinato.

—¡Asesinato! ¿El asesinato de quién?

—Cari Johnson.

Troy hizo un gesto de desprecio pero sintió ganas de vomitar. Pensó en la ley sobre delitos graves por la que los socios de un crimen son legalmente responsables si alguien muere durante la perpetración de un delito. Si la policía se presenta durante un robo, confunde al dueño de la tienda con un ladrón y lo mata, el ladrón es culpable de asesinato. Y si la policía o el dueño de la tienda matan a un ladrón que actúa con un socio, el socio es culpable de asesinato. Pero ¿cuál era el crimen que se había cometido? Además, ya estaba bajo custodia y esposado en el suelo antes de que se produjera cualquier crimen. ¿Es que se había producido algún otro aparte del tiroteo?

—También estamos pensando en colgarte una conspiración para cometer un robo.

—Presentadla —dijo Troy—. Y, después, probadla.

Los detectives entornaron los ojos. Harper sacó una tarjeta de advertencia y se la leyó.

—Firme esta dispensa y podremos hablarlo —le dijo—. Si no ha hecho nada, cuéntenos lo que pasó para que podamos soltarle.

Troy intentó preguntar con la mirada «¿Estás loco?». Después, negó con la cabeza y se echó a reír. Si firmaba la dispensa, no habría nada en el mundo que evitara que se subieran al estrado como testigos y recitaran una confesión detallada, cada uno

corroborando la historia del otro. Puede que no lo hicieran pero resultaba imposible estar seguro. Un amigo suyo fue una vez a juicio y un sargento detective de la policía de Los Ángeles declaró bajo juramento que el acusado confesó el robo de una caja fuerte. Si el acusado subía al estrado y negaba la confesión, el fiscal sacaría a relucir sus antecedentes para acusarlo. Troy se negaba a arriesgarse firmando la dispensa. Regla número uno al tratar con la policía: no respondas a ninguna pregunta sin un abogado a mano.

—¿Sabéis qué? —dijo como pudo entre dientes—. Creo que lo mejor es que hable con un abogado, ya.

Los detectives y el fiscal del distrito se miraron y se encogieron de hombros. Se levantaron dispuestos a marcharse. La enfermera les abrió la puerta. Cuando el fiscal y uno de los policías se dirigían hacia la puerta dándole la espalda, el sargento Cox se inclinó sobre él como si fuera a decirle algo en voz baja. En vez de eso, miró por encima del hombro, se aseguró de que nadie lo veía y le dio una bofetada con todas sus fuerzas en la cara.

El sonido del golpe hizo que los demás se giraran para mirar pero nadie supo lo que ocurría. Cox cogió a los dos por el hombro.

—Vamos a comer —les dijo.



Más tarde esa misma mañana, se abrió la puerta y entró un ayudante del sheriff acompañado de un médico y una enfermera con su historial. El médico echó un vistazo a su historial y después lo examinó: una pequeña linterna enfocada a los ojos, la escayola del brazo, los descoloramientos amarillos azulados del cuerpo.

—Vivirás —le comentó mientras escribía en el historial; luego, se dirigió a la enfermera—. Lo dejaremos aquí un día más.

Salieron y el ayudante cerró la puerta.

Diez minutos después, el ayudante la volvió a abrir para dejar entrar al equipo de limpieza, un trío de negros equipados con fregonas, escobas y trapos. El ayudante tuvo que apartarse de la puerta para que entraran el cubo con ruedas de la fregona. El negro que limpiaba la mesita miró hacia atrás para asegurarse de que el ayudante no lo escuchaba.

—Chuckie Rich es mi primo, macho. Me dijo que te saludara y que te preguntara qué podía hacer por ti.

¡Chuckie Rich! Troy lo conocía desde el centro de menores y, a pesar de la hostilidad racial que impregnaba la cárcel, ellos se hicieron amigos. Chuckie era centrocampista del equipo All Star del instituto Roosevelt y ganó una beca para la

Universidad del Sur de California hasta que lo pillaron con un gramo de heroína. Fue entonces cuando conoció a Troy. Desde ese momento, se dedicó a estafas menores y robos y fue a la cárcel reiteradamente por delitos menores.

—¿Dónde está? —preguntó Troy—. ¿Está fuera?

—Sí. Quiere saber qué puede hacer por ti.

—Necesito una llave Stillson, así de grande. —Levantó las manos a unos cuarenta y cinco centímetros de distancia.

—Se lo diré, tío. No te preocupes.

El ayudante reapareció en la puerta. El primo de Chuckie acabó de limpiar la cama y salió para que el ayudante cerrara.

Troy intentó no emocionarse demasiado. No sacaría nada de aquello. Aunque Chuckie quisiera ayudarlo, ¿qué posibilidades había de que su primo se arriesgara a ir a la cárcel? Con una llave Stillson podría doblar los barrotes de la ventana hasta romperlos pero ¿cómo la iba a conseguir? El ayudante vigilaba cada vez que se abría la puerta para llevarle comida, la medicación o para limpiar. Incluso si alguien conseguía meterla, sería al día siguiente como muy pronto y, al día siguiente, a Troy le darían el alta y lo trasladarían a la cárcel del condado. No, sabía cómo retrasar eso al menos un día más.

Había visto una cuchilla Gillete de doble filo oxidada en el cajón de la mesita. Abrió el cajón y la sacó. Cuando se abrió la puerta para dejar entrar al técnico del laboratorio, Troy tenía las piernas dobladas a la altura suficiente para tapar cómo se arañaba el dedo con la punta de la cuchilla lo suficiente para sacar una pequeña gota de sangre aplicando presión.

El técnico de laboratorio le sacó sangre mientras le tomaba la temperatura, la tensión y, finalmente, le pasó un bote para una muestra de orina. Al mear en el bote, dejó que el pis le diera en la pequeña gota de sangre del dedo. Sangre en la orina podía significar muchas cosas, desde piedras en el riñón hasta cáncer o lesiones internas. Necesitaría más pruebas, quizá incluso rayos X. Tendría que pasar al menos otro día en el hospital. No confiaba en el primo de Chuckie pero no tenía nada que perder apostando por la mínima posibilidad de que algo pasara. La única opción de volver a ser libre pasaba por escapar. Resultaba más factible poder largarse del hospital que de la cárcel y escapar de Folsom rozaba el milagro.

Cuando se abrió la puerta para la cena, la comida de la bandeja, pavo, puré de patata y salsa de arándanos, le recordó que era Navidad. Se le había olvidado por completo y ahora todo quedaba bañado por una inefable tristeza, el caldo de cultivo perfecto para la autocompasión, algo que rara vez se permitía. ¿Cómo podían acusarlo de asesinato? ¿Qué había hecho? Solo había robado a un negro contrabandista y traficante de droga y había matado a un maníaco homicida. El secuestro, bueno, eso fue grave pero lo hizo para que un gilipollas pagara su deuda;

no fue por el rescate. Incluso si aquello era grave, no lo era tanto; no le parecía justo pasar el resto de su vida en la cárcel. Menuda mierda.

Justicia, era lo único que quería. Entonces, se dio cuenta de lo que estaba pensando y se echó a reír. No quería justicia, ni siquiera sabía qué era eso. Quería lo que quería, igual que todo el mundo, y el resto eran gilipolleces, verborrea.

Para escapar a su ansiedad, su cuerpo le pedía dormir, le iba venciendo. Tal vez se despertara en otro mundo.

Antes de que saliera el sol, se abrió la puerta. Troy escuchó el repiqueteo de unas cadenas. Entraron dos agentes, uno empujaba una silla de ruedas, el otro llevaba su ropa destrozada y apestosa.

—¿Quieres ponértela? —le preguntó el ayudante.

Troy negó con la cabeza. Sintió náuseas. Pensaba que lo trasladaban a la cárcel del condado. Llevaron la silla de ruedas hasta la puerta de atrás y salieron al aparcamiento; entonces, le dijeron que se levantara y caminara. Uno de los agentes le dijo al otro que tenían todo el tiempo del mundo, el juez nunca aparecía antes de las diez y media. Troy sintió despertar sus esperanzas. Lo llevaban al juzgado, no a la cárcel. Puede que hasta pasara una noche más en el hospital. Quizá Chuckie Rich y su primo conseguirían echarle una mano.

El juzgado municipal se encontraba en frente del principal, al otro lado de la calle. Cuando aún les quedaban varias manzanas por recorrer, recibieron una llamada informándoles de que periodistas y cámaras de televisión los esperaban en la entrada principal así que aparcaron en un callejón y lo llevaron por la puerta de atrás. El vestíbulo del juzgado ya estaba lleno de abogados y litigantes, policías y acusados bajo fianza y agentes de fianzas. Un alguacil abrió una puerta que daba a una especie de sala de espera de planta abierta junto al tribunal que parecía más bien un baño anexo con las paredes estropeadas por los grafitis que las cubrían y el hedor de un baño atascado. Al menos, no había nadie más. Ya había estado en salas como aquella con otros cincuenta prisioneros hacinados en una sala de cinco metros.

Mientras el alguacil y los agentes le quitaban los grilletes y las esposas, sus ojos desprendían una hostilidad especial. Él, a su vez, intentó transmitirles una soberbia indiferencia.

Al otro lado de la puerta, escuchaba a la gente reuniéndose en la sala. A las diez y media, se llamó al orden en la sala y, un minuto después, se abrió una puerta y el alguacil le hizo un gesto para que saliera. No había espectadores pero sí toda una selección de fiscales, ayudantes, alguaciles y un juez que parecía pequeño y calvo aun enfundado en la toga y subido en el estrado. Todo el mundo ocupó sus puestos y un funcionario del juzgado presentó el caso.

—El pueblo de California contra John Doe número uno, criminal número seis, seis, siete, cuatro, ocho guión noventa y cuatro.

Troy bajó la cabeza y se sonrió a sí mismo. Aún no sabían quién era. Tenían que acusarle de algo en cuarenta y ocho horas o soltarle.

—Presento la demanda al acusado —dijo el funcionario al pasarle varias páginas grapadas al alguacil que a su vez se las pasó a Troy.

—Que conste en acta que el acusado ha sido informado —dijo el juez mirando las hojas de la demanda a través de unas bifocales. Entonces, miró a Troy—. ¿Cómo se llama?

—John Doe, supongo.

El juez, calvo, se sonrojó al escuchar la respuesta.

—¿Tiene abogado? —preguntó.

—Por el momento, no, Señoría. No me han permitido hacer ninguna llamada.

—¿Es eso cierto, señor D'Arcy? —El juez miró al asistente del fiscal del distrito.

—No lo sé, Señoría. Entiendo que es un procedimiento estándar el permitir a todo el mundo realizar una llamada.

—A mí no, Señoría.

—¿Puede ser porque no quiere dar su nombre?

—No lo sé. Solo sé que no he tenido la ocasión.

El agente que lo acompañaba se puso en pie.

—Señoría...

—Sí.

—Yo he trasladado al señor... Doe. Si no ha realizado la llamada, le garantizo que podrá hacerlo en cuanto salgamos.

—Es el agente...

—Barlett, señor. Ayudante del sheriff Barlett.

—Muy bien. Usted se encargará. —Después, se dirigió a Troy—. ¿Tendrá su propio abogado?

—Sí, eso espero.

—¿Puede permitirse uno?

—Bueno, tenía dinero en el coche.

—Señoría —interrumpió el fiscal—. Creo que el acusado se refiere a unos ciento cincuenta mil dólares que se encontraron en el maletero de su coche. Creemos que puede ser el botín de un delito...

—¿Qué delito? —preguntó Troy.

El juez levantó una mano.

—Conténgase, señor... Doe.

—Estamos investigando de dónde ha podido salir —continuó el fiscal—. Está requisado como prueba.

—Bueno, no nos ocupamos de ese asunto en este proceso. Se le asignará un abogado de oficio hasta que pueda procurarse uno propio. ¿Qué hay de la fianza?

¿Cuál es la posición del pueblo?

—Creemos que lo justo es un millón de dólares. El acusado no ha revelado su identidad, los cargos son extremadamente serios y existe un elevado peligro de fuga para evitar el proceso.

—Señor Doe, ¿qué tiene que decir?

—Creo que me sobreestiman.

—No, no lo creo, sigue sin dar su nombre. Fijaré la fianza en un millón de dólares. Necesitamos una fecha para la vista preliminar.

El funcionario acercó el libro grande al estrado, lo colocó delante del juez y señaló con el dedo.

—Fijaremos la vista preliminar el viernes, cinco de enero, a las diez de la mañana.

La comparecencia terminó. El juez ordenó un receso de diez minutos. El alguacil y los agentes se llevaron a Troy y le pusieron de nuevo los grilletes además de una esposa unida a una correa de cuero que le rodeaba la cintura; tenía la otra muñeca escayolada. La comparecencia duró cuatro minutos después de seis horas de espera.

De vuelta en la habitación contigua a la sala, tuvo que esperar cinco horas más para que lo llevaran de nuevo al hospital. Fuera, ya había oscurecido. Miró las luces de los escaparates de las tiendas a través de la malla del coche policial. En una de ellas, un dependiente bajaba un árbol de Navidad. Aquella visión le produjo una punzada de incipiente añoranza. Había abandonado toda esperanza de que Chuckie Rich le enviara la llave Stillson, no había forma de pasarla por la puerta vigilada, era demasiado grande para esconderla en la bandeja de la comida. ¿Podría romper la pequeña ventanilla de vigilancia de la puerta y pasarla por allí? Difícilmente.

Observaba con nostalgia por la ventana con rejilla el mundo libre mientras en el fondo de su subconsciente escuchaba a los agentes hablando sobre hipotecas y el matrimonio.

La furgoneta se paró junto a la entrada de urgencias. Uno de los agentes entró y volvió con un guarda negro que empujaba una silla de ruedas. Sujetaron los grilletes a la silla, le pusieron una manta sobre el regazo y lo empujaron por el pasillo que brillaba gracias a las luces fluorescentes reflejadas en el esmalte. En su habitación, le hicieron quitarse la ropa del juzgado y ponerse el pijama del hospital.

Mientras observaba los dientes de acero chasqueando contra la ranura, se percató del bulto debajo del colchón. Hizo ademán de levantar el borde del colchón para meter la mano debajo y sacar lo que allí hubiera pero su instinto le dijo que sería mejor esperar hasta que el agente y el guarda se marcharan.

En cuanto se cerró la puerta, metió la mano debajo y sacó una bolsa de plástico grande. El corazón le dio un vuelco y se le aceleró al notar lo que pesaba. Se la colocó sobre el regazo y sintió el mango de la llave. El metal chocó contra algo más.

Abrió la bolsa y metió la mano: sus dedos sintieron el percutor y el cilindro de un revólver. Utilizando las rodillas levantadas para tapar cualquier vistazo a través de la ventanilla de vigilancia, sacó una vieja Smith & Wesson calibre 38 de cañón largo, una pistola conocida como «especial para policía» antes de que pasaran a la Magnum 357 y a la rápida 9 mm automática. El azul se había desgastado en el cañón y el mango desportillado, pero estaba engrasada y cargada. Hizo presión sobre el gatillo; el percutor empezó a levantarse y el cilindro a girar. Parecía funcionar perfectamente.

Siguió con la llave. Consistente. Okie Bob le había hablado de cómo habían roto el mismo tipo de barrotes en Soledad con una llave Stillson. Se colocaba la llave en las barras y se movía de delante a atrás hasta que el metal cedía y el barroto se rompía. Troy esperaba a que las cosas se tranquilizaran durante la noche, probablemente tras el control de medianoche; después, pondría en práctica su jugada, o al menos vería si era posible.

El agente y el guarda volvieron con una bandeja de comida fría. Tenía la pistola y la llave bajo las piernas, tapadas con las sábanas. Estaba demasiado nervioso para comer. Mientras pasaban las horas con una espantosa lentitud, se dio cuenta de lo que había hecho el primo de Chukie. La puerta de la habitación se había quedado abierta porque estaba vacía o la habían abierto temporalmente para limpiarla sin vigilancia durante ese tiempo porque no había nadie dentro. Tuvo que ser así. No había otra posibilidad. ¿Quién cojones afirmaba que un blanco y un negro no podían ser amigos? Chuckie Rich era mejor amigo que muchos de los colegas blancos de Troy. Qué putada que en la bolsa no hubiera también una dirección ni un número de teléfono.

Las luces se apagaron a las diez. Durante otra hora, escuchó voces de la televisión de una sala cercana; poco después, se apagó también. Escuchó pisadas en el pasillo. El rayo de una linterna entró por la ventanilla de vigilancia. Fingió dormir y se aseguró de que su cuerpo resultaba fácil de ver. No necesitaba que entraran a comprobar cómo estaba.

Después del siguiente control, llegó la hora de ponerse a trabajar. La primera etapa consistía en librarse de la cama. La llave no tuvo problema con la barra hueca a los pies de la cama. Era de una aleación barata de metal que se rompió con un par de intentos. Los grilletes se soltaron. Ciertamente que aún los tenía sujetos al tobillo y la cadena colgaba pero ya podía moverse libremente.

Salió de la cama y se acercó a la puerta para mirar a ambos lados del pasillo. Nada se movía. El agente de servicio obviamente prefería sentarse en la sala de las enfermeras donde podía ver películas toda la noche.

Troy se acercó a la ventana y quitó la pantalla. Tuvo que romper un par de pequeños cristales para poder llegar a los barrotes. Al cerrar la llave y empujar, sus ánimos se vinieron abajo. Parecían inflexibles. Tiró con fuerza y después empujó

todo lo que pudo. Se movió una mínima fracción de milímetro, fue suficiente. Si se movían, por poco que fuera, finalmente conseguiría romperlos. Tiró con todas sus fuerzas y después empujó de nuevo.

El sonido de unas llaves, pasos. Se metió en la cama con la pistola en la mano. Si alguien abría la puerta, no saldría por la ventana sino por la puerta principal. No quería que las cosas salieran así ya que perdería la poca ventaja que podía tener. Giró la cabeza y cerró los ojos. A través de los párpados, notó la luz. Segundos después, desapareció y los pasos dejaron de oírse. Otra comprobación rutinaria. Dios mío, ¿cómo podía no haberse dado cuenta de que faltaba la pantalla en la ventana?

Una vez más, Troy se deslizó hasta el suelo y volvió a mirar a un lado y a otro del pasillo. Vacío. Manos a la obra.

La barra cedió un poco más, y un poco más. De repente, se partió. El ruido fue brutal, sonó como una pequeña pistola.

«¡Joder! ¡Hostia puta! Alguien lo habrá oído». Colocó la pantalla en su sitio y corrió hacia la puerta. Si alguien se acercaba, saltaría a la cama y aguantaría la respiración.

Nadie reaccionó así que empezó a emocionarse. Conseguiría escapar. Que un pobre infeliz descalzo, en pijama de hospital, con una cadena colgando y una mano escayolada lograra escabullirse era mucho pedir, pero lo que ya había conseguido era casi un milagro: que uno de los pocos negros amigos suyos tuviera un primo que trabajara en un hospital y tuviera los cojones de colarle una llave y una pistola. Gracias a Dios por que Chuckie Rich no odiara a los blancos como la mayoría de hermanos de las cárceles de California.

Llegó la hora de pasar a la acción. Rasgó las sábanas en tiras con las que envolvió la cadena y se la ató a la pierna. Llevaba calcetines y zapatillas de tela. Al menos, no iría del todo descalzo aunque no le cabía duda de que se haría daño al saltar al callejón.

Con un brazo escayolado, le resultaba imposible sujetar el arma en la mano mientras se descolgaba. Utilizó más tiras de las sábanas, las metió por la protección del gatillo, ató los extremos y se hizo un collar con la pistola colgando del cuello bajo la parte de arriba del pijama.

Con la ayuda de la llave, dobló los barrotes hacia fuera lo suficiente para poder pasar por en medio. El espacio era estrecho pero metió primero la cabeza, retorció el torso y después sacó el resto del cuerpo. El extremo roto de los barrotes le desgarró un trozo de piel del pecho. No le importó una mierda. Apoyó los pies en un estrecho alféizar en el que solo cabían los dedos. Casi unos tres metros lo separaban del callejón de abajo, demasiado alto para arriesgarse a saltar sin zapatos.

Se descolgó por la ventana hasta que pudo sujetarse al pequeño alféizar con los dedos. Se quedó colgando. Esperaba sujetarse para después dejarse caer pero el

momento fue demasiado fuerte, el peso le soltó los dedos y cayó al vacío de culo con las piernas al aire pero no se rompió nada. En un acto reflejo, echó los brazos hacia atrás para sujetarse. El dolor de la muñeca rota le recorrió el cuerpo como un rayo y lo dejó empapado en sudor. Unas potentes descargas de dolor le asaltaron el cerebro.

Tenía que moverse rápido y no parar hasta dejar atrás el pequeño pueblo. Cuando saliera el sol, cada ciudadano y cada policía en un radio de más de cien kilómetros lo estarían buscando. Cualquiera que viera a un hombre corriendo vestido con un pijama de hospital encendería las alarmas. Tenía que alejarse lo máximo posible y rápido antes de la mañana.

Avanzó hasta el final del callejón. ¿Por dónde ir ahora? Parecía una escena surrealista, las tiendas vacías, las calles desiertas con los semáforos siguiendo sus ciclos para nadie. En mitad de la calle, no había donde esconderse si veía acercarse unos faros pero no le quedaba otra opción, tenía que arriesgarse.

Respiró profundamente y corrió en diagonal a través del bulevar hacia la siguiente intersección. Avanzó una manzana y se encontró en la entrada de un sórdido barrio residencial. Había árboles, arbustos y sombras donde poder esconderse. Cuando se acercaron las luces de unos faros, se pegó a un árbol y lo fue rodeando a medida que pasaba el coche. Apareció otro y se tiró al suelo, bocabajo, junto a un arbusto de ficus, lo que provocó los ladridos desesperados de un perro. El coche pasó de largo y Troy avanzó en la dirección opuesta. Unas luces se encendieron a sus espaldas y escuchó al dueño del perro ordenándole que se callara.

Apenas conocía el pueblo pero una señal en la calle decía que se dirigía al oeste. Algo más de un kilómetro (o dos, o tres) en aquella dirección lo separaba de la interestatal que se extendía hacia el norte y hacia el sur, hasta San Francisco y Los Ángeles, a casi quinientos kilómetros. A Troy le daba igual ir en una dirección o en la otra, tenía que escapar de allí, aunque San Francisco quedaba mucho más cerca.

Recorrió un callejón que se extendía entre las casas. De manera instantánea, un coro de perros empezó a aullar, a ladrar y a saltar contra las puertas y vallas. Aceleró el paso. Los perros parecían pasarse los ladridos de una casa a la siguiente. La superficie del camino la formaban duras piedras y tierra y las zapatillas de tela no lo protegían al pisar las piedras. Cada vez, se retorció de dolor y cojeaba durante unos pasos. Los pies empezaban a arañarse bajo la tela; lejos quedaban los días de aquel joven descalzo que se pasaba la mayor parte del verano sin zapatos. Calculó que había caminado al menos unos cinco kilómetros. Pronto tendría las plantas de los pies en carne viva y ensangrentadas. Quizá debería encontrar un agujero y meterse bajo tierra. No. La caza sería demasiado intensa. Incluso utilizarían perros. El pueblo era demasiado pequeño, tenía que seguir alejándose.

Al final de las casas, se detuvo. Más allá, se extendía un parque. Fue incapaz de determinar su tamaño pero debía de ser más de una manzana porque le resultaba

imposible ver a través de él. Se adentró. Gracias a Dios, la hierba mojada le calmó los pies. A través de los árboles, vio la luna plateada baja en el horizonte. Los últimos efectos de la morfina desaparecieron; el dolor le sacudió el cuerpo desde varias fuentes distintas pero siguió avanzando.

Primero, escuchó el sonido de los coches al pasar y, unos treinta metros más allá, rodeó unos setos y vio la interestatal elevada. Lo único visible sobre la valla cubierta de hiedra eran los techos de los enormes tráilers que circulaban de noche. La desesperación tomó la siguiente decisión: robaría un coche. Era un hombre solo en el sentido más primitivo imaginable.

Avanzaba a lo largo del límite del parque, bordeando los arbustos, mientras observaba la carretera elevada al otro lado de la estrecha calle. Al final del parque, la calle perpendicular desembocaba en una incorporación a la interestatal. Había un paso inferior bajo la carretera. Allí habría otra incorporación pero esa se dirigiría al norte, hacia San Francisco. Quedaba más cerca pero en Los Ángeles era donde podría conseguir ayuda. Una señal rezaba U. S. 101 Sur con una flecha. Cerca de la intersección de la entrada y de la calle junto al parque, había una señal de *stop*. Perfecto.

No eran tan perfectos los cuarenta metros de espacio abierto entre el terreno verde y la señal de *stop*. La brillante luz de la autovía convertía el césped en el campo del estadio de los Dodgers. Primero, tendría que recorrer el espacio abierto y esperar que nadie lo viera y, después, cruzar los dedos para que las puertas estuvieran abiertas.

Al avanzar en busca de un lugar para esconderse, recordó los documentales de naturaleza en los que el león permanecía agachado entre la maleza, moviendo la cola.

Faros. Una camioneta de carga con la parte de atrás descubierta y llena de trabajadores del campo mexicanos se detuvo y después continuó avanzando por la incorporación. Joder, empezaban a trabajar pronto. Ni siquiera los gallos se habían despertado ya y ellos ya se dirigían a los campos.

Apareció otro coche. Vio su silueta pasar, llevaba un ocupante. Aminoró y se detuvo.

Troy se abalanzó hacia él con la pistola chocando contra el pecho bajo la parte de arriba del pijama, empapada en sudor. Necesitaba la mano buena para abrir la puerta del coche.

Aún lo separaban unos treinta metros de distancia cuando se apagó la brillante luz de los frenos y el coche se puso en movimiento. Se acercó unos segundos más pero en seguida se agrandó la distancia. Se detuvo. Jadeaba. Por alguna razón, recordó que la presa se le escapa al león en la mayoría de ocasiones.

¿Lo había visto el conductor? No, había acelerado despacio y de forma constante.

Retrocedió un poco y se llenó los pulmones de aire fresco. Se sentó sobre la hierba mojada detrás de los setos. Tras un minuto de descanso, se reajustó la cadena

de los grilletes, le dio varias vueltas al trozo de sábana alrededor de la pierna y lo apretó todo lo que pudo. Tenía calor y sudaba, la brisa fresca de las horas antes del amanecer le ponía la piel de gallina. Cogió la pistola que le colgaba del cuello. Lo ralentizaba. La llevaría en la mano hasta que se acercara al coche; entonces, se la colocaría debajo del brazo durante el segundo que necesitaba para abrir la puerta. Practicó el movimiento un par de veces. Por favor, Dios, que la puerta no estuviera cerrada.

Otro coche, un viejo Cadillac Seville con la parte de atrás abultada. Pasó por delante. Dos personas.

Troy se puso en marcha en cuanto vio pasar el coche, corriendo detrás con la esperanza de que ninguno de los dos mirara por encima del hombro.

Se encendieron las luces de freno del Cadillac. Se estaba parando delante de él. Tuvo que correr para alcanzarlo.

Se detuvo justo cuando llegó a la puerta. El conductor frenó y Troy se coló en el asiento de detrás del conductor. El dolor se le extendió de la mandíbula hasta el cerebro y la pistola se le cayó al suelo.

La mujer gritó y el conductor giró la cabeza; el movimiento le apartó el pie del freno. El coche rodó hasta un pequeño muro de contención formado por plantas y se detuvo. Era un hombre negro con un fino bigote que olía a *after-shave*.

La mujer seguía gritando mientras Troy rodaba, se retorció y se incorporaba; sentía la pistola debajo de la rodilla.

El coche se llenó de luz. Escucharon el ruido ensordecedor de una potente bocina justo antes de que un enorme camión pasara a su lado, el aire que levantó abofeteó al coche.

Los dedos de Troy se cerraron en torno a la pistola.

—Cállate —le gritó.

Ella se dio la vuelta y pegó la espalda a la puerta.

—Dile que se calle —le dijo Troy al hombre mientras levantaba la pistola.

—Shhh —le dijo el hombre que estiró la mano para coger a su mujer por el brazo y sacudirla—. Baja la voz.

—Da marcha atrás, mueve el coche —ordenó Troy.

—Vale, vale, pero no nos hagas daño.

—No voy a haceros daño mientras hagáis lo que os digo. Ahora, da marcha atrás y Vámonos cagando leches.

—Por la autovía.

—Sí. ¿Dónde coño creías...?

—Has dicho que dé marcha atrás.

—Venga, en marcha.

El Cadillac salió dando marcha atrás de entre las flores, seguía sobre las líneas de

la incorporación.

Más faros, dos coches, uno sonó la bocina para advertirles al pasar.

El Cadillac pronto ganó velocidad y avanzó hacia la autovía. Se movía. Tenía una posibilidad. Resultaba difícil creer que había llegado tan lejos. Le bastaba para encender la vela de la esperanza.

—Llévate nuestro dinero y el coche —dijo la mujer—. Déjanos marchar.

—No, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

Su marido respondió por él.

—Porque llamaríamos a la policía en seguida.

—No, nosotros no...

—¡Charlene! —la reprendió—. No mientas.

—Si te damos nuestra palabra...

—No nos creería.

—No puedo permitírmelo —dijo Troy—. Pero no voy a haceros daño si no intentáis jugármela. Si os atrevéis, pues...

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó el hombre.

—Ahora mismo quiero que pongas las noticias.

—Hecho.

El sol se aproximaba al horizonte, las emisoras de noticias de Los Ángeles y San Francisco sonaban con muchas interferencias pero ninguna decía nada sobre un sospechoso de asesinato suelto por el centro de California. Al menos, su foto no circulaba por las pantallas de televisión. Estaba agotado y varias zonas de su cuerpo le dolían profundamente. Latían dándose la réplica unas a otras.

Troy se despertó de golpe. Casi se queda dormido. Se acercó a la parte derecha y bajó la ventanilla. El viento helado le golpeaba las mejillas, así se mantendría alerta. Tenía algo debajo del culo. Se levantó y metió la mano.

Un maletín con cremallera lleno de papeles y una Biblia encuadernada en suave cuero desgastado y raído. Había páginas sueltas, era una Biblia estudiada habitualmente.

Troy veía la nuca de la mujer y el perfil parcial del hombre que parecía tener unos sesenta años. Resultaba difícil estar seguro.

—Escuchad —comentó—. Siento mucho todo esto, no quiero haceros daño pero me encuentro en una situación desesperada y os mataré si intentáis hacer algo raro. ¿Entendido?

—No intentaremos hacer nada —dijo el hombre.

—Déjanos marchar. —Temblaba visiblemente.

—¡Charlene! —la interrumpió el hombre—. No nos va a dejar ir así que no te rebajes.

Tras una larga pausa, Troy se inclinó hacia delante.

—No puedo. No puedo arriesgarme, ¿sabes lo que quiero decir?

El hombre asintió.

—Lo siento mucho, de verdad. —Estuvo a punto de soltar un taco pero la Biblia y la corrección le hicieron abandonar lo vulgar—. ¿Cómo os llamáis?

—Soy Charles Wilson y ella es mi esposa, Charlene.

—Reverendo Charles Wilson —añadió Charlene.

Troy sonrió. A pesar de todo, Charlene se aseguraba de que el hombre recibiera los reconocimientos debidos. ¿Cuánto tiempo tenía hasta que alguien los echara de menos? No vio equipaje. Eso significaba que no planeaban pasar la noche fuera.

—¿Adónde vais? —preguntó.

—Volvemos —dijo Charlene—. Estábamos de visita en Berkeley. Hemos visto a la hija de nuestro hijo por primera vez.

—¿Alguien os está esperando?

—No, pero... —se detuvo, como si se acordara de algo.

—Pero ¿qué?

—Da igual, se me ha olvidado.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Troy al reverendo.

—Tenemos que llamar a nuestro hijo cuando lleguemos a casa.

—Le llamaremos. Le diréis que os vais a quedar un día más fuera.

—Otra cosa —dijo el reverendo—. Mi mujer es diabética. Necesitará comer algo muy pronto.

—Coge la primera salida que tenga un área de servicio.

El amanecer tiñó el cielo negro de color peltre y las formas vagas se volvieron tangibles. El Cadillac tomó la primera salida, una parada para camiones con varias gasolineras con un pequeño motel y un McDonald's que competía con una pequeña cafetería. Los baños de la gasolinera estaban apartados y el aparcamiento vacío excepto cerca de la cafetería.

Troy y el reverendo fueron al servicio de caballeros con una bolsa de traje. Troy dejó la puerta entreabierta para poder vigilar el coche mientras se cambiaba. Los pantalones le quedaban un poco grandes en la cintura y le faltaban varios centímetros de largo. Si se los dejaba sueltos en la cadera, se le caían lo suficiente como para no quedar ridículamente cortos. La camisa también le vino bien. La manga era lo bastante ancha como para que pasara la escayola. No se abrochó los puños, se remangó y se dejó la camisa por fuera para esconder la pistola de la cintura.

En McDonald's, repitió el procedimiento. Dejó a Charlene en el coche, que podía vigilar a través de la ventana, y se llevó al reverendo con él. Esperó mientras llamaba a su hijo y mentía.

—Mamá se siente un poco cansada así que pasaremos la noche en San Luis

Obispo... Sí, claro... Te llamaremos mañana.

Finalizada la llamada, se pusieron en la cola para pedir. En la fila de al lado, un par de camioneros charlaban y Troy escuchó «bloqueo... San Luis...». No era de donde venían así que tendría que ser más adelante. Si le quedaba alguna duda sobre lo que acababa de oír, se disiparon al ver la expresión en la cara del reverendo. Él también había escuchado la conversación.

De vuelta en el viejo Cadillac, mientras Charlene bebía zumo de naranja y se comía un Egg McMuffin, Troy examinaba un mapa del Auto Club que llevaban en la guantera. En el estado de California, varias cadenas montañosas se extendían hacia el norte y hacia el sur y grandes carreteras discurrían paralelas a las montañas. Autopistas más pequeñas de dos carriles las atravesaban de este a oeste. Se dirigirían al este casi hasta la frontera con Nevada y cogerían la autopista norte/sur más apartada hacia Los Ángeles. Las posibilidades de que bloquearan esa carretera eran menores; joder, si tenían tantas ganas de cogerlo que la bloqueaban, se merecían atraparlo.

Troy le dijo al reverendo que diera la vuelta y se dirigiera al norte durante treinta kilómetros hacia una carretera estatal que atravesaba las montañas. Era estrecha, de curvas cerradas y, en algunos lugares, las tormentas recientes habían cubierto el asfalto de rocas. Avanzaban despacio pero con seguridad. En una hora, el único coche con el que se cruzaron fue una camioneta que tiraba de un remolque para caballos. Circulaba en la misma dirección que el Cadillac pero mucho más lenta. Tuvieron que seguirle el culo al caballo durante casi una hora antes de poder adelantarlo. Entonces, el cielo gris se abrió poco a poco y empezó a llover. La recepción de la radio era mala entre las montañas pero llegada la tarde ya habían salido de la primera cadena montañosa que daba al largo Salinas Valley. Para entonces, su búsqueda no solo se mencionaba en las emisoras de noticias sino que también la comentaban en los cinco minutos de titulares de cada emisora. La primera vez que lo escucharon, el reverendo Wilson y su mujer intercambiaron una mirada que Troy percibió desde el asiento de atrás.

—Dale voz —dijo.

«... además de los cargos pendientes por el tiroteo del aparcamiento, al fugitivo se lo busca por violar la condicional. Tiene un historial de extrema violencia y se sabe que va armado. Los sucesos que provocaron la persecución se produjeron el pasado martes en el aparcamiento del supermercado Safeway...».

Troy escuchaba con una indiferencia inquietante, como si la sombría historia que contaban se refiriera a otra persona. Joder, se dijo a sí mismo, no veas como sobreestiman a un pobre pringado. Humor negro. Sabía que todo el poder del estado se centraba en él. Ahora mismo, estarían imprimiendo su foto y repartiéndola por cientos de coches de policía, probablemente también la mostrarán en innumerables

televisores por toda California. Conocía a hombres que habían sufrido este tipo de persecuciones con todo el mundo buscándolos. Ninguno había conseguido escapar durante mucho tiempo. Los archivos y los ordenadores se unían para marcar a cualquiera en el mundo industrializado, y a la mayoría del Tercer Mundo también. Atrás quedaban los días en los que un fugitivo podía desaparecer para siempre en Suramérica o en el Extremo Oriente.

Troy llegó a conocer retales de la vida de Charles y Charlene. Llevaban casados treinta y cuatro años y seguían enamorados. Cada uno se preocupaba más por el otro que de sí mismo. Una vez disminuyó el terror inicial, también se preocuparon por él. Troy despreciaba a la mayoría de estadounidenses al considerarlos unos hipócritas que afirmaban seguir el código de la virtud mientras vivían según el de la conveniencia. El rebaño seguía al rebaño y lo que se consideraba incorrecto llevado a cabo por un único individuo, se aceptaba e incluso se consideraba un acto moral realizado por la masa. Charlie (como ella lo llamaba) y Charlene actuaban según sus conciencias y lo que pensaban que Jesús querría.

—Nosotros no juzgamos —dijo ella—. Eso le corresponde a Dios. Hacemos todo lo posible por seguir los pasos de Jesús.

—Y en la mayoría de ocasiones nos quedamos cortos —añadió el reverendo. Fue una pequeña reprimenda ante el pecado de vanidad de su esposa. Ella asintió, consciente de su falta. Sus palabras y comportamiento el uno con el otro, y con él una vez el miedo remitió lo suficiente hicieron que Troy sintiera desprecio por su ignorancia y una dolorosa culpa por su ingenua bondad. Allí no había hipócritas. La gente tan inocente como ellos era en parte uno de los motivos que lo llevaron a concentrarse en los traficantes de droga. El remordimiento mezclado con la ira (¿qué más podía hacer, rendirse?) le dieron ardor de estómago.

Sin previo aviso, en una curva cerrada, el coche patinó. El reverendo pisó el freno. La parte de atrás se descontroló y se deslizaron de un lado al otro sobre el agua, con una colina a un lado y un precipicio al otro.

El coche se acercó al lado de la colina en vez de desprenderse por el acantilado.

—No puedo... seguir conduciendo —dijo el reverendo—. No puedo. —Levantó las manos, estaba temblando.

—Yo conduciré —se ofreció Troy—. Vosotros iréis juntos en el asiento de atrás. No intentaréis hacer nada, ¿verdad?

Los dos negaron con la cabeza. Aun así, se colocó el arma entre las piernas, en el asiento del conductor.

El mapa de carreteras indicaba otro paso a través de las montañas al este de Salinas Valley. Cerca de la cima, la lluvia se volvió nieve ralentizando aún más la marcha. Les llevó el resto del día zigzaguear entre las montañas. Al caer la noche, se encontraban cerca de Tehachapi y una espesa niebla que llenaba los cañones que se

formaban entre las cimas sustituyó a la lluvia. Troy no tenía ni idea de lo que se extendía más allá de la luz de los faros que rebotaban en la pared de niebla. Se sentía esperanzado de poder alcanzar su santuario de Los Ángeles.

Más adelante, entre la niebla, vio una luz roja intermitente. Colgaba a bastante altura en medio de un cruce proyectando sus rayos rojos en todas direcciones. Frenó y se preguntó si debería continuar recto o dar la vuelta. Indeciso mientras se acercaba al centro del cruce, clavó los frenos y miró fuera en busca de alguna señal.

Decidió dar la vuelta. Al enderezar el volante, el coche se llenó de una luz azul intermitente. Tenían un coche de policía justo detrás. Se había concentrado en mirar hacia delante y no se había percatado de su presencia hasta que encendieron la luz. En ese momento, el miedo y la desesperación le recorrieron el cuerpo.

¿Debía pisar el acelerador a fondo y escapar?

No. No tenía ni idea de dónde se encontraba ni adonde podría ir.

—¡Pare el coche! —gritó un policía con la voz amplificada por un megáfono.

La luz procedía justo de detrás y era tan potente que no le dejaba ver nada más. De haber avanzado inmediatamente, lo habrían cogido sin problema. Estaba agotado pero tenía que tener la mente bien despierta y alerta para salir de aquello. Era una actitud que no se podía mantener de forma prolongada.

Los segundos pasaban. Entrecerró los ojos y miró hacia las luces deslumbrantes en el espejo. Estaban comprobando el número de matrícula por radio.

—No os mováis de donde estáis —les dijo a los rehenes antes de meter la mano entre las piernas, coger la calibre 38 y abrir la puerta con el codo. Esperaron demasiado tiempo y le dieron ocasión de prepararse mentalmente. Se deslizó fuera sujetando la pistola cerca del muslo.

—¿Qué problema hay, agente? —preguntó al ponerse de pie. Solo podía ver las luces y la rejilla. Levantó la mano izquierda para tapar la luz. Respiraba rápida y superficialmente; se sentía agotado, exhausto. Al menos, no temblaba de forma visible, gracias a Dios.

—No se mueva, señor —dijo la voz amplificada. Troy ya podía ver la forma fuera de la puerta del conductor.

Avanzó un paso.

—Creo que nos hemos perdido —dijo.

—¡Quieto! —gritó una voz nueva. Sonó a su izquierda. Miró y vio a un segundo agente en un muro de contención al otro lado de la carretera con un rifle apoyado en el hombro que apuntaba a Troy.

—¿Qué está haciendo? No me apunte con ese...

—¡Es él! —gritó la voz amplificada.

Como en un acto reflejo, Troy se giró hacia el coche de policía. El agente estaba desenfundando el arma.

Troy levantó su 38 y disparó en un solo movimiento. Habían pasado muchos años desde que practicó pero la distancia era de solo veinte metros y tiempo atrás se le habían dado muy bien las armas pequeñas; además, el agente se había olvidado de ponerse el chaleco antibalas. La primera bala entró con una trayectoria inclinada justo por debajo de la clavícula y salió por la espalda tras atravesarle un pulmón. El policía tiró el arma y cayó de rodillas.

Troy se dio la vuelta y se apretó contra el coche. No escuchó el disparo pero sí lo que sonó como un montón de piedras chocando contra el maletero del coche. Le hirió en la cara y en el hombro y lo tiró hacia un lado pero no consiguió derribarle. De haber sido un cartucho de perdigones, le habría hecho pedazos pero eran cartuchos armados de mostacilla.

Se irguió y disparó tres veces seguidas. El sonido de sus disparos quedó ahogado bajo el segundo disparo de la escopeta. Esta vez le dio de frente, en el pecho, el estómago y el cuello. Cayó al suelo de espaldas. Los pequeños perdigones lo desgarraron pero ninguna de las heridas revestía gravedad. No lo sabía pero su tercera bala le había dado al policía en la barbilla atravesando la garganta y saliendo por el lado. Cayó de espaldas sobre el muro de contención.

A Troy le daba vueltas la cabeza. En medio de su confusión, escuchó una pistola disparar varias veces muy seguidas. Troy abrió los ojos. El agente junto al coche de policía estaba sentado y sujetaba su nueve milímetros semiautomática de trece disparos con las dos manos. La vació a través del asiento trasero del Cadillac. Las balas atravesaron el maletero y la tapicería y se hundieron en los cuerpos del reverendo Charles Wilson y de su esposa, Charlene.

Troy tanteó el suelo a su alrededor pero no consiguió encontrar su arma. Se arrastró alejándose de la luz, hacia las sombras y la niebla. Cerca del borde de la carretera, perdió el conocimiento.

Ahora lo sentía, se movía; estaba en una camilla. Permaneció con los ojos cerrados. Si se daban cuenta de que estaba despierto, podían darle una paliza o apretarle las cadenas, como si no le oprimieran ya lo suficiente.

Se detuvieron. Escuchó unas puertas al abrirse y lo metieron dentro. Entre todo el parloteo, Troy distinguió alguna palabra ocasional y fragmentos de frases: «... no tiene pulso... en la cuneta y se ha ahogado...», «... dos en el coche que han quedado como un queso suizo...», «... Madigan se va a sentir fatal cuando se entere de que se ha cargado a dos ciudadanos inocentes...», «creía que también eran criminales». «En marcha».

Las puertas se cerraron de golpe y la ambulancia se puso en marcha. De repente, se paró. Troy abrió los ojos y miró. Vio el cruce lleno de coches de policía, las luces intermitentes tenían un aspecto espeluznante en mitad de la niebla.

Se acercaron unos pasos. Vio una figura junto a la ventanilla del conductor.

—¿Cómo está esa escoria? —preguntó una voz nueva—. ¿La va a palmar en nuestras narices?

—No. Vivirá para ir a la cámara de gas.

Risas llenas de desprecio.

—Tiene todas las papeletas. Venga, andando.

La ambulancia se puso en marcha y ganó velocidad. La sirena empezó a sonar. Troy cerró los ojos y perdió el conocimiento de nuevo. Sus sueños, esta vez, fueron terribles.

«Cuando estaba en el reformatorio y se encontraba a medio camino de comprometerse por completo con el crimen, vio una fotografía de su ídolo, el gángster Legs Diamond, cuando lo asesinaron. Le habían volado la cara y la cabeza pero la elegancia de su Glen Plaid de tres piezas resultaba evidente, los zapatos eran de caña alta, de piel de canguro. Muy cómodos y muy caros. Fue en ese momento cuando Troy decidió vestir lo más elegante posible antes de dirigirse a dar un golpe. Si lo trincaban, no entraría en la cárcel con aspecto de vagabundo».

Troy Cameron

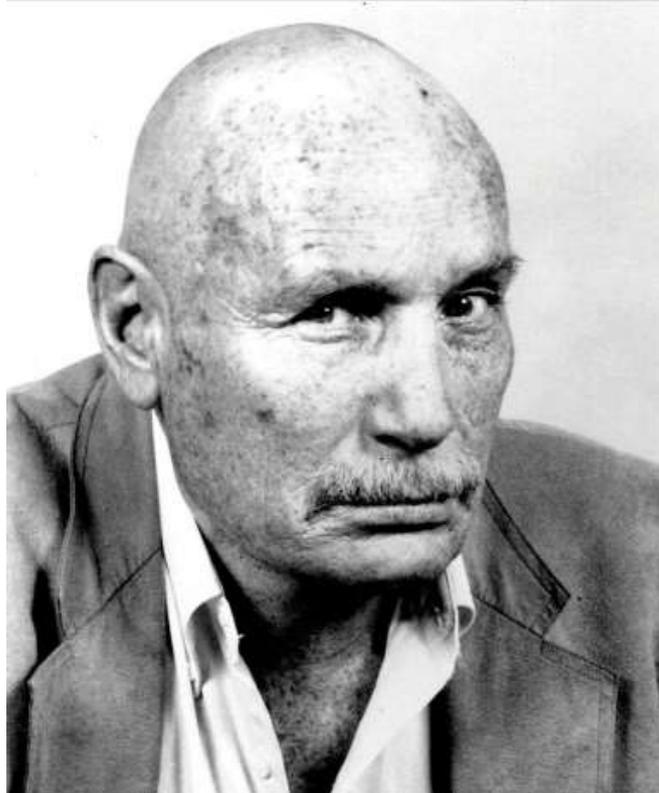


John «Legs» Diamond, abatido a tiros junto a dos de sus secuaces en diciembre de 1931.

Notas

[1] En castellano en el original.<<

[2] *Little Orphan Annie*. Musical de Broadway estrenado en 1977. <<



EDWARD BUNKER. (Hollywood, 31 de diciembre de 1933 - Burbank, 19 de julio de 2005).

Fue un escritor de novelas policíacas, guionista y actor. Escribió numerosos libros, algunos de los cuales se han adaptado al cine. De niño Bunker fue brillante pero conflictivo, por lo que pasó gran parte de su infancia en diferentes hogares e instituciones. Muy temprano se transformó en un criminal, y siguió este sendero durante muchos años, ingresando en prisión una y otra vez. Fue culpable de varios delitos: robo de bancos, narcotráfico, extorsión, robo a mano armada y falsificación. Bunker fue amigo cercano de Danny Trejo, al que conoció en «Folsom State Prison», una prisión de California en la que ambos cumplieron condena. Un repetitivo patrón de condenas, libertades condicionadas, fugas, etc., continuó hasta que salió de prisión en 1975. En ese momento acabaron sus días como criminal y se dedicó a escribir y, más tarde, a actuar. Su primera novela, titulada *No Beast So Fierce* (1973) fue adaptada al cine por Ulu Grosbard y Dustin Hoffman, quien compró los derechos a Bunker; el resultado final fue *Straight Time*. No consiguió buenas críticas ni éxito comercial, pero Bunker participó en el guion y además tuvo su primer papel en una película. En 1977 publicó *The Animal Factory*, consiguiendo críticas favorables; en el año 2000 fue adaptada al cine por el actor Steve Buscemi. Eventualmente tuvo fugaces apariciones y cameos en muchas películas, como *The Running Man* basada

en la novela de Stephen King, *Tango y Cash* y la exitosa *Reservoir Dogs* de Quentin Tarantino, donde interpreta a *Mr. Blue*. Además de escribir el guion, también representó un papel en *Animal Factory*, basada en su novela del mismo nombre. En 1977, se casó con Jennifer, una joven abogada. En 1994, nació su primer hijo, Brendan. Bunker murió el 19 de julio de 2005 en California, a la edad de 71 años, a consecuencia de una intervención quirúrgica para mejorar la circulación de las piernas.